

00765 - 01543990

+++ TÍTULO: +++

A ESCONDIDA

AUTOR

SIXTO SANZ CABRERA

PROTAGONISTAS

CÁNDIDO

CEFERINA

ERNESTO

SINFOROSA

JACINTO

ASUNCIÓN

SAMUEL

BLANCA

Por aquella senda solitaria, me veía yo un día; en donde ni Las águilas volaban, ni los conejos corrían.

Los árboles me tapaban el camino; no viéndose ese hilo blanquinegro, por donde yo transitaba, por ese valle tan oscuro.

Al pronto, una nube que había; se hizo mayor toda ella; comenzando a enfadarse: Con rayos, truenos y centellas.

El sentido me ofuscaban, esos truenos horripilantes; que parecían cañonazos, como salves de granaderos.

Los nervios tenían ateridos, el semblante muy serio, el sentido perdido, en aquella senda sinuosa.

Menos mal, que en un recodo del camino vi una grieta en las rocas, resguardándome en ella.

Un relámpago me hizo, saber cómo era la cueva; de qué mineral constaba y qué había en ella.

¿En ella?: Por lo menos cinco cachorros, bien consentidos; pues ninguno se quejaba de mi presencia en la cueva.

No era eso solo, lo que a mí me aquejaba; pues una madre me miraba, sin hacer ningún movimiento.

De repente yo pensé que era mejor chasquear los pitos con los dedos; a la vez que la decía, a la madre, ¡qué bonitos!: Dándola la enhorabuena por esos cinco cachorritos.

Parecía que lo intuía, esa madre; que amamantaba en esa hora a los cinco hijos que ella tenía.

¡Vaya perra tan bonita!: Pues en realidad, así era, esa perra que allí se encontraba, en esa cueva, entre rocas; entre canchal y cerros.

¡Qué bonita!, digo yo: Hasta que la vi el rabo; un jopo grande y hermoso. . .

¡vaya perra!, Vaya loba; donde estaba conmigo, en aquella cueva.

Cerca de allí había una majada; la había visto al pasar, en aquella tarde tenebrosa.

Había venido de Madrid: Turista de pura cepa; sin saber qué me proporcionaría mi destino, en aquellas tierras tan hermosas. Donde huele ese pueblo, a pan candeal y a vino pitarrero.

Había llegado con ilusión a ese pueblo, tan bonito; en donde sus casas eran pequeñas: De una sola planta, con huerta al final de ellas. Con pozo bien definido. Con plantas, al terminar la vivienda: Un Jardín bien hermoso y, a continuación, una huerta, cultivando todos los productos en ella: frutos, bulbos, coles, hojas y tallos, e inflorescencias.

Y al final de todo ello: una tierra de labor; donde se cultiva el trigo, como cosecha para la casa.

Bien apañadas de víveres, estaban aquellas casas. Lo malo, que ahora era: Cómo salía de ese atolladero, en que me encontraba. Con una loba parida, en una cueva, en las rocas.

No se movió la loba, en toda la noche pasada; pero cuándo comenzó el alba; me enseñaba sus colmillos, para que yo saliese de la cueva, buscando cobijo humano.

¡Para que después digamos!; que los animales no sienten: Pero tienen un instinto, superior, en todo su cuerpo.

Salí de aquella gruta, más bien una hienda hecha por las inclemencias del tiempo, en la misma roca. . .Pero eso sí: Salí afuera corriendo, al distinguir los primeros rayos del Sol, que penetraban en la cueva.

Estaba cayendo una llovizna, que impregnaba hasta los huesos: Más tarde caía cerniendo esa misma llovizna; no siendo agradable a la persona humana, por empapársele toda la ropa, sintiendo un frescor por todo su cuerpo.

¿Dónde ir?, si estaba lloviendo en aquella misma mañana de poco

entendimiento, por parte de aquella loba; que no quería me quedase dentro la cueva.

Di, dos o tres pasos en aquel barro; que la llovizna había hecho, en cima de aquel promontorio, de guijarros y de piedras.

Mis zapatillas de deporte se hundían en ese barro, tan suave y tan espeso a la vez; pareciendo que se torcían todas ellas: Mostrando pleitesía, a la lluvia y al barro.

Pensé de inmediato, que si me quedase allí, yo no tendría a quién mostrar ninguna clase de pleitesía; pues mi débil cuerpo, no hubiese tenido la fortaleza, tan siquiera, levantar la cabeza para poderme chafar de mi enemigo virtual, en aquellos contornos de montes y cerros, en la falda de aquella sierra.

Apretando el paso, conseguí llegar a la majada, anteriormente dicha; pero ya en el altiplano de aquella grandiosa sierra.

Hasta que no estuve a unos pasos, no me di cuenta, que el pastor se encontraba dentro del chozo; por el humo que salía de entre sus pajas, bien puestas.

¿Qué hacer?: Pues si me quedaba en la puerta de aquel chozo, me calaría todo entero; así, que desviando, un poco, la entrada; conseguí dar dos pasos hacia adentro, donde ya no me calaba.

Así permanecí dos horas; sentado sobre el suelo y recostado sobre un palo gordo, que formaba el sostén de la entrada a aquel chozo. Hasta que comencé a oler un café, hecho del fruto de la jara y un tufillo de unas buenas pringadas, rociadas de miel, cogida en aquella misma sierra, de un tronco de olivo centenario.

No pude más, significando mi presencia con una expresión inconfundible para aquel pastor.

SAMUEL-. Se puede.

CÁNDIDO-. ¿Quién va ahí?

Atravesé el pasillo que hacía el ese del chozo del pastor, que se encontraba dentro. Cuando estuve en el único salón, me fijé bien en aquella estancia: Cuadros colgados en el enramado de paja, que daba estabilidad al chozo, con unas sillas; construidas con leña de olivo, sus patas y su respaldos; no así el asiento de las mismas: Que estaba echo de juncos, que crecían en un riachuelo que pasaba cerca de la majada.

Nada más me vio entrar el pastor, en aquel habitáculo, me dijo una palabra que me extrañó mucho; por no ser lo adecuado en esa unidad léxica.

CÁNDIDO -. Bien venido a mí casa.

Me tuve que agarrar a los polos de la silla para no caerme de bruces, al escuchar que aquello era su casa. ¡Pero sí!; para aquel señor estaba siendo su verdadera casa.

Cada cosa estaba puesta en su sitio; así como unas camas, que servían de jergón: Un trapo envolviendo a la paja de centeno o de avena.

Aquel habitáculo, tenía sus compartimentos definidos; pues hasta existían unas aspidistras, de hojas anchas, a la vez que unas macetas de claveles reventón; como así otra maceta de claveles más pequeños y con más claveles en ella: Llamada Clavellina.

Un desagüe, hecho de mampostería, haciendo que el agua vertiese hacia el exterior del chozo.

Un compartimiento; donde se veían infinidad de utensilios de cocina: Cazos, cacerolas, cucharones, cubiertos para la mesa, que había a un lado de todo eso que se detalla.

Con razón dijo Cándido; que aquel habitáculo era su casa y máxime, cuando vi entrar en aquel chozo a una mujer despampanante, por completo.

Esa mujer irradiaba confianzas y presentaba buen aspecto: Hasta el punto, que me quedé embelesado de ella.

Ahora tendría yo que saber, quien era esa mujer que había entrado en el chozo disponiéndolo todo, a su simple capricho.

No hizo falta que me hiciese polvo el cerebro; pues aparte de que aquel pastor fuese el que dirigía a la oveja, tenía buenos modales: Presentándome a su mujer, de inmediato.

CÁNDIDO -. Señor Samuel; esta señora es mi mujer: Ceferina.

Entre los parabienes de uno y los parabienes del otro, nos dimos las manos; propinándonos sendos besos en las mejillas.

Aquel beso me produjo un escalofrío en todo mi cuerpo; máxime, cuándo percibí en su canalillo unos bustos bien proporcionados y me estremecí al oler su aliento.

Aquella señora cogió el estado de ánimo, en el que yo me encontraba inmerso; al verme la cara que yo había puesto.

Me miró de frente y, en aquella mirada pude ver un atisbo de alegría; dándome las gracias sin abrir su boca.

Como Cándido se fue para colocar bien lo que su mujer había traído, más bien alimentos; no se dio cuenta del estado de ánimo que había sucedido, entre su mujer y mi persona.

Enfadándome mucho conmigo mismo; al no saber retener mis impresiones en la cara y en mis ojos; máxime, cuándo yo estaba siendo el invitado de su marido, Cándido.

Y como mi inquietud era mucha, me quise despedir de ellos; dándolos las gracias por acogerme en su casa. Al punto, que el marido de esa señora, me dijo algo bueno, para mis adentros.

CÁNDIDO -. Quédese a merendar con nosotros, si no le importa.

Contestándole enseguida, con unas palabras de agradecimiento por aquella invitación, hecha de buen agrado y de corazón.

No obtente, me quedé a merendar con ese matrimonio, que al parecer se llevaban muy bien.

La merienda costaba de una buena caldereta; su buena carne, con patatas y con unas berzas.

Al final de esa merienda, los tuve que decir en el hotel que me alojaba en la ciudad; así como prometerles, que volvería a la majada en cuánto pudiese. Menos la cuenta corriente, todo me lo sacaron; hasta que era empleado de banco.

Al salir de aquella casa, más bien chozo, me di cuenta del terreno que pertenecía a la majada, así como un pequeño campo, sembrado de hortalizas y de frutas.

Ya, en el hotel; no me dejaba acordar de aquel matrimonio, todos ellos, los dos, llenos de bondad y de ternura. Así, como con un trato exquisito hacia su interlocutor.

Pensaba y pensaba: De donde habían aprendido a tratar de esa manera, a la persona con quién se relacionaban ellos. Si era imposible, que un pastor supiese tratar de esa manera a su interlocutor, si no lo hubiese vivido. Y sobre todo, pensaba y pensaba mucho en aquella mujer, tan despampanante, al no ser que así fuese su manera de ser en la sociedad: Tan descuidada de recato y con tanta soltura en sus hechos, como en sus palabras.

Bajé al hall del hotel, entrando en el comedor aquella misma noche; para probar algún bocado, de aquellos ricos alimentos, que estaban sirviendo a sus huéspedes. Y créanme, que aunque pedí poca cena, me duró mucho su degustación; pues mis pensamientos se iban detrás de aquella señora: No sabiendo yo, si era por el vestido que llevaba, abierto por sus bustos y todo él ceñido a su cuerpo, o por el aire exquisito que exhalaba yo cerca de ella.

¡Ese perfume!: Esa manera de entender las cosas y las conversaciones de sus interlocutores, me desvelaba el sentido; hasta el punto, que no podía

conciliar el sueño.

No podía seguir por más tiempo acostado en la cama; así que me levanté dispuesto a dar unos paseos por aquellas calles tan bonitas y con tanto atractivo, por la cantidad de comercio que había en ellas.

Todavía estaban las luces, de los escaparates, abiertas; pues la aurora no había llegado con todo su esplendor del día correspondiente. Y lo primero que me di de bruces, fue con una persona un tanto distraída; no estando en su capacidad totalmente intelectual.

Parecía que aquella persona no quería otra cosa, más que el dinero suficiente para un pequeño desayuno, en una taberna a las afuera de la ciudad. Tan poco dinero me pidió, que no fueron más que un euro y cincuenta céntimos.

Al ver que esa persona se había conformado con esa pequeña cantidad de dinero; me hice las cuentas de la situación colectiva de algunas etnias, dentro de la misma sociedad.

Y para que no me quedase ese pesar en mi cerebro y en mi corazón, seguí a ese hombre hasta las afuera de la ciudad. En donde ni asfaltado había ya, en donde en aquellas calles, existía un arrollo colectivo; hecho por los desagües de las casas.

Parecía que los adelantos que se estaban produciendo en las obras de asfaltado, no había llegado, en aquel tiempo a dicho asentamiento. Modernamente, es un barrio atractivo y social.

Vi entrar aquel señor en una especie de taberna: Hecha con tablas, recogidas de cualquier obra; teniendo por cubierta unos metros de uralita.

Dudé mucho entrar en aquel garito, pero al final lo hice: Entré como si estuviese despistado, sin saber dónde me encontraba. Y nada más entrar, lo primero que oí, fue: ¿Qué te ha dado hoy el doctor?

Esperé la contestación del cantinero, a la pregunta que había hecho a aquel hombre, tan falto de entendimiento. Pero como el cantinero, tardaba

pronunciarse, quise dar un paso hacia adelante, para que me viesen los señores que estaban dentro de la cantina. Menos mal que no lo hice, dejando hablar al señor cantinero, su buena retahíla de medicamentos. O por lo menos, eso creía yo, que dijese el encargado de la taberna. Pues al abrir la boca el señor cantinero, comenzó a dar una relación del producto de la huerta.

Pidiendo mi anfitrión, un tomate, un chusco de pan y una alcubilla de aceite. Hasta ahí, eso iba bien; pues unos segundos más tarde, hizo que el señor cantinero le echase un buen baso de cazalla.

Ahora sí que di yo un paso hacia adelante, viéndome los señores que estaban en la cantina y hasta el mismo cantinero.

CANTINERO -. ¿Qué quiere tomar?

Al decirme aquello, el cantinero; los demás señores que estaban en aquel recinto aplaudieron: Quedándome yo como anonadado; por la sorpresa tan enorme que había recibido.

Pudiendo observar en ellos, un atisbo de cordura, al decirle, uno de esos señores al cantinero: -. Te lo aprendes bien; todo lo que se dice en televisión -.

Miré hacia la pared, viendo en ella un pequeño televisor, colgado con clavos en la misma para red.

CANTINERO -. No: Ha sido el doctor, el que me lo ha enseñado.

SEÑOR -. ¡AH!; ya. Es influencia divina.

Apostillando mi anfitrión, que dejasen en paz a dicho doctor en Teología: Ahora comprendí el trato tan exquisito, que recibí el anterior día en la majada.

Todo cuadraba a la perfección para mi pobre entendimiento y, al retorcer una de esas viviendas, cuando salí de la cantina; pude ver que existía una capilla allí cerca, colindante a la majada: Que era donde estaba el

asentamiento de esas chabolas.

No podía irme de aquel sitio, sin preguntar a los habitantes de su alrededor: Si esa capilla era de fe romana; pero cuándo estaba haciendo la pregunta a una persona cercana a la capilla, me di cuenta de la fe que profesaban en ella. Y, sí; sí era de fe romana.

Aunando conceptos, me di cuenta; que si quería saber dónde oían ese matrimonio la Misa, me tendría que al llegar a esa capilla el Domingo.

Así lo hice; viendo a ese matrimonio, formado por Cándido y Ceferina en un banco delantero, con un libro: Cada uno en las manos. Permaneciendo allí yo durante un buen tiempo; observando sus movimientos.

Hasta ayudaron al sacerdote en la celebración de la Misa y hasta en el discurso de la homilía; antes que el sacerdote explicase su contenido. Antes, ya lo habían hecho ellos, a la suma perfección.

Me fui al hotel totalmente encandilado; por ver tales hechos, en las personas de Cándido y Ceferina. Y nada más llegar al hall del hotel, el señor recepcionista, me dio una nota bien escrita, de puño y letra, por Cándido.

Me invitaban, ese domingo una merienda, al estilo majada, en su casa de la misma finca. Y como al lugar urbanístico le separaba un camino vecinal de la majada, me fue fácil llegar a la casa de dicho señor.

Me presenté en la casa de aquel matrimonio dando los buenos días; a la vez que preguntado: -. Por qué no había visto la ciudad, el primer día que estuve en la majada -.

La explicación fue sencilla: Aunque la majada estaba ubicada en un llano; yo no la podía ver la ciudad, al tener enfrente un altiplano.

También me dijo, que el autobús llegaba hasta la misma confluencia de la calle con la majada. Que era por donde yo había llegado a la casa de ese matrimonio.

Al terminar decirme eso, pidió permiso para abrir la espita del agua; para que

abrevase el ganado, al tiempo que comía.

Cándido se alejó de la casa; mientras que Ceferina se fue para echar la comida a las gallinas y yo, a escondida, miraba a la señora con ojos de gavilán; ya que su figura me gustaba mucho: Disfrutaba con tan solo verla.

Al tiempo que Ceferina se acercaba a la casa - chozo, me fui a colocar bien en una silla de enea; haciendo como que todo el tiempo lo había pasado sentado en aquella silla. A la vez de observar un carrizo, que lo tenían secando en una estera de esparto en el suelo.

Cuándo terminaron las faenas con el ganado y las aves de corral, pusieron la mesa al estilo recomendado, si se tiene invitados: Mantel, cubiertos y servilletas. A la vez de vasos y una buena fuente con comida insuperable: Codorniz a la plancha con majada, patatas con majado de almendras, arroz con costillas de cerdo y una buena ensalada, hecha con: frutos secos, ajos y pan. Incorporando hierbas aromáticas: perejil, cilantro, romero, tomillo. Todo ello rociado con un buen aguardiente, hecho de las heces de las uvas, mezcladas con plantas de hinojos; una vez que se ha sacado el vino del cono. Lo primero que sale del alambique, es el aguardiente, lo siguiente es el anís.

Gracias a esa sustancia fuerte de alcohol; pude hacer la digestión de aquella merienda. Sin tener que hacer muchos esfuerzos para que se me crea, según la comida servida: Pudo pasarme algo aquel día.

Llegué cerca del hotel, donde me alojaba; pues me bajé del autobús dos paradas antes de llegar a mi lugar de residencia. La boca la tenía seca, las pulsaciones a tope y mi estado de ánimo estaba por los suelos; al abandonar la majada y dejar allí, solos a ese matrimonio tan agradable. . .Por lo menos, eso creía yo: Pues después de tomar un trago de agua, de una fuente pública, que había a pocos metros del hotel, me di cuenta, que de quien más me acordaba era de Ceferina.

Inicié el camino hacia el hotel, pero pronto pude darme cuenta de ¡dónde iba yo!; en ese estado de ánimo mal empleado, al tomar tanto aguardiente: Para ayudar al estómago hacer la digestión de tantos manjares y buenos.

Volví sobre mis pasos y buscando la fuente de agua fresca, me pude beber toda el agua que componía dicha fuente. Y cuándo me vi más despejado, decidí dar un paseo por los alrededores de aquella manzana de calles, donde estaba el hotel.

Cuándo doblé una calle, en un recodo de la misma, observé un establecimiento de bollería; donde se podía tomar una persona, sentada en su interior, un buen bollo de un obrador afamado, en aquella ciudad.

Así lo hice, quedándome como nuevo y entonces y solamente entonces decidí entrar en el hotel; para subir rápidamente a mi habitación, entrando la tarjeta en la ranura correspondiente. Tirándome de lleno encima de la cama, me quedé dormido rápidamente.

No, que diga yo; que ese sueño duró una noche: Pues así como a las tres de la madrugada me desperté con una sed monumental; bajando rápido al hall del hotel, pidiendo una botella de agua mineral.

El señor recepcionista, me miró con cara seria, para llamar a cocina; trayéndome un empleado de la misma; la botella de agua deseada por mi persona. Y para que no me viese el señor recepcionista, me fui a mi habitación; tomándome rápidamente, aquella botella de agua fresca, casi antes de entrar en mi aposento.

Así como a las diez de la mañana me llamaron por teléfono; siendo Cándido, invitándome a la misa del domingo: Ya que eran las fiestas del barrio. La invitación era, para ayudar en Misa al cura párroco; ya que Ceferina y Cándido tendrían que estar en la capital ese mismo día, por asuntos personales.

Como buenamente pensé; fui el viernes a la Iglesia de aquel barrio, para poderme informar de lo que yo tenía que hacer: Siendo, solamente, ayudar al párroco de aquella Iglesia, en la celebración de la Misa.

Fue muy sencillo; ya que el párroco de aquella Iglesia, enseguida supo que yo podía ayudarle: Con una sola mirada que me echó. Y para estar más seguro,

me preguntó por mis actitudes morales y mi complicidad con la Iglesia.

SACERDOTE -. Hijo: ¿Has ayudado a Misa alguna vez?

SAMUEL -. Fui monaguillo en mi pueblo. ¡Tranquilo!, padre: Que no se me ha olvidado.

SACERDOTE -. Hijo: Conque toques la campanilla, es necesario.

El sacerdote desconfiaba, por si se me había olvidado ayudar a misa. Y como en estos tiempos, no son los de antaño; que se decía la Misa en Latín: Sacerdote -. Introito ad altere deis -. Monaguillo -. Ad deis quieletetifica adjunctaren deis -. Yo no podía hacer otra cosa, más que conformar al señor párroco de mi buena actitud hacia mi predisposición de quererlo hacer bien. Por supuesto, que salió bien la celebración de la Misa; y para celebrarlo invité al cura párroco un refresco en la cantina: Creyendo yo que lo rechazaría el cura de plano. Me confundí, pues, según el párroco, en todos los lugares se reza y se hace apostolado.

Se quedaron, mirando como embelesados, todas las personas que había en aquella cantina; pues nunca un cura había entrado en ella: Y máxime, cuándo estaba totalmente llena, como en aquel día de fiesta.

Poco a poco, los ánimos se fueron templando, y la alegría lucía en la cara de cada uno de aquellos señores; que en vez de rechazar al cura párroco, le acogieron como si fuese uno más; pero con ese respeto que le debían guardar.

El sacerdote no hacía por hablar mucho, solamente escuchaba; respondiendo a las preguntas que algunos de aquellos señores le decían. Y hasta uno de aquellos hombres, le llegó a llamar "padre"; saltándome mí las lágrimas.

Nunca, pero ¡nunca!; se había visto, dentro de la cantina a mujeres, hasta esta misma fecha; en donde un grupo de mujeres, se atrevieron a entrar en aquel establecimiento.

El padre, parecía que conocía alguna de aquellas siete mujeres que entraron

ese mismo día, por la mañana en la cantina. Y dirigiéndose, en palabras, a una de ellas la nombró por su verdadero nombre.

SACERDOTE-. Lucía: No te veo por la Iglesia.

LUCÍA -. ¡Cómo no hago falta!. . .?. . .

SACERDOTE -. ¿Cómo?, que ¡no!. . .Mañana te espero, hija, en la Iglesia. . . (Miró a las otras mujeres), apostillado: Llévate alguna amiga.

Cogiendo la indirecta, que las había echado el padre, una de ellas, diciendo en voz alta y mirando a un señor que estaba recostado a la barra que tenía la cantina, algo así como: -. Cuente conmigo -.

En aquel momento comenzaron a aplaudir todos los señores que se encontraba en la cantina; menos el señor que había mirado, momentos antes, Julia, que así se llamaba la señora, que se ofreció ir con Lucía a la iglesia.

Saliendo de aquel establecimiento de bebidas el sacerdote ufano por su conquista pastoral; pues en vez de presentarse dos mujeres en la Iglesia al siguiente día, se presentaron cinco de las siete que estuvieron en la cantina el día anterior.

A la hora de estar barriendo y fregando la Iglesia, entró en ella el marido de la señora Lucía, y agarrándola de un brazo la quería sacar del templo, como un fuera de sí: Interviniendo yo en aquel despropósito, que estaba haciendo ese hombre con su mujer.

Ni me escuchó tan siquiera; pues a empellones la sacó de la iglesia, mientras decía palabras soeces, mal pronunciadas. Ese hombre no estaba en su completo dominio; como para decir, que él no era un hombre bueno.

¡Qué sorpresa!; cuándo volvió a entrar, una vez más, la señora Lucía en la Iglesia; poniéndose bien la bata y ajustándose el pelo. Haciendo gestos con las manos, para que las demás señora siguiesen barriendo y fregando.

Yo no hacía más que mirar para la puerta de la Iglesia; esperando que entrase

su marido, todo él alborotado: Cosa que no sucedió. Enterándome más tarde, que al salir de la iglesia, con su mujer; la echó tal bronca, que acudió la policía local; llevándosele a prevención. Calmándoseme los nervio por completo.

Cuándo estuve, aquella misma tarde en el hotel, me prometí no volver más por aquel barrio; pero a la vez, parecía que mi conciencia me decía: ¡Vuelve otra vez!: No pudiendo conciliar el sueño esa misma noche; Pasándola toda ella leyendo un libro en digital.

Desde luego, el que no duerme por la noche lo tiene que hacer por el día: Quedándome totalmente dormido, hasta bien entrada la mañana. Y a la hora del almuerzo bajé al hall del hotel, recibiendo una tarjeta de visita, doblada; en señal que había estado allí, personalmente, el señor Cándido.

En la tarjeta se me invitaba a un almuerzo, succulento, en la majada. Y aunque yo no estaba para alegría alguna, cogí el autobús; llevándome a los terrenos de la majada: Pues la separaba una calle, mejor dicho; la separaba la parte derecha de una calle asfaltada.

Me entraron rápidamente en su casa, Cándido y Ceferina; viendo en un rincón, una especie de despacho, con ordenador y en la estantería muchos libros; pareciendo, que dichos libros eran de estilo.

Enseguida Ceferina, cerró la puerta de aquel despacho, con mucha presura. Y con las mismas prisas, me dirigió al lado opuesto del despacho. Allí se encontraba una joven, presentándomela Ceferina como a su hija Blanca.

La chica se levantó dándome la mano y yo la propiné un beso en las mejillas; quedándose Blanca como anonadada, al ver aquel comportamiento mío.

Blanca permanecía con la mano extendida; como si me estuviese saludando; pudiendo ver yo, que la chica estuviese embelesada por aquel beso mío, dado en las mejillas.

Era una chica normal; pero con modales refinados y trato exquisito: Donde, para ella, todo era bueno; siempre que se ajustase a unos parámetros, dentro de la sociedad, y como tal: permaneció sentada.

Sabiendo yo, que la mujer no se tiene que levantar de su sitio; cuándo la saluda un caballero. No molestándome para nada, el comportamiento de esa chica, Blanca.

En aquella mañana: todo sucedió, contrario a lo que yo estaba creyendo; pues aquella chica salió conmigo, para dar un paseo, por lo más llano de la majada. La conversación era muy abundante; pues se limitó a preguntarme de todo: Hasta de mi vida pasada. A mi parecer, me hizo un buen examen: Tanto físico, como psíquico.

Cuándo se cansó hacerme preguntas, se las hice yo a ella, contestándome con monólogos bien de finidos: Una negación o una afirmación; entrándome pronto en la casa - chozo; donde se encontraban sus papás.

Ceferina, me hizo sentarme en una butaca, que había en un rincón de la casa; totalmente llena de cables; pensando yo, que ya los hubiesen podido poner en otro sitio: No en la silla, donde yo me encontraba sentado. Y al mirar para el pequeño despacho, vi a Cándido con el ordenador operativo.

Cuándo me despedí de aquel matrimonio y su hija, totalmente embelesado por el buen trato; me fui andando solo, en dirección hacia mi hotel: sin saber yo lo que hacía. Pues hasta un autobús, dejé pasar sin cogerle: Así que cuando llegué al hotel, me encontraba cansado y con ganas de dormir; acostándome antes de cenar, para despertar al día siguiente a las once de la mañana, como si tuviese resaca de una bebida; ya que en general, no había bebido tanto como para tener esa pequeña consecuencia en mi cuerpo.

Como no me encontraba mareado, decidí salir del hotel, dando un paseo hacia una cafetería, ya conocida por mí; en donde me tomé un café bien cargado. Pero estando recreándome con el café, se acercó a mí una mujer; reconociendo a esa señora, como a la mujer que la llamaban Julia. Y al tiempo de ofrecirme un cupón de la ONCE, se acercó más a mi persona, diciéndome algo un poco desagradable para mí.

JULIA -. Desconfié de ese matrimonio. . .

Nada más me dijo eso: Que desconfiase de Cándido y de Ceferina; por causas que no me las dijo. No pudiendo yo saber por qué, la señora Julia, me dijo eso: Que desconfiase de ese matrimonio.

Me quedé sin saber qué hacer, ni qué camino escoger en ese día; ya que mi instinto me decía, fuese por otra dirección, que fuese precavido: Pero mi conciencia me indicaba que siguiese esa vereda; que aunque estrecha, ya se haría mayor, al paso del tiempo y a mi paso también.

Salí con el café revuelto en mis tripas; pues hasta me sentó mal, al decirme aquella señora aquel refrán de simple acontecimiento.

¿Tendría razón?: O la faltaba pruebas a la señora Julia; por aquello que me había dicho momentos antes, estando yo tomándome el café de por la mañana.

¡Pues no!: Ella no desconfiaba del sacerdote; ya que el domingo la vi en misa, muy recatada y recogida en sí misma.

Esperé para que saliese la señora Julia de la Iglesia, tardando lo suyo salir de la misma; pues al parecer se había entrado en la sacristía de aquel lugar de culto. Saludándome antes, la señora Lucía, que con una indicación de mano, me invitaba para que comenzase andar en línea recta. No sabiendo yo dónde me dirigía aquella señora, en aquella mañana festiva.

Haciéndola caso, la seguí los pasos hasta la majada; ya que nada hablamos, ni nos miramos tan siquiera: Solamente, nos teníamos fe el uno al otro y, nada más.

Pero así, como a unos pasos; mirándome, la señora Lucía, me dijo algo que se me quedó la sangre helada.

LUCÍA -. La señora Ceferina se encuentra mala.

Enseguida se me pararon los pulsos: Ya que me tocaba y a penas los sentía; no pudiendo, ni respirar, ni tan siquiera emitir un vocablo. Y haciendo un esfuerzo considerable, pude abrir la boca para hacerla una pregunta.

SAMUEL -. ¿Qué enfermedad la aqueja?, a la señora Ceferina.

Me volvió a mirar la señora Lucía a la cara: Para ver en qué grado de ánimo me encontraba; y como ella me observó bastante decaído mi Espíritu; tal vez me dijo algo intrascendental para mis adentros.

LUCÍA -. Es enfermedad, que toda mujer sufrimos.

NO: ¡No! y no. . .?. . .Aquello que me dijo; se la veía, a la señora Lucía, que no era cierto: Delatándola sus manos con sus movimientos.

Me despedí de aquella familia antes del mediodía: Alegando que tendría una visita, por la mañana, en el mismo hotel. Y lo que no quería, era invitarme yo solo a la merienda, que pusieran en la mesa, Cándido y Ceferina.

Al oír que me iba, Blanca, se levantó de su asiento, haciendo gestos de no estar conforme con mi decisión personal; pero como esa decisión era tajante: No tuvo más remedio que acatarla.

Mientras me dirigía a mi hotel, no sabía yo cómo salir triunfante de aquel apuro en que me encontraba: Hasta que una llamada, que tuve en el móvil, me sacó del atolladero, que me había sumergido.

Era un compañero de trabajo, amigo mío; que pasaba, así como en media hora, por aquella bonita Ciudad. Todo me venía a pedir de boca.

Pues a los tres cuartos de hora, se allegó al hotel mi compañero de trabajo y amigo mío; sacándome del escollo que me veía sumiso.

Bajé con él al hall del hotel; viendo allí a Blanca, sentada en un butacón: Como esperando a alguien conocido de ella. Despedí a mi amigo y me dirigí a donde se encontraba la hija de Ceferina; saludándola una vez más con todo el placer del Mundo. Demostrando mi alegría, por todos los poros de mi cuerpo.

Desde luego, esa chica quería una simple amistad conmigo; se la notaba bien; tanto por sus gestos como por la manera de hablarme ella.

Yo por mi parte estaba indeciso de querer tener una amistad con aquella chica; por lo que me había ocurrido con sus padres y con ella, hacía unos días. Pero por otra parte no deseaba tener esa pequeña amistad; como para propinarme una buena compañía, allí donde fuese, con esa chica.

Y en vez de ponerla mala cara, la sonreía las pocas gracias, que me estaba haciendo aquella chica; pues por otra parte, aunque no era excesivamente bonita, no estaba de mal ver.

Sopesando los pros y los contras: Salí con aquella chica del hotel, camino de una cafetería. Y en aquel establecimiento, me pude dar cuenta de la belleza que tenía en su Alma metida, Blanca.

Mientras más hablaba, más me cautivaba sus palabras; totalmente elegidas para tal ocasión. Pues sí, minuto que pasaba con ella, minuto que me seducía su conversación. Hasta su olor característico a nardos propios, me seducía; para mirarla de frente y escucharla con agrado y con interés.

De allí salimos hacia el teatro; ya que como ella me dijo: Tenía dos entradas para la sesión de las nueve de la noche. Sentándonos en nuestras correspondientes butacas; con el sumo interés de saber si ella me aceptaba como amigo: Por lo menos eso.

En el montaje de la obra, hubo una escena que existía la pena demostrar la sensibilidad que uno tiene por dentro de sí; por eso la eché un brazo sobre su hombro: Quitándomelo enseguida de su cuello y de su espalda.

La mirada, que me echó en aquel momento fue de represión hacia mi persona; ya que nos estábamos conociendo y no debíamos correr mucho, en nuestras relaciones de simple amistad.

Pues sí: Sí me entró un poco de vergüenza, al no haber podido retenerme en mis impulsos de poco afecto simple y noble. No sabiendo yo; hasta qué punto me tenía, Blanca, ese afecto que yo creía me tuviese.

Salimos del teatro, como pensando el uno en el otro: Con ese afán de querer saber la verdad, de lo que nos estaba pasando. Y como yo soy un caballero,

quise pedir un taxi para que la llevara a Blanca a su casa; cosa, que ella se opuso, cogiendo el autobús hasta las inmediaciones de la majada.

Penetrando en la finca, llegamos hasta el chozo-casa, saludando yo a sus papás; dándome cuenta de lo mala que estaba su mamá de Blanca.

La vuelta, hacia el hotel, la hice sin poca luz y poco sosiego; al no poder ver bien el camino, hasta la primera calle de la Ciudad. Tarzán, que era uno de los perros de la majada, se vino conmigo: Fue él, el que dirigía mis pasos. Volviéndose, el perro, a la majada; una vez que estuvimos en aquella media calle y cerca de la parada del autobús. Era el último autobús de la noche; alegrándome la vida, al ver el letrero del autobús, hacia su procedencia.

Bajé del autobús con alegría simpar; pero pronto tuve que bajar a tierra, al ver a la señora Lucía haciéndome señas con la mano, para que me acercase a ella. Y yo con disimulo, me acerqué a esa señora para ver qué me quería decir.

LUCÍA -. Le vengo a decir: Que si usted se aloja todo el mes en el hotel, le costará caro. Yo tengo una pequeña casa y se la puedo alquilar.

Quedamos vernos al siguiente día, para ir a la casa de la señora Lucía: Pero aquella, misma noche, me alojé en el hotel; quedándome un tiempo, leyendo en digital obras literarias. Y así, como a las dos de la madrugada, llamaron por el terminar interno del hotel a mi habitación; para que hiciese el favor de bajar de inmediato; pues tenía una llamada telefónica.

Era Blanca, para que pidiese un taxi; pues su mamá se encontraba, en su enfermedad, muy delicada. Yo la hice llamar un taxi a la señora recepcionista del hotel; portándose a las mil maravillas aquella señora conmigo. Pues en poco tiempo tenía la taxi en la puerta del hotel.

Salí del hospital a las cinco de la mañana; cuándo la llevaron a la señora Ceferina a planta, haciéndola el ingreso; pues no estaba para llevarla a cuidados intensivos. En el hospital se quedaron, el señor Cándido, con su hija, Blanca.

Yo no llegué a la casa, que tenía contratada; por tenerla que buscar, en aquella maraña de casas y chabolas, a la vez. Pero, ¡UF!; cuándo la encontré: Y todo ello fue debido al señor que tenía el colmado cerca de aquella vivienda.

SEÑOR -. ¡Señor!: Es el número ocho de esta calle.

Miré aquel hombre, como dándole las gracias; pero como se lo tenía que decir era de palabras: Así que me salieron unos vocablos, bien pronunciados.

SAMUEL -. Gracia, señor. Le estoy muy agradecido, por su información.

Me eché en la cama, quedándome dormido de inmediato: Sin pensar en nada y sin querer saber nada del Mundo. Y así, como a las once de la mañana me desperté con un hambre atroz; bajándome a la cantina, para probar bocado alguno.

Estaba siendo cruel conmigo mismo; por no darle al cuerpo lo que necesitaba, aquella misma noche: Olvidé algo fundamental para mí, el dar sustento a mi cuerpo.

Volví a la casa que yo tenía alquilada y al poco tiempo sonó el timbre de la puerta: Siendo la señora Julia, que quería la acompañase a la casa de la majada. Pero antes nos paramos en la puerta del cura párroco; que ajustándose bien la tirilla sacerdotal, nos acompañó hasta la casa del señor Cándido; pues ya se encontraba dentro de su casa, haciéndose el desayuno.

El señor Cándido nos miró y en vez de arredrarse, partió más pan, para tostarlo. Y poniéndonos un bote de miel y una garrilla de mantequilla, nos hizo que le acompañáramos en aquel desayuno del día.

Antes de terminar desayunar todos y, cuándo ya estábamos recogiendo los platos; vimos llegar un taxis, que parándose en la puerta de aquel chozo, conseguía el señor taxista y Blanca, que bajase de él, la señora Ceferina.

Parecía que la señora Ceferina se encontraba repuesta de la enfermedad que la había aquejado el día anterior. Y al parecer, era así: pues de momento se

encontraba mal y al cabo de unas hora, se la pasaba su decaimiento moral: Que era el mal que tenía la señora Ceferina.

Por la tarde, hasta nos hizo acompañarla al río, la señora Ceferina. Y en un remanso de aquel aprendiz de río, tomó agua fresca: diciendo, - qué bien me sienta -.

Yo no estaba conforme que la señora Ceferina bebiese de esa agua; pues hacía tres días vi beber de aquel río a un par de ovejas, descarriadas, fuera del redil.

Cuándo miré para atrás vi la silueta de Blanca; ya que el Sol me quitaba su visión, por los reflejos de sus rayos, que incidían en mi retina.

Aunque su papá estaba con su mamá un poco más separado de dónde yo me encontraba; Blanca, decidió venirse conmigo.

De allí no se había movido nadie; por lo menos nadie se había marchado de esa casa: Contando cada persona su historia, tal y como la viniese en ganas.

La conversación cogió un derrotero agradable: Hablando de finanzas, entre ellos; pues la señora Julia, quería que comprase el señor Cándido la finca que lindaba con la majada. Yo permanecía callado; viendo en esa compra una expansión más para que las ovejas tuviesen agua en abundancia. Por otra parte, me parecía bien, si el ganado tuviese un abrevadero propio, hacerse con más ganado.

El único escollo que vi en esa transacción económica, era: ¿Quién financiaría dicha compra?; sí aquella familia, tenía un pequeño rebaño de ovejas y un chozo en una parcela pequeña: No dando pie, para que una entidad bancaria le financie dicha compra, al señor Cándido.

Pese a mi mutismo, se me veía en la cara las ansias que yo tenía para que el señor Cándido pidiese el dinero de aquella compra a un banco. Pero mis deseos, se vieron troncados al decir el Señor Cándido, lo que él quería hacer, en aquella ampliación de terreno; no más de diecisiete hectáreas. Y hasta se envalentonó; diciendo que, también quería agenciarse el otro terreno

colindante al río. No más de veintitrés hectáreas; que con las diecisiete hectáreas que tenía él, ya era una extensión considerable de terreno: Unas cincuenta hectáreas.

Todos ellos me miraron a mí, como esperando que yo les dijese algo. . .Y como tardaban dejar de mirarme; no tuve más remedio que comenzar a decirles lo más fundamental de aquella finanza.

No puede, usted, señor Cándido; ver cómo se las apañará en la obtención del dinero que costará la compra-venta de dichas parcelas. Es ir a una entidad bancaria, pidiendo un préstamo para gestionar dicha compra de esas parcelas, bien situadas: A la vez, que los dije, lo que yo había pensado momentos antes de mi irrupción, con una suscita explicación contable.

Como toda persona que no sabe, pero quiere ayudar a otra; la señora Julia, tomó la palabra al decirme algo.

JULIA -. ¿No le puede usted ayudarle?. . . Es banquero. . .Conocerá a alguien.

SAMUEL -. No es mi sucursal bancaria. Pero ya que usted, señora Julia, se ha referido a mí; la diré, que hablaré con una persona que conozco. . .?. . . ¡Ya veremos a ver!, que es lo que se puede hacer.

Vi, en la cara de todos ellos, un atisbo de conformismo y alegría; queriendo esperar a los acontecimientos de mi visita a un conocido mío.

No sin antes, decirle al señor Cándido; que no aumentase el ganado, no antes de tres años: Pues al principio tendría que pagar más (TIN), tipo de interés anual y el (TAE), que es la tasa anual por el préstamo que capitaliza en él. Ya que el ganado comía todos los días; no solamente hierba, si no también pienso.

Como estábamos cerca la calle, que delimita la majada con el sistema urbanístico, el señor cura párroco se despidió de nosotros allí mismo; esperando Julia, que aquel sacerdote se alejase un poco de la majada; para despedirse ella misma de nuestra compañía.

Yo quise hacer otro tanto de lo mismo: Pidiéndome Blanca que me quedase con ellos, para almorzar y así tener un tiempo de charla.

Ya en la casa-chozo, se pusieron la ropa de estar en casa las dos mujeres. Y como estaba viendo a la señora Ceferina cambiarse de ropa, a través de una rendija abierta entre las pajas que forman las paredes del chozo; me estaba poniendo nervioso perdido: Aunque a escondida, yo estaba viendo cambiarse de ropa, a dicha señora.

Al tiempo de la merienda se la ocurrió, a Blanca, ir a la huerta para coger unos puerros, como así lechuga para la ensalada y unas zanahorias, para la misma.

En ese lugar, también había un chozo; pero esta vez hecho, la mitad de piedras y la parte de arriba de palos, encuadrados con unas tablas. Estaba, ese chozo, más acorde con los años venideros.

Entrando en él, me pude dar cuenta que tenía más confort que el chozo que había en lo alto de la ladera. Pero a la vez: En el chozo de la ladera; había más visibilidad, que en la misma falda de esta, donde se encontraba el chozo de la huerta.

Blanca: Se me quedó mirando, fijamente, a la cara; con ojos de gavilán solariego. Con ese afán de decirme algo, o de comerse a su presa de un bocado.

SAMUEL -. ¿Qué me miras?: Tan fijamente a la cara.

Blanca, se quedó cortada de momento; pues en un resoplo de su respiración, me contestó a mi pregunta.

Y acercándose a mí, me quería agarrar por las solapas de mi chaqueta; creyendo yo que a Blanca la estaba pasando algo y no bueno. Hasta que abriendo la boca, me dijo unas palabras bien pronunciadas, para que yo las entendiese.

BLANCA -. Samuel. . .?. . .No.

SAMUEL -. ¡NO!; ¿El qué?

BLANCA -. No me hago. . . (Un tiempo de mutismo).

SAMUEL -. De qué, ¿no te haces?

BLANCA -. No me hago sin ti.

¡Acabáramos!; pues esa expresión llana, lo decía todo. Dándome a mí pie para que yo la contestase enseguida con otra expresión idéntica a la suya.

Y aunque estábamos muy cerca el uno del otro; ninguno de los dos, nos atrevíamos a dar el primer paso; aunque ya la tenía yo a Blanca, completamente abrazada.

Poco a poco, fuimos juntando nuestras caras; para darnos un beso de amor, no fingido: Pues de repente, se me encendió mi pecho; pareciendo un volcán no extinguido. Abrasándome por dentro, esas llamas, que se sienten, en esos momentos de amor tan correspondido.

Eso fue el principio de un gran amor. Ahora, tenía yo que tener cuidado con eso de: " A escondida".

Una galimatías poco agradable para mi persona; pues con voz confusa, la dije algo, que la tuve que repetir una vez más.

SAMUEL -. Yo. . .Yo, también. . .

BLANCA -. ¿Qué dices?

SAMUEL-. Que yo tampoco no me hago sin ti.

Nos volvimos a dar otro abrazo, que era el preludio de una iniciación amorosa entre los dos, Blanca y yo. Siendo ese principio el comienzo de nuestro noviazgo. Y para que sus papás, no creyesen nos estaba pasando algo, nos dirigimos, rápidamente, hacia la casa de sus progenitores.

En el camino, desde la huerta a la casa, fuimos hablando sobre las necesidades de sus papás; pues el sustento, solamente era de la huerta y de

las ovejas: Del producto lácteo que daban y sobre la venta de estas. Con alguna que otra docena de huevos, vendidos a los vecinos de aquel barrio.

Antes de entrar en la casa-chozo; vimos llegar por el camino que había desde la media calle hasta el chozo, a la señora Lucia; toda ella bien engalanada: Con su mejor vestido y sus buenos abalorios.

Entró antes en la casa la señora Lucia; ganándonos a, Blanca y a mí, por pies. Y al entrar en la casa, oímos ciertas palabras de compra-venta. Ya se estaba fraguando aquella transacción económica, de poco dinero; pero lo suficiente, como para no poder hacer frente aquel matrimonio a dicha compra de aquella pequeña parcela de terreno.

Yo permanecía callado; pues sé lo que pasa en esto casos; cuándo en general, todo se cree atado y bien atado por la Ley: Siempre hay quién lo ve de otra manera.

No sabía si salirme de la casa-chozo, o por el contrario; permanecí allí mismo, callado y bien callado: No dando señales de querer saber nada de aquella compra-venta, que se hiciese, bajo poder notarial. Permaneciendo como firme ante aquella discordia, de sí: -. Yo vendo, porque es mía la finca -.

Alegando Lucía, que esa pequeña parcela la pertenecía a ella por herencia maternal. Y estándola escuchando los papás de Blanca, con todo el interés del Mundo.

Aquellas palabras, que decía Lucía, estaban como colgadas en el aire; hasta que en un momento determinado, apostilló algo que a mí me chocó mucho.

LUCÍA-. Aunque se lo juegue el dinero, mi marido, en una cuatro la.

Estaba siendo una contraposición matrimonial, que solamente se resolvía en los tribunales. Ahora sí, que decidí salirme de aquella casa-chozo; para dar un paseo a su alrededor. Ya que las relaciones matrimoniales, tienen más peso, ante la justicia.

Afuera de la casa-chozo; solamente se encontraba Tarzán, que moviendo el

rabo, se acercaba a mí, para que yo le hiciese una caricia. Cuando miré para atrás, pude ver que me seguía Blanca con todo el amor de su voluntad.

Viéndosela esos deseos de quererme en la misma cara; por lo tanto, yo no podía hacer otra cosa; más que recibirla con todo mi amor y mi honradez.

BLANCA-. Parece que no te quieres comprometer, en la compra-venta

SAMUEL -. En las transacciones económicas, no sabe nadie cómo va a resultar; tanto, el modus operandi, como el arreglo entre ambas partes.

No volvimos hablar, ni una sola palabra; desde aquel preciso momento, que yo, expresándome en forma contable, la desilusionaba a Blanca, en aquella compra-venta que sus papás querían hacer con la señora Lucía.

Cuando volvimos, Blanca y yo, a la casa, sus padres querían ir al señor Notario: Y ahí sí entré yo, con mucho interés; para que no fallasen, el señor Cándido y la señora Ceferina. Diciéndolos: Que primero buscasen un abogado, para que los asesorase.

Así lo hicieron; viendo aquel abogado un fallo de forma en el contrato que hicieron, entre los padres de Blanca, con la señora Lucía. Y era que había una premisa represiva contra la señora Lucía. No pudiendo existir, tales premisas represivas, para el propietario de la finca: Parándose, de inmediato, todo proceso en aquel contrato de compra-venta.

Yo fui hablar, con el director de aquella sucursal bancaria; poniendo todo mi empeño, en demostrar las cualidades morales de ese matrimonio, formado por: La señora Ceferina y el señor Cándido.

DIRECTOR -. Me habla usted, señor Samuel, muy bien de esos clientes de la sucursal del banco, que yo dirijo; siendo usted mismo, empleado de dicho banco.

SAMUEL -. Pongo todo mi interés en hablar bien de ese matrimonio; los señores, Cándido y Ceferina: En cuanto a su moral y a su manera de estar en la sociedad. No en sí, en la forma de tener capacidad, suficiente, adquisitiva

monetaria. Dependen de un ganado, de pocas cabezas y de una huerta, de pocas áreas de terreno, cultivable.

DIRECTOR-. Usted, lo ha dicho.

SAMUEL -. Comprendo que necesiten un aval bancario: Tanto, si es personal, como si es exponiendo sus pertenencias ante el contrato anual.

Comprometiéndome yo, como; buscar la forma de avalarlos: Ya que como empleado de ese banco, él mismo, no me dejaba ser avalista; al decirle el mismo reglamento interno del banco.

Me fui, en un viaje relámpago, a Madrid, para hablar con el señor director de la sucursal donde yo trabajaba: Explicándole mi caso, con palabras concisas y no dando ninguna clase de rodeos en mis explicaciones; no sin antes haber visto el contrato que hizo un compañero mío, en dicha sucursal bancaria: Saliéndole a las mil maravillas.

Era un contrato de arrendamiento, de quince años; con idea de comprar la casa el arrendatario, al término de esos quince años: Dando lo que le faltaba pagar, por el precio de aquella casa, en la compra-venta. Se sumaban todas las cotas pagadas durante esos quince años y se restaba por el precio total que reseñaba, valía la casa, en la compra-venta.

Cuándo se enteró el titular de aquel expediente, que era un compañero mío; tomó pie en polvorilla, riéndome por tales visualizaciones.

COMPAÑERO -. Tú, ¿por qué tienes qué mirar mi expediente?; no estando en el negociado hipotecario.

No había salido de la sucursal, cuándo me llamó el señor director de la sucursal bancaria, anunciándome algo, que era beneficioso para mis intereses, entre la familia que quería formar.

DIRECTOR-. He visto, que en esa plaza, hay un puesto a cubrir, como interventor de esa sucursal bancaria.

SAMUEL -. ¿Tengo bastante baremo?: Como para cubrir ese puesto, que me

está usted diciendo.

DIRECTOR -. Está usted en la escala.

Se quedó en formalizar la petición de mi traslado, al principio del siguiente mes; pensando yo, que no podía pedirla, al estar de permiso oficial, hasta que no comenzase a trabajar, en mi puesto asignado.

Cuando llegué a la ciudad, donde vivían: Cándido, Ceferina y Blanca, no dije nada de lo sucedido en la sucursal Principal; no fuese a ser, que todo se truncase, para mis intereses personales.

A mi simple parecer, tantas prisas por qué me trasladase de plaza; no solamente de sucursal: Era, tal vez, porque el señor director de mi sucursal, quería verme lejos de su lado; ya que desde el primer momento, me eché yo la carga, de ser una persona que le iría dar dolores de cabeza a aquel señor.

Tanto era así, que cuándo llegó primero de mes, ya me tenía, el señor director de la sucursal bancaria, el impreso relleno encima de mi mesa.

Diciéndome el señor director de la sucursal en Madrid, algo que me hizo pensar y mucho; pues todavía no sabían el puesto que se me iba a designar.

DIRECTOR -. Espere usted a la credencial, para trasladarse de plaza.

En cambio, no me dijo: De sucursal. Creyendo yo, que aquel señor sabía más que yo me imaginaba.

Siendo la plaza la misma Ciudad, donde vive Blanca y sus papás; yéndome ese mismo día a esa localidad tan bonita y agradable, para poder estar dos días con Blanca: Mi prometida.

Como era viernes y el sábado no trabajábamos: Me vendría bien pasar con Blanca dos días, en perfecta compañía y armonía personal.

Llegué directo a la majada; quedándome el coche, en una de las calles colateral que existían cerca del redil. Y para más inri; me recibieron los papás de Blanca con todo el afecto, que mi persona se merecía: O por lo menos, así

lo creía yo.

Pero, cosa curiosa: No me invitaron para que me quedase a cenar, aquella misma noche. Ni tan siquiera se encontraba allí Blanca. Y como yo tenía la llave que me habían dejado, en su día, la señora Lucía, me fui a su casa; pues todavía la tenía contratada: Ya que dicho contrato regía dos meses: Estando en el segundo mes de alquilé.

¡UF!: cuándo me levanté por la mañana. Se encontraba allí el marido de la señora Lucía; mirándome con una cara de espanto.

MARIDO -. ¿Qué haces aquí?

SAMUEL -. Eso le digo yo.

MARIDO -. Es mi casa.

SAMUEL -. Pero yo la tengo alquilada dos meses. . .Este mes, es el último.

Antes que se adelantara el marido de la señora Lucía, me adelanté yo; diciéndole la fecha del contrato, que tenía hecho con su mujer.

Aquel señor, me cogió de un brazo; diciendo algo, que nunca olvidaré: Mal sonante para mis oídos y poco agradable para repetirlo. Soltándome el brazo y haciendo una indicación con la mano, de querer romper algo en aquel salón de la casa.

Pasó todo lo contrario de lo que yo creía: No rompió nada; saliendo de casa sin decir una sola palabra: Como si fuese un corderito.

A las diez de la mañana, salí de casa con destino hacia la iglesia, oyendo en ella la misa; con el semblante serio y el carácter con mis cualidades bien definidas.

Yo hice por acompañar a los papás de Blanca y a esta, hasta su casa-chozo; volviéndose la chica, para decirme algo, que no fue de mi agrado.

BLANCA -. No, Samuel: Hoy, no nos acompañes

Quedándome de piedra, como quién ve visiones. Me paré en el acto; para ver si pasaba algo; que yo no llegase a comprender. Y pese a la cara que puse; toda ella aciaga y como sorprendido: Blanca, ni se inmutó.

Y presenciando desgracia o mala suerte, para mi persona; me volví hacia sí, despidiéndome de todos ellos con un -. ¡Adiós!; buenos días -. No oyendo a nadie de aquella familia despedirme como yo merecía.

Llegué a la casa que tenía alquilada, con la Alma desecha y los ánimos por los suelos; al ver, en aquel acto reprochable, el poco sentido que habían tenido conmigo.

Era la hora de la comida, no teniendo arreglado nada, para llevarme a la boca; ni nada quería probar, por el desequilibrio mental, que me produjo aquel recibimiento desaprensivo, por parte de los papás de Blanca.

Estando recostado en la cama, recibí una llamada en el móvil: Eran los papás de Blanca, invitándome para tomar el té a las cinco de la tarde. ¡Algo era algo!; pues ya decía yo, que el cortar de esa manera nuestra amistad, no sería propio de Cándido y de Ceferina.

Hacía ya un cuarto de hora, que permanecía solo, dentro de la casa-chozo; cuándo se me ocurrió tomar un vaso de agua: Y abriendo la nevera, me pude dar cuenta, que en ella no había alimento alguno; como no fuese una lechuga, dos zanahorias, cebolla, puerros y poco más o menos de alimentos en ella.

Respiré a fondo; al saber, que la despedida dada aquella misma mañana a mi persona, tan seca y tan decepcionar para mí, era consecuencia de que nada tenía para ofrecerme en una merienda normal, como invitado de la casa.

Por ese motivo; nada más tomar el té, me despedí de ellos; con un: ¡Hasta luego!: Ya que así fue. Pues cuando llegué al asentamiento, entré en el colmado, agenciándome parte de los embutidos, que allí había, presentándolos a los posibles clientes. Dándome cuenta, que en aquel colmado existía más avituallamiento que en otros tiempos.

Aquel asentamiento, se estaba convirtiendo en una villa; siendo una pedanía de la Ciudad. Se veían las personas mejor vestidas y con más alegría. Así como las casas, no sabiendo yo; si eran todas las fachadas, o por el contrario, el interior de las casas: Las que estaban bien pintadas y bien arregladas.

Con bastantes alimentos, me presenté, esa misma tarde, delante del matrimonio: Cándido y Ceferina. No poniéndome buena cara ellos dos; a ver que yo les había comprado tantos víveres, como subsistencia.

Teniéndome esa repulsa a mi acto caritativo, aquel matrimonio; entró Blanca en la casa-chozo y, al ver que sus papás estaban cohibíos delante de mí, se quedó parada, sin saber qué decir.

La naturalidad que presentaban los papás de Blanca, no era normal en ellos; así, que al ver yo el acto de repulsa que hizo mi prometida; enseguida me adelanté, en la explicación.

SAMUEL -. Los he regalado unas viandas, a los papás.

Y abriendo la nevera, presentaba yo, toda ella llena; aquel frigorífico, antes vacío. Pero con una salvedad; que no gustó mucho aquel acto que hice yo: Parecía como si los hiciese de menos, o tal vez eso no existiese entre su sociedad clasista.

Yo agaché la cabeza, en acto de sumisión hacia esa familia; que con tanto esmero me acogía en su casa: Cosa que surtió efecto, pues al momento se volvieron sus caras más adictas a mi persona. Y mi persona, se conformaba con ver a esa familia a gusto y alegres conmigo.

Comenzó la salida en aquella choza, Blanca: Pero antes de salir de la casa, me hizo un gesto para que la acompañase; saliendo yo detrás de ella con paso ligero.

Creí que se pararía, nada más salir de aquel chozo; pero vi que era todo lo contrario, pues Blanca seguía su camino: Y así, como a unos veinte metros de la casa-chozo se paró, para mirarme a la cara y decirme unos palabras.

BLANCA -. ¡Mira!, Samuel. Eres bien venido a casa siempre que tú quieras; pero ese acto que has hecho, el traer comida a casa, no se da entre nosotros.

SAMUEL -. Perdona; creí que hacía lo más correcto.

No tuve contestación por parte de Blanca, que echándose el pañuelo del cuello hacia atrás siguió su camino, indicándome con la mano para que la siguiese yo.

Ya, en la orilla del río se sentó Blanca; encima de una peña que había allí y cerca de unos juntos: Donde el frescor del agua se percibía más.

Yo me había sentado cerca de ella, pues la peña donde se sentó Blanca tenía bastantes centímetros; como para dejar sentarse en ella a dos personas.

Blanca al verme cerca, me puso la mano en una rodilla; creyendo yo, que podía hacerla una caricia en el pelo y darla un beso en la cara; pero me confundí de pleno. Blanca retiró la cara, para que no la besase; haciéndose un poco más lejos de mí, en la misma peña.

No podía pasar este hecho por lo alto; así que moviéndome un poco, para que viese no estaba a gusto con ese acto de retirarme la cara, la comencé hablar de nuestra situación.

SAMUEL -. ¿Te has dado cuenta de lo que me has hecho?

BLANCA -. ¿Qué he hecho?

SAMUEL -. Haz provocado una situación, de desorden en mi subconsciente. Estoy en una situación muy mala.

BLANCA -. ¿Qué situación?: pero qué ¡situación!, me cuentas.

La cogí de un brazo a Blanca, para que no pudiese huir de mí, quedándose quieta en el mismo lado que ella se encontraba y así pude arrimarme más a ella; para hablarla de nosotros dos.

Comencé a decirla, en qué situación cree ella que estábamos: Si a caso éramos amigos, o por el contrario éramos novios, de hecho y por derecho; ya que yo fui a visitar a sus papás, para que me diesen su bendición.

Me miró de frente, como asustada por lo que yo la estaba diciendo, en aquellos precisos momentos; así que acercándose, todavía más, me dio ella

un beso en la cara.

Menos mal a eso; pude comprender que ella me aceptaba de buena gana; no viendo yo mucho cariño en ella: Pero que al parecer, todavía no la había llegado esa ilusión de verse querida y de querer, ella también.

Así que yo no veía ese fuego interior en Blanca, como tienen todas las chicas. Ese ardor en el pecho, ese sentirse la mujer más agraciada del Mundo y esas ansias de vivir.

Pero lo malo no era eso, que lo malo era; que yo había pedido el traslado a esa sucursal bancaria... Y ahora, ¡qué!

Todo lo tenía en el aire: Hasta mi existencia en aquel pueblo tan bello; en donde yo me encontraba feliz y dichoso por estar viviendo en una urbe aparente para mis deseos.

Y mis deseos eran, vivir tranquilo: Y qué más tranquilidad podía tener, que en aquel dichoso pueblo; tan sencillo y tan acogedor, gracias a sus moradores, tan nobles y tan buenos.

Pero como la vida sigue: Yo seguí con mi trabajo y visitando asiduamente al matrimonio, formado por Cándido y Ceferina, al ir para visitar a su hija Blanca.

Sí; pues aquel día todo me parecía a pedir de boca, saliendo de la sucursal bancaria con más alegría en mi cuerpo que nunca. Intentando llegarme a la majada, para ver a Blanca: Pero pronto tuve que desistir de tal proyecto, ya que la vi acompañada de un chico en plena calle, toda ella embelesada con aquel chico y a gusto con su compañía.

Y para ser cortés y respetuoso con Blanca, me di media vuelta; para no oír la conversación que sostenía la chica con el chico. Pero con todo y eso oí, sin querer; que Blanca le llamaba Ernesto.

Un funcionario, un tanto engreído de algunas de sus cualidades, según él; porque es lo que yo, no le veía ninguna cualidad que sobresaliese y valiese la pena de ser admirada.

En vez de arredrarme, aquella misma tarde me fui a la majada para ver a Blanca, cogiendo allí a Ernesto: Que estaba cosechando, junto con la chica, zanahorias, puerros y lechugas. . .Muy bien; pero que muy ¡bien!

A penas me saludaron los dos amigos, que parecían amigos de la infancia por lo bien que se llevaban. Y yo allí, entre los dos; como un ser invisible.

Era más: Que a la hora de la merienda, nadie me dijo que me quedase, para probar bocado alguno; así que me despedí de todos ellos, sin ponerme impedimento, para que yo no me marchase a mi morada. Siendo el mismo hotel donde me alojé en mis vacaciones estivales; hasta que encontrase un acondicionamiento mejor para mi persona: Más íntimo y más acorde a ser un hogar.

Pero al bajarme del autobús, vi un rótulo poniendo el nombre de Blanca y la clase de doctora que era ella; a la vez que me crucé con Julia, en el camino del hotel. Esta se paró conmigo diciendo algo, que me llegó a lo más íntimo de mí ser.

JULIA -. Ya le dije yo, que desconfiase usted de ese matrimonio.

Me callé por honradez y porque yo no sabía lo que, en realidad, estaba pasando con Blanca en aquellos días de tener un nuevo amigo. Pero eso, lo resolvería yo en un solo día.

Tomando fuerzas de comprensión, hacia mi persona, conseguí pedir día y hora en la consulta de Blanca. Y ¡AY!; cuándo me vio entrar en su consulta.

Blanca, se puso de pie; con la cara totalmente desencajada, por el mucho esfuerzo que estaba haciendo con los músculos de su faz, para ocultar su desavenencia con mi persona. Pues entre los dos, no había ninguna clase de acuerdo, que se pudiese parecer a lo que en sí tienen los novios.

Yo la quise dar un beso en la cara, rehuyéndome del todo; para irse a cerrar la puerta. Y entonces, Blanca, y solamente entonces, se vino a donde yo me encontraba, en aquella consulta; dándome un beso en la mejilla, con todo el deseo del Mundo.

Aquel acto que hizo Blanca conmigo, me cogió descolocado: Sin saber yo, el por qué de ese ímpetu momentáneo, que tuvo Blanca, para darme aquel beso tan amoroso y tan espontáneo.

Pero eso sí: No fue impedimento, para que yo la hablase de nosotros dos, sin ninguna clase de cortapisa, en la conversación. O eso creía yo, que fuese hacer.

SAMUEL -. Blanca, yo. . .

Alcé el dedo índice, sin saber por qué; ya que no me salían las palabras tan fácilmente. Y al verme así, apostilló Blanca.

BLANCA -. Eso está mejor. No digas nada.

SAMUEL -. Pero. . .?. . .

BLANCA -. ¿Qué te he dicho?

SAMUEL -. Está bien.

Antes de levantarme del diván del psiquiatra, pregunté a Blanca por el precio de la consulta; diciendo la ella, muy amablemente. A la vez que saqué de la cartera el dinero para pagarla.

Enseguida se adelantó Blanca, cogiéndome de la mano; para que guardase el dinero y no la pusiera nerviosa, como al parecer la estaba poniendo.

BLANCA -. ¡Anda!, anda: Guárdate ese dinero. . .Tú has acopio de dinero. . . ¡UF!

No sé que significaría ese ¡UF!, dado con tanta fuerza y maña: Dándome cuenta, que la dirección la llevaba ella, por completo.

Antes salir de consulta, me dio dos besos, en cada mejilla; quedándome sin poder decir palabra alguna.

Lo que sí entendí, en plena calle a la señora Julia, algo que me sentó mal para mis adentros; pues señalándome calle abajo, me indicaba a quien veía.

JULIA -. Mire usted, Samuel, quien va calle abajo.

Mirando yo fijamente, pude darme cuenta a quien señalaba Julia: Era Ernesto, que había salido momentos antes de la consulta, al parecer.

Ya éramos dos; según mi parecer. No sabiendo yo el por qué de aquel trato tan exquisito como tuvo Blanca conmigo hacía, solamente, un par de minutos.

Que por otra parte, estaba a punto de darme un soponcio, a pensar tantas cosas malas, como se me venían a la mente en aquella hora aciaga para mí.

Y señalándome unos frascos que llevaba en las manos Julia, me decía a la vez.

JULIA -. Es elíxir y del bueno.

Yo me quedé como anhelado, por saber eso; así que corrí para dar alcance a Ernesto. Viéndole como yo iba un día: Como sonámbulo por la calle y sin saber qué dirección tomar. Los ojos los tenía fuera de las órbitas y los labios totalmente hinchados.

Como había hecho que se parase Ernesto, llegó la señora Julia sin frasco en las manos; aprovechando ese momento para preguntarla a dicha señora por la fórmula mágica de aquel elíxir mágico.

JULIA -. Lo hago yo.

Diciéndome las hierbas que cocía y los ingredientes que echaba en esa olla; para que surtiese efectos alucinógenos.

Sin pensarlo, me fui corriendo a la consulta de Blanca; pensando que todavía tendría el frasco sin abrir, que no había dado aquella sustancia a ningún otro paciente.

Al verme entrar de esa manera Blanca, se lo imaginó: Y máxime, cuándo sabía la posibilidad de que nos hubiésemos cruzado la señora Julia y yo.

Se levantó de su sillón, dando dos pasos; hasta colocarse cerca de mí. Y con mucha artimaña y estilo, me preguntó algo; para disimular delante de su paciente: Pues esta vez era una chica, de no más de veinte años.

BLANCA -. ¿Pare, que has perdido algo?

Alcé el dedo, pero me quedé ahí; con el dedo índice hacia arriba: Para contestarla, después de mirar a su paciente, con cara de circunstancias.

SAMUEL -. He perdido mi guía.

No se arredró Blanca, diciendo algo que me sorprendió, por la rapidez que tuvo los reflejos.

BLANCA -. Es muy sencilla: Amar y querer.

Desde luego tenía respuesta Blanca para todo: Comprendiendo yo, muy bien, lo que ella me había querido decir. En un solo pensamiento, cogí la indirecta;

volviéndome a la calle sin haber visto, en la consulta, aquel frasco, que la había llevado la señora Julia.

Pensaba que había perdido de vista a la señora Julia, pero no: Se encontraba vendiendo cupones de la ONCE en una esquina, muy transitada. Pensé no decirle nada, a la señora Julia, para no molestarla; pero fue ella la que me echó el alto.

JULIA -. Espere usted. Tengo un cupón para usted.

Enseñándome un cupón, hacía como que me lo vendía, a la vez que me enseñaba una planta; que por sus efectos no era muy nociva para la persona humana: sobre todo, si esa persona pesa lo suyo.

La miré de frente, no diciendo nada; queriéndola dar el dinero del cupón, alegando ella algo.

JULIA -. ¿Pero me quiere comprar usted el cupón?

SAMUEL -. Tal vez me sirva para algo.

Pues no: Aquel cupón no me sirvió para nada; solamente para calentarme más y más la cabeza, al pensar de qué manera se empleaban esas hierbas, para que no dañase mucho a la persona en su ingesta.

Proseguí mi camino, pensando la manera que tenía Blanca para suministrar esas hierbas a los pacientes, y si acaso estuviese autorizada para ello. Eso, tal vez lo podía saber la señora Julia: Volviendo sobre mis pasos, hasta donde se encontraba esa señora vendiendo Cupones de la ONCE.

Al verme llegar hacia ella, otra vez, la señora Julia; y como se encontraba sola, no me hizo falta que la hiciese la pregunta pertinente. Pues ella, en voz baja, me lo dijo todo lo que yo quería saber.

JULIA -. Está autorizada para manejar dichas hierbas. Está en un grupo de investigación.

Estaría autorizada para manejar aquellas hierbas; pero no para probarla con ninguna persona, a mi simple parecer.

Aquel día no fui a la casa-chozo, para merendar con los papás de Blanca, ni con ella; así que al abrir la consulta, ésta, aquella misma tarde, tuve una llamada de ella a mi móvil. Lo suficiente, como para limpiar bien un frasco,

que yo tenía guardado, para llevármelo a la consulta.

Pero como pasa lo de siempre; y lo de siempre era, que cuándo una persona espera un tiempo, se pone nerviosa, toda ella. Así me puse yo, en aquella tarde de esperar a la hora que ella me dijo fuese a su consulta.

Me di cuenta, que iba cohibido del todo; mala posición para mí, ya que Blanca se daría cuenta de mi estrategia. Levantando el ánimo llamé en la puerta de la consulta, entrando todo ufano por ver a mi novia delante de mí.

Sin sospecha alguna, me senté en un sillón; esperando que Blanca me hablase: Pero antes de hacerlo, me hizo esperar de nuevo.

BLANCA -. Espera un momento. Voy abrir el ordenador.

Eso, sí; que fuese, que fuese abrir el ordenador. Mientras tanto yo indagaría por rincones y vericuetos; para ver si encontraba un frasco con aquella sustancia, en su interior.

Y en lo alto de una estantería, vi el frasco que la señora Julia la había traído aquella misma mañana. Y empinándome un poco, lo pude coger; viendo que dentro de él, existía parte de aquel brebaje; así que abrí el frasco que tenía guardado, vertiendo un poco en él, de aquel contenido.

Tuve suerte aquella tarde, pues antes de llegar a mí casa saludé a un conocido por parte del banco: Un químico, empleado en una empresa en aquel pueblo tan precioso.

Con mucho sigilo y tacto le hablé de aquella sustancia; entendiéndome a la perfección aquel señor: Que cogiendo el frasco, se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta.

No sé si me haría caso; pero hasta el día de la fecha, no he tenido contestación alguna de mi conocido. Por eso, digo yo, que no sería para tanto, lo que contuviese ese líquido, que contenía el frasco.

Los días trascurrían sin incidencia alguna; hasta el punto de tener que ir a la casa-chozo, encontrando allí a Ernesto, muy amable con Blanca.

No sabiendo yo, para qué había venido a la majada; si allí no hacía falta yo. Me di media vuelta y busqué la parada del autobús; pero antes que llegase el circular, vi a Lucía que llegaba a paso ligero a donde yo me encontraba.

No hizo falta que abriese yo la boca; pues antes de llegar a mí, cuando faltaban pocos pasos me comenzó hablar de algo, que yo al principio no entendía. Pero cuándo señaló a la capilla supe que se trataba de algo religioso.

Ahora tenía yo que poner atención, para saber qué me estaba diciendo Lucía; que al parecer se trataba del cura párroco, según ella.

Entonces fue cuando yo entendí, que aquel edificio se le consideraba Iglesia. Entrándome una congoja en mi Alma, que no podía con ella.

LUCÍA -. ¿Me entiende?, usted.

SAMUEL -. Si me lo explica, sin tantos nervios; tal vez llegaré a comprender lo que me dice usted, Lucía.

Se calmó un poco, para volverme a contar la misma retahíla que antes. Y ahora sí que entendí a la señora Lucia.

Se había quemado el cura párroco con el Cirio de la Iglesia; que al parecer estaba encendido continuamente en aquellas fechas.

Miré para la cantina; y como estábamos en sus traseras, no pude verla abierta, apostillando Lucía algo que me calmó los nervios, que me habían entrando por dicha noticia.

LUCÍA -. Sí, está abierta.

Corrimos los dos hacia la cantina, para llamar por teléfono; ya que me había dejado yo el móvil en mi casa: Mejor dicho, la suya. La casa de la señora Lucía; pues la había arrendado de nuevo, para estar más cerca de Blanca y sus padres.

SAMUEL -. Por favor: ¿Puedo llamar por teléfono?

CANTINERO -. No se oye a penas nada. Va a ser una llamada perdida.

Pero como se encontraba allí el marido de la señora Julia, Lucía se fue para él; pidiéndole el móvil a aquel señor.

Como el marido de Julia, permanecía impasible; tal vez no sabía lo que Lucía le estaba pidiendo, por el impulso tan enorme que hacía con sus palabras y con sus gestos.

Por eso, Lucía le comenzó a registrar los bolsillos de la chaqueta, sacándole el móvil que llevaba él consigo.

Tardó un poco llegar el taxis al asentamiento, de aquel barrio; viendo al cura párroco, totalmente quemado en un brazo. No se podía valer por sí solo; pues se le había prendido fuego la estola, el cíngulo y la casulla. Y menos mal que quedó ahí todo: Pues podía haber sido peor.

El sacerdote había estado rellenando de aceite unos velones, sin saber que las vestiduras se le habían llenado de ese aceite inflamable.

Al llegar al hospital, nos dijo un enfermero, con toda la sabiduría del Mundo, algo que nos sobrecogió el Alma.

ENFERMERO -. Podían haber llamado a una ambulancia.

Yo no sabía qué responder de inmediato; pero a los pocos segundos tenía que decirle algo, para que aquel señor se conformara.

SAMUEL -. Tiene usted razón. Pero en esta circunstancia no discurre una persona mucho.

Eso era verdad; pues yo no pensé en otra cosa, más que llamar a una taxis y así lo hice. Habiendo sido mejor, llevar al cura párroco en una ambulancia mecanizada.

Y ahora sí; desde el hospital llamé a Cándido, contándole lo que había pasado al señor párroco del poblado.

SAMUEL -. No se asuste usted, Cándido. El señor cura párroco está ingresado en cuidados intensivos, en el hospital.

CÁNDIDO -. En esta hora llegan aquí pocas taxis.

Así se expresaba el señor Cándido por teléfono. Y como yo sabía, eran buenos amigos; no le podía dejar con ese agobio dentro de su Alma. Por eso le dije algo, conformando su inquietud

SAMUEL -. Si me espera media hora, estoy allí con mi coche y con mi móvil.

No tardó el señor Cándido a dar aquello por afirmativo; sintiendo que se tranquilizaba él un poco, por la respiración más acompasada, que comenzó hacer.

CÁNDIDO -. Como usted quiera, señor Samuel.

No fue media hora lo que tardé llegar con mi coche a por el señor Cándido; fue tres cuarto de horas. Montando en mi vehículo toda la familia: Él, la señora Ceferina y su hija Blanca.

Llegando al hospital, estaban poniendo una cara malísima; pero cuándo estuvieron en la UVI, de cuidados intensivos; y sin poder ver al señor cura, todavía se los veía peor cara a los tres.

Máxime, cuándo el doctor le informó del estado del enfermo, el cura párroco. Al decirlos, que tendrían que trasladar al sacerdote al hospital de quemados intensivos.

Cuándo se fue el doctor, comenzaron a dar paseos por el pasillo del hospital; pero eso a lo primero, que más tarde no veían, ninguno de ellos, hueco para salir corriendo por los nervios que tenían.

Aquello me dio una idea del parentesco, que posiblemente tuviese el señor Cándido y el cura párroco: No tendría más que esperar, que todo lo sabría a su debido tiempo.

Estuvimos esperando como dos horas, para que nos dijese, otra vez más, el informe del paciente, el mismo doctor que nos informó a lo primero.

DOCTOR -. Me han llamado a mi consulta desde secretaría para que viniese a ustedes.

CÁNDIDO -. Sí doctor, hemos sido nosotros para que nos informe sobre el señor cura párroco.

El doctor, se nos quedó mirando con cara de escéptico. Y al verle de esa manera; también, nosotros desconfiábamos de algo que no nos habían dicho.

CEFERINA -. ¿Díganos?, doctor.

DOCTOR -. Se lo llevaron al hospital de quemados. . .?. . .Pero no se preocupen ustedes, que está en buenas manos.

BLANCA -. Gracias por decírnoslo, doctor.

No dio tiempo a más; pues salieron corriendo a más y mejor, hacia las afuera del hospital: Y yo, con ellos.

Abrí mi coche desde diez metros, con el mando; llegando yo el último al vehículo; para arrancarlo y salir raudo hacia la ciudad que nos habían dicho: En Getafe.

Por supuesto, allí nos informaron de que no podíamos ver al paciente; que era mejor esperásemos en casa los informes, o que llamásemos nosotros al hospital preguntando por él.

Al preguntar por el paciente al doctor, nos dijo, que estaba en estado crítico; pero controlando su evolución. Y al oír aquello, el señor Cándido pidió permiso para quedarse por la noche en el hospital; aceptando el doctor, que nos llevó a recepción de enfermería, en la misma planta. Allí nos dijeron lo que teníamos que hacer.

Gracias a personas particulares, pudimos saber cada hora el estado en que se encontraba el señor cura párroco. Y por la mañana, parecía que se encontraba estabilizado el mal del sacerdote; pero siguiendo su tratamiento.

De esta manera llegó el domingo; teniendo que hacer la hora al sagrario el señor Cándido, ayudado por todos nosotros: Ceferina, Blanca y yo.

Estaba abarrotada la capilla, no cogía más feligreses en ella; saliendo a la perfección la hora de rezo, que se marcó el señor Cándido; pues los libros están para algo.

Pero, aunque no hubo misa, aquellos rezos de esa hora, sirvieron a los feligreses para cumplir con su obligación de estar en completo recogimiento moral y religioso. Preguntando todos los creyentes, por el señor cura párroco; diciendo nosotros que se encontraba mejor: Que esperasen al proceso de curación.

La vida siguió entre nosotros: Unos en el banco, otros en la majada; pero sin ese estado de ánimo tan elevado como otras veces.

A los dos días de estar esperando informes del doctor; tuvo un contratiempo el señor Cándido con el ganado lanar: Ya que se había detectado, en una granja de un pueblo cercano, viruela ovina.

Pero que dicho brote estaba sin expandir: No habiendo dicho nada, la autoridad competente; así que cuando me enteré, por una confidencia, me fui rápido a la majada, para hablar con el señor Cándido.

El señor Cándido, me miraba atónito; sin saber qué decir, ni qué hacer con su ganado: Hasta que yo, en un alarde espontáneo, me atreví a darle un consejo.

SAMUEL - Venda, rápido, todas las ovejas.

Pero como el señor Cándido tenía su moral y su ética, consultó oficialmente con los veterinarios; diciendo estos, que no se había detectado en ninguna granja más, dicha enfermedad: Pero por motivos sanitarios humanos, tendrían que analizar el ganado de la granja.

Para no agravar más sus sentimientos de todos ustedes, pasaré los agobios enormes que sufrió la familia del señor Cándido.

Todo normalizado: El señor cura párroco en su parroquia, la familia del señor Cándido en la majada y yo trabajando en el banco, como empleado del mismo.

Aquel mismo día salí del banco, después de haber terminado mis tareas, viendo a Blanca paseando con Ernesto en plena calle. Pero cosa curiosa a otras veces; se los oía hablar a distancia de donde se encontraban ellos.

Entre que Blanca afirmaba algo, que yo no descifraba lo que era, y entre la negación que daba Ernesto, se me estaba complicando mi existencia; al no poder oír bien lo que hablaban. Y si me acercaba a ellos, un poco más; me podrían ver a simple vista.

Como vi que se sentaron en una terraza de una cafetería-bar: Todavía me puse más nervioso, por no poder arrimarme a ellos; me conocerían en el acto.

Pero como en la tienda de la otra acera existía, en el mismo escaparate un sin fin de sombreros; me fui a ella, para agenciarme un sombrero y una corbata: Así como un pañuelo de bolsillo, para el de arriba de la chaqueta.

De esta manera me senté en una silla, no muy lejos de ellos; para saber algo de su conversación, y coste que nunca lo he hecho. Pero en esta ocasión merecía la pena disfrazarme como otra persona, que no fuese yo.

No tenía mucha tirantez la conversación que estaban sosteniendo los dos amigos: Blanca y Ernesto. Pero merecía la pena oír eso de: -. ¿Y si me das más fuerte el producto empleado? -

Claro, que Blanca le iba a la zaga, sosteniendo la conversación; al decirle a Ernesto-. Ese producto está legalizado, en caso que tuviésemos que suministrarle -.

Otro, que estaba siendo estudiado, por su mente y por sus hechos. Y en realidad, ese tratamiento era legal en su praxis médica.

Yo estaba viendo, que una joven se estaba acercando a ellos, con pasos cortos; como indecisa. Pero al llegar cerca de donde estaban los dos amigos, en perfecta armonía, hablando: Tomó carrendilla, para llegar a ellos en el menor tiempo posible.

También me pude dar cuenta que a Ernesto le cambió la cara, por completo; Pues se le puso como un pimiento morrón: Colorada totalmente.

No tardó Ernesto levantarse de la silla, para darla a la chica un beso en las mejillas, con todo el afecto del Mundo. Y dirigiéndose a Blanca, la dijo.

ERNESTO -. Es mi novia, Sinforosa.

Blanca parecía que estaba cohibida del todo; no respondía nada, ni emitía ninguna clase de vocablo: Era más, que parecía saldría corriendo de un momento a otro.

Y sacando valor de su ser, se movió hacia donde se encontraba la chica, para que esta se agachase y se pudieran dar un beso las dos.

Se despidieron los novios de Blanca, marchando a la casa de Ernesto; quedándose sola Blanca. Y en un momento determinado, me quité el sombrero, el pañuelo y la corbata: dejando aquellas prendas sobre una silla, de las cuatro que componía aquella mesa de la terraza del café-bar. Yéndome a sentar con Blanca, para poderla hablar claro y con buena voluntad.

SAMUEL -. ¿Te has dado cuenta?

BLANCA -. No te entiendo. . . ¿Pero de dónde sales tú?

No la quería decir de dónde había salido; por parecer que la estaba vigilando. . . Nada más lejos de mi pensamiento: Vigilar yo a mi novia.

Pero como la curiosidad es mucho; me volvió hacer, otra vez, la pregunta pertinente: De dónde había salido yo.

SAMUEL -. ¡Qué cosas tienes!

Con aquello que la dije, sobró para que no me volviese hacer, una vez más, la pregunta; pues comprendía ella, que tal vez no me había visto llegar a su lado; por lo nerviosa que se había quedado al saber que Ernesto tenía novia.

Al mirarme fijamente a la cara, Blanca comprendió que yo estaba esperando que me dijese algo más de su estado anímico, en aquel preciso momento.

BLANCA -. ¿Qué quieres que te diga?

SAMUEL -. Algo sobre tú ánimo, en tu subconsciente.

Me habló, de que lo único que la podía molestar era el haber fallado en la praxis llevada a cabo con Ernesto; pues tenía que hacérselo estudiar.

Al decirla yo, que si no había otra causa oculta en ella misma, me comprendió la pregunta: Tirándome la indirecta de; que no había otra persona en su vida, más que la mía.

Como me sonrojé, se creció un poco, viéndoselo yo, por la manera que comenzó a tener en la respiración: Sus pechos lo decían todo. Pero, poco apoco fue decreciendo esa creencia de ganarme por la mano; para volverme a tratar como el ser que más quiere ella.

Nos levantamos de dónde estábamos; para iniciar el camino hacia la majada: Donde estaban sus papás, esperándola a ella.

Al llegar a la majada, tenía un aviso Blanca del Instituto de enseñanza del pueblo; no sabiendo esta mujer de qué trataba su contenido: Pues solamente la decía, que la esperaban un día a una hora determinada en dicho centro.

Me lo dio a leer; para que sacase yo alguna consecuencia. Y lo único que saqué, fue lo mismo que decía ese impreso. Pero como yo estaba riéndome, me preguntó Blanca, por las causa de esa risa.

BLANCA -. Y, ¿Esa risa?

SAMUEL -. Ahora te van hacer, volver a estudiar el bachillerato. . .Ja, ja.

BANCA -. ¡Muy bonito!

Y encogiéndose de hombros Blanca, hizo como si la molestase ese

chascarrillo que yo había hecho, con respecto de su persona.

Antes de darla el impreso a Blanca, me fijé en la fecha y en la hora: Quedaba dos horas, para que pudiese ser recibida blanca, en la secretaría del Instituto de enseñanza.

SAMUEL -. ¿Has visto la fecha y la hora que pone el impreso?

BLANCA -. Desde luego.

El que no había visto la fecha y la hora que ponía el impreso, cuándo lo leí por primera vez era yo; pero al saber que se refería a la misma fecha en la que estábamos, me comencé a poner nervioso.

Calmándome Blanca mis ánimos como ella sabía; pero con todo y eso, no lograba yo tranquilizarme, por ver que mi novia no hacía por ir dónde la llamaban.

Al verme de esa manera Blanca, me habló del coche; para que fuese a por él y pudiese llevarla al centro de estudios.

SAMUEL -. ¡No!: Nos vamos los dos juntos a donde tengo yo mi coche; así no perderemos tiempo.

De esa manera lo hicimos llegando un minuto antes de la hora convocada, por aquel impreso; recibiéndonos la secretaría, para entrarnos, momentos después, en el despacho del director del Centro de estudio.

Según dirección había una plaza en aquel centro de estudios; animándola a Blanca para que pidiese dicha plaza; pasándola, otra vez, a secretaría: En donde la rellenaron el impreso de petición de dicha plaza. La convocatoria estaba abierta, para cualquier persona que se presentase a ella.

Cuándo nos aproximamos al coche, nos miramos fijamente a los ojos; como siendo cautos, para no creernos en tanta suerte: Pues por la mañana asistiría al centro de educación y por la tarde a la consulta propia, que tenía abierta Blanca en aquella gran ciudad.

BLANCA -. Samuel. Tú sabes bien la falta que hace que entre dinero en casa.

SAMUEL -. Lo sé muy bien.

Nada más la dije eso; pues al momento, estábamos montándonos en el

coche para tomar la dirección de la majada.

Con berzas solo, no se puede comer; sobre todo alguna persona, que no esté acostumbrada hacerlo. Pues hasta las gallinas ponían menos, en aquella fecha.

La vi un poco crecida en su ego a Blanca; no haciéndome mucho caso a lo que yo la decía: Por eso, no volví a pronunciar palabra alguna, hasta que llegamos a la casa-chozo de la majada, en donde nos estaba aperando su mamá, con mucho empeño.

Su papá se había ido para visitar la arquidiócesis metropolitana; más bien a la vicaría de dicho centro religioso: En donde le informaron, que dicha cuestión, que había llevado él, era nimia como para presentársela al señor obispo. Pero que en un tiempo determinado; ya se estudiaría su caso, más detenidamente.

Aunque al parecer, les había gustado lo que el señor Cándido había expuesto en vicaría: Pero lo cierto era, que dicho señor volvió sin resolver su caso, en particular.

Un poco hundido moralmente, se encontraba el señor Cándido por aquellas fechas; pareciendo, que su hija Blanca le trataba aquel hundimiento moral, como presentaba su papá.

Le faltaba, la existencia material; como para llevar su casa en condiciones económicas: Y así, ninguna persona se ve tranquila, sin esa providencia.

Pero como la ayuda Divina, le parecía propicia al señor Cándido: Un día recibió una carta nombrándole contable de un templo, que se iría a levantar en aquel asentamiento, donde pertenecía él.

Aunque estaba previsto que dichas edificaciones, y sobre todo la remodelación de los templos tuviese subvenciones oficiales, todavía no estaba establecida aquella ayuda. Y peso a que en sigo XIX desapareció la llevanza de libros en el seno de la iglesia: Existía particularmente personas encargadas para tales menesteres económicos, dentro de la misma Iglesia. Ya que dicho templo se iría a levantar con fondos de la Iglesia.

Al parecer, aquel asentamiento; nunca había sido una pedanía de la aquella bonita ciudad: Era denominada por aquellas personas que vivían en dicho

asentamiento y nada más. Pues se estaba estudiando la ampliación de la ciudad, entre el medio de aquel asentamiento; denominándose barrio.

Tanto era así: Que hasta la cantina, ya era de mampostería, con su cerramiento adecuado a la época. En las calles ya no se veía el arroyo oportuno, para que desaguasen las casas: Se había edificado una red de alcantarillados y de asfalto en condiciones.

Hasta el señor párroco, se encontraba mejor y con más alegría en el cuerpo; al saber, que se le construiría una Iglesia: Nombrándole, oficialmente Párroco de aquella Iglesia. Pues hasta ahora, había sido un buen evangelizador.

A esa línea de autobús urbano, se la añadió otra; más acorde en el extremo este del barrio. Con sus cafeterías, sus edificios de recreos, para los jóvenes y menos jóvenes.

Y como la persona piensa y piensa mucho: Yo pensé ir al pleno que se celebraría el día de la fecha, en el Excelentísimo Ayuntamiento del pueblo. No sin antes, haber hablado con el concejal del barrio. Para que no ampliasen como tierra urbanística a la majada. Diciéndome este señor; que ya se estudiaría, por parte del señor arquitecto del Excelentísimo Ayuntamiento.

Así fue: Pues en el pleno, se respetó a la majada; quedándose como tierra rural y nada más. Y al llegar yo a la majada; nadie me dio las gracias por aquella gestión, que yo había llevado a cabo.

No importándome nada, que no me diesen las gracias; pero en aquella obviedad, vi en ella un atisbo de enfriamiento personal, por parte de la familia del señor Cándido.

Esa señal que me hicieron en el seno de la familia de Blanca, se fue haciendo palpable cada día que pasaba. Estaba claro, que me estaban haciendo de menos en el seno de la familia; era más, me estaban apartando de ellos.

Mi carácter se fue troncando en un ser serio y pensativo a todas las hora del día; pues yo veía lo que iba a pasar conmigo, en el seno de aquella familia.

Había pasado poco tiempo, cuando vi pasear, por las calles del pueblo a Blanca con un chico, no más alto que ella; pues a mi parecer medía menos que Banca.

Se creía había llegado de una provincia cercana a la nuestra; de un pueblo

afamado por sus buenas viandas: tan ricas y tan apetitosas.

Me fui aquella misma tarde a la majada, para poder hablar con Blanca; y aunque oí hablar, dentro de la casa-chozo a personas, no me abrían la puerta: Siendo fácil abrirla, pero yo no lo hice.

Estuve esperando en la puerta un buen tiempo, a que saliera alguien de aquella casa-chozo; pero de ella no salía nadie. Hasta que por fin, me di cuenta, que habían puesto una cerradura.

Había perdido un sin fin de tiempo, en aquella espera que yo estaba haciendo: Pensando, enseguida, que tal vez sería mejor volverme a mi casa, sin haber hablado con mi novia Blanca.

En mi casa, me aburría mucho; así que salí, a la caída de la luz del día, a la calle para dar una vuelta por los alrededores de mi hogar: cuándo vi pasar, cerca de mí, al chico que acompañaba, por la mañana a Blanca. Iba totalmente ufano de alguna conquista que él había hecho, al llegar al pueblo.

Al día siguiente, pude darme cuenta de, que sí podía estar ufano; pues cuando llegó al banco, ese chico: Su cartilla tenía los bastantes ceros, como para estarlo.

Una competencia lo bastante fuerte me había salido; pues esos ceros, unidos a una familia un tanto necesitada, no había quién los desuniese.

Pasaron los días, pasaron los meses; no teniendo informes de Blanca, para nada. Algunas veces, me decía algo, la señora Lucía de la familia del señor Cándido; apostillando, que su hija Blanca estaba saliendo con un joven bien acaudalado.

Uno de esos días, que la señora Lucía me informó, algo de Blanca; me fui derecho a la Iglesia, rezando de rodillas en el altar: Para que a Blanca, la dirigiese bien el Altísimo, que seguro lo haría.

Aunque tuve que registrar en el banco las dos compraventas: La de cerca de la majada y la que daba al río: El señor Cándido no se inmutó. Me habló muy cordialmente, pero sin decirme nada de su hija Blanca; que ya estaba saliendo con aquel chico afortunado, en cosas tangibles.

Sí; fueron dos cheques bastante abultados de dinero, lo que ingresó en el banco, aquella mañana el señor Cándido. Y cuando tuvo la confirmación en

sus manos, de que ya había sido trasferido aquel dinero, a las respectivas cuentas bancarias; se despidió de mí: Como si yo fuese, solamente, el empleado del banco y no el novio de su hija Blanca.

Cruz divina, ¡cruz divina!: Ya que aquella mañana; me quedó, aquél hombre, que no podía trabajar aunque quisiera: Por el mucho agobio en mi Alma que yo tenía, al ver al señor Cándido, sin escrúpulo alguno, hacia mi persona.

Para saber lo que estaba pasando con aquel chico, pedí día y hora en la consulta de Blanca, yendo en ese mismo día y hora que me había dado la consulta a la misma.

Pero cuándo ya me iba a tocar, salió la ayudante de Blanca, diciendo: Que perdonásemos a la doctora; pero que se había tenido que marchar a casa un poco indispueta. Al oír eso, el resto de pacientes, se pusieron nerviosos.

PACIENTE, ¡Oiga!; ¿Qué es eso de un poco?. . Si así fuese; podía auscultarnos al resto de sus pacientes.

PACIENTE 2 -. Tiene razón este señor. Entonces: ¿Qué hacemos?

AYUDANTE -. Pedir fecha y hora para otro día.

Así se expresaba la señora ayudante de Blanca, mirándome fijamente, sin decirme nada: Ni tan siquiera me saludó: Conociéndome como me conocía.

Estaba visto: Blanca no quería saber nada de mí; o tal vez era su papá, que se encontraba a gusto con esas fincas que había comprado, con ayuda de aquel chico: Acompañante de su hija Blanca.

Mi existencia en aquel pueblo estaba de más; pues solo y triste, cuando paseaba por las calles del pueblo, me era penoso a mí y a las personas que me conocían bien.

Haciéndome una de ella, al pasar cerca de mí, un signo de victoria, con los dedos. Y otra, se paró conmigo, diciendo algo, que me llegó a los más profundo de mi ser; pero causándome una tristeza enorme.

SEÑOR -. Torres más altas se han caído por su peso.

Saliendo a paso ligero aquel señor, sin pararse tan siquiera y sin mirar para atrás; como queriendo que no le viese nadie, por su propia cuenta que le tenía a él.

Tal vez sería verdad, aquello que yo había pensado; pues nada más retorcí la esquina, se paró mirándome mucho: Como queriendo que fuese hacia donde él se encontraba.

Así lo hice; y cuándo yo me aproximaba a él se acobijó en un soportal de la calle; para poderme hablar mejor.

SEÑOR -. Le veo triste y se lo tengo que decir: Ese chico; pese a la edad que tiene es un estafador empedernido.

Dándome a mí hincapié para poder averiguar algo sobre el joven que acompañaba a Blanca. Tenía que saber cómo se llamaba; ya que sabía del pueblo que era aquel joven.

Para ello busqué, afanadamente al señor que me había hablado de las caídas de las torres; no encontrándole por ninguna parte del pueblo: Ya que tampoco sabía, muy bien, Lucía cómo se llamaba aquel joven.

Pero un día tuve una suerte enorme; ya que llevaba, aquel joven, en las manos un sobre mayor, que lo había recibido, al parecer de CORREOS. Mentalicé aquel nombre con sus apellidos; y eso que un apellido era difícil de retener en la memoria.

Me fui derecho a mi casa, sin falta de tiempo; para redactar una carta al señor cura párroco del pueblo donde era el joven; pidiéndole informes de su conducta.

Tardaba llegar la respuesta del cura párroco del pueblo de Jacinto; pues así se llamaba el joven que acompañaba a Blanca; asaltándome una idea por el cerebro.

Efectivamente: El cheque que me entregó el señor Cándido, estaba firmado por Jacinto; habiéndose hecho el ingreso en el banco a cargo de la cuenta de ese chico.

Lo que había llegado a notaría, era el nombre y el apellido de Jacinto; por lo tanto de esa manera tendría que haber sido anotado.

Ni yo, ni el señor Cándido; nos habíamos dado cuenta de la artimaña de ese joven. Pues quien había comprado la parte proporcional de aquella finca, era Jacinto.

Eso no me hubiese pasado en condiciones normales; pero como el señor Cándido ni tan siquiera me miró: Me puso nervioso del todo

No sabiendo yo cómo se lo podía decir al señor Cándido; para que hiciese mirar, el nombre que se había puesto en la finca, en su día.

Pero antes de cometer una torpeza, me fui al registro de propiedad; sabiendo de antemano, que la finca se había registrado al nombre del señor: Jacinto.

Era más: Pues el señor Cándido le había vendido su majada por completo a este joven; careciendo de propiedades el señor Cándido: siendo todavía más gravamen, para el señor Cándido el arrendamiento de la finca, como tenía firmado el papá de Blanca.

El papá de Blanca sabía mucho de religión; pero lo que era de finanzas, carecía de conocimiento alguno. Habiéndose hundido en la miseria completa dicho señor.

No pude más: Esperando un momento de ausencia en la majada de Jacinto, me fui allí, para alerta al señor Cándido de lo sucedido.

CÁNDIDO -. Sí: A mí me presentaron infinidad de impresos para su firma; sin saber yo qué estaba firmando. Con buena fe, lo hice; confiando en Jacinto.

SAMUEL -. Y tanto.

CANDIDO -. ¿Cómo dice?

SAMUEL -. Que eso era una fe ciega, lo que usted Cándido, tenía en esa transferencia.

CÁNDIDO -. Era confianza hacia ese chico.

Ya decía yo, que era fe ciega hacía ese chico del señor Cándido; así que no pude más, respondiéndole por lo que yo estaba observando en aquellos movimientos bancarios.

SAMUEL -. No: Usted Cándido, confiaba en la parte alícuota de la operación, que se estaba produciendo.

CÁNDIDO -. Confiaba en el joven.

SAMUEL -. Usted Cándido; confiaba en la parte tangible: contante y sonante del montante dinerario de la operación. . Usted firmó, en esa maraña de impresos: La venta de su majada, el arrendamiento de todas las fincas; la que usted tenía y las nuevas fincas. Las otras dos fincas compradas, las ha firmado Jacinto.

Al terminar decirle yo eso al papá de Blanca, miré a esta chica, con cara de enamorada: Frunciendo el ceño la chica; como aceptando todo lo que yo le estaba diciendo a su papá Cándido.

Me levanté de donde estaba sentado, despidiéndome de ellos, con toda la amabilidad del Mundo; desistiendo quedarme un momento más, para dilucidar lo dicho en aquella hora de encuentro, entre nosotros.

Y para mostros estaba siendo un momento de tirantez especial; pues se olía en el ambiente de aquella casa-chozo, un algo de laísmo, al emplear él, la lo de aquel momento.

Sí; porque se comenzó a emplear, el a, como, la. Formas incorrectas, al verse sobrepasado en el cariño que yo los tengo.

Ahora sí que me despedí de los tres: Cándido, Ceferina y de su hija Blanca; con ánimos de no volver más por aquella casa-chozo.

Habiendo tenido una carta en el buzón de mi casa, por parte del señor cura párroco del pueblo de Jacinto; no haciendo falta que se la presentase al señor Cándido; pues ya sabía lo necesario, como para que tuviese cuidado con aquel joven.

A los pocos días, tuvo el señor Cándido el aval, para comenzar a ser el contable en la obra, que se había empezado en el barrio, de una nueva Iglesia.

A mi simple opinión: Eso le salvaría de caer en la indigencia; aunque no le quedase mucho dinero para su sustento.

Una idea tuve yo en aquella hora de desavenencia con la familia del señor Cándido; cosa que no podía pasar por alto, al ser fundamental, aquella idea; para que el contrato y las compras ventas no fuesen legales en todos sus términos.

Llamando al señor Cándido por teléfono; y al cogerlo, este señor, me

reprochó la manera de decírselo: Ya que yo había ido, muchas veces, a la majada, sabiendo donde se encontraba la casa-chozo de aquel lugar, de ensueño. Según me dijo él.

A la pregunta de -. ¿Qué quería?: Le tuve que contestar con otra pregunta, más factible para él.

SAMUEL -. Le leyó, a usted, Cándido, todos los impresos el señor Notario.

CÁNDIDO -.No le puede contestar a eso. . .Pues se dejó atrás algunos impresos, a mi parecer.

SAMUEL -. De modo, que puede usted afirmar: Que no le leyó todos los impresos.

CÁNDIDO -. ¡Afirmativo!.

SAMUEL -. ¿Cómo fue eso?

CÁNDIDO -. Me dijo: Que si estaba de acuerdo con todo lo que ponían, aquellos folios.

SAMUEL -. ¿Qué le dijo usted?, al señor Notario.

CÁNDIDO -. Que sí.

No quise saber nada más; pues al parecer había habido un fallo de forma, quedando sin fuerza legal todas las operaciones, efectuadas en aquel día. No tenía fuerza jurídica para nada, todo lo que se había hecho en aquella fecha.

Así se lo hice saber al señor Cándido, que dándome las gracias, con mil amores; se derretía en ser lo más amable conmigo. Hasta le dije que se buscara un abogado: Diciéndole, que dijese lo que me dijo a mí, en aquella hora, que yo le había llamado por teléfono.

Desde luego, yo me quedé sin querer saber nada de aquella familia; en donde todo era confuso: Hasta los amores eran fingidos y poco creíbles.

Al siguiente día tuve una llamada por el móvil; siendo Blanca la que me llamaba: Pero borré esa llamada, sin haber leído su contenido, para que supiese ella que no quería saber nada de lo que me dijese.

Que se las apañasen entre ellos; pues ya era mayorcito cada componente de

aquella familia. Estando yo tocado en mi amor propio y en mi subconsciente; por tanto daño que me habían hecho, al admitir a un desconocido en el seno de esa familia.

No fue eso solo: Que una mañana temprano, cuándo iba a desayunar, desde mí puesto de trabajo, me crucé con Blanca, diciendo solamente -.Adiós!-.

Con ese adiós que se dicen los conocidos por la calle; sin pararse ninguna de las dos partes, para hablar entre ellas: Pues entre ellas, no hay ilación alguna en sus sentimientos ni en su parecer.

Pero como Blanca era persona sensata, miró para atrás emitiendo una expresión que me quedó helado.

BLANCA -. ¡Espera!. . .Perdón: Quiero decir, que esperes un tiempo conmigo.

SAMUEL -. No sé de qué tenemos que hablar.

Y apretando el paso, la dejé atrás sin decir nada; quedándose Blanca como eso: Blanca del todo. Sin ninguna clase de cordialidad entre los dos: Mejor dicho, sin ningún escrúpulo por mi parte.

Estando yo en mí casa merendando, volvió a sonar, una vez más, el móvil; cortando yo dicha llamada sin haberla leído, o haber escuchado qué me quería decir Blanca, porque era la llamada de ella, según reseñaba el teléfono.

No a poco tiempo, sonó el timbre de la puerta; mirando yo por la mirilla, para saber quién llamaba a esa hora en mi casa. Viendo en el umbral de la puerta a Blanca, que estaba esperando para que la abriese la puerta y poder entrar en mí casa.

¡No sabía lo que hacer!: Si abrirla o no abrirla, para que entrase en mi casa Blanca. Pero como yo era una persona respetuosa con mis iguales; abrí la puerta, entrando Blanca sin que yo la diese permiso.

Aunque la cara que yo tenía lo decía todo; ella ni se inmutaba: Como si nada pasase entre los dos. Y claro que pasaba: Pasaba y mucho.

SAMUEL -. ¿Qué quieres?

Con esa pregunta, que la hice; sobró para que Blanca se diese cuenta, de que no era bienvenida. Mirando para la puerta la chica; como queriendo escapar

de aquel turbión que se la venía encima: Al recibirla con cara de pocos amigos.

Comenzó dándome las gracias por todo lo que yo había hecho por su familia, sin quererse sentar; permaneció todo el tiempo de pie, al igual que yo.

Pero en vez de cansarse, por permanecer de pie; el que se estaba cansando era yo: Así, que la invité para que se sentase.

Cortándola la conversación, de repente; me fui a cocina, para poderla servir un café con unas pastas buenísimas. Ese acto que yo hice con su persona, la envalentonó; hasta el punto de coger ella misma las tazas e ir al fregadero, para limpiarlas bien; metiéndolas después en el lavavajilla.

Parecía que se encontraba en su casa, por la manera de moverse y expresarse; no haciéndola yo mucho caso. Aunque yo, siempre escuchaba a mis interlocutores con sumo respeto.

Cuándo la presenté la taza de café con pasta, me miró a la cara; tal vez para ver mi expresión refregada en ella. La debió gustar poco mi expresión de cara; pues levantándose del sitio, alegó tener prisa: Ya que recordaba tenía que ir a visitar un paciente.

Dejó la taza de café en la mesa; como así las pastas, para salir de mi casa como aventada de ella. Y aunque Blanca era audaz y atrevida; en ese momento, no se atrevió a quedarse un poco más, para degustar ese sabroso café, que yo la ofrecía.

Como dejó la puerta abierta, yo me tuve que levantar de donde me encontraba sentado, en una silla, para cerrar bien la puerta. Poniendo un poco la refrigeración de la casa: No quería respirar el aire viciado, que había en ella.

Hasta me enteré de que con Jacinto, tenían una contienda judicial; por el dominio de aquellas tierras: Y como yo había recibido, por CORREOS, una información personal, no quería enseñársela a su señoría. Aunque la correspondencia es del remitente, hasta que no llega a su destinatario.

Yo quería que me dejase, esa familia: Aquí paz y aquí gloria. No deseaba saber, nunca más nada de los componentes de la familia del señor Cándido.

Para eso, no volví a preguntar por ellos a ninguna de las dos señoras, que me

facilitaban noticias de ellos. Y aunque los veía por la calle, yo hacía como si no los hubiese visto.

Claro que las señoras Lucía y Julia; dejaron de hablarme de esa familia: Parecían que lo estaban intuyendo lo que pasaba entre mi persona y la persona de Blanca.

Un día llegó al banco el señor Cándido, con idea de que yo le informase de algo referente al litigio que traía con el joven: Jacinto.

Con buenos modos y mejores palabras, le despedí al señor Cándido; alegando, que tenía un trabajo enorme: No pudiéndole asistir en aquella hora a sus deseos personales. Pidiéndole excusas por ello y rogándole volviese en otra ocasión.

¡En otra ocasión!; pues todavía no ha vuelto al Banco, para preguntarme algo personal por su parte. Siendo óbice, que el señor Cándido se molestó, por no haberle podido atender, en sus problemas sociales; o tal vez cogió la indirecta, que yo le había lanzado: Aunque le presentaba buena cara y hacía, por todos los medios, escucharle.

Al salir de las tareas que tuve aquel día, saludé a una chica: muy modosita y con buenos gestos y mejores sentimientos. Siendo el impacto que provocó en mí, como si se hubiese abierto un volcán de fuego incandescente, dentro de mi cuerpo.

No me atreví a convidarla un refresco, en un café-bar; por las horas que eran en aquella tarde, ya que eran más de las tres de la tarde.

Hablando, hablando, llegamos hasta la puerta de su casa; sin darnos cuenta que estábamos en el umbral de su hogar: Por lo fluida de la conversación y por el grandioso y bonito trato femenino, que se la distinguía, en toda su expresión.

Aquella chica, olía a nardos nuevos con olores de flores y romero: Sus andares primordiales, su vestido una rosa, su elegancia como eso; un rosal de primavera, abierto a la luz del día.

CHICA -. Están mis padres.

Así se expresaba aquella chica delante de mí, adelantando la mano y señalándome con el dedo índice a la puerta de su casa; para que yo supiese,

que por parte de ella, hubiese entrado en su casa

Tan embelesado me quedó su físico y su manera de ser, que no la pedí su teléfono; para llamarla cuándo tuviese deseos de saber algo de ella.

Aquella chica me dio alegría y ánimo, para vivir en aquel bonito pueblo; por tanto afecto y simpatía como yo tenía por él.

Sucedió, lo que tenía que suceder en un chico un poco inquieto, al conocer a una chica que le caía bien. Pues en aquel tiempo, el Banco estaba por vender los edificios que tenía en su poder, por no haber podido pagar la hipoteca su dueño.

Un edificio, ¡un gran edificio! iba a vender el banco con poca carga económica para quién lo comprase; pues estaba siendo una pena, que por poca hipoteca que quedase por pagar, se lo hubiesen tenido que desahuciar el Banco a su amo.

Como empleado del Banco, tuve que ir con el tasador para visitar aquel edificio; gustándome mucho todo su conjunto: Habitaciones espléndidas, sus pasillo anchos y con mucha luz a su alrededor, ventanales enormes, trastero y sótano como cochera; así como un jardín frondoso en su entrada al edificio.

Yo comencé dándole piropos al edificio delante del tasador. . .Y no sé por qué, me cogió la idea aquel tasador; pues en la boca, ya tenía unos cuántos miles de euros más, que más tarde me dijo a mí. O por lo menos así lo creí yo; pues más tarde empezó a quitar miles de euros, al ver lo que se tenía que arreglar en aquel edificio, abandonado desde hace bastante tiempo. Entre escayola, bóvedas, pintura y arreglar el cerramiento en orden; le había rebajado, aquel señor, por lo menos bastantes miles de euros su valor.

TASADOR -. ¡Qué!. ¿Le está gustando el edificio?

SAMUEL -. Sí señor. Me está gustando mucho.

TASADOR -. Se le puede llamar que es un edificio de quince años.

SAMUEL -. ¡AH!, no señor. Este edificio costa desde hace ya veinte años.

TASADOR -. Le repito lo mismo: Quince años. . .?. . .Para el que lo compre.

SAMUEL -. ¡Entendido!.

TASADOR -. Usted es joven.

Aquel señor vio de inmediato, que yo estaba interesado por comprar aquel edificio situado en el centro del pueblo. Siendo una cantidad ínfima lo que yo tenía que desembolsar; para lo que valía en su tiempo. Y en el pliego de cargo, se rebajó una edificación, que tenía adosada al mismo edificio, por no estar totalmente detallado.

Un día vi salir de una de esas casas de aquel barrio al señor Cándido, que al parecer la tenía alquilada; pues echó la llave, como si estuviese allí viviendo él.

Y al darme media vuelta, vi detrás de mí a la señora Lucía; dándome la información detallada de por qué salía el señor Cándido de esa casa -. Está rehabilitando la casa-chozo, el señor Cándido -.

De esta manera, me enteré el por qué se encontraba viviendo en aquella casa dicho señor; pues era lo único que le quedaba: La majada.

A la vez que le vi pararse al señor Cándido con un tratante de ganado; hablando con él un buen tiempo; hasta que se acercaron a la puerta de la casa arrendada, abriendo la puerta el señor Cándido, para entrar en ella los dos.

Me pude dar cuenta, que el papá de Blanca quería hacerse de un ganado, ovejas, como tenía en su tiempo.

Al tratante de ganado, le conocía yo por los servicios bancarios y por asistir a Misa todos los domingos, con gran recogimiento.

Los dos se volvieron hacia la casa para tratar en ella la compra venta de un ganado de ovejas, como antes tenía el papá de Blanca.

Pero como en aquella compra venta, yo no tenía nada que ver, quise iniciar mi trayecto hacia el Banco: Viendo, de tras de mí a la chica que me embelesó el otro día. Yéndonos por el mismo camino, los dos; con una conversación amena y muy placentera.

Observándonos el señor Cándido por la venta del recibidor de su casa; pues no perdía detalle alguno de nuestros movimientos: Ya que el habla no se podía oír desde donde él estaba.

¡Sí, señor!: Aquella chica era estupenda, pero más joven que yo, siendo un verdadero problema su juventud.

Al terminar mis tareas aquel día en el Banco, estaba espirándome Blanca en la puerta del mismo; para poder hablar aunque fuese del tiempo. Y desde luego del tiempo no hablamos; que hablamos de cosas que nos incumbía a los dos.

Pero al verme en un portal de un bloque en el centro del pueblo, se quedó anonadada del todo; pues mostraba una impresión, su cara, de lo más escéptica del Mundo.

Parecía que dudaba de mi comportamiento, en aquella hora de charla con ella; y sobre todo, cuando comencé abrir aquella puerta: De un bonito edificio, en el centro del pueblo.

Hasta el punto de dudar si entrar en el edificio, o quedarse en la puerta esperando con impaciencia; no sabiendo yo, el por qué de esa inquietud que mostraba Blanca para hablar conmigo.

Pero como mi afecto por Blanca era mucho, la cogí de una mano, entrándola en aquella casa tan enorme.

Paso que daba, dentro de la casa, Blanca; paso que miraba a todas las paredes y hasta al techo: Viendo en su bóveda las pinturas que había en él.

Yo fui propicio, para sin decirlo, visitar casi todas las dependencias de aquella casa, comprada por mí hacía pocos días. Fui favorable, para que viese Blanca casi todo el conjunto arquitectónico de la casa.

Saliendo aquella chica, como mareada de ver tantas habitaciones y tantos lugares dentro de aquella estancia, como conjunto de ser un hogar.

Y aunque fui el que más ofreció, en el pliego de cargo, por aquella gran casona; todavía tenía que emplear más y más dinero para rehabilitar aquella vivienda, olvidada desde hacía bastantes años.

Viendo la cara que ponía Blanca; me di cuenta de la torpeza cometida por mí: Al no darme cuenta del montante económico, bastante bruto, que tenía que echar en la rehabilitación de aquella vivienda.

Para rehabilitar aquella gran casona, tenía que ahorrar otros quine años;

según mi parecer: Haciendo habitable cada una de las dependencias de aquella casa. Pues por mucho que ahorrarse, solamente podía rehabilitar, cada año una dependencia.

BLANCA -. No te achiques.

Así me hablaba Blanca, cuándo vio en mí un atisbo de agobio, mal encaminado; para poner en perfecto estado de habitabilidad las dependencias de la casa.

Ahora sí, que tenía una aliada en la persona de Blanca: Dándome a entender, que dejase correr el tiempo y no me agobiase tanto, por ver un poco deteriorada la casa.

Cuándo se despidió de mí Blanca, la di un beso en las mejillas: Mirándome la chica, con ojos tiernos y con cara seria.

Así, cuándo solamente llevaba dado veinte pasos, se volvió sobre sí; echándome una mirada, para saber si me encontraba bien, o me había dejado pensando en la rehabilitación de aquella vivienda.

No mostrando yo inquietud alguna; Para no impacientar el pensamiento de Blanca: Sobre si yo tenía que desembolsar tanto efectivo por mi parte. Pues otro escollo sería, cuándo se lo contase todo a sus papás: Ceferina y Cándido; sobre todo a su querido progenitor, Cándido.

No tardaron en dar señales de vida, la familia del señor Cándido; cuándo llamando a la puerta, querían entrar en tropel todos ellos. Con un ruido enorme y desordenado; querían entrar en mi casa, para ver la realidad, que les había contado su hija Blanca.

CÁNDIDO -. Venimos, toda la familia; para hacerle una visita a su nuevo hogar.

Eso lo dijo, con un afán de saber si era mi casa en realidad, o que todavía estaba allí de alquilé de esa vivienda; como estuve en la otra casa.

SAMUEL -. Están ustedes en su casa. Siéntense, por favor.

Al explicarles, que todavía no tenía a nadie que me ayudase y al verme dirigirme a cocina, se levantó Blanca para echarme una mano en la faena de traer el café y las pastas.

Mientras estábamos tirando el café de la cafetera eléctrica nos estábamos mirándonos el uno al otro, con cara de querer saber lo que pensábamos de nosotros mismos. Si el afecto que tenía uno, lo tenía el otro para su interlocutor.

SAMUEL -. ¡No sé!

BLANCA -. ¿Cómo dices?, Samuel.

SAMUEL -. No, nada.

Aquello me había salido, sin yo pensarlo; pues me estaba haciendo polvo el cerebro al querer saber, qué clase de afecto me tenía aquella familia: sobre todo, Blanca.

Para saberlo, no tenía otro camino más que preguntárselo a Blanca directamente; siendo muy prematuro hacerlo, ya que las relaciones no se encontraban en un término muy configurado, para nosotros dos: Para mí y para Blanca.

Cuándo me quedé solo, en mi casa; me di cuenta de algo que yo estaba pasando por alto. Y era: que algo se me estaba ocultando, por parte de aquella familia.

Al cabo de los dos días, de haber estado en mi casa esa familia, llegó Blanca; con idea de que yo fuese a la suya; para charlar un tiempo con sus papás y con ella.

Algo me quería decir esa familia, en particular: Aceptando yo de buenas ganas, dicha invitación; para enterarme de lo que el señor Cándido me quería expresar, con bastante sentimiento, por su parte.

Pero cuando hacía ya media hora, en esa estancia; no diciendo nada el señor Cándido, ni con palabras ni con signos: Me descolocó, todavía, bastante más mi moral y mi manera de pensar.

Hasta que por fin, me invitó Blanca para que me levantase de donde me encontraba sentado, llevándome al ordenador; para que viese los estudios que estaban haciendo sobre el carácter y la manera de ser de alguna persona. No elegían a todos al azar; más bien, éramos personas estudiadas de antemano, para ampliar sus estudios, sobre nosotros, posteriormente. Y digo, nosotros; porque yo también fui estudiado, según ponía el ordenador.

Me hizo sentarme en el mismo sitio que me encontraba antes; acercándose a mí el señor Cándido, afirmando rotundamente lo que me había explicado su hija Blanca.

No sabiendo yo hasta qué punto tendrían respuesta favorable, aquellos estudios tan e sigue, con tan poca ciencia. Pues nunca se ha sabido que la praxis médica, se llevase así aquel tratamiento humano.

Con prácticas nimias; siendo escrupulosas y minuciosas aquellas maneras de tratar a las personas, con una práctica prolijea.

Aquella tarde me fui solo hacia el barrio que está adjunto a la majada, donde yo vivía antes; sin darme cuenta que venía detrás de mí Blanca. Haciéndome señas con las manos un señor, para que me parase.

SAMUEL -. ¿Qué desea usted?

SEÑOR -. Le está llamando aquella señora.

Y al mirar par atrás, me pude dar cuenta que venía Blanca casi corriendo. Y como aquel señor me vio un poco inquieto; volvió hacerme otra pregunta, cuándo llegó Blanca a donde nos encontrábamos nosotros dos.

SEÑOR -. ¿Qué es de usted?, esta chica.

SAMUEL -. Amiga.

Para contestar, rápidamente, Blanca con una afirmación; que me quedó helado por completo.

BLANCA -. Somos novios.

SEÑOR -. ¡A ver!, a ver; pónganse los dos en orden. Y díganme que lazos los une a ustedes.

SAMUEL -. Somos amigos.

Se quedó mirándome Blanca con cara de excepción; para volver a postilar lo que dijo anteriormente.

BLANCA -. Somos novios.

Aquel señor, con los brazos abiertos; se dio media vuelta diciendo algo insospechado por nosotros dos, Blanca y yo.

SEÑOR -. Calientense ustedes la cabeza; no me la calienten a mí. .
.Novios. .A escondida.

Dando media vuelta se marchó aquel señor, sin decir nada más; pues no era poco lo que nos había dicho. Nosotros dos, Blanca y yo, nos quedamos como viendo visiones inexistentes.

Al siguiente día, pasé por donde tenía la consulta Blanca, sin entrar en ella; y al parecer, la ayudante de la doctora, me había visto pasar sin decir nada, al respecto.

Se me calló el pelo, como se suele decir en estos casos; pues Blanca, tuvo motivo para visitarme en casa, aquella misma tarde.

BLANCA -. ¡Muy bonito!: Conque pasas por mi consulta y no me dices nada.

SAMUEL -. No quería que te despistase en tus menesteres, con los pacientes.

BLANCA -. ¡Anda ya!

Entre este realismo, se confundía mi manera de ser con esa chica; pues según ella éramos novios otra vez más, sin yo haberlo hablado con Blanca.

Era la ocasión propicia para hablarlo con Blanca: De si en realidad pensaba ella, que éramos novios sin yo decir una sola palabra.

Me puse bien en un sillón del salón; para poderla hablar mejor a Blanca, no sabiendo yo por dónde empezar la conversación: Notándomelo Blanca, que de inmediato inició ella esa conversación, que tanta falta nos hacía sostenerla.

BLANCA -. Me quieres hablar de nuestra razón social, ¿verdad?

SAMUEL -. Estoy deseoso hacerlo.

BLANCA -. Yo, nunca te dejé.

SAMUEL -. ¡UY!, que no.

BLANCA -. Es nuestra existencia de vida. Para eso estamos empleados: Para conocer a las personas.

Pues mejor me hubiese conocido antes de acometer esa trama de estudio, sobre mi persona; pues ese asunto estaba relacionado, con la vivencia activa

de las personas.

Me la quedé mirando fijamente a la cara y con ella, a los ojos; sin decir una sola palabra al respecto. Por no incomodarla; aunque bien incomodado me tenía ella.

SAMUEL -. No corras mucho, Blanca: ¡Que te la pegas!

Así me expresaba yo, delante de Blanca; para que ella misma recapacitase y viese: Si en realidad éramos novios o amigos.

BLANCA -. Conque, con recelos.

SAMUEL -. No he dicho eso.

No habría dicho eso; pero en sí iba explícito el pensamiento que yo tenía, con respecto a Blanca: Por haber corrido mucho en su tiempo; al no haberme explicado nada de lo que ella estaba haciendo, con mi persona. Estudiar mi manera de ser y mis movimientos.

Blanca salió de mi casa toda ella pensativa y agobiada por el peso que tenían mis palabras, sobre su manera de tratarme; no sobre la praxis que ella había llevado conmigo.

Yo esperaba, que al entrar la noche me llamase Blanca; pero estuve esperando para que sonase el teléfono en balde.

No siendo eso solo, que al siguiente día; ni sonó el teléfono, ni llegó Blanca a mi casa haciéndome una visita de cordialidad.

No sabiendo yo qué podía pasar en la casa de Blanca, que una tarde, al cuarto día me vestí bien, yéndome para visitar a aquella familia: Que tan poca información tenía de ellas.

Poco más o menos, sabía dónde vivía la familia del señor Cándido; pero no me acordaba del número de la calle: Hasta que estuve cerca de su casa. No me acordaría del número; pero sí de una puerta verde, con ventanales blancos.

Fui derecho a la puerta y antes de llamar, se abrió la puerta por mano experta; siendo el señor Cándido, que me invitaba para que entrase en su casa.

Cosa curiosa: Me tuvieron bastante tiempo de pie, en el salón de la casa, sin saber yo las causas de la misma decisión, que tomó el señor Cándido con mi persona. Pero eso, sí: Pensé, que si esto fuese así, toda la vida: Vaya vida que me depararía la suerte, con aquella familia.

Antes que saliese yo de la casa del señor Cándido; llegó a ella un agente repartidor de CORREOS, con un requerimiento judicial, entregándosela al cabeza visible de la familia.

Como se vino hacia mí el señor Cándido con la carta en las manos queriendo cerrar la puerta; yo me tuve que salir de aquella casa, sin saber lo que ponía en aquella misiva, que había recibido el representante de aquella familia.

Aquella noche no pude conciliar el sueño, acordándome del requerimiento que había recibido el señor Cándido esa misma mañana.

Me entró deseos por saber de qué se trataba; hasta el momento que tuve la buena idea de levantarme y salir a la calle para dar un paseo.

¡Un paseo!: Cuando vi a Jacinto acompañado de su novia Asunción por la misma calle que yo estaba dando el paseo. No me podía ocultar, por más que yo quisiera; y eso que la calle estaba con bastantes personas, por ser noches calurosas.

Hasta tuve suerte; pues detrás de mí llegaba Ernesto con su novia Sinforosa, a paso agigantado; por haberme visto en plena calle. Y eso que eran ya las seis de la mañana, en pleno estío veraniego.

Como Ernesto no conocía a Jacinto, se le tuvo que presentar a él y a su novia; así como presenté a Ernesto y su novia a Jacinto.

Haciéndole un guiño a Ernesto, como para que tuviese cuidado de no hablar mucho con aquel chico, tan abundante en querer saber más que los demás interlocutores suyos.

Sin saber por qué y sin preguntarle nada, Jacinto comenzó explicándonos los problemas que tenía con el señor Cándido; por medio de unas cercas que él había comprado, colindante a la suya.

¡De eso nada!; de que eran cercas: Pues una tenía veintisiete hectáreas. Así, que no se podía llamar cercas a esas hectáreas de terreno, como tenía esa finca. Por ser imposible vallar todo su perímetro, al ser costoso: El señor

Cándido no se lo podía costear.

JACINTO -. Así, que se las voy a vender al señor Cándido, por un precio módico.

Al decirnos el precio que quería él, tuve que echarme para atrás; dándose cuenta ese chico que yo no estaba conforme con ese precio, puesto a la compra de esas fincan.

JACINTO -. ¿Le parece bien?, a usted, señor Samuel.

Yo miré a Ernesto; viéndole una cara de sorpresa: No pudiendo retenerse, para emitir su juicio.

ERNESTO -. Tan caras están las tierras en este pueblo.

Es lo que dijo Ernesto; para no volver a decir ninguna otra palabra. Refiriéndome yo a Jacinto, que esperaba mi respuesta.

SAMUEL -. No se siembra nada en esas tierras, ni tienen un solo árbol.

JACINTO -. ¿Qué quiere decir usted?, señor Samuel.

SAMUEL -. Que se tendrá que ver el precio oficial que valen las tierras en esta región.

Al decir yo aquello, Jacinto dio media vuelta, yéndose de con nosotros a paso ligero; como si le hubiese pasado algo malo.

Y sí; algo malo le había pasado a Jacinto, al revocarle yo el precio de las tierras en esa región. Hasta se atrevió a decir: Que tenía, una de ellas, una casa-chozo de mampostería; siendo en la tierra que tenía el señor Cándido, donde se encontraba aquella vivienda particular: Más bien en la parte de abajo de su finca.

Me despedí de Ernesto y de su novia Sinforosa; siguiendo el paseo, hasta la fuente que un día me la quise beber toda, de una vez por la comida tan abundante que había tomado.

Volviéndome a mí casa para lavarme y vestirme en condiciones; y así poder ir a mi puesto de trabajo en el Banco.

Aquel día no dejaba pensar en el problema tan enorme que tenía el señor

Cándido; esperando para que no me salpicase a mí también; pues Blanca se había empeñado que volvíamos a ser novios.

Por la tarde cogí el coche con idea de ir a la majada; para que me contasen, alguno de esa familia algo, sobre el requerimiento, aunque yo ya lo sabía de antemano. Desistiendo unos metros más para allá de mi casa, ir a la majada.

Como en la majada nadie me diría nada, me dirigí a un café-bar que había a las afueras del pueblo; en donde ponen, además de pastas, unos buenos dulces hechos por ellos.

Allí pasé un par de horas recreándome conmigo mismo y viendo pasar a las personas por los alrededores de aquel café-bar. Y estando en el prelude de una nube vaporosa; como es el pensamiento, se me acercó un señor, pidiendo permiso para sentarse en una silla, en la mesa donde yo me encontraba.

No hizo más que sentarse aquel señor a mi lado; cuándo comenzó hablarme de una manera, que parecía me conocía.

SAMUEL -. ¿De dónde me conoce usted?, señor.

SEÑOR -. Del servicio militar.

Me le quedé mirando fijamente a la cara, queriendo reconocer en él a un mozo de reemplazo de mi misma quinta: No recordando yo cómo se llamaba.

Aquel señor se dio cuenta que aunque le recordaba, no sabía cómo se llamaba, por lo tardía de mi frase; ya que no había abierto la boca para emitir ninguna palabra.

SEÑOR -. El nombre es lo de menos; pues tal vez no nos volvamos a ver más. Y como nos llevamos bien marcando el paso y vistiendo el caqui, te tengo que alertar de algo malo, que le puede pasar al señor Cándido.

Al decirme lo que él creía, le pudiese pasar al señor Cándido, mi compañero de arma, se levantó y despidiéndose de mí, me deseaba todo lo mejor del Mundo. Perdiéndose la silueta de aquel mozo, a lo largo de la calle.

Al señor Cándido, se la tenía sentenciado un chico; al que le había estudiado muy a fondo: Sacándole un negocio delictivo en toda regla. Por el cual, estuvo en prevención y detenido un par de años.

A mí me parecía que aquello no podía ser: Que el señor Cándido denunciase a una persona que ya la hubiese estudiado de antemano.

No sabiendo lo que hacer, consulté con el cura párroco entre rejilla. Y este me dijo, que lo mejor era ir a la policía; que ellos sabrán lo que hacer, y que si yo no quería comprometerme, se lo comunicase al señor Cándido cuánto antes, para formalizar la denuncia. Pero como yo no decía nada, aquel sacerdote, supo de mi torpeza y hasta de mis desconfianzas, para que me creyera el señor Cándido.

SACERDOTE -.Mira, hijo. Podemos hacer una cosa: Yo se lo diré después que tú se lo hayas dicho.

SAMUEL -. Y ¿eso?, padre

SACERDOTE -. Sin decirle que ha sido en confesión, esa información que tú me has dado; le sonsacaré las ganas y los esfuerzos para que me crea.

Así fue: pues a los pocos días, ardía la casa-chozo del señor Cándido; salvándose por poco, ya que se había trasladado de su casa-choco el día anterior, a otro lugar.

Eso me dio idea, de que el cura párroco se lo había dicho y haciendo caso a las indicaciones del sacerdote, se lo comunicó a la policía, tal y cual se lo habíamos contado, el sacerdote y yo.

Y entre rabieta y no rabieta de aquel chico; por un enojo grande y violento: Quemó la casa-chozo del señor Cándido cuándo no estaba él dentro de ella. Menos mal que la señora Ceferina se encontraba en el pueblo agenciándose unos zapatos nuevos; acompañada de su hija Blanca.

No tardó la policía dar con el chico, pirómano, de aquel fuego, que se provocó en la casa-chozo del señor Cándido.

Habilitó el señor Cándido la casa-chozo que tenía más abajo de la majada; diciendo algo, que nos sorprendió de veras.

CÁNDIDO -. Aquí tenemos más confort.

Ceferina -. Si: pero más calor.

Así quedo todo: La casa-chozo del altiplano, totalmente quemada y hundida; viviendo ellos más en la ladera de ese altiplano. No viendo quién viene, ni

qué formas trae.

A ese contratiempo, se añadió otro; pues el chico que quemó la casa-chozo, se enteró de quién le había denunciado: Llamando a donde se encontraba él, en prevención, al señor Cándido; con no se sabe qué idea.

CHICO -. Le he llamado a usted, Cándido; para pedirle perdón por no haberme portado bien como usted se merece. Pero, que coste; que yo no le he quemado la casa-chozo.

El señor Cándido se quedó un poco pensativo; pues como lo dijo aquel chico, no tenía duda alguna que él no había sido el pirómano.

A la salida de prevención, le dijo un policía algo al señor Cándido; que merecía la pena tenerlo en cuenta.

POLICÍA -. Nunca se ha culpado de ese acto: Quemar la casa-chozo.

Teniéndole que dar largas de ese recogimiento involuntario, por parte de ese chico; al no culparse de ese acto de pirómano empedernido: Pues, en realidad nadie le había visto rondar por los alrededores de la casa-choco, en el día del acto de aquella la fecha. . .

. . .El chico buscó al socio que él tenía, con todos los deseos del Mundo: Y era, que alguien le había dicho, quién le había denunciado.

Pero sin darse cuenta, estaba siendo vigilado; par saber sus movimientos y sus sospechas, de quién podría haber sido el pirómano.

En un recodo de la calle, donde iba andando el chico de la prevención, se cruzó, sin querer con su socio; poniéndole mala cara y peores hechos: Ya que echándose mano al bolsillo del pantalón, sacó una faca, por lo menos de una cuarta de larga su hoja.

A los gritos de una mujer, salieron los vecinos de aquella calle para saber qué pasaba en la misma; pues aquella señora había alborotado a todos los habitantes de la calle.

CHICO 1 -. Ven aquí, mala persona.

CHICO 2 -. Te estás confundiendo.

El chico de prevención se quedó pensativo; al tiempo que exclamaba algo

sospechoso por él mismo.

CHICO 1 -. Tú por qué sabes, que me estoy confundiendo.

CHICO 2 -. Los hechos lo dicen.

Lo dirían los hechos; pero lo cierto era, que el chico de prevención se lanzó hacia el otro chico, navaja en mano.

Algunos vecinos quisieron separarlos: Pero al ver tan excitado al chico de prevención, nadie se atrevía a acercarse a ellos. Hasta que un hombre, desconocido en la calle, se fue derecho hacia el chico de prevención y haciéndole una llave en los brazos le obligó a soltar aquella navaja. Significándose como policía; para llevarlos, más tarde, a los dos al cuartelillo. . .

. . . La vida siguió entre la familia del señor Cándido y yo como siempre; sin contratiempos algunos: Hasta que por fin se supo quién era el pirómano. Estaba claro: El pirómano era el socio del chico de prevención.

Por motivos económicos; pues tenían a la vista un negocio de bastantes euros; Por lo tanto, quería el chico socio del chico de prevención todo el dinero para él.

Cosa curiosa, me pasó un día que me acerqué a la majada; pues estaba toda la familia del señor Cándido cerrando la cubierta del chozo, otra vez como estaba antes de quemarse.

Y a la sospecha, de que se podía caer, algún componente de esa familia al suelo: Yo alcé la voz para prevenirlos de algo grave, para ellos.

SAMUEL -. ¡Cuidado!; es muy peligroso estar subido encima de la casa-chozo.

Sí: Porque en un momento determinado, pude ver a Blanca haciendo equilibrio para no caerse de encima de la casa - chozo. O sea, la cubierta.

Blanca se quería bajar del tejado de la casa-chozo y por poco no lo hace por la trocha; pues mal atajo hubiese cogido la chica, si se hubiese caído de donde se encontraba subida.

BLANCA -. Menos mal que te veo.

Me dijo eso, Blanca, nada más que bajó del tejado de la casa-chozo; dónde

estaba subida ella: Anunciándola yo el por qué de mi ausencia.

SAMUEL -. Son fechas de mucho trabajo en el Banco.

Así salí victorioso de aquel entretalla miento, que Blanca me tenía sumido. Sí; porque yo estaba hundido y tocado en mi amor propio; al ver a aquella chica, tan interesada por mí.

Sería verdad, que Blanca me quería, con ese amor que una mujer profesa por un hombre al que le quiere de por ley. O sería, un afán por conquistarme y luego dejarme; como se deja a un juguete roto. Tendría que comprobarlo, de inmediato; pues mientras más dilación le dé a esa manera de ser de Blanca: Más me costaría dejarla en la estacada, como se suele decir.

Para saber la realidad, de lo que Blanca sentía por mí: Ideé una trama, un poco brusca para ella; si era verdad que me estaba queriendo.

Busqué con mucho afán a la chica, que yo me encontraba con ella; dando unos paseos por los alrededores de aquella manzana de casas.

Ni ese mismo día, ni al día siguiente; conseguí ver a la chica que yo estaba buscando. . .Hasta que por fin, di con ella en plena calle.

SAMUEL -. Me alegra verte.

CHICA -. Lo mismo digo.

Según me dijo ella: Había estado con sus papás veraneando en el norte de la Nación, En la España húmeda y frondosa.

He iniciando un paseo; nos fuimos los dos, cerca de donde Blanca tenía su consulta particular: Viéndonos esta a través de la ventana de su despacho.

Pareciendo, que Blanca se conformaba con lo que yo estaba haciendo, en aquella hora tan propicia para saber qué grado de amor, me tenía aquella chica, Blanca.

Pues vi, con decepción que los visillos estaban corridos; como si Blanca, ya no estuviese vigilándonos desde la ventana.

Y claro que no: No estaba vigilándonos desde la ventana; porque blanca se encontraba a dos pasos de nosotros, saludando a esa chica que me acompañaba.

BLANCA -. Samuel, es mi novio; por eso he bajado: Para saludarte.

Aquella chica salió corriendo, a más y mejor, calle abajo; perdiéndose de vista en poco tiempo. Yo miré a Blanca y ella bajó la vista al suelo; como avergonzada de lo que había hecho.

SAMUEL -. ¿Te parece bonito?, lo que has hecho.

BLANCA -. Defender lo mío.

Así se expresaba Blanca, bajándose y subiéndose los pechos; con una respiración entrecortada, como si tuviese miedo que alguien la quitase lo que la pertenecía a ella.

No sabiendo yo, ni lo que hacer. De momento acompañé a Blanca hasta la puerta del edificio, donde tenía ella la consulta; despidiéndonos con sendos besos en las mejillas. No sin antes decirme, que me esperaban en la majada para tomar el café, aquella misma tarde.

Yendo dando un paseo por mi antiguo barrio, para recordar tiempos pasados: Cuando encontré en una calle a Ernesto, que también estaba dando un paseo, por los alrededores de aquellas bonitas casas; pues ya estaban todas ellas adecentadas y remodeladas, con embellecedores nuevos, no así su estructura, que seguía siendo la misma.

Nos saludamos, muy cordialmente; queriendo Ernesto acompañarme a la majada: Aunque este chico se quedaría en la puerta de la casa-chozo, por respeto a esa familia del señor Cándido, según me dijo él.

Al pasar por una pastelería, vi una exposición muy buena en el escaparate de esos dulces tan exquisitos; siendo hechos por ellos mismo. Entrándome ganas de llevar algunos de aquellos pasteles a la majada, para su degustación de los mismos, en el café que tomaríamos esa misma tarde, en la casa-chozo.

Y aunque tardaron un tiempo en servirme los pasteles, Ernesto permanecía junto a mí, sin perder detalle alguno. Era más, que al llegar a la majada se quiso quedar en las puertas de la casa-chozo, para no molestar, según él.

Entré yo solo en la casa-chozo, después de pedir permiso. Y aunque yo estaba oyendo hablar a otra persona, que no eran ninguno de ellos; me decidí entrar en aquella dependencia del señor Cándido: Viendo allí a Jacinto, con un folio en las manos, que detallaba bastantes números; así, como al

señor Cándido, diciendo. . . ¡No! y no, y mil veces no.

No podía por menos que saber de qué se trataba; y pidiendo permiso para entrar en la conversación, el señor Cándido me lo concedió: No así Jacinto, que estaba remiso de aquella petición, tan espontánea.

El señor Cándido, me miró con la vista casi perdida; por algún espasmo que le había dado al saber una cosa, no grata para él.

Y cogiendo el folio en sus manos, bruscamente de Jacinto. El señor Cándido, me lo presentaba para que viese el precio de las fincas, que le quería vender aquel chico.

Yo no pude más, al ver detallado lo que le pedía por las dos fincas Jacinto al señor Cándido. Y montando en cólera, me expresé con todas las fuerzas que pude.

SAMUEL -. Tú. . .Tú eres un desaprensivo; que quieres enriquecerte con un hombre bueno.

JACINTO -. Ten cuidado y mira lo que dices,

SAMUEL -. A mí me digites otra cosa. . .?. . .Me dijiste sesenta mil euros.

Jacinto se echó para atrás, como queriendo ver que ese dinero era muy poco; para lo que valían las fincas.

JACINTO -. Yo no dije eso.

Y refiriéndome al Señor Cándido, le pregunté si había retenido la cantidad que yo había dicho en su cerebro; afirmándomelo rotundamente dicho señor.

SAMUEL -. ¡Esperen!.

Salí afuera de la casa-chozo, pidiendo a Ernesto, que hiciese el favor entrar él mismo en dicha vivienda particular. Así lo hizo Ernesto de buenas ganas y con buenos modos; pues pidió permiso para entrar al señor Cándido, dando las buenas tardes.

Y cuándo ya estábamos todos mirándonos, los unos a los otros; queriendo saber que iba a pasar con aquel huésped nuevo, yo me dirigí a Ernesto, con palabras subyacentes.

Y poniéndome bajo su sentido del deber, le pregunté algo, que él no esperaba. Pero eso sí; no tardó ni un segundo contestar a mi pregunta.

SAMUEL -. Ernesto; Haz el favor de decir, en voz alta, cuánto dinero le quería pedir, el otro día Jacinto, al señor Cándido por las fincas.

ERNESTO -. Sesenta mil euros.

Hacía gestos con la manos el señor Cándido, como no queriendo saber nada de aquel chico, tan extorsionistas para con las personas; Pues hasta violento era el chico.

En cuanto al requerimiento, era para preguntarle si él sabía algo de Jacinto; ya que le había ayudado a comprar unas fincas en el término municipal de aquel Excelentísimo Ayuntamiento.

En cuanto a la explotación de su finca, el señor Cándido volvió a comprar unas cabezas de ganado, más bien ovino; para sustento de su familia y obtener un poco de dinero, haciendo queso, como ya lo hacía en otros tiempos.

Al día siguiente me estaba esperando Blanca con dos entradas del teatro que se iría a montar dentro de dos días en la localidad.

BLANCA -. Te tengo preparada una sorpresa.

SAMUEL -. Muy bien. Dime; que sorpresa es esa, que me va a causar una completa alegría para mi cuerpo.

BLANCA -. Y, ¿eso?

SAMUEL -. Como me lo has dicho tan alegre y confiada: Sé que eso es así, como te he dicho.

Blanca se quedó cortada y sin saber qué decir; pero de momento reaccionó a lo que me estaba diciendo ella.

BLANCA -. Te lo estoy diciendo, con todo el amor del Mundo.

SAMUEL -. Y así lo tomo yo.

Al decir yo aquello, Blanca me dio dos entradas para el teatro que se montase en el día de la fecha que reseñaban esas entradas. Dentro de dos

días.

Me explicó Blanca, que eran actores muy buenos, los que componía aquel elenco tan afamado. Y que la obra se conocía, muy bien, por su valía.

Tuvo razón Blanca, en todo lo que me había dicho: Gustándome mucho la representación de aquella obra montada con gran esmero.

Al salir del teatro, la convidé una cena en uno de los mejores restaurantes que existía en el pueblo; pero como vi que Blanca se estaba sobrepasando en la bebida, la retiré el vaso, para llenarle de agua, que era lo que la pegaba beber.

Al terminar la cena, nos dimos una vuelta por los alrededores de aquel restaurante; observando los escaparates de los comercios y disfrutando de la noche tan buena que hacía.

Habíamos sobrepasado la luz de la acera de la misma calle, cuándo en la penumbra de aquel lugar, de ensueño, la di un beso de amor; con todo cuidado, para no hacerla daño alguno.

Blanca se me quedó mirando, sin poder hablar nada por el sobre recogimiento que tenía en su cuerpo metido.

BLANCA -. Esto, que me has hecho: ¿No será malo?

SAMUEL -. En absoluto; es lo más normal del Mundo: Siempre que se bese, con afecto y amor puro y limpio, respetando a la persona.

Parecía que Blanca confiaba en mí: Que poco a poco se estaba calmando; pero siempre con un solo pensamiento en su frente; no sabiendo yo si eso que estaba pensando era malo o bueno, era para bien o para mal.

Yo, también me estaba poniendo nervioso. No pudiendo más, la pregunté por el estrés en que yo la veía sumida.

BLANCA -. Es la primera vez. . .

SAMUEL -. ¿Nunca te han dado un beso?

BLANCA -. Nunca.

Me quedé sin poder preguntarla nada más; hasta que la volví a ver como

recitativo su pensamiento; sin poder coordinar por sí sola.

SAMUEL -. Te ha producido un impacto brutal el beso.

Me miró sin saber lo que hacía; pero sí lo que respondía; pues con un esfuerzo considerable me dijo lo que la pasaba, con tan solo pocas palabras.

BLANCA -. No lo sabes tú bien.

Notando yo como un vacío en mi cuerpo, por haber quedado de esa manera a Blanca: Como flotando en una nube, por aquel beso que yo le di aquella noche.

Tardamos bastante llegar a la majada; recibiéndonos sus padres con los brazos abiertos, según se dice. Y cuándo yo me despedí de ellos; hacían hincapié para que me quedase a dormir en la casa-chozo, donde ellos pernoctaban. Sí, porque esa palabra se repitió varias veces, por cada componente de esa familia.

CÁNDIDO -. Quédese usted a dormir en la casa-chozo, señor Samuel.

CEFERINA -. Lo mismo le digo, Samuel.

Viniéndose a mi lado Blanca, que cogiéndome de un brazo me invitaba para que me quedase esa noche en la casa-chozo; para descansar un rato, en una buena cama.

BLANCA -. Lo mismo te digo yo: Es muy tarde para que te marches a tu casa. Quédate a dormir, esta noche, en la casa-chozo de esta majada.

No iría a ver ni las luces de la primera calle, ni el camino tan siquiera; aunque tenía por referencia la luz de la casa-chozo; dirigiéndome por dónde tenía que ir, ya que en la ida me di cuenta de ciertos detalles en aquel terreno oscuro.

Dando mi conformidad al respecto, para quererme quedar; haciendo que se alegrase Blanca y sus padres por aquella decisión, que yo había tomado.

BLANCA -. Me alegra la decisión que has tomado; pues hasta que no estés en el altiplano, no podrás ver las luces del barrio.

Aquella noche cené una taza de leche con unas pastas riquísimas; no sabiendo yo de dónde las compraban. Diciéndome, que eran de la misma

pastelería que yo había comprado los pasteles, hacía unos días.

Cuando abrí los ojos, me pude dar cuenta: Que no era el lucero de la mañana el que me alumbraba en la cama; más bien era el Sol mañanero; que pegándome fuerte me deslumbraba del todo.

Me eché rápido abajo de la cama, saliendo a las afuera de la casa-chozo en pijama; quedándolos una visión brutal a toda esa familia, que riéndose de mí: Me invitaban, para que me acercase a desayunar, debajo de una higuera, una sopa de ajos; para que en un momento determinado, alargara el brazo, cogiendo los higos de la higuera.

¡UF!: Qué buenísima estaba esa comida; y sobre todo, efectuada en pleno campo: En dónde los mirlos cantan, la alondra en un sonido "krri", te hace las delicias de la mañana. . . La codorniz, el petirrojo, los jilgueros, verderones, gorriones, urracas. . .Y un sin fin de aves, cantando y volando por aquellos campos de gloria; propinando el sustento para aquella familia.

Pero como el deber me llamaba, me fui a mi puesto de trabajo en el Banco; pensando toda la mañana, en aquella familia que me acogía de buenas ganas.

Salí de esa entidad bancaria, con el Espíritu elevado; yéndome rápido a mi casa para tomar un bocado y poder descansar en ella. Pero así, como a las cinco de la tarde, llamaron a la puerta; siendo toda la familia del señor Cándido; haciéndolos pasar yo a mi casa.

SAMUEL -. Qué bien, que vienen ustedes a mi casa.

BLANCA -. No podemos vivir en la casa-chozo de tanto calor como hace dentro de ella.

Me quedé mirándolos detenidamente a la cara; viendo en ellos un atisbo de cansancio monumental. Y haciendo acopio de ser un buen hospitalario, los dije algo que no había pensado muy bien.

SAMUEL -. Se pueden, ustedes, quedar en mi casa. Es más fresca que la casa-chozo, donde ustedes pernoctan y viven en ella.

Así se construyeron unos lazos fraternales, entre la familia del señor Cándido y mi persona. Y mi persona me decía: ¿Dónde vas?, con tanta familia.

No sabía lo que había hecho, al invitarle a toda la familia para que se quedasen, viviendo en mi casa. Sin saber yo, lo que pudiese pasar con los papás de Blanca.

¡Lo que pudiese pasar!; pues enseguida lo supe: Estaban comprando el ajuar a su hija Blanca, de prisa y corriendo. Como si en ello valiese la rapidez empleada, en la compra del ajuar.

Yo veía que mi casamiento estaba cerca, a este paso; pues al ajuar ya comprado, se añadía el que estaban comprando en esos días, de estancia en mi casa.

Cada día iba con más pesar al trabajo: Pensando en lo que me estaba pasando con mi novia Blanca; que por otra parte, tan poco ella no lo veía claro lo que estaba haciendo su mamá.

Un día de paseo, nos paramos frente a la puerta de una hernita, que había en aquellos parajes tan inmensos; diciendo algo Blanca que me cogió descuidado. No sabiendo yo si podía volver al pueblo andando, o teníamos que llamar a una taxis: por el estrés tan enorme que me dio al oírla decir eso:

BLANCA -. Aquí, quisiera yo que nos casásemos.

En ese momento, me miró Blanca; Y al verme la cara de mil colores, sospeché algo que ella no quisiera que pasase: El agobiarme, pensando casarse antes de hablarlo nosotros dos.

BLANCA -. ¡Pero di algo!

Qué quería ella que dijese yo; si ya lo había dicho todo ella: Que nos casábamos. . .Y eso era una realidad de por vida, entre esta familia que todo lo maneja.

A la voz de ¡vámonos!; iniciamos el camino hacia el pueblo: Pues aunque no estábamos muy lejos de las primeras casas, me costó llegar a ellas. Tenía los músculos entumidos por todo lo que había oído a Blanca salir de su boca. . .Que nos casábamos. . .Y eso era una realidad.

Antes de llegar a las primeras casas, a la primera calle del pueblo: Se paró Blanca, hablándome muy seria.

BLANCA -. ¿Qué te pasa?; que no has dicho una sola palabra, en todo el

camino hacia el pueblo.

La cogí de un brazo, haciéndola que me escuchara; pues hasta ahora no me había escuchado, ni una sola vez.

SAMUEL -. Te lo voy a decir, con buenas palabras.

BLANCA -. ¡UY!: Miedo me da.

SAMUEL -. Pues que no te de miedo. Pero antes que esto vaya a más; te tengo que hablar con el corazón en las manos. . .?. . .Porque tú me quieres, ¿Verdad?

BLANCA -. Claro que sí: ¡Cielo mío!

Vi, que Blanca estaba exaltada por el cariño que me profesaba, al hablarme de aquella manera; pero con todo y eso, la tenía que hablar claro, para que me entendiese ella.

SAMUEL -. Estás llevando siempre, tú, la batuta. . .

Se miró a las manos, como extrañada de lo que yo la estaba diciendo y haciendo un gesto con las manos de que ese no era así, me preguntó, por ello.

BLANCA -. ¿Qué batuta?. . .Qué batuta, llevo yo.

SAMUEL -. Dirigiendo tú todo: No dejándome que me exprese, cortando la conversación para hablar tú sola y así un sin fin, de modales no correspondiente a una señorita.

Blanca se quedó de piedra, al saber que estaba haciendo todo lo que yo la había dicho. No diciendo nada más, hasta entrar en mí casa.

Tardaba salir Blanca de su habitación, cuándo pedí permiso para entrar en su cuarto de estar; encontrando en ella con una sonrisa picarona.

SAMUEL -. ¿Qué haces?, Banca.

BLANCA -. Ya lo ves; estoy haciendo la maleta.

SAMUEL -. ¿Con qué motivo?

BLANCA -. Para marcharme a mi casa-chozo, en la majada: Allí no molesto a

nadie.

Me adelanté a donde se encontraba ella, cerrando la maleta con sumo cuidado para que no se pusiera nerviosa Banca y con un:

SAMUEL -. ¡Vamos!, vamos Blanca. Que no se rompa el hado tan feliz como hemos tenido hasta ahora.

BLANCA -. Melo dices en serio.

SAMUEL -. En serio.

Nos miramos a los ojos, diciendo todo lo que nos teníamos que decir, pero faltaba una cosa: Decírnoslo con la boca.

BLANCA -. ¿Te parece bonito?, lo que has hecho.

La miré a la cara haciendo señales con la cabeza, para que siguiese su conversación conmigo; alzándose ella un poco, al envalentonarse por mis palabras: De que sí la quería.

BLANCA -. Me has quitado toda mi ilusión. Has borrado, de un plumazo, toda la fe que yo había puesta en ti. No veías, que si yo me portaba así, era por la alegría que tenía y por la confianza que había puesto en ti.

SAMUEL -. Perdóname, Blanca; por favor.

Y acercándome a ella, la di un beso de amor y de esperanza, ante la próxima vida que llevásemos juntos, no queriendo hacerla sufrir nunca.

Salí yo primero de su habitación y más tarde salió ella, como si no hubiese pasado nada: Tan frescachona y tan dicharachera como siempre.

Aquella tarde-noche lo pasamos todos nosotros contando parte de nuestras vidas; hasta que vi manipular mucho el móvil al señor Cándido, pues tal vez estaría grabando nuestra pequeña conversación. Ese señor, estaba tan acostumbrado hacer eso; que aunque fuese su familia, grababa la conversación que sostuviera con ellas.

Pedí permiso para levantarme de la mesa, pues estábamos cenando y opíparamente, yéndome a mi cuarto, para que así no me oyera el señor Cándido. Pensando yo, que con aquel señor tendría muchos problemas en nuestras relaciones de familia; pues él era persona mayor: No pudiendo

quitarle nadie las costumbres adquiridas durante toda su vida.

Pero como él, Cándido, tenía la costumbre de tomarse un café, después de la cena; aunque la cena la hacían muy temprano: Vino llamándome a mi habitación, como desconcertado, al no habernos tomado el café de la cena.

CÁNDIDO -. Le digo a usted, Samuel; que el café de la cena se nos ha olvidado tomarlo. Es tan amable sentarse un poco conmigo para degustar ese estado oloroso que desprende las semillas del cafeto tostadas.

SAMUEL - Con mucho gusto.

¡Un poco!, ¡un mucho!; eso fue lo que pasó, degustando ese café, con esa aroma tan maravillosa en las fosas nasales.

Yo me estaba casi durmiendo; no viéndolo el señor Cándido, que permanecía impasible a las hazañas contadas por él, de su juventud. Detallando en ellas ese esfuerzo y valor, como ningún condiscípulo tenía. Que si ahora le llevaron de excursión los curas del colegio a unos montes, que si se había caído, por un barrando, un condiscípulo suyo, ayudándole él a salir de ese atolladero tan profundo por el fango de su terreno. . .Por él. . .Por él. . .Y así, un sin fin de peripecias, hechas en su juventud; como ir de penitencia, impuesta por él mismo, a un camino oscuro y apartado de la ciudad donde vivía.

¡Madre mía!: Si miré para todos los sitios del salón, no viendo, ni a la señora Ceferina ni a Blanca. ¡Se habían acostado!; aquellas dos señoras.

Se levantó el señor Cándido alegando ir a por un vaso de agua; diciendo, que volvería enseguida. Esa fue la oportunidad que tuve para marcharme a mi habitación aquella noche: Ya que si me hubiese quedado allí; lo tendría que hacer todas las noches. Un escarmiento viene bien a la persona, que no se fija, o no se da cuenta; de cómo está su interlocutor.

Yo me daba cuenta que a la señora Ceferina, no la gustaba nada la manera de ser de su marido Cándido: No extrañándome mucho, un día que la vi hablar con un señor en la puerta de mi casa. Gesticulaba mucho dicha señora; teniendo el sentido puesto a lo que decía aquel señor.

Aquel día llegué a casa; no habiendo sido hecha ninguna comida para el medio día; ni tan poco se sabía dónde se encontraba la señora Ceferina.

Notándose al señor Cándido todo él nervioso; como si no quisiera se

enterarse nadie de aquel despropósito de la señora Ceferina. Iba en ello, su trabajo y su escalafón en la vida social, como profesional.

Con mucho sigilo y como a escondidas, buscaba a la señora Ceferina por todas las calles de aquel pueblo; no pudiéndola encontrar, por más que la buscaba, el señor Cándido.

En consecuencia, tomamos un bocado de lo que había en el frigorífico: Queso, jamón, morcilla patatera, con una buena sandía; para cerrar aquel broche de comida fría, con un café torrefacto.

Me daba pena el señor Cándido; pues nada más tomarse ese café un poco amargo, tuvo una llamada telefónica, ese señor: Que apenas podía coordinar sus ideas, para que le entendiese la persona que estaba al otro lado del teléfono. Y eso, que era una llamada muy importante para sus intereses profesionales: Elevarle de categoría, dentro de su profesión. Alegando él, que tenía un fuerte constipado, con un poco de fiebre.

Estaba claro; el señor Cándido tenía que cambiar de localidad, para irse a trabajar, en un despacho dentro de la curia. Aclarándome las ideas y poniendo bien mi vida social, en aquel pueblo tan hermoso.

Ahora tendría que saber, si su hija Blanca se iría con él a Roma o por el contrario, se quedaría conmigo en mi casa. Pero el problema principal no era ese: Ya que el señor Cándido llegaría a la Capital de la fe, solo y sin nadie como familia que le amparase. Por eso, su hija Blanca decidió marcharse con el señor Cándido: Que estaba adscrito al servicio burocrático.

Bien sabido, que aquel puesto era transitorio, hasta que se le nombrase su permanencia en él; no estando muy conforme el señor Cándido que se le llamase fuera de su ámbito cotidiano: El relacionarse con personas sencillas y humildes. Pero con todo y eso, se fue donde le habían asignado, el ilustrísimo y reverendísimo obispo, que lleva la curia eclesiástica.

No era, que no quisiera a Blanca; pero estaba cansado de las cosas de su papá: No diciendo yo que no se llevase a Roma todo el saber del Mundo. Ya que había hecho pruebas, con todas las personas que se le cruzase con él en el camino: Bien seguros podían estar en Roma, de los conocimientos del señor Cándido, que eran muchos y muy variados.

Blanca llegaba a casa, cada mes, sobre todo de viernes a domingo y al

volverse a marchar, no se llevaba nada que ella tuviese en casa; eso me dio idea de que Blanca no se había ido de mi casa: Pues me parecía a mí, que volvería a mi lado en cuánto pudiese.

Al cabo del tiempo, Blanca tardaba más llegar a casa; ya que estaba ayudando a su papá, en sus menesteres dentro de la curia. Dando una idea inconfundible para mí: El buscar a la señora Ceferina para hablarla de lo necesitado que estaba su marido de ella.

Pero para saber el paradero de la señora Ceferina tenía que ver a Jacinto; pues la tenía él en su casa, junto a su novia Asunción, que era una mujer entrañable del Alma.

SAMUEL -. Jacinto, No te parece que la señora Ceferina tenía que estar con su marido, el señor Cándido.

JACINTO -. Me parece ideal. ¿Cómo lo hacemos?

SAMUEL -. Lo más sencillo del Mundo: Hablarla claro.

Y aunque claro la hablábamos a la señora Ceferina, Jacinto y yo; hasta que no se quedó sola con Asunción, la mujer del señor Cándido, no cambió de opinión.

Dando la idea; para que Blanca volviese a mi casa, una vez más: Pero esta vez para quedare en ella.

Todo dependía de una posible un subjetivo personal, que la hiciese Asunción pues era una perfecta persona de relaciones públicas.

En el buen sentido de la palabra; yo quería a Blanca: No haciéndome sin ella y sin verla en casa. Disponiéndolo todo a su manera y a su orden.

Para ello, tuvo que viajar hasta Roma Jacinto, con su novia y la señora Ceferina: Entregándole una perita en dulce al señor Cándido; al decirle algo, como buen tratante que él era.

JACINTO -. Señor Cándido. Ha influido en mí pensamiento Asunción, en cuanto a la venta de esas dos parcelas.

El señor Cándido se embelesó escuchando a Jacinto, la explicación que él tenía quedarle en ese momento.

CÁNDIDO -. ¿Dígame?

JACINTO -. Le vendo esas dos fincas: No por sesenta mil euros, ni tan poco por cuarenta y cinco mil euros. . .

CÁNDIDO -. Entonces: ¿Por cuánto?

JACINTO -. Por cuarenta mil euros.

Se le vio respirar mejor al señor Cándido, en ese momento que escuchó el precio de las dos fincas; dando las gracias a Jacinto.

CÁNDIDO -. Le estoy muy agradecido.

JACINTO -. No, a mí no; se las debe dar usted a mi novia, Asunción: Que ha sido la que ha intervenido para que yo le venda las fincas a precio módico.

Con esa alegría en la cara, que fluye sin darse las personas cuenta; así volvieron Jacinto y Asunción al pueblo: Uno con el corazón ancho y la otra con el deber de haber cumplido una norma de la sociedad, de saber estar y saber ayudar al prójimo.

Sin saber yo, que quien se encargaría de las fincas sería Blanca; porque sus papás se quedaron en Roma: Cerca del puesto de trabajo del señor Cándido.

Sin dilación alguna; comenzó Blanca el proceso de perimetrar las fincas: Para que en sí pareciesen una, las tres fincas. Y como le dijo Jacinto al señor Cándido, que no se llamase a tasador alguno, así se hizo. Ya que las fincas las vendía a un precio menor del que valía. Siendo legal dicha venta, siempre que las dos partes lo hayan convenido de antemano; pero declarándolas con el valor catastral de las fincas.

No solamente se conformó Blanca con la llevanza de las cuentas de la finca, si no con arreglar una habitación de la casa, mi casa, aunque no se fuese a utilizar aquella estancia.

Como la consulta de Blanca se volvió abrir; con la suerte que todos los pacientes que tenía ella antes de irse a Roma, volvieron a dicha consulta.

Y cosa curiosa; que comenzamos ahorrar dinero, Blanca y yo, en poco tiempo: Así, que compró mi novia un ganado de lujo, como estaba siendo las ovejas que agenció nuevas.

Teniendo una pequeña granja a su cargo de, una guarra de cría y dos cochinos; así como veintiséis gallinas, en un gallinero. Y en una pequeña nave, que construyó cerca del río, once conejos. De todos ellos sacaba dinero por la venta de sus productos.

Blanca estaba que no podía más; hablando con Lucía de su situación: Proporciándole un peón agrícola, en la persona de su hijo; pues se había casado hacía poco tiempo. Solamente había una cláusula restrictiva: Siempre que tuviese viviendo su hijo, en aquella gran finca.

Con tanto ardor y valor, construyó pronto una vivienda para el hijo de Lucía y su mujer; pues empleó a un buen contratista de obras.

BLANCA -. Hay algo que se os está pasando por alto en la finca.

SAMUEL -. Tú me dirás.

BLANCA -. Hay que comprar un tractor.

La miré, a Blanca, escéptico; sin saber qué decir, ni por qué camino escaparme: Al ser palabras mayores, lo que proponía mi novia.

SAMUEL -. ¿Tú sabes lo que vale un tractor?

BLANCA -. Mucho dinero: Pero si no nos arriesgamos, no haremos nunca nada.

Blanca tenía razón; pero a mi simple opinión, ese dinero; saldría de un préstamo bancario: Esperando yo a que se concediera subvenciones para ello, por parte estatal.

Y cuándo se comenzó a dar subvenciones, yo me vi imposibilitado; para la concesión de ese préstamo, pero lo tenía que hacer: No tenía otra manera de hacerlo, más que pidiendo ese préstamo a mi Banco.

A poco tiempo llegó la señora Ceferina a casa; alegando poca supervivencia con el señor Cándido; por motivos de su trabajo: Todo el tiempo lo quería para él solo y para algunas personas, en particular.

Volvieron, otra vez, las andanzas con Jacinto y su novia Asunción; de tal manera, que un día me llamaron los novios, queriendo saber si la señora Ceferina se encontraba en mi casa.

Aquella llamada me produjo un estado de ansiedad; al no saber esos novios dónde se encantaba la señora Ceferina. Buscándola por todas las calles y parques; hasta llamamos a los hospitales por ver si habían ingresado una señora con el nombre de Ceferina.

Yo no tenía tiempo que perder; al decirnos, allí dónde llevábamos, que no existía ninguna señora con el nombre de Ceferina.

A penas comí aquel día y con el último bocado en la boca, salí otra vez más a la calle en busca de aquella señora, que se encontraba a di justo con su marido Cándido.

Recorrí, calles, callejones, callejas, edificios oficiales, bares, comercios y un sin fin de establecimientos más, buscando a la señora Ceferina; no dando con ella en ningún sitio donde yo iba.

Pero cuando estaba yendo, otra vez, a mi casa, pasé por la fachada de un convento de monjas; preguntando allí por la señora Ceferina. No sabiendo la monja que me abrió la puerta nada de lo dicho; así que me hizo pasar dentro del convento y en una sala me hizo esperar a la madre directora, nombrada por el señor obispo: Diciéndome esta, que desde ayer tarde estaba dentro del convento dicha señora.

No sé si mi explicación la valió a la madre directora; lo cierto fue, que entendió a las mil perfecciones las explicaciones que yo la di, con respecto al señor Cándido: Conociéndole muy bien, no solamente la directora del convento, si no todas las madres de esa congregación religiosa.

El señor Cándido se veía muy comprometido, en la curia religiosa; si la señora Ceferina no volvía con él en poco tiempo. Y con todo eso: alegando haber ido al pueblo para ver a su hija Blanca y así poderla asistir en sus menesteres, unos días.

Pero esta vez fuimos nosotros dos, Blanca y yo, al aeropuerto para verla embarcar en la nave; saliendo esa aeronave a su hora señalada, en el panel que da vista a los pasajeros.

Respiramos a pulmón lleno, Blanca y yo; al ver volar aquella aeronave, rumbo a Roma: yendo aleccionada la señora Ceferina por parte de su hija, del peligro en que dejaba al señor Cándido; si acaso no le vieran acompañado por ella misma.

Por supuesto: La señora Ceferina, no volvió a dejar solo al señor Cándido, por más que la pesase a ella; con todas las fuerzas y moral de su conciencia.

Nosotros dos, Blanca y yo, estábamos tranquilos en casa y sin grandes contratiempos; hasta que un día vi salir del ginecólogo a Blanca, con un impreso en las manos: Pensando, que Blanca se encontrase mala, pero a la vez y viendo que nada la aquejaba presupuse fuese una enfermedad, que aqueja momentáneamente a la mujer.

¿Tranquilos?: ¡sí!, sí. . Poco tranquilos podíamos estar al saber aquella noticia, que la había dado el doctor en la consulta de ginecología.

La alegría se nos vio en la cara. Saltábamos y cantábamos, sin saber lo que hacíamos; al recibir aquella fresca noticia. . Noticia sorprendente para nosotros dos: Para Blanca y para mí.

Nos abrazamos, casi llorando de alegría; dando los parabienes, el uno al otro. Y hasta nos pudimos caer al suelo: Por recibir tanto placer, como traía aquella buena noticia para los dos.

SAMUEL -. Te doy las gracias, hija mía.

BLANCA -. Yo también te doy las gracias. ¡Gracias!, ¡gracias!, ¡gracias!

Así nos expresábamos los dos, el uno al otro; con todo el cariño que nos profesábamos, en aquella hora de ensueño.

Blanca se encontraba embarazada: ¡Aleluya!, aleluya. Pero sin saber nosotros lo que hacer, ni qué camino encontrar en la vida: Para criar junto al bebé, que tuviésemos.

Y con el problema que teníamos con respecto al señor Cándido y a la señora Ceferina; se nos añadía dicho problemas a nosotros dos: Blanca y yo.

Blanca me explicó, por vez primera, el estatus, que tenía en la curia su papá; que era: Comentando el salmo en el pasaje 119, dice: Mi lote es el señor. Sabiendo, que el celibato era lo fundamental, para tales personas. Estando su papá asignado al Dicatorio para el servicio del desarrollo humano integral, de forma temporal, al ser un señor casado.

¡Acabáramos!: Ahora estaba yo entendiendo algo, de por qué su mamá se encontraba de esa manera con su papá.

Pero como había que casarse, por motivos religiosos entre nosotros dos; lo hablamos un día, cuando estábamos degustando una sabrosa comida, en nuestra casa, Blanca y yo.

SAMUEL -. ¿Dónde podemos casarnos?. . . ¡Bueno!. . .Espera.

Salí a paso agigantado hacia la alcoba, trayendo en las manos una caja con un pedrusco dentro de ella; siendo una sortija maravillosa. Y arrodillándome delante de Blanca, la pedí algo, que una mujer no olvida por más años que viva.

SAMUEL -. ¿Te quieres casar conmigo?

Y cogiéndome de las manos, me hizo levantar Blanca con la rodilla en el suelo, como yo estaba en aquella petición de boda.

BLANCA -. ¡Sí!, sí y sí; que me quiero casar contigo, Samuel.

Hablando de todo aquel mismo día; que yo ya sabía, que Blanca se quería casar conmigo. Pero no sabiendo cuándo, ni dónde.

Como Blanca no estaba adscrita, en el catastró municipal, en mi casa: Dependía la majada del poblado nuevo; ya que se encontraba más cerca a la Iglesia de nuestro amigo el cura. Cosa, que nos congratulamos al pensar en ello. Dando todas clases de felicitaciones, el uno al otro.

Se comenzaron los preparativos para la boda, existiendo un escollo en uno de los términos; de cuántos comensales se tenían que invitar al banquete. Y lo más fundamental en una boda: Cuándo sería el enlace nupcial.

CURA -. Hijos; haciendo un esfuerzo enorme, no tengo más hueco, que el día veintiocho, a las doce del medio día.

SAMUEL -. Con eso vale, padre.

Detallando día y hora en un cuaderno que el sacerdote tenía guardado, en un cajón de la mesa. Nos despedimos del cura párroco de esa Iglesia; no sin antes haberle invitado al banquete de la boda.

Como yo estaba viendo que corríamos mucho, me atreví a preguntarla a Blanca por las causas de esa presura. Diciéndome ella algo, que me quedó helado.

BLANCA -. Tengo el traje desde hace tres años. . .Y, ¿Tú?, cuéntame de tus vestiduras.

SAMUEL -. Yo también lo tengo, desde hace tres años.

Blanca me miraba con cara de extrañeza; no creyéndose nada de lo que yo la estaba diciendo, en ese momento. Para responder con una indiscreción por su parte.

BLANCA -. ¿Dónde lo tienes?

SAMUEL -. En el comercio.

BLANCA -. ¡AH!

Con esa interjección de sorpresa, me lo quería decir toda mi novia Blanca; que apretando el paso quería llegar, cuánto antes, a la casa del pueblo.

No teniendo ni gloria, ni pena en aquel día; me enseñaba el vestido de novia, nada más que llegamos a casa los dos.

Yo me eché para atrás, en un mal presentimiento sobre aquel vestido: Mirándome fijamente Blanca para expresar su opinión más tarde.

BLANCA -.Por qué te escondes.

SAMUEL -. He oído, que trae mal fario ver el vestido de la novia, antes de casarse.

Y sin más decir, le guardó enseguida en el armario; donde le tenía hacía ya tres años. Y entonces yo me eché hacia adelante; como queriendo dar un beso de amor, de esos que hacen época.

Como tenía en las manos Blanca una jarra de cerámica, se echó para atrás; no fuese a ser que la rompiésemos. Pero al cogerla yo a blanca por un brazo, esta chica aflojó las fuerzas en ese miembro, cayéndose la jarra al suelo; haciéndose trozos pequeños.

Yéndose Blanca a mi armario, para ver los trajes que tenía en él; así como los zapatos, las camisas y corbatas que yo usaba. Pareciéndola bien, el ajuar que yo tenía; no queriendo añadir nada más a mi ropero.

Llamamos por teléfono a los papás de Blanca; dando la noticia de que se

encontraba en estado de buena esperanza blanca: Alegrándose mucho los papás de mi novia. Que por supuesto, vendrían a la boda de su hija; máxime, cuándo dijo Blanca, que quería fuese la madrina su mamá, ya que el padrino sería el papá de Samuel.

El día de la boda: ¡AH!, sí; el día de la boda estaban todos los invitados a la misma esperando en la puerta de la iglesia, con arroz, confetis y guirnalda para tirárnoslas a la cabeza; deseándonos todo el bien del Mundo.

Con su vestido de cola; llevándola dos niños, cogida por los extremos; así como su tiara, sujetando la peineta: todo eso formaba un conjunto de prendas finas. Dando la sensación de ser la más bonita mujer de los mortales.

Dando un "Sí" Blanca, que retumbó por toda la iglesia; pero no menos hice yo: Que al parecer lo dije hasta cantando, según los invitados a la boda.

En cuanto al banquete, se habló de él, por lo menos dos años seguido; poniéndole como ejemplo de cómo tiene que ser una buena invitación, por parte de los novios. Permaneciendo en el pueblo dos días más los papás de Blanca; pues mi papás se fueron al siguiente día de la boda, para seguir sus tareas encomendadas oficialmente.

La vida cotidiana, era de lo más maravilloso que me había pasado a mí. Sin contratiempos ni acechanzas algunas, ya que nosotros dos, Blanca y yo, no nos metíamos con ninguna persona haciéndola pasar mal rato.

Nuestro amor fructificaba en el Alma, como si fuese un rosal de claveles reventón, dando luz y esperanza a nuestro hijo; que aunque estuviese en el vientre de su madre, ya notábamos sus patadas, con muchos deseos de salir al Mundo.

Había sus altibajos entre nosotros, pero pasajeros todos: Sin ninguna clase de rencor; sabiendo de antemano, que eso se daba en todas las familias, que la sangre le fluyera en las venas.

Una tarde llegó Jacinto a casa, diciendo algo que nos sobrecogió el corazón: Asunción estaba mala, creyendo el doctor fuese un tumor maligno el que tenía en un pecho.

JACINTO -. De modo, que vosotros ya veis, lo que se me ha venido sin esperarlo.

Se quedó Blanca pensando, para apostillar algo más tarde a eso que había dicho Jacinto; después de haberlo dado muchas vueltas en su cabeza.

BLANCA -. ¿Eres creyente?

Jacinto se extrañó de haberle hecho esa pregunta Blanca; contestándola como se tenía que contestar en aquellos años.

JACINTO -. Y quién no es creyente, en estos años.

Jacinto tenía razón; pues entre ejercicios espirituales, enseñanzas dadas por las personas que estaban capacitada para ello, entre que ya se traía aprendido desde la escuela de párvulos: Todo era un compendio de demostraciones y enseñanzas, para que la persona se portase bien, las unas con las otras.

Blanca acompañó a Asunción al ginecólogo; para que estuviese más tranquila aquella señora; yendo con los dos Jacinto, que no se quería quedar en casa, sufriendo lo suyo.

Pero el que entró con Asunción fue Jacinto; saliendo de la consulta, totalmente desesperado: Ya que aquel tumor era maligno.

Visitándole Ernesto y Sinforosa en la casa de este, Jacinto. Lo sabemos; porque cuándo se produjo aquella visita, estábamos Blanca y yo en casa de Jacinto, confortando a Asunción en su pena.

Llamándome Ernesto aparte, con mucha premura; como para decirme algo que urgía mucho, para los intereses creados, entre Sinforosa y este.

SAMUEL -. ¿Qué me quieres decir?, Ernesto.

ERNESTO -. Que Sinforosa, me parece padece algún mal.

SAMUEL -. ¿Cómo lo sabes?

ERNESTO -. Se queja mucho. Y no quiere ir al doctor.

Pensé y pensé a la velocidad del rayo, un ardid ideado por él mismo, por Ernesto; ya que era la pareja de Sinforosa. Comunicándoselo rápidamente a Ernesto, lo que yo había pensado.

Llevándolo a cabo, en pocos días: Aquello que yo había pensado; pero con la

diferencia, de que dijese Ernesto, que salía de sí mismo.

A la siguiente mañana, vi a los dos pimpollos, dirigirse al Hospital de aquel pueblo, sin dilación alguna: Ya que urgía darla sangre a la señora Asunción.

Y desde luego, en aquel proceso que sufría la señora Asunción, no podía haber retraso alguno para su curación; en cuánto a unas prácticas hechas por aquellos doctores, para saber el grado de malicia que presentaba aquel tumor maligno.

Pero la verdadera realidad, era que la estaban analizando la sangre a la señora Sinforosa, sin ella saberlo: Fuese mal o bien aquel ardid, ideado por el señor Ernesto, al parecer.

Empanzando a ponerse nervioso Ernesto, en sus condiciones de convivencia diaria con Sinforosa; al no saber nada: Si aquel estado de desánimo y de dolor, sería un pensamiento mal hecho, por la señora Sinforosa o que en realidad estaba mala ella.

Tenía siete días Ernesto para pensar, que tal vez no sería nada, aquel dolor que presentaba la señora Sinforosa, en su estado anímico, día tras día.

Tanto era así, que al día siguiente, al pasar yo por la puerta de la Iglesia, vi dentro de aquel templo a Ernesto; encendiendo unas velas, en el lampadario, a la Virgen.

Él no me vio a mí; puesto que estaba cubierto por una columna que formaba el capitel, rematando en la cubierta general de aquella Iglesia.

¡Con qué devoción!, ¡con qué recogimiento!; estaba el amigo Ernesto, en aquella hora de oración y de recogimiento para su Espíritu maltrecho, por los avatares de la vida. Aunque decía Sinforosa, que el dolor; de vez en cuando se la iba para un lado: No sabiendo nosotros qué enfermedad era esa, que de vez en cuándo; ahora la dolía en un sitio de su cuerpo, para más tarde dolía en otra parte.

Llegando el día de la consulta del doctor, para que auscultase lo que la pasaba a la señora Sinforosa. Viéndosele una cara totalmente descompasada a Ernesto; para más tarde, salir de la consulta tocando los pitos y dando palmas, por así decir.

El doctor había mandado un tratamiento a la señora Sinforosa, no dando

valía alguna esos pequeños dolores, como si fuesen picotazos. Remitiendo a dicha señora al dermatólogo.

Con una quemadura de piel, fue necesario; para que se curase el mal que sufría la señora Sinforosa, sin utilizar operación alguna.

Siendo la primera vez, que dicha señora, fue al médico acompañada de su pareja sentimental; asustándose más ella que los que la veían con cara de esplendor.

Pero no digamos nada de la señora Asunción, que era la que estaba mala de verdad; tratándola el doctor su enfermedad, en una máquina para tal efecto.

Entre tanto ir y venir de visita a unos y otros, se nos pasaba el tiempo; que corría a una velocidad espantosa, no dando motivos para que se sucediesen los hechos; Unos tras otros.

Desde luego que se sucedían los hechos, como si fuesen, tantos, como semillas tiene una granada. Y desde luego, que sucedió: Sucedió un hecho insólito para la vida de Blanca y para la mía. Cambiándonos totalmente la manera de ser en la vida, a los dos.

Aquella ambulancia, sí; aquella ambulancia corría y corría a una velocidad espantosa: Pues una señora estaba trayendo a un hijo suyo al Mundo.

Dando luz Blanca en el Hospital de aquel pueblo, tan hermoso; pues todavía me parecía, a mí, más bonito y alegre aquella maravillosa urbe. En donde las personas paseaban por sus calles, al margen de lo que estaba pasando, aquel día, en el Hospital.

Mi hijo había nacido, a las seis y veinte de la mañana; siendo un niño guapísimo y parecía hasta listo: Ya que miraba para todos los sitios de aquella habitación del Hospital. Bien sabido, que hasta los tres o cuatro meses, los bebés no comienzan a fijarse.

Dieron el alta a la madre a los dos días de dar a luz; pues estaba perfectamente. Pero al llegar a casa, con nuestro hijo: Eso era ya otra cosa; pues, aunque la enseñaron a Blanca no sabíamos cambiar los pañales al bebé.

Lloraba y lloraba el bebé, como si le estuviese pasando algo fuerte. . .Y desde luego le estaba pasando algo fuerte. Le apretaba mucho un lado del pañal; y

al ponérselo bien Blanca, dejó ese llora tan intenso, como traía él.

Nos repartimos los deberes de la casa Blanca y yo: Por el día haríamos paralelos los trabajos de la casa y el de noche lo haría yo; dando descanso a mi mujer, para que pudiese asistir mejor a sus pacientes.

El bebé no lloraba mucho; pues al parecer no había salido muy llorón; pero sí pedía, a su hora la teta, cuándo le entraba ganas de comer.

Yo era el padre más feliz del Mundo: No digamos nada de la madre, pues se sentía la mujer más dichosa de la Tierra. Viendo aquella carita rosada y alegre, como tenía en todo tiempo mi niño.

Los esfuerzos fueron insuperables, para sacar al bebé adelante. . .Con mucho trabajo y esfuerzos en nuestras tareas, al echar horas extraordinarias.

Pero con ese esfuerzo llegó mi niño a tener un añito, gateando y corriendo por toda la casa. Recordando una vez, que no encontrábamos al niño por más que le buscábamos: Y era, que se había ido con un gatito, que teníamos, a un aposento diferente a los que usábamos.

Recordando el bautizo, que hizo mi niño, a las pocas semanas del nacimiento; en donde ya apuntaba maneras de ser un chico espabilado. No queriendo más que la teta, en vez de la leche embasada en un frasco, como tenía su madre.

Yo iba a mi trabajo, algunos días como sonámbulo; pues no había hecho más que asistir a mi hijo durante la noche, en sus deseos cotidianos. Tanto era así, que asenté una partida, en sitio diferente de donde tenía que haber sido. Y claro, el balance no me cuadraba aquel día; teniéndome que quedar solo, en aquel día. Mejor dicho, me acompañaba solamente el guarda de seguridad.

A la salida del Banco, me pude dar cuenta, que se encontraban sentados en una terraza los amigos, Jacinto y Asunción. Y aunque ellos no me habían visto, me fui para donde se encontraban ellos, con deseos de saludarlos; haciéndome sentar en un asiento que había alrededor de la mesa.

Y aunque yo me encontraba cansado de tantos números, como había echado en aquel día, me tomé un refresco con ellos; al tiempo, de anunciar Jacinto, la posibilidad que teníamos para merendar juntos aquel mismo día.

ASUNCIÓN -. ¡Bien pensado!, Jacinto.

Siendo su compañera sentimental la que decía eso, con voz fuerte y cara risueña; a la vez que apostillaba, la comida que tenía en aquel bello día. Pareciéndome bastantes manjares en un solo día: Cometiéndome yo una indiscreción, al nombrar a Ernesto y a Sinforosa por la comida tan copiosa que tuvimos juntos el otro día.

Acompañados Jacinto y Asunción por todos los amigos que tenían en ese pueblo: Ernesto, Sinforosa, Blanca y yo; nos pusimos a degustar una opípara comida, hecha por el personal doméstico que tenían en su casa, los dos amigos nuestros.

En un momento y sin esperarlo todos los demás amigos; Jacinto se levantó de donde estaba sentado, para darse un chapuzón en la piscina y al ver nosotros eso, dependiendo del calor que hacía aquella noche, también nos entró deseos de bañarnos en la piscina.

Al ver Jacinto, que queríamos bañarnos los demás amigos: Nos indicó dónde se encontraban los bañadores y cuándo estábamos todos en condiciones, nos lanzamos al agua, con las máximas ganas de refrescarnos.

Pero cuando el niño comenzó a llorar; se tuvo que salir de la piscina su madre: Ya que el niño extendía los brazos con deseos de quererse bañar él también.

Intuyendo yo, que no quería teta; pues la estaba rechazando de plano: Así, que alerté a la madre para que le trajese al borde de la piscina y le lavase los pies, por lo menos. Y al sentarle en un escalón, que daba al agua de la piscina, se cayó de inmediato. Era más, pues con una sonrisa en la cara; parecía que nos lo estaba agradeciendo nuestro hijo, lo que habíamos hecho por él.

Y al ver al servicio doméstico traer bandejas y bandejas, no solamente de bebidas, sino de comidas, en forma de aperitivos: Nos entraron ganas salir de la piscina para refrescarnos un poco, por dentro, con aquellas bebidas tan exóticas. Pues no todo iba a ser autóctono; también tenía que ser foráneo, las bebidas que tomásemos, en aquella noche de luz y de misterio, contemplando la luna.

Al salir de la piscina Jacinto, abrazaba y besaba a Asunción, con ganas de llorar; al acordarse del tumor maligno que tenía su compañera.

Y con los ojos vidriosos y la cara compungida, la decía lo mucho que la quería a la vez que la hacía caricias en la cara. Ella se dejaba querer por Jacinto, arrullada por su tórax tan velludo.

SINFOROSA -. No careces de nada, Jacinto.

JACINTO -. Lo quiero tener todo para mi novia Asunción.

Así se expresaba Jacinto, a la vez que se limpiaba los ojos llenos de lágrimas ensordecidas por el mutismo tan profundo que nosotros teníamos en aquella hora de pena y desaliento para Jacinto.

Desde luego no le faltaba de nada en la casa; pues parecía un palacio de los antiguos, en donde existía de todo; ya fuese mesnadas, maravedís, comidas y lujo.

Todo, todo lo quería para su novia Asunción; así, que nos desveló aquel día de derroche y simparía hacia la persona de Asunción, reflejado en nosotros cuatro, sus amigos.

Nos dieron las tantas de la tarde, entrándonos en la noche: No queriendo Jacinto que nos fuésemos de su casa sin cenar. . . La cena. . .La cena fue otro tanto de lo mismo, en la casa de Jacinto. Un venir y traer las cosas el servicio doméstico que tenía Jacinto; pareciendo que Jacinto era familia del servicio doméstico, que tenía en su casa: Por el trato tan buenísimo que los daba a todos ellos.

Salimos: Salimos como a las cuatro de la madrugada de la casa de Jacinto, sin querer probar más bocado, solamente queríamos llegar a casa para poder dormir un par de horas pues nuestros trabajos nos estaban esperando, por así decir.

El único, al parecer, que no quería irse de la casa de Jacinto era el niño; que haciendo gestos con las manos y moviendo mucho los brazos, nos indicaba para la piscina. Quería que le metiésemos los pies en la piscina; sin comprender la hora que era para sus padres.

Digo yo, que no; digo yo, que sí: Que aquello eran las noches inolvidables del Alma; al existir tantos alimentos y tanta música y bienestar con confort en esa casa. Pues era una casa de alto standing.

Me costaba; claro que me costaba trabajar en ese día; pero un buen

banquero muestra fuerzas de flaqueza de él mismo. Sacando yo mí trabajo perfectamente.

Aquella tarde no quisimos salir, para no encontrarnos con nadie, en plena calle; ya que estábamos muy cansados los dos, Blanca y yo. Solamente nos dedicamos a llamar por teléfono al señor Cándido y a la señora Ceferina; recibiendo de ellos una grata sorpresa: Los papás de Blanca, vendrían al pueblo en tres días, para vernos y poder estar con su nieto, en esos mismos días.

Y en vez de descansar aquella misma noche, nos pusimos a limpiar las dependencias que irían a ocupar los papás de Blanca. ¡Que creía yo eso!; pues a nosotros se unió el niño, que no nos dejaba, ni a son, ni a sombra, con su lloriqueo.

Le mudamos para acá, le mudamos para allá; pero veía yo que eso no era bastante: El niño, al parecer, quería estar a donde nosotros estábamos.

Miré a su madre y esta haciéndome una señal con un hombro, como para que hiciese lo que a mí me pareciese; declinaba en mí toda clase de responsabilidad sobre el niño. Entendiendo yo, que me decía algo así como: La limpieza es cosa mía. No sabiendo yo, por qué iba a ser cosa suya; si en casa éramos dos. Preguntándola al respecto por dicho trabajo.

SAMUEL -. ¿Puedo yo limpiar?, también.

BLANCA -. Haz lo que quieras.

Lo dicho: Dos en casa y uno mirando. Qué vergüenza, ¡OH!; que vergüenza me dio, cuándo Blanca me dijo eso. . . Pero en vez de arredrarme, me envalentoné; cogiendo yo un trapo blanco, limpiando con todo valor los muebles de aquella habitación. Así como barriendo pasillos, sacando brillo a los adornos que teníamos encima de la chimenea francesa y un sin fin más de trabajos, efectuados por mí.

Nos dieron las dos, en dichos menesteres; de embellecer la casa, antes que llegasen los papás de Blanca.

Claro, claro que llegaron los papás de Blanca, con sendos regalos para que jugase el niño con ellos y hasta sacaron al niño; comprándole infinidad de ropa, para que le sirviese: Tanto lo que quedaba de verano, como para pasar

todo el invierno con ellas puestas.

Por sacar; nos sacaron a nosotros convidándonos una cena en un buen restaurante. Y al pasar por un café-bar, vimos sentados a la pareja formada por Ernesto y a la de Jacinto. Y al saber que éramos buenos amigos; los papás de Blanca, los invitaron, también, a ellos a la misma cena.

Entre que si uno cuenta un chiste, que si otro un chascarrillo; que si ahora pedimos esto o lo otro, se nos pasaban las horas rápido.

A mí me empezó a dar vergüenza, al ver a los camareros mirándonos, como para que nos levantásemos de nuestro sitio y poder barrer ellos, ese lugar: Donde aquella noche, fue inolvidable para mí.

Así, una detrás de otra, se pasaron los días y las noches con los papás de blanca: No sabiendo lo que iban hacer con su nieto.

Y su nieto se estaba prendando de ellos; al ganarse su voluntad los abuelos, por ser tan cariñosos y regalarle muchos juguetes.

Parecía mi niño, que estaba sabiendo los movimientos de los papás de Blanca, cuándo se estaban despidiendo de nosotros y de él mismo. Quería marcharse con ellos.

Lloró y lloró mucho cuándo se fueron los abuelos, otra vez a sus destinos; olvidándose pronto de ellos: Pues por la noche comenzó a jugar con sus juguetes sin acordarse de nada, más que del juego que traía entre manos.

Otra vez se quedó la casa con nosotros mismos, Blanca, el niño y yo: Con un pesar enorme, al no ver en ella a los papás de Blanca.

Casi me atrevía yo a decir, que en la casa solamente existía yo; pues mi mujer Blanca, comenzó a tener pacientes, como para no acudir a casa hasta las diez de la noche.

Con la consiguiente demora, de tener que contratar a una señora; para que cuidase del niño durante el día, en las horas lectivas de nuestro trabajo. Pero al final, fue contratada esa señora; para que cuidase al niño.

Ninguno de nosotros dos, podíamos hacer frente al cuidado del niño: Yo en el banco y Blanca en su consulta particular. Y eso que lo intentamos de buenas ganas.

Nosotros dos, Blanca y yo; veíamos, que el niño se estaba haciendo más a la señora que le cuidaba, que a nosotros: Sus papás.

Pero eso era una obviedad, de momento; pues cuándo nosotros dos, sus papas, pudiesen estar con él, se volvería hacer con nosotros dos. . .Sí; ¡ya!, ¡ya!: Eso creía yo, pues el espabilado del niño, no se hacía sin la señora que le estaba cuidando. Pues, ni sábados ni domingos se veía quieto el niño; mirando para todos los sitios de la sala, de la alcoba. Y aunque le compramos juguetes nuevos, se tranquilizaba mi hijo. Y eso que fue con nosotros, Blanca y yo, a la tienda para agenciarle esos juguetes, que tanto placer le reportaría al niño; o por lo menos, eso creíamos nosotros dos.

Según nos dijeron, unos amigos, que pasásemos mucho tiempo cuándo se acostase con él; ya que a ellos los habían resultado, dicho proceso. Y al parecer, ese método de amistad y rozamiento, que comenzamos a llevar con el niño, nos dio el resultado favorable; como para que el niño, no se hiciese sin Blanca y sin mí.

Buscamos a esos amigos esporádicos, para darlos las gracias, siendo él pediatra: Médico de los niños. Y así comenzamos a llevar al niño, a dicho doctor; pues nos entraba en la Sanidad ese doctor.

Otro que tal le iba pues no tenía tiempo para nada; ni para él mismo; así que hacer una amistad estrecha iba a ser difícil.

Blanca acudió un día un poco excitado; pues el aperador de la finca, la había dicho algo que mi mujer no podía hacer frente a ello. Se había roto el tractor y se necesitaba una pieza, que costaba lo suyo.

Me fui a la tienda del aladrero, registrándome en ella; para que en ese caso y en lo sucesivo, pudiésemos hacer frente a cualquier rotura del tractor. Proporcionándonoslo aquel aladrero, en cualquier momento.

Las necesidades aprietan, pero no ahogan; pues nos proporcionó ese aladrero la pieza, fragmentando el pago de ella.

SAMUEL -. Blanca; no hay que ponerse tan nerviosa, por nada en el Mundo.

BLANCA -. Tú, ¿qué harías?

SAMUEL -. Pensar antes de acometer un acto, que después nos pesase.

Se quedó mirándome Blanca, sin responder nada, al respecto; pues su silencio me daba a mí la razón por completo.

Esa operación hecha con el aladrero, nos dejó respirar un poco; pues no teníamos la suficiente capacidad adquisitiva, como para gastar tanto dinero en un solo asiento en los libros de llevanza contable, que estábamos obligados a manejar. La siembra era nula, árboles ninguno, ingresos solos en la venta de quesos, de huevos, de gallinas y de ovejas. Puesto que la piel de oveja se vendía muy poca, por tenerla que ser tratada en el mismo centro de la majada: La querían limpia de paja y polvo, como se suele decir.

Por eso, en una merienda hablé claro con Blanca, sobre el problema que estábamos teniendo con la finca de la majada.

SAMUEL -. Blanca. Yo creo que deberíamos hablar algo sobre la majada.

BLANCA -. ¿Qué se puede decir de ella?

SAMUEL -. Se está cerrando la posibilidad de que la finca, de la majada, sea competitiva, en plan cooperativo.

Blanca se quedó pensando, en lo que yo la quería decir: No captaba el intelecto fundamental, de mi pregunta.

BLANCA -. ¿Qué me quieres decir?, con eso.

SAMUEL -. O damos un giro fundamental a la finca, o nos ahogamos con ella.

BLANCA -. Explícate.

SAMUEL -. Para que una finca sea beneficiosa; hay que coger varias cosechas de ella, no una solo.

Blanca, se arriscó la cabeza, como no comprendiendo nada: Haciendo gestos con la cara y las manos, de no saber cómo se iría a coger varias cosechas en la finca de la majada.

BLANCA -. Dificultaría el paso al ganado. Pues son muy listas las ovejas.

SAMUEL -. ¡AH!; pero es que ahora las ovejas tienen intelecto.

BANCA -. No he dicho eso.

SAMUEL -. La finca es pequeña con cierto número de ganado; pero si a las

ovejas las damos vueltas y vueltas sobre cierta porción del terreno que ocupa la finca, se crearán que la finca es mayor: Comiendo y rumiando a todas horas del día. Ya que necesitamos vender más quesos y más leche; Y para ello hay que tener más ganado en la finca.

Eso de vender más leche, no lo veía claro Blanca; pues nunca había tenido una lechería a su nombre; teniendo que comprar recipientes enormes para envasar el lácteo.

SAMUEL -. Todo se andará.

Al decir yo eso, me comprendió Blanca de inmediato; apuntando que necesitaríamos más gañanes para sacar todo ese emporio de riqueza adelante.

BLANCA -. Necesitaremos más manos de obra.

SAMUEL -. Lo iremos haciendo por turnos. Ahora otra cosa, siempre que la anterior haya dado resultados económicos y así sucesivamente. Sin abarcar mucho; poquito a poco.

Ahora sí se quedó conforme Blanca, al saber que equitativamente, iríamos haciendo aquel emporio de riquezas, como yo la dije: No haciendo falta tener una finca enorme, para eso.

Blanca se quedó en el censo catastral del barrio nuevo y yo en el del centro de la población donde vivíamos. Pues si pasaba algo en la majada; harían más caso, al tener menos personas censadas en esa parte del pueblo.

Lo que no se podía cambiar, era a las personas de por sí: Pues el amigo Jacinto llegó una tarde pidiéndonos que le avalásemos en cuánto dijésemos que había estado con nosotros, anteayer, por la tarde.

De inmediato salté yo con un vocabulario abrupto; sentándole muy mal a Jacinto; tanto por la manera de decirlo, como por la forma en que lo dije.

SAMUEL -. Mira, Jacinto. . .?. . .Yo lo diría, si eso hubiese sido verdad. Aquí estoy yo siempre para ayudarte: Pero lo que yo diga, tiene que ser verdad.

JACINTO -. Lo que tú digas.

Y dando media vuelta salió de casa sin decirme adiós: Alguna forma delictiva me traía a casa el amigo Jacinto, con eso que le avalase; diciendo que él

había estado en mi casa, en ese día y en esa hora, que me dijo él.

Pero tal vez estaba confundido el amigo Jacinto; pues fue arrestado, según me enteré, por algo que él había cometido, en la misma hora que había estado en mi casa, en ese día.

Consultádoselo a Blanca; esta tomó parte activa de los hechos, para ayudar al amigo Jacinto, diciendo: Que corriese al cuartelillo, afirmando, que Jacinto se encontraba en ese día y en esa misma hora en nuestra casa. Así lo hice yo.

Mientras yo me encontraba en el cuartelillo, me estaba viendo Jacinto; que permanecía en prevención, hasta que constatasen los hechos. Pues bien sabía yo, que Jacinto no había incurrido en falta alguna; al ser un aficionado de guante blanco. Más bien daba timos por internet; no pudiéndoselos asignar a él; porque siempre usaba un terminar, que no tuviese su cuenta. Pidiendo el correo electrónico y la contraseña de la persona despistada.

Al día siguiente llegó a casa Jacinto con su pareja, Asunción; dando me un abrazo, nada más que abrí la puerta. Cogiéndome a mí de improviso; pues eso no me lo esperaba, ni tampoco se lo esperaba Blanca, que se quedó, con la cara, toda ella colorada.

Y como Blanca y yo, éramos hospitalarios del todo me fui a sacarlos una botella del mejor vino que se vendía en los supermercados; pues estábamos ya en tiempos modernos. Blanca se vino de tras de mí para prepararlos una cena en frío; según ella.

Pero cuando vio, que yo guardaba el portátil, se me vino hacia mí con cara no muy buena; diciendo me algo así como: -. ¿Y si te ve el amigo haciendo esto? -.

SAMUEL - Lo comprenderá.

Nada más la dije eso iniciando Blanca la cena en frío, que había prometido al amigo Jacinto; yéndome yo a la bodega, guardando allí el portátil y sacando una botella de vino acorde a la visita, que habíamos recibido hacía unos momentos.

Pero donde cenan dos, cenan tres: llamamos a los amigos Ernesto y Sinfrosa, para que nos acompañasen en la cena: llegando a casa enseguida, los otros dos amigos.

No había manera que hablasen en voz baja los amigos, así que se levantó el niño solo; llegando al jardín, donde estábamos nosotros, con sendos juguetes en las manos. Pero como se puso al lado de la piscina, yo le quité de donde se encontraba, llevándomele más cerca de donde estábamos nosotros.

Mientras transcurría el tiempo, las horas; por así decir: Aquello era una jauría de perros ladrando, a mi simple parecer. Y hasta se puso el parlante del tocadiscos a tope: No sabiendo yo si estábamos dejando dormir a los vecinos.

El niño lo estaba celebrando con gusto; pues él creía que aquellas voces, serían por un exceso de alegría, no confundiéndose el chico. Quería saltar, con los brazos para arriba sosteniéndose para no caerse. Y al coger una botella de agua mineral, se le cayó de las manos, produciéndole una especie de estupor; llorando el crío como nunca lo había hecho. Aquel acto lo hizo por un estropicio adquirido por el niño, por tanto moverse y querer participar con nosotros, no pudiendo por su corta edad.

A horas avanzadas de la madrugada, la falta de fuerza se le veía al niño claras; llevándosele su mamá para acostarle en su cunita.

Pocas horas de sueños, nos quedaba; para conciliar a Morfeo en su descanso nocturno. Y tan pocas; pues una vez más nos fuimos al trabajo con tan solo haber dormido dos horas, aquella noche, de júbilo y de amiguismo: Al no favorecer el sueño de los vecinos.

Cuando llegué a casa, ya lo había hecho Blanca; echándome sobre la cama, no despertando hasta las cinco de la tarde: Probando un bocado de la comida que tenía echa Blanca.

BLANCA -. Samuel.

SAMUEL -. ¿Dime?

BLANCA No te parece, que ya somos mayorcitos; como para celebrar las noches, como las de "Casilda".

SAMUEL -. Trayendo y llevando a los cristianos comida.

BLANCA -. Más bien a los amigos, que nosotros tenemos.

Quedó sentado, que nosotros ya no podíamos hacer eso: Teníamos un niño, una edad, y unas obligaciones que cumplir en nuestro trabajo y con los

clientes.

Si acaso queríamos celebrar con los amigos algo; sería en una cafetería de tantas como existen en ese pueblo, tan maravilloso.

Blanca, llamó al aperador de la finca; para aleccionarle de lo que quería hacer con los productos, que allí se obtenían.

BLANCA -. Quiero ampliar el ganado.

APERADOR -. Para ello se deben vender menos corderos; que tanta falta está haciendo ese dinero, para el pienso del ganado, para pagar impuestos en los puestos que tenemos en el pueblo, vendiendo hortalizas y verduras.

BLANCA -. No había pensado en ello. . .?. . .Pero en caso que se hiciese; tendríamos que tener más jornalero. ¿Verdad?

APERADOR -. ¡Verdad!. Y con ello el gravamen de derrochar más dinero.

BLANCA -. Y, ¿Eso?

APERADOR -. Tendría yo que hacer frente a lo primero, para poner en condiciones de obtener más benéficos en la finca. No deseando que haya nadie más que yo en la majada.

BLANCA -. Para después ir poco a poco ampliado semoviente, como existencias para obtener más beneficios.

APERADOR -. Lo ha comprendido usted, Blanca. Pero con otra salvedad.

BLANCA -. ¿Dígamelo?, usted.

APERADOR -. Entonces, yo pasaría a ser el capataz de la finca; cobrando más dinero que los jornaleros.

Blanca contactó conmigo a su debido tiempo; para saber mi opinión: Y al saber lo que la había dicho el aperador de la finca, me gustó, por conocer yo muy bien a ese señor. Contrario a lo que me dijo Blanca.

BLANCA -. Todos dicen lo mismo, para darse a valer.

SAMUEL -. No, Blanca. Ese señor quiere a la finca, como si fuese suya.

Al decir yo eso, Blanca se quedó pensando un tiempo; y al cabo del cual,

replicó algo que me gustó mucho su opinión.

BLANCA -. ¿Sabes lo que te digo?: Que lleves tú la finca de la majada. Que seas su administrador.

Haciéndoselo poner por escrito; para que no hubiese ninguna interpretación falsa con algún otro personaje, que pudiese discutir aquel nombramiento, que me hizo Blanca en su día.

Pero antes de hacer aquel emporio, teníamos que saber qué acometida tendríamos en la finca cada uno: Y claro que el aperador pasaría a ser el capataz, al manejar jornaleros en la finca, con las tareas que conlleva ese cargo.

El capataz: Controla las tareas que hacen los agrarios y se responsabiliza del programa de producción previsto. El administrador: Tiene a su cargo, la planificación del presupuesto, el mantenimiento del registro, la gestión de los trabajadores agrícolas, la gestión de las cuentas técnicas, las compras y ventas de todas clases en la majada.

Haciéndoselo poner en el impreso escrito, a Blanca, los cargos de cada uno de nosotros; para que no hubiese duda de ello.

Y así, solamente así; nos quedaba una cosa: Cruzar las manos y rezar todo lo que supiésemos; para que tuviese resultado bueno lo que queríamos hacer en la finca de la majada. Asentando aquella finca, con la denominación; La Majada.

Siendo, desde entonces nuestro deber; preocuparnos solamente de la finca La Majada y de nuestras propias tareas en nuestro trabajo cotidiano. Yo en el Banco, y Blanca en su consulta de psicología.

Así, como criar al niño lo mejor que supiésemos, o como nos indicasen los doctores en esa ciencia tan cerrada; por no poder decir nada los críos.

Nosotros vivíamos lo mejor posible; siempre que no hiciésemos excesos, en nuestras previsiones económicas; pues las llevanzas de las cuentas y asientos en el diario, lo decían claros los números; dentro de la majada.

Aunque para decir verdad, cumplía años el niño: No queriendo que aquel cumpleaños, dos añitos, pasasen desapercibidos.

Y en un cáterin, bien preparado que nos sirvieron en casa, un buen restaurante; fue la comidilla aquella semana por todos los padres que llevaron a sus hijos a mi casa. Pues mi niño invitó a todos los amigos de la guardería, la casa de los niños. Quedándose al cáterin todo padre que lo quiso, sin cortapisa ninguna.

No hubo problema, ni se delimitó a nadie; era así en cuanto también fue invitado el hijo del aperador de la majada. Que no solamente comió y bebió, también, ayudó a recoger todo ese derroche de platos y vasos, que se emplearon en la fiesta. Al igual que su mujer.

Lo malo fue que, mi niño comenzó desde aquel día a creerse alguien importante; teniéndole que quitar del pensamiento, esa manera de pensar: De la única forma que había. Dejando que mi niño asistiese a un cumple año de otro amigo suyo; viéndose solo él entre los amigos, pues nosotros nos fuimos a casa, hasta la hora que nos indicaron fuésemos a por él.

Se veía, que aquel día mi niño no había podido hacer lo que a él le apeteciese; pues venía con la cabeza agachada, en señal de sumisión: Algo le había pasado a mi niño.

Llegó a nosotros haciendo pucheritos, como llorando; para comenzar un lloro más fuerte, una vez que salimos de aquella casa y al preguntarle algo, que no le gustó le preguntásemos.

SAMUEL -. ¿Qué te pasa?

Y con un llanto acompañado de hipo, nos lo llevamos hacia nuestra casa; sin contratiempo, que no fuese hacer que el niño dejase ese lloriqueo, en forma de soniquete.

A la siguiente mañana, el niño no quería ir a la casa de los niños, la guardería; habiéndose producido, ese cambio de parecer en el niño: De que él no era el más bueno o el que llevaba a los demás niños por donde él quería. La humedad se la dejaba ver, por todos los poros de su cuerpo.

Entonces fue, cuándo él comenzó a ser amigo de los otros niños: Intercambiaba cromos, fotografías de futbolistas y chapas de botellas de refrescos. Mi niño se juntaba con los otros niños, como si fuese uno más de ellos.

Y al susto que recibimos con mi niño, siguió otro, no menos peligroso; pues en el tercio medio de la finca, La Majada, se había hundido una parte de aquel terreno, no más de dos metros y medio, dejando ver un socavón muy profundo y con un olor muy intenso.

Todo quedó así; pues nos fuimos a costar y por la mañana siguiente, cuando llegamos a aquel lugar: Vimos tal cantidad de agua, que salía de aquel socavón; pareciendo un surtidor de agua en forma de arco, cuándo caía al suelo.

Teniendo que dar cuenta al sistema hidrográfico que dependía el pueblo, según marcaba el río; siendo un sistema hidrográfico contrario al que yo creía. Pues me devolvieron la llamada hacia el otro sistema hidrográfico al que pertenecía aquella finca.

Y como Blanca había llamado ya al Excelentísimo Ayuntamiento; allí acudió todo el pleno de concejales, regido por su Excelentísimo alcalde.

¡Qué barbaridad!, si acudieron: Prensa, radio, televisión, Guardia Civil, además de todo el Excelentísimo Ayuntamiento y los empleados de la confederación que pertenecían aquellas tierras, por donde salía tanta agua.

Según pude escuchar a un empleado de la confederación, aquello se llamaba, Géiser. Nombre, que nunca se me olvidará. No siendo tan importante como yo creía; por ciertas circunstancias y por qué dejó de echar agua a los dos días.

Aquí paz y aquí gloria: Todo quedó en nada; que en vez de arar cerca de aquella gran abertura, la tenía que rodear, con el tractor el aperador, con todas las precauciones del Mundo. Y cuándo me enteré yo, quedamos aquella tierra baldía: Nadie se arrimaba a ella, por si se pudiese derrumbar en un momento determinado.

En un momento determinado, me sucedió un caso insólito: Pues al asistir a una señora en el Banco; cuándo miré para arriba, vi en esa señora a mi madre. Me levanté de donde estaba sentado, saliendo al hall del Banco y dando la un abrazo y un beso largo, la saludaba a mi progenitora, con todo el amor que ella se merecía.

cuándo acudió Blanca a casa, recibió una sorpresa como yo no hubiese creído: Con cara risueña, con alegría sin par y con ganas que se quedase una

temporada en casa, al escuchar, por boca de mi madre que se quería ir a los tres días de la estancia en nuestra casa.

Tanto era así que a la insistencia de Blanca, para que se quedase mi madre, dio fruto inmediato; pues se tuvo que venir, con nosotros, mi padre para que no se quedase solo en su casa.

"El yayo"; como le llamaba mi niño, al abuelo: Pues es un hombre bueno y dicharachero, amante de los niños. Y sobre todo rumboso con mi niño; al regalarle todo lo que a él se le antojaba.

Nosotros dos, Blanca y yo, no habíamos denominado así a mi padre: Debió oírlo el niño a otro amigo en la guardería; pareciéndole bien dicho apelativo.

Los "yayos" iban a llevarle al niño a la guardería, acudiendo a su hora a por él en aquel centro oficial del excelentísimo Ayuntamiento. Viniendo a casa el niño, saltando y haciendo cosas, como gestos; para que se rieran los abuelos. Así un día tras del otro.

¡UY!; cuándo los abuelos se tuvieron que ir por motivos de revisión médica: Ya que tenían la cita para el día siguiente de la marcha de nuestra casa, Blanca y yo.

No cuento el pataleo y el berrinche que cogió el niño; por no asustarles a ustedes: Pero eso si, a los dos días ya había olvidado el niño, poco más o menos, la marcha de los abuelos, que no a los abuelos. Ya que de de vez en cuando decía el niño -. ¿Dónde están los Yayos? -.

Todo seguía igual que antes, sin contratiempos ningunos; que nos pudiesen ralentizar nuestra forma de vida y nuestra manera de ser entre nosotros dos, Blanca y yo.

Ya era una verdadera industria lo que teníamos formado en la majada: Entre lechería, quesos, lanas, venta de ovejas, productos del campo y un sin fin de obtención de riquezas por los productos de la huerta.

Aquello, ya no podía volver para atrás; o tendría que poner dinero, en vez de ganarlo. Empleando a un gañán para que ayudase al capataz, siendo ya dos personas empleadas en la finca "La Majada".

Las noches de "Cabildea" se proliferaron a lo largo del estío; pues aquel verano fue más largo y con más calor que yo he vivido. Pero eso sí:

Recogiéndonos antes que otras veces, para ir más frescos a nuestro puesto de trabajo, Blanca y yo.

Las alegrías muchas veces se transforman en llantos; pues sin esperarlo yo, se acercó a mí Julia para alertarme de nuestro amigo Jacinto.

JULIA -. . . Esto lo sé por mi marido.

SAMUEL -. Y me dice que va a ser pasado mañana cuando se recibirá esa carga tan abultada.

JULIA -. Se lo digo y se lo afirmo.

SAMUEL -. ¡Eso es una bestialidad!

Se dio media vuelta Julia, sin decirme adiós tan siquiera, para perderse con las personas que estaban paseando por aquella calle.

Y, ¿Si fuese verdad?; lo que me había contado la señora Julia: Entonces Jacinto se encontraba en peligro; no pudiendo decir nada yo, para no interceptar el operativo de la policía. Tenía que ir con la Ley y no en contra.

Pero hay muchas cosas, que sin hablarlas surten efectos. Un ardid un poco pícaro, tenía que ideal para que el amigo Jacinto no cayera en desgracia, en las manos de la justicia.

Convencí a una persona, para que le llamase por teléfono; diciendo que era desde el pueblo de Jacinto: Alertándole de la enfermedad de su madre. Y como era el día anterior, por la tarde cuándo se produjo la llamada, no le dio tiempo a presencial la descarga de aquel contenido delictivo. Haciendo un gran alijo con esa carga los sirvientes de la Ley.

Pero como Jacinto no se encontraba entre los que estaban esperando ese cargamento, se libró de la prevención momentánea; para después sufrir el tiempo que le echase la justicia por ese cargamento.

En cuanto a la persona que convencí, para hacer la llamada; era una persona que estaba esperando montarse en el autobús, en la estación de autobuses, para irse a otro pueblo.

Al siguiente día por la tarde vi a Jacinto un poco enfadado; sabiendo yo las causas de ese enfado, pero él no me vio a mí: Que marchando a paso ligero retorció una esquina, para perderse de mi vista.

En cambio, sí me vio por la noche; cuándo acudió a casa como espantado, por el miedo a ser denunciado por cualquier compañero de aquella sustancia dañina para la persona.

SAMUEL -. Veo, que no te centras en la conversación: ¿Qué te pasa?

JACINTO -. A mí, nada.

SAMUEL -. ¿No habrás tenido que ver con lo que les ha pasado, a los que trafican drogas?

JACINTO -. ¿Estoy yo en prevención?, en estos momentos.

SAMUEL -. Claro que no.

JACINTO -. Ha sido una pregunta enredosa para mí.

Dando media vuelta, salió de mi casa sin decir una sola palabra como de despedida. Viendo yo claro; que tenía recelos, por si un compañero le denunciase: Aunque era muy poco probable, que así fuese.

Y si es que fuese así; poco ganaría yo, con tenerle metido en mi casa a Jacinto: Así, que no le dije nada para que se quedase un poco más en mi casa. ¡Que no!, que no: Yo no le quería en mi casa, ni un tiempo más.

En otra ocasión, tal vez le hubiese admitido en mi casa; pero lo que era en el día de la fecha, no podía jugar con chiquitas: Tenía que cortar aquello de cuajo.

Lo hice sin decir una sola palabra, que ese es el caso. Pues Jacinto esperaba de mí, que le pidiese se quedase un tiempo más. Y tal vez, le sacase un buen vino con unas tapas para poder brindar por algo innoble, como se había cometido.

No era eso solo; pues cuándo llegó Blanca, entró en casa con la cara desencajada; viéndosela en ella una especie de agobio poco moderado, para lo que era Blanca. Y sin decir yo una sola palabra; todo lo dijo ella.

BLANCA -. ¡UF!: ¿Te has enterado?

SAMUEL -. Que a los pueblos pequeños se les traen estas cosas.

BLANCA-. Tienen menos vigilancia. . . ¡AH!, una cosa: Este pueblo no es tan

pequeño, como tú te has referido.

SAMUEL -. ¿Alegaciones?

BLANCA -. Mientras menos tratemos a Jacinto; mejor será para nosotros.

Así se expresaba Blanca, sobre el amigo Jacinto; que al ser amigo, participaba en todos los eventos de la casa: Tanto por dentro de casa, como por fuera de ella.

La dije, con buenos modales a Blanca, que Jacinto sería siempre amigo, que por eso le tendríamos que indicar el camino bueno; en vez apartarle de nosotros: Ya que eso lo hacían los buenos amigos.

Pues era más humano acoger a un amigo descarriado e intentar ponerle en el camino bueno, no en el equivocado. Que eso lo hacen los buenos creyentes en Cristo, teniendo la fe necesaria para ello.

Y con las manos en la cabeza, se fue a su cuarto Blanca; no queriendo saber nada de lo que yo la estaba diciendo. Pero antes de entrar en nuestra habitación, se dio media vuelta diciendo me algo que me sobrecogió el Alma, al salir de ella.

BLANCA -. De esos, pocos se recuperan. . .No quieren hacerlo.

Cerrando la puerta tras de sí; desapareció su figura encrespada toda ella: Pareciéndose a los cabellos rizados.

No sabía yo, si Blanca tuviese razón; pues la estudiosa era ella. Lo cierto fue, que a Jacinto, le tomaron declaración; para que dijese dónde había estado ese día: Y como el señor del surtidor, era amigo de Jacinto, avaló por él, sin pestañear; diciendo a la policía el comentario que hizo su amigo Jacinto, de que iba camino del pueblo de su madre, pues se encontraba enferma.

Fue muy fácil para la policía, saber si Jacinto había estado en el pueblo que dijo el señor del surtidor de gasolina; y así fue, según se lo comunicaron los unos a los otros, desde el cuartelillo del pueblo de la madre de Jacinto.

Y aunque Jacinto se salvó de ser imputado, en el alijo del otro día; no estaba exento de ser penalizado por la justicia, si se comprobaba su participación en aquel acto: Aunque no fuese de forma presencial.

¡UY!; cuándo me enteré del vaivén que estaba cogiendo aquel cariz del alijo:

Me puse nervioso del todo; llamando a Jacinto, para que en breve fuese a mi casa.

JACINTO -. He venido lo antes posible. . .?. . . ¿Qué deseas?, Samuel.

SAMUEL -. Sé tu amigo.

JACINTO -. Pero si ya lo somos.

SAMUEL -. Se puede romper la baraja en cualquier momento.

JACINTO -. Y, ¿eso?

Me miró Jacinto con cara de asombro; sentándose en un sillón, sin yo pedírselo: Es más, se derrumbó en el sillón, con el Alma partida por aquello que yo le había dicho.

Y para que no tuviese otro precedente, en aquella cuestión, seguí con mi retahíla de echarle una arenga bien formada. Diciéndole, que no le quería ver en mi casa, si le imputaba la policía en un acto delictivo; ya que mi casa se encontraba impoluta de penalidades.

Yo le veía a Jacinto, agarrarse a los brazos del sillón, para no caerse y como si estuviese avergonzado del todo, por el medio de vida que llevaba él. Y en un momento determinado, se levantó del sillón para decirme algo, que al parecer, no se avergonzaba él.

JACINTO -. ¡Es mi medio de vida!: No lo comprendéis ninguna de las personas que me apreciáis.

SAMUEL -. Pues claro que no.

JACINTO -. ¿Cómo dices?

SAMUEL -. Nadie puede comprender, que no haya otro medio de vida; más que el sistema delictivo.

Al escuchar eso Jacinto, se encrespó un poco conmigo; para volvérmelo a decir de nuevo. Sentándose, otra vez en el sillón: Como si nada pasase.

JACINTO -. Claro que ¡no!: No hay otra forma de vida para mí.

Al escuchar yo decir eso, por la boca de Jacinto: No pude más. Y sobrecogiéndome mis nervios, para no estallar, le hablé claro al amigo Jacinto.

SAMUEL -. No la hay o ¿que no quieres tú que la haya?

JACINTO -. ¿Por qué me hablas de esa manera?, Samuel.

SAMUEL -. No se te puede hablar de otra manera, Jacinto. No ves que te encuentras muy cómodo en ese estado en el que estás.

JACINTO -. ¿En qué estado?. . . ¡En qué estado!: ¿Dímelo tú?

SAMUEL -. En el estado delictivo. No ves claro, Jacinto, que no puedes seguir por ese rumbo: Es un camino muy peligroso para ti. Y también para tu amigo; nos puedes comprometer en cualquier momento.

A la voz de -. ¿Qué hago?-. Por parte de Jacinto; se me vino a la cabeza lo que el día anterior me dijo el manijero: contestándole enseguida con esos términos.

SAMUEL -. Ayer me pidió otro peón más el manijero que tengo en la finca agrícola. . .

Le miré a la cara, viendo en Jacinto un atisbo de decepción; por eso le seguí hablando como amigo, y no como el amo de la finca, donde él iría a trabajar.

SAMUEL -. . . En cuanto al estipendio, está homologado en las tributaciones: vivirás bien. A parte que como he podido saber, Asunción ha comenzado a trabajar; siendo un buen pellizquito de dinero, lo que entre en vuestra casa.

A la voz, de que si lo podía hacer, Jacinto no dudó contestarme afirmativamente a mi propuesta para que trabajase, en la finca agrícola como peón.

JACINTO -. No hay ninguna clase de problema, para que yo no pueda trabajar en tu finca.

Así se expresó Jacinto; en una forma categórica: Como si no le atase ninguna ligadura a las personas de viaje, que tenía el amigo, en sus fechorías particulares.

Eso lo tenía yo que comprobar personalmente y para ello, pensé convidarlos a los dos amigos y familia a una merienda el domingo, en casa.

Pero antes que llegase el domingo, me entrevisté con el amigo Ernesto; para saber su opinión: Si era gustoso de ayudarme en ese menester, de querer

saber en qué condiciones se encontraba el amigo Jacinto, para trabajar en la finca agrícola.

ERNESTO -. Lo que tú quieres saber, es si vas a meter el lobo en casa.

SAMUEL -. Justamente, Ernesto.

ERNESTO -. Tú, Samuel, sabes en qué condiciones está Jacinto para trabajar contigo.

SAMUEL -. Las intuyo; al saber que no tienen una cabeza visible en sus fechorías, en contra de la Ley.

ERNESTO -. ¡Vamos!: Que siguen los compañeros de turno, haciendo su trabajito.

SAMUEL -. Así es, Ernesto.

El domingo llegó y con él la merienda estipulada por mí; para saber si Jacinto se encontraba en condiciones de trabajar en la finca agrícola.

Haciéndolo perfectamente Ernesto, al no presentar ninguna clase de intenciones, en la investigación de Jacinto. Era más, que no le hizo ninguna pregunta Ernesto a Jacinto; solamente se limitó hablar conmigo, de los jornales pactado con los sindicatos. Haciéndole ver a Jacinto, que se podía vivir con esos jornales, siempre que no se derrochase mucho.

Tanto era así: Que Jacinto intervino en la conversación, de muy buenas ganas al decir:

JACINTO -. Si yo comprendo, que se ha puesto bien la subsistencia para un peón agrícola.

Viendo Ernesto y yo; la buena disposición que tenía Jacinto para comenzar a trabajar en la finca agrícola como peón al mando del capataz.

Pero eso sí; antes de nada, le dije a Jacinto, que no llevase a la finca agrícola ninguno de su amigo de viaje, en sus andanzas delictivas: O me tendría que enfadar con él. Pareciendo que me había comprendido, por lo menos en la manera de decírselo yo: Serio y un poco enfadado con sus amigos.

Por supuesto, Jacinto comenzó a trabajar en la finca agrícola de peón; mandado por el capataz de la finca. Siguiendo la amistad que teníamos

nosotros dos. Y desde luego, me dio vergüenza decirle a Jacinto, que no quería ver a ninguno de sus amigos por la finca; porque yo estaba defendiendo mis intereses privados.

No me lo dijo el capataz de la finca agrícola, me lo dijo la señora Julia; que conocía muy bien a Jacinto: Un día que se cruzó conmigo, ofreciéndome un cupón.

JULIA -. No sabe usted, Samuel, lo mucho y bien que trabaja Jacinto.

Me asaltó la curiosidad, por saber de dónde había sacado ella esa información; por eso, me atreví a preguntarla a Julia por sus fuentes de información privada: No lo dudó; diciendo me lo enseguida.

JULIA -. Mi marido. Es amigo suyo.

Dando la las gracias, yo seguí mi camino y ella se quedó vendiendo cupones de la compañía de los ciegos.

Y como aquel domingo, estábamos todos invitados por Ernesto a una buena merienda; nos fuimos, Blanca y yo, estando allí Jacinto y Asunción en buena compañía, con los anfitriones Sinfrosa y Ernesto.

Yo veía que Ernesto hablaba mucho con Jacinto; por eso yo callaba, para oír lo que ellos se contaban. Y en el primer envite que oí a Jacinto, decirle a Ernesto: Que se guardarse de las malas compañías.

Podía decir yo, que no sabía lo que Jacinto le había querido decir a Ernesto; pero era incierto, que yo no supiese esa galito mía de Jacinto a Ernesto. Esa manera de hablar de Jacinto no confundía a nadie, se entendía perfectamente.

Le dejé que se explayase con Ernesto a Jacinto: No le corté, su conversación, ni una sola vez; enterándome del teje y maneje que había llevado con los amigos, o por mejor decir con las juntas de los señores del mal vivir. Y lo que más me gustó, fue cuándo apostilló una cosa Jacinto de aquellos individuos.

JACINTO -. No son malos. Tienen que vivir de algo y dar de comer a toda su familia, como ellos buenamente, puedan.

Quedándose Ernesto mirando a Jacinto, con mucho interés. El interés que pone una persona; cuándo le está interesando lo que dice el interlocutor

suyo. Me estaba interesando, a mí, por supuesto lo que decía Jacinto a Ernesto.

Siendo, cada palabra que decía Jacinto a Ernesto una lección magistral para nosotros dos: Para Ernesto y para mí. Pues yo, también, lo estaba oyendo. Hasta que yo me atreví a replicar a Jacinto, algo que se dice mucho en la Justicia.

SAMUEL -. Pero eso no tiene eximente alguno para la Ley.

JACINTO -. ¡Ya!; ya lo sé, Samuel; no hace falta que te canses mucho diciendo me lo, para que yo lo comprenda.

Comprendía perfectamente Jacinto, lo que yo le quería decir; por haberlo experimentado en sus propias carnes.

Era verdad lo que me dijo Julia con respecto a Jacinto; pues ese hombre trabajaba lo suyo, en mi finca agrícola: Era tanto así, que un día entraron unos raterillos en la huerta; sabiéndola defender el amigo Jacinto, con todo el valor del Mundo. Teniendo un forcejeo entre dos jóvenes; saliendo mal parado Jacinto: Pues le abrieron los labios de un puñetazo. Con todo y eso, tuvieron que huir aquellos jóvenes por piernas, de la huerta; al no poder con las fuerzas de Jacinto.

No menos problemas me dieron unas letras impagadas por un error de números, en mi cuenta del banco. El señor que cogió los números de la cuenta del banco, se había confundido, llegando a una cuenta, en una provincia lejana a la nuestra. Se solventó el problema bien, por parte de los trabajadores del banco; pues ya las había rechazado el titular de aquella cuenta bancaria, donde habían llegado las letras de cambio.

No si antes, haber protestado esas letras de cambio el señor interesado en ellas; por falta de pago de las mismas. Al tener fecha fija de cobro de esas letras de cambio: Habían llegados dos días después de su vencimiento. Intereses y demoras hubo en esas letras de cambio: No siendo poco dinero la demasía que pagué yo: Ya que había comprado una maquinaria a una empresa vendedora de maquinaria agrícola.

Como tenía en mente, comprar otra maquinaria agrícola, haciendo cuentas en el balance; tuve que esperar a mejores momentos económicos de ese balance ecuánime.

Aquel barrio tenía fiesta, como otros barrios; llegando las mismas en una época de desaliento, para todas las personas. Sí, porque el barrio era más bien agrícola y ganadero en su totalidad; no habiéndose proliferado mucho la cosecha que tenían las personas de aquel barrio.

Y aquello no lo iba a acusar solamente las personas del barrio; también lo acusaba el cura párroco del barrio. Me enteré la víspera por la mañana, cuando estaba viendo el real de la feria del barrio; al pasar por la parroquia. Salió a mí el párroco, muy preocupado.

PÁRROCO -. Hijo bien venido a la Iglesia. . . Ya vez que no he podido poner algún adorno dentro de la iglesia; solamente esos blasones que cuelgan de las paredes, del templo: Pues me los ha dado el cabildo de la catedral de la capital de la provincia.

SAMUEL -. No veo montados los fuegos artificiales.

PÁRROCO -. Como no sea, dos o tres mistos que hagamos estañar: No sé yo, que fuegos artificiales vamos a tener mañana noche.

¡UY!: Mi balance, casi en números rojos, mis cosechas a cero; como las demás. La maquinaria por comprar y mi cuenta bancaria sin balancear. Así, que no se me ocurrió otra cosa, que decirle al sacerdote lo que estaba pasando en mi casa, con pocas palabras que hablé.

SAMUEL -. Consultaré con Blanca.

PÁRROCO -. Te lo agradezco, hijo. Y gracias de antemano.

Bien sabía el sacerdote, que se le echaría una mano; por parte de Blanca y de mí. No queriendo decir yo cuánta cantidad sería la que emplearíamos, Blanca y yo, para poder honrar a la Virgen como se merece: Pero a mi simple opinión, no sería poco montante económico lo que le daríamos al sacerdote; conociendo muy bien a Blanca.

Llegó; llegó el día grande de la feria, la patrona del barrio: Que no era poco, para las personas que estaban censadas en el barrio.

La Iglesia se encontraba engalanada por completo, oliendo a incienso todo el interior del templo; en donde las voces de unos, se confundían con las voces de otros: Pero todos ellos vitoreando a la Virgen a pleno pulmón con un -. ¡Viva la Virgen!; ¡viva la patrona del bario!. . . ¡Viva la Virgen de la Asunción!

Así atronaban las calles, infinidad de voces; saliendo de esas bocas exorbitantes y de esos pechos con esa fe a fuego lento.

Poleo, menta, tomillo y yescas, abundaban por los suelos; para la mayor gloria de la Virgen y de todos esos actos, que se estaban celebrando en la Iglesia.

Un ramillete de fuegos artificiales, comenzó a salir de donde estaban colocados todos ellos; pareciendo, que formaban una cascada de fuego en el mismo Cielo. En ese Cielo estrellado, del mes de Agosto, con sumo esplendor y categoría de todos ellos.

Casetas y tiouvivos, el tren fantástico, las norias, los caballitos y un sin fin de animaciones múltiples; haciendo las delicias a pequeños y mayores. Y al ver aquello, no pudimos, por menos que preguntarnos el uno al otro, algo que ya se mascaba en el aire.

SAMUEL -. Tú, Blanca: Cuánto dinero le has dado el cura párroco.

BLANCA -. Lo bastante para que se diviertan las personas y tomen en serio las fiestas patronales de la Virgen.

SAMUEL -. Igual me ha pasado a mí.

Temíamos menos dinero; Blanca y yo, pero éramos dichosos viendo a las personas reír y divertirse en las múltiples atracciones de la feria. Y como estábamos presenciando el desarrollo de aquel día de feria. Vimos llegar a donde nos encontrábamos nosotros, Blanca yo, al cura párroco de aquel precioso Barrio, que así se podía denominar ya; por haber sido totalmente engalanado, con fachadas nuevas y nuevos bloques de viviendas. Las calles, todas ellas asfaltadas, con sus luces; desvelando el sueño de los habitantes de aquel encantador barrio.

PÁRROCO -. Gracias, hijos: Por ser tan generosos.

Escuchándolo eso que nos dijo el párroco del barrio; haciéndose señales los unos al otro: Como que habíamos sido nosotros dos, Blanca y yo, los que habíamos aportado el dinero suficiente, como para que las personas del barrio se distraigan con tantas atracciones de feria, con tantos cohetes y tanto concierto musical.

Y como habían oído al sacerdote, dándonos las gracias, apostillé yo algo que

en el fondo lo debía hacer; para que costase claro, que Blanca y yo, no habíamos sido los promotores de tanto concierto musical. Eso se había quedado encargado de contratar a las orquestas y cantantes el Excelentísimo Ayuntamiento, a través del concejal del barrio.

El dinero, para que todo saliese bien, lo pusimos un grupo de familia: Pero eso sí, Blanca y yo, pusimos más dinero que otras familias. Ya que la concejalía era de nueva implantación; no teniendo medios económicos para llevar a cabo tantos eventos de distracción.

Cosa curiosa; pues se encontraba en el real de la feria la señora Julia, que al parecer iba buscando a alguien muy interesadamente. Me picó el interés, de a quién podía buscar esa señora en el real de la feria; como no fuese: Alguna caseta, alguna atracción.

¡UY!: Que a quien estaba buscando la señora Julia era a mí; pues se vino recta a dónde nos encontrábamos, Blanca y yo: No sabiendo yo con qué idea, me quería ver dicha señora.

JULIA -. Usted perdone, señor Samuel.

SAMUEL -. Sí. ¿Dígame?, usted, señora Julia.

JULIA -. Bien es sabido, que mi marido ha buscado su medio de vida, allí dónde lo ha encontrado.

No lo pude remediar: Al decir aquello la señora Julia, yo me eché para atrás como asustado; no dándole interés alguno a lo que decía ella. Poniendo una cara de "pujo", la señora Julia al verme indeciso, en lo que ella decía.

Y como no seguía hablándome, la tuve que invitar para que lo hiciese, con una cierta actitud bonachona; para que no se cortase en su conversación.

SAMUEL -. Usted, Julia, me quiere decir algo. ¿Dígame?

JULIA -. Y recto; para que no dar rodeos. . .Por qué no emplea, usted, a mi marido en la finca agrícola.

Menos mal que la señora Julia, no me pidió que emplease a su marido en el Banco: Eso, hubiese sido ya algo fuera de lo normal. Y al reponerme de aquel envite, que me lanzó la señora Julia; pensé rápidamente algo a su favor: Para que no me viese dudar de lo que ella me estaba diciendo.

Al pensar yo, que el marido de la señora Julia era hombre fuerte y vigoroso, según su constitución corporal. La dije algo para calmarla los nervios, que se la veía de sobra que ella tenía en ese mismo momento, que me estaba pidiendo ese favor, para su marido.

Y como en la quesería, se necesitaba un hombre forzado; el marido de la señora Julia encajaba ahí: Trayendo y llevando cajas de quesos, cambiando paneles de sitios, afrontando la limpieza de las diferentes salas de la quesería, cargando el camión de cajas de queso y así un sin fin de tareas múltiples, que se presentasen en ese preciso momento. Haciéndoselo saber a la señora Julia, que lo aceptaba de buenas ganas: No así mi mujer, Blanca; que estaba como encorchada la cara, de tonto sostener los nervios faciales y hasta el mismo pensamiento; para que no se enterase la señora Julia de su negación, a tal propuesta de empleo, para su marido.

Pero yo, era hombre conocedor de su marido, por haber visitado la cantina, donde iba asiduamente aquel señor; para expiar sus culpas, en medio de ese vaho trascendental, que se exhala en el alcohol malo, que se bebía en aquel antro.

Sería verdad, que la re habitación en la sociedad se estaba haciendo en la persona del marido de Julia, al trabajar en la finca agrícola: Nadie lo sabía. Excepto yo, que tuve un día que acudir a la quesería, para alertar al marido de la señora Julia, que aquello no era trabajo, lo que él hacía; era matarse, por algo que no era suyo; pues aquel hombre, no tenía descanso alguno, por parte de él.

Tan concienzudamente tomó el trabajo, aquel señor; no sabiendo cómo dar las gracias por haberle contratado en la quesería, que para demostrarlo, se estaba quedando la vida, él mismo; al efectuar el trabajo todos los días a destajo, sin poner hora alguna al mismo.

Llegándome la señora Julia, un día; para demostrarme su afecto más sublime, como nunca había existido en el Mundo.

JULIA -. Señor Samuel. Le vengo a dar las gracias, por lo que usted ha hecho con mi marido.

Aquello que me decía la señora Julia, me quedó descolocado; no sabiendo lo que contestarla. Abrí la boca para decirle algo y lo único que se me ocurrió

decirla fue una simplicidad, por mi parte.

SAMUEL -. Yo, solamente le he contratado en la quesería.

La señora Julia, se echó para atrás, como no asumiendo lo que yo la decía, en ese momento de incertidumbre para mí. Al momento que ella respondía.

JULIA -. Le parece poco, lo que ha hecho por mi marido: Emplearle en la quesería, que ha sido la causa de rehabilitarse en la sociedad; teniendo conmigo un trato exquisito, como siempre lo ha tenido. Ahora me trata como a una princesa.

Más desmoralizado me quedaron esas últimas palabras que dijo la señora Julia, con respecto al trato tan bueno, que la propinaba su marido, en cuanto se vio empleado.

SAMUEL -. Yo la repito, señora Julia, que no he hecho nada.

JULIA -. Le parece poco: Confiar en mi marido; sacándole del hundimiento en que se encontraba.

¡No!: Si poco a poco, me fue convenciendo la señora Julia de la parte que yo tenía en ese rehabilitamiento, con respecto a la sociedad de su marido.

¿Quién era yo para refutarla?, a la señora Julia lo que ella decía; si no era nadie importante en la vida de su marido.

Tampoco era, para sentirme crecido por haber hecho algo, sin haberlo pensado que así sucediese: La rehabilitación de su marido en la sociedad, por parte suya.

La feria seguía su curso, yendo yo al siguiente día, por la tarde, a la consulta de mi mujer Blanca; así la sacaría unas horas al real de la feria del barrio, para poder cenar en una caseta, siendo restaurante.

Viendo aglomerada una multitud de personas en la puerta del bloque donde mi mujer Blanca, tiene la consulta. Extrañándome mucho aquella concentración de personas en la puerta del mismo bloque y máxime, cuando divisé allí a la misma policía, haciendo guardia.

Y a un señor, que yo conocía de vista, me atreví a preguntarle las causas de estar allí la policía, sin moverse del sitio.

SAMUEL -. Usted perdone, señor. Me puede decir qué es lo que está pasando aquí.

SEÑOR -. Han insultado y vapuleado a una doctora, que ejerce en este mismo bloque.

¡AY!, Dios. Si en ese bloque no había más doctora que Blanca; por lo tanto, salí corriendo, escaleras arriba hasta llegar al piso, donde mi mujer Blanca ejercía su profesión. Viendo, irremisiblemente, los golpes dados por una persona nerviosa a mi mujer Blanca.

Como en ese momento, no se piensa en nada: Yo fui cautivo de mis mismos sentimientos sobre mi mujer Blanca. No veía, otra cosa más que a Blanca, que yacía en el suelo, con muchos dolores.

En ese momento sonó la sirena de una ambulancia, que recogiendo a mi mujer del suelo, echándola en una camilla, se la llevaron al hospital para su auscultación médica. Empleando el sistema de rayos, para poder saber mejor, si había algún hueso dañado; para pasar a la ecografía. Pero con todo y eso, los doctores no se encontraban conformes con dichas prácticas realizadas en el cuerpo de Blanca: Había que hacerla unos análisis clínicos. La praxis empleada, era un compendio de todo lo que se la podía hacer a Blanca.

Y como yo llevaba en el bolsillo el dinero que nos iríamos a gastar, aquella noche en la feria, saqué la cartera queriendo gratificar a los celadores, por el trato tan exquisito empleado con mi mujer Banca. Rechazándomelo de inmediato aquellos buenos celadores; al decirme: Que era su deber hacer lo mejor posible su trabajo: Era un deber.

Me dieron sentado en un sillón las dos de la madrugada; hasta que se presentó el doctor para informarme de la evolución que presentaban las heridas de Blanca. También agradecía a la policía que formase vigilancia en la puerta donde se encontraba Blanca, una vez que fue pasada a la sala de descanso asignada por el centro hospitalario.

¡Qué detalles tan buenos! y qué buen trato; por parte de todos los entes que se preocuparon de tal atropello a Blanca. Hasta que Blanca pudo hablar. . .Y entonces me di cuenta que era el juzgado el que manejaba los hilos de la vigilancia nocturna. Abriendo un atestado; siendo el sumario judicial

completo, a mi simple opinión.

Coja, dolorida, medio mareada; por no saber yo por qué. Y pálida toda ella, volvió a casa Blanca; estando en ella su mamá Ceferina. Llegando a casa su papá Cándido; totalmente contrario a que estemos en la finca agrícola, no más de las nueve de la noche. Siendo la época que más manos teníamos que echar en la finca para sus tareas, en ellas. Sobre todo, en la quesería.

Que difícil convencerle, al señor Cándido; de que ahí no venía el mal que había provocado estar unos días, a su hija Blanca, en el Hospital.

El señor Cándido y la señora Ceferina, se instalaron en la casa-chozo de la finca agrícola; pues se le había rehabilitado al máximo: Teniendo cosas modernas, dentro de aquella dependencia.

Y al parecer y con asombro mío; al señor Cándido no se le había olvidado llevar la finca agrícola: En esta ocasión, con gran maestría.

Viendo con agrado, que el señor Cándido era un fiel aliado mío; pues no tenía ni que ir por la finca, para que todo estuviese bien: Bien mandado y bien dirigido.

Mi mujer Blanca estaba conforme de que su mamá estuviese allí, con ella; así la reglaría algún que otro vestido. Hasta eran buenas confidentes, la una para con la otra.

El señor Cándido, por su parte; se encontraba a gusto con los dos peones que yo había contado para la finca, al verlos su manera de ser y su porte.

Parecía ser, que tan a gusto se encontraba el señor Cándido, que un día invitó a su familia una cena en un buen restaurante, el que sabía él.

SAMUEL -. Señor Cándido.

CÁNIDO -. Dime, hijo.

SAMUEL -. Invítenos en el barrio.

CÁNDIDO -. ¿En la cantina?

SAMUEL -. Se sigue llamando así; pero ya no es la misma de antes.

Se me quedó mirando el señor Cándido, con cara de escepticismo; sin saber

qué contestar al pronto: Pero cuándo se repuso remachó lo que antes se decía de la cantina.

CÁNDIDO -. ¿Es todavía peor?

SAMUEL -. Vayamos a ella y después usted dirá lo que la parece, hoy por hoy, la cantina.

Así se hizo; quedándose completamente anonadado el señor Cándido al ver tanto lujo echada en ella y tan bellamente decorada, que era un primor. A parte que era ya un edificio de tres plantas, en donde se podía pernoctar, comer y ver algún que otro espectáculo en su café-bar de aquel establecimiento, con Espíritu recogido.

Nos sirvieron, en el comedor del restaurante unas perdices en pepitoria, con un kopi luwak; siendo un café ingerido por una civeta en su intestino. Para seguir con carne wagyu de kobe; que es una sabrosa carne de buey. Pero es que antes, en los entremeses, nos sirvieron un jamón ibérico: Sabrosísimo, con un queso de oveja, semis curado. Con unas bebidas que elevaba el espíritu a la quinta esencia divina.

¡No!; no me reí cuándo le vi poner cara de sorpresa al señor Cándido; sabiendo que se encontraba dónde antes era la cantina, siguiendo con ese mismo nombre. Estando la mesa decorada con velones de diferentes colores. Y el servicio, agilizado para no tardar en servir los platos de los comensales.

En un apartado de allí y a la vista de todos los comensales; podían jugar los niños, completamente vigilados por sus papás. No faltándole nada, a ese café-bar; pues lo que se perdía por una parte, se recopilaba por la otra; al tener estancia de alojamiento, socavado a la luz del día.

Así, como una sala no acta para todos los públicos empleada para el juego de los naipes y con el tanto por ciento que se ganaba el cantinero, suplía el déficit formados por otras dependencias, como tenía aquel holding de recreo y comida.

Tuvo que ir al lavabo el señor Cándido y cuándo salió de él, preguntó algo insólito para aquel establecimiento.

CÁNDIDO -. Son los grifos del lavabo de oro.

SAMUEL -. No, señor Cándido. Parecen de oro, pero no son de ese precioso

metal.

CÁNDIDO -. Pues cualquiera lo diría.

Aquella cena pasó y con ella la noche entrañable de innumerables chascarrillos: Recordando numerosas situaciones, con respecto al señor Cándido. El señor Cándido estaría muy impuesto en religión; pero lo que era en la sociedad, no se movía muy bien.

Al pensar ya, que tenía su edad para no estar impuesto en edificios modernos; aunque estuviese bien formado para llevar a las personas por el camino más recto. Como era su acometida.

¡UF!: Su acometida. No sabía yo en qué estaría pensando el señor Cándido; cuándo un día se me presentó con una compra - venta de la finca que nos lindaba, más al este de la finca agrícola. Y nada menos, que aquella finca tenía ciento cincuenta y tres hectáreas: Una barbaridad, para lo que yo podía comprar en aquel tiempo de rehacer la finca; a base de mucho sacrificio y trabajo.

Reuní a todos los trabajadores de la finca agrícola, para que en vez ser yo quien los ayudase, fueran ellos lo que me ayudasen a mí; sopesando la adquisición monetaria que ellos tuviesen en la cuenta del Banco. Poniéndolos a su disposición los productos de la huerta y parte de la quesería: Así como un tercio del ganado, para su alimentación personal; hasta que volviese a poder darlos su salario, con carácter retroactivo.

Los pareció bien, a los trabajadores de la finca agrícola, lo que yo los proponía. También los pareció, que en sus casas comenzó a ver un trasiego de personal, comprando los productos huertanos, como los quesos que les tocaba a cada uno de los trabajadores, así como parte del aceite, obtenido de un olivar que había dentro de la demarcación de la finca agrícola.

Esto no lo debía dejar pasar por alto; y al siguiente día, por la mañana, cuando salí del Banco para hacer unas gestiones con unos clientes, me acerqué a la majada, con idea de hablar con la señora Ceferina de su marido, Cándido: Más bien, de su estado psíquico.

Aquello no la sentó nada bien, pero que nada bien, a la señora Ceferina; que yo quisiera hablar de su marido, refiriéndome a su estado psíquico.

SAMUEL -. No quiero yo, Ceferina; saber si su marido se encuentra bien; para hacer actos dentro de la sociedad. Más bien, quiero saber: Si está en condiciones de hacer esos actos.

La señora Ceferina se santiguó, mirándome de frente; para en un momento determinado bajar los ánimos, como queriéndome decir algo, para mis intereses económicos.

CEFERINA -. Hijo: No te lo puedo ocultar.

SAMUEL -. Dígame usted, Ceferina.

CEFERINA -. A mi marido, sin pasarle nada malo: Tiene una gran depresión en toda su Alma. Para contrarrestar ese fenómeno, hace actos de grandeza.

SAMUEL -. Y tanto que los ha hecho.

La señora Ceferina se puso un poco nerviosa, al decir yo eso; y de la manera en que yo lo dije: Que parecía se me iba el Alma, con esos suspiros dados al aire.

CEFERINA -. ¿Qué quieres decir?, hijo.

SAMUEL -. Se lo debe imaginar usted, Ceferina.

Claro que se lo imaginó; pues aquel mismo día, vi pasar a la consulta de su hija a Ceferina, llevando al señor Cándido consigo misma.

No sé qué le dijo su hija Blanca a su papá Cándido; que a los dos días estaba como un corderito manso: No hablaba ni pensaba; solamente dormía mucho. Hasta se le hincharon los labios, teniendo la mirada como perdida.

Tanto, yo no quería que le pasase al señor Cándido; pues yo le apreciaba: Al no ser, que su hija Blanca viese en él un atisbo de peligro para la sociedad. Pues posiblemente no estaría así, si el peligro que infundía el señor Cándido fuese solo para su casa. La familia le cuidaría.

El niño iba creciendo cada año más y en aquel año; no sé si era porque se juntaban con amigos mayores que él, por ser el menor de edad de su curso, o que su físico lo pedía así: Que ya me llegaba hasta cerca del hombro. Apuntaba manera, sí señor: Iba a ser un hombre alto y esbelto, enjuto de cuerpo.

Pero aunque estudiaba mucho, las lecciones se le atragantaban; pero iba sacando todos los cursos, ya fuese con suficiente.

Hasta que un día; hablando su mamá Blanca y yo, ésta quería que hiciese una carrera de ingeniería; bajándola yo un poco al suelo, sus esperanzas de que el niño hiciese esa carrera, tan larga y complicada para él.

BLANCA -. ¡Cómo, que no!: ¿Es que mi niño, no puede hacer una carrera de ingeniería?

SAMUEL -. Blanca, tú eres psicóloga; háztelo saber.

Blanca se levantó del sillón, donde estaba sentada; yendo a la puerta de entrada y cogiendo el bolso y un pañuelo para el cuello, salió de casa dando un portazo enorme, como si tuviese los nervios a tope.

No la dije, absolutamente, nada; para no echar más leña al fuego, que se estaba alimentando de esas ascuas imaginarias de un mal entendido, entre los dos. Eso de querer y no poder; no venía nada bien con mi manera de ser.

Así, como a las dos horas, llegó Blanca a casa; como si todo estuviese olvidado, con respecto al niño: Comenzando con un recordatorio Blanca, que si antes me había llegado hasta el corazón, ahora me dañaba el infundíbulo, por lo fuerte que me parecía lo que dijo.

BLANCA -. He pensado, que mi hijo puede hacer carreras de ingeniería.

SAMUEL -. ¡¡¡NUESTRO!!!.

BLANCA -. ¿Cómo dieces?, Samuel.

SAMUEL -. Nuestro hijo: No lo olvides. . .Y lo que mejor, se le puede dar a nuestro hijo, es hacer una carrera técnica.

Blanca, comenzó a mover las manos, como no estando conforme de que el niño hiciese una carrera técnica.

BLANCA -. ¡UY!, mi hijo. . .?. . .Quiero decir, nuestro hijo. Una carrera técnica. . .De esas de tres años, en una esculla técnica.

La hice comprender, que sería lo mejor para él; pues el niño era corto de entendimiento. Que coste, se lo dije sin quererla hacer ningún daño en su estado anímico, que presentaba aquel día. Y como observé que me estaba

escuchando sin pestañear, seguí con mi retahíla, de alertarla de algo malo para "nuestro" hijo.

SAMUEL -. Tú no quieres hacerle sufrir al niño, ¿verdad?

BLANCA -. ¡Verdad!. Yo no quiero hacerle sufrir a nuestro hijo nada, en absoluto.

SAMUEL -. Pues ajústate a lo dicho.

¡Vamos!; que parecía yo el psicólogo, en vez de ella. Y para poder zanjar ese tema, la desvié la conversación hablándola del tiempo que hacía en esa época, tan avanzada del estío.

Entrando por derecho, en la conversación Blanca, al darme la razón: Que era finales del verano y todavía estaba haciendo unos calores insoportables.

UNA MADRE: ¡Cómo son las madres!: Y que prolifere mucho esto; de querer lo mejor para su hijo y no pensar en otra cosa, que hacerle Ministro Plenipotenciario en una Nación de buena capacidad económica.

Nos salvó su papá, que haciendo acto de presencia en el salón de la casa, se dirigió a su hija Blanca con un beso en las mejillas.

Tal vez su papá venía para probar la llave, que le habíamos dejado su hija y yo; pensando en qué hora tan vendita le habíamos dejado la llave al papá de Blanca: Pues había cortado de repente la conversación que sosteníamos su hija y yo.

Pero pronto los asaltó una idea en la cabeza; mirándonos de frente los dos, Blanca y yo: Una idea de no saber si su papá Cándido estaba totalmente curado de su enfermedad psíquica, o por el contrario, aquello había sido un acto involutivo, por parte suya.

BLANCA -. ¿Piensas lo que yo?

SAMUEL -. Posiblemente.

No pudimos hablar más Blanca y yo; pues sonó el timbre que teníamos en el portero de la casa, abriendo Blanca desde dentro de ella.

Y como yo la hacía señales con las manos, como queriendo saber quién llamaba; me contestó mi mujer con todo el amor del Mundo.

BLANCA -. Es mamá, quiere entrar.

Ceferina entró en nuestra casa del pueblo, como una centella; proveyendo algo más, que le pudiese pasar a Cándido. Y efectivamente, que el papá de Blanca había tenido un retroceso en su enfermedad, momentáneamente. Pues a preguntarle si sabía dónde se encontraba dudó unos segundos dónde estaba él.

CÁNDIDO -. ¡En la majada!

Se adelantó a nosotros el señor Ceferina, preguntando al señor Cándido si él creía que estaba en la casa-chozo de la majada.

Entonces fue, cuándo el señor Cándido entró en cordura; mirando para todas las partes de la casa y con voz apagada dijo dónde se encontraba él en ese preciso momento.

CÁNDIDO - Me encuentro en la casa de mis hijos, Blanca y Samuel.

Afirmando con la cabeza la señora Ceferina, le dio la razón al señor Cándido; al decirle explícitamente, que sí se encontraba en la casa de su hija Blanca.

Sonrosándose mucho el señor Cándido, al ver la torpeza que había cometido momentos antes; al no saber dónde se encontraba él: Máxime, cuándo fue preguntado por su mujer, la señora Ceferina, dónde estaba según él.

CEFERINA -. ¿Sabes ya dónde te encuentras?

Echándose manos a la cabeza, el señor Cándido replicaba con una voz casi confusa a la pregunta de su mujer Ceferina.

CÁNDIDO -. ¡UF!. . .

CEFERINA-. ¿Qué te pasa?, Cándido.

CÁNDIDO -. No; nada. Que queriendo decir, que me encontraba en casa de nuestros hijos: Dije que me encontraba en la casa - chozo de la majada.

CEFERINA -. ¡Eso está mejor!

Así se terminó ese pequeño enredo, entre si se encontraba el señor Cándido en un sitio o en otro; como él buenamente dijo.

Yo veía a la señora Ceferina, que no estaba muy conforme con el adelanto

tan rápido que tuvo el señor Cándido en aquella recuperación de conocimiento. ¡Vamos!, que se encontraba inquieta por la caída de conocimiento, que tuvo el señor Cándido en aquella hora que estuvieron en nuestra casa, la de Blanca y la mía.

En un momento determinado, se me acercó la señora Ceferina, con las llaves de la casa en las manos; mostrando decisión de dármelas.

SAMUEL -. ¿Qué significa esto?, Ceferina.

CEFERINA -. Hijo: Quédate con las llaves de tu casa. Así sabrás cuándo viene mi marido Cándido a ella.

Yo cogí las llaves de mi casa y las guardé en un cofre pequeño que tenía en el aparador del salón; donde estábamos todos, en aquel día de los hechos.

La vida siguió tan normal, entre todos nosotros; hasta que un día me hizo saber la encargada de la quesería, que se había roto una máquina insustituible: No pudiendo prescindir de ella.

Yo sabía muy bien dónde podríamos encontrar la pieza rota en la máquina de la quesería; pero hasta que no hablase con el marido de la señora Julia, no podía ver claro como se había roto aquella pieza; así que yéndome a casa de Julia, hablé con su marido: Sabiendo el mal funcionamiento que se estaba haciendo con aquella máquina de la quesería.

Llamé a la encargada de la quesería, diciéndola que aquella misma mañana traería la pieza nueva para la máquina. Alegrándose mucho la señora encargada de la quesería; pues ella veía, que el problema estaba resuelto, según ella.

Preocupándome yo asistir al montaje de la pieza; para que el técnico explicase bien el funcionamiento de la máquina con respecto a aquella pieza.

Yo veía, que la encargada de la quesería ponía cara de asombro, mientras el técnico se hacía comprender por los operarios de la quesería; sobre todo, por la señora encargada de esa industria.

TÉCNICO -. Si se mete más presión a esto (señalándolo), esto otro (señalándolo) recibe más fuerza que puede soportar, rompiéndose.

Al quedarnos solos, la señora encargada y yo, la aleccioné con buenas

palabras; como para que no se diese cuenta, que a la que estaba arengando era a ella. Con un discurso solemne, para que se diese cuenta que no se podía cargar con más presión, que la debida a la pieza sustituida: Surtiendo efectos inmediatos; pues no se volvió a romper la pieza. Se veía que la señora encargada de la quesería, sabría mucho de elaborar quesos; pero lo que era de la manipulación de aquella máquina, no sabía tanto como de tratar los quesos, hechos por ella misma.

Alguna alegría tenía que tener en mi vida; y era que al siguiente día me llegó el nombramiento de director de la sucursal que yo estaba rigiendo interinamente en aquella plaza del pueblo donde yo estaba viviendo.

A la voz de fiesta, todos los amigos se unieron en santa armonía con mi persona; dándome la enhorabuena por aquel nombramiento. Organizando yo una comida, en un buen restaurante de aquel pueblo tan bonito y acogedor.

Pues claro: Otro restaurante no podía ser, más que el de la cantina; hecho ya un restaurante afamado y con renombre, por todo lo alto.

Al restaurante acudimos todos los amigos: Ernesto y señora Sinforosa, Jacinto y señora Asunción, además de nosotros dos: Blanca y yo, con los papás de Blanca.

A esos comensales, se nos añadió otro más; ya que estaba en la puerta de la iglesia, esperando no sé yo a quién o a qué cosa.

PÁRROCO - En hora buena, por su nombramiento.

SAMUEL -. Se lo agradezco, padre. Así que le hago una petición muy entrañable.

PÁRROCO -. Tú dirás, hijo.

SAMUEL -. Le invito a usted, padre, para que nos acompañe en la mesa.

Así se nos añadió otro comensal más en aquella copiosa comida, de un buen restaurante: Hecho con sudores y mucho trabajo, según se dice.

A la comida siguió una invitación hecha por mí a todos los comensales; pero esta vez en mi casa, donde fuimos a tomarnos las copas y el café: Pasando de hora por la tarde a ser ya de noche. Y como los invitados seguían y seguían

alegrándose conmigo, de mi nombramiento: No pude por menos, que invitarles una cena en mi casa.

Yo veía, que los invitados se bañaban en la piscina con mucho apremio, para rebajar el líquido etéreo que tenían dentro de su cuerpo. Hasta el cura párroco, iba asiduamente al lavabo de la piscina, para refrescarse la cara y eso que el cura no había bebido casi nada.

Alegre conmigo estaban todos y sintiendo ese vaho de aliento efervescente, de la persona que ha bebido el néctar del dios Baco. No por eso se dejaba ver lo bueno de lo malo, dentro de las personas. Y también ese instinto que tienen las personas, para arreglar las cosas desperfeccionadas.

Sí: porque en un momento determinado, pude darme cuenta que Jacinto venía con la caja de herramientas y agachados, cerca de un grifo que se salía, comenzó arrojarle él mismo.

Lo que no se podía arreglar, por sí solo; era un enamoramiento de un joven, con respecto a una chica, que tenía yo empleada en la quesería: Una jovencita de cara risueña, de mirada dulce, de sonrisa alegre y bonachona, de ojos azules y palabras dulces.

No sabiendo yo cómo hablarla a esa chica; ya que era tierna y buena: Con sentimientos nobles y trato exquisito. No queriendo la hacer daño alguno a su susceptibilidad anímica. Pero lo que me habían dicho de esa chica era: Que no sabía cómo alejar de sí a ese chico; ya que ella no le quería.

No había manera de ideal un ardid o una trama; para que el chico la dejase en paz a la chica; ya que la estaba absorbiendo el cerebro por completo.

Hasta que un día, todo se dio por añadidura; ya que me crucé con el chico una tarde que yo iba a la quesería desde el barrio nuevo: Llevando una bolsa con medicinas para la señora encargada de la quesería.

Miré la bolsa, con mucho disimulo, para más tarde mirar al chico; que al parecer tenía deseos de hablarme. Y antes que lo hiciese él, lo hice yo.

No esperé a que el chico me dijese palabra alguna, que a mí me salieron sin pensar: Tanto era así, que por poco lloro hasta yo, por lo que le dije a ese chico enamorado de la chica de la quesería.

SAMUEL -. Cómo es la vida.

CHICO -. ¿Por qué dice usted, eso?, señor Samuel.

¡Ya!: Ya se encontraba cogido aquel chico, con unas cuantas palabras que le dije yo, sin abortar el compromiso principal de aquella pequeña conversación con él. No: No le dije nada de improviso; solamente le enseñé la bolsa que portaba yo en mis manos, expedida por la farmacia de turno.

SAMUEL -. ¡Cómo es la vida!

CHICO -. Me asusta usted, Samuel.

SAMUEL -. Es para la chica ayudante en la quesería. . . (Le volví a mirar a la cara). . .Teniendo solamente dieciocho años.

CHICO -. ¿Qué quiere decir usted?, Samuel. . . Me está asustando.

SAMUEL -. Que no somos nadie. Al quién le toca, le toca. Unos duran más y otros duran menos.

El chico se quedó como pensativo, sin poder decir ni una sola palabra al respecto; pero pronto reaccionó por lo que yo le estaba diciendo. Y con muy pocas palabras expresó los sentimientos que tenía con esa chica, que él creía querer.

CHICO -. Estaba ilusionando con ella. La tenía afecto.

Todo se aclaró en un solo momento de indecisión en el chico que cortejaba o quería cortejar a la chica de la quesería. Para seguir empleando palabras tercas, pero que se entendían.

CHICO -. No soy de este pueblo. Estoy aquí por motivos de trabajo eventual. Cada mes estoy en un pueblo diferente.

A trompicones me dijo lo que yo quería saber y oír: Que se iría de nuestro pueblo en corto tiempo; porque si no, no sé qué sería de mí, al expresarle tanto sufrimiento por parte de la chica que él tenía afecto. ¡Si por poco la mato!; así, que si hubiese seguido en el pueblo hubiese sabido la verdad: Que la chica de la quesería estaba perfecta de estado corporal, sin ninguna enfermedad.

Aquel chico agachó la cabeza y dando media vuelta inició el camino hacia el barrio nuevo, sin decir una sola palabra de despedida o de decepción, por parte suya.

Yo seguí mi camino hacia la quesería y al llegar a ella, la primera persona que vi fue a la chica que aquel chico tenía afecto y solamente afecto y no cariño; como todo el mundo creía.

No pudiéndola decir ni una sola palabra de lo que aquella tarde se había hablado a dos pasos de la quesería, con aquel chico tan apuesto, pero corto de pensamientos.

Busqué a la señora encargada de la quesería, dándole su medicina; para que rigiese su tensión corporal y nada más. Quedando aquella historia zanjada para siempre.

Y para siempre se quedó zanjada aquella historia, entre el chico que tenía afecto a la chica de la quesería; pero surgió otra más ardua todavía.

Blanca no estaba conforme con que nuestro hijo, no le viese un especialista y de los buenos; por lo tanto abordó el problema un día mientras merendábamos.

BLANCA -. ¿Sabes lo que he pensado?, Samuel.

SAMUEL -. Tú dirás.

BLANCA -. Llevar al niño a un buen especialista, para que le trate su pequeña enfermedad.

Me lo había imaginado; era más, que yo también había pensado en ello: Pero no en la forma que Blanca me dijo, con palabras cariñosas, pero no menos dolorosas para mí.

Y es que el niño era imperativo: No podía contener sus nervios; así que tratándole desde pequeño se podía solventar un poco, en la medida que se pudiese, ese problema que tenía el niño. Sobre todo, en la atención que pusiera a sus maestros en la enseñanza reglada.

Lo que no me esperaba, era que; una tarde me encontré una factura pagada por nuestro banco en el comodín del salón de nuestra casa. Siendo esa factura la apertura de un despacho en una capital de provincia en nuestra Nación.

No podía decir nada a Blanca, hasta que ella me dijese a mí algo sobre aquella factura reembolsada por una compañía de alquileres de casas. Pero

esto nunca sucedió: Ya que Blanca lo guardaba en secreto aquella apertura de despacho. Pero sí me imaginé, para qué sería aquella apertura de despacho, que Blanca hizo alquilar a una empresa de contratación de casas.

Tranquilizándome un poco, cuando supe que era el uso de aquel despacho como alquiler; pues al parecer no sería para siempre. Pero sí se me exaltaron los nervios al darme cuenta, que aquella capital de provincia, no estaba tan cerca de la nuestra.

Ahora tenía que saber, qué doctor trataría a nuestro hijo; y por mucho que me empeñé en buscar papeles o algo que ella, Blanca, tuviese en casa: Yo no encontré nada.

Y como en casa, Blanca, no tenía ninguna pista que me pudiese indicar a qué doctor iría con nuestro hijo; lo tendría que buscar en su despacho consulta del pueblo, donde ella ejercía como psicóloga.

Yo sabía a la hora que llegaba Blanca a su consulta; presentándome en ella media hora antes que Blanca, para no dar que entender algo inesperado en el pensamiento de su enfermera ayudante.

Con mucho cuidado, comencé a remover impresos y libros, así como facturas; quedándolas otra vez en su sitio, bien puestas. Hasta que en un cajón de su mesa escritorio, pude encontrar un libro dedicado a la ciencia de las personas imperativas, escrito por un doctor muy afamado.

No podía presentar sospecha alguna, de que yo había ido a la consulta de mi mujer Blanca, con la idea de buscar y escrudiñar todos los rincones de su consulta, buscando lo que yo quería encontrar: Así que me esperé a que Blanca llegase a su consulta, conformándola con que quería verla y darla un beso. Nada más era eso, lo que quería de ella esa misma mañana, que me acerqué a la consulta de Blanca.

Me marché al Banco totalmente pensativo, una vez que había salido a las afueras del bloque de viviendas, donde se encontraba la consulta de Blanca: Ya que si lo hubiese hecho dentro de la consulta, sería contraproducente para mis intereses, saber lo que yo quería.

En los días sucesivos me enteré e indagué en la vida y en la obra de ese doctor tan afamado: El que iba a tratar a nuestro hijo. Pero lo que yo no sabía, era lo que Blanca planeaba en su ida a aquella Capital de provincia.

Y como Blanca no decía ni una sola palabra de lo que quería hacer ella; la tenía yo que sacar con esfuerzos un silogismo de deducción, mayestáticos, como Aristóteles, la conversación fundamental, para enterarme de lo que ella quería hacer con nuestro hijo: Iniciando una conversación en una merienda en casa.

SAMUEL -. No te parece, Blanca, que esa provincia está un poco alejada de la nuestra.

BLANCA -. Sí: Está un poco alejada de la nuestra; pero para lo que yo voy hacer con el niño, nos sirve como trampolín de cura para nuestro hijo.

SAMUEL - ¿Qué quieres hacer?, Blanca.

BLANCA -. Quedarme allí un tiempo: Por lo menos hasta que nuestro hijo avance en la mejora de su enfermedad.

No tenía medios para reprochar nada a Blanca, con respecto a lo que ella quería hacer con nuestro hijo: Se quedaría en la Capital de aquella provincia, Blanca con nuestro hijo, hasta ver beneficios buenos en su estado anímico.

Parte de la conversación, que yo quería escuchar por boca de mi mujer; Blanca, me la ofreció una cuchara, al verla comer a mi mujer: Con esa fuerza de nerviosismo, como estaba ella en ese día. Así salió la conversación: Sacándola como con un cucharón de su boca las palabras.

Lo que no pude oír en boca de Blanca, si duraría la estancia en esa ciudad bastante tiempo por no haberme dicho nada de ello.

Yo solo, prácticamente, y previendo un aumento de semovientes en un tiempo no lejano, como así consultar los quebrantos o superávit en el balance y en el diario; puesto que el libro mayor había desaparecido de la contabilidad.

La señora Ceferina era una mujer buenísima; pero carente de conocimientos contables y el señor Cándido, ya se sabe cómo estaba. Mi mujer, Blanca, a unos cientos de kilómetros de nuestra casa asidua. Yo no me agarraba el cuerpo con dos manos, de lo delgado que lo tenía; había adelgazado veinte kilos. Por eso, hasta los libros contables me parecían mayores que en otros tiempos; mirándome las personas de reojos y no de frente: Para no expresar igual que yo esa pena que se lleva dentro del Alma metida.

Esto fue poco para el día que tuve que despedir a mi mujer Blanca y a mi hijo: Se iban a tierras extrañas, sin otro preámbulo, que no fuese el poner bien a nuestro hijo; en la medida y capacidad que se pudiese para que entrase en sociedad de lleno.

Y no era solo eso lo malo, que se fuese mi mujer, Blanca; que lo malo estaba por llegar: Ya que para que no quebrase el balance, no pude vender ninguna oveja en edad mediana; ni comprar corderitos, como habíamos querido Blanca y yo. Me hubiese gastado más en piensos y en la crianza de esos corderos. Lo que sí dejé fue los corderos que habían parido las ovejas; teniendo más capacidad de semovientes en la finca, que otros años: Pero no llegando a los números que echamos Blanca y yo, para cubrir zonas en la finca, que había como desiertas.

Presentándose el problema de la quesería; ya que había mayores kilos de leche en la producción del ganado ovino: Vendiéndola a otras queserías que pudiese asumir tantas manos de obra en ella. Sacando un dinero adicional, por la venta de tantos kilos de leche, como yo no había visto nunca en la quesería. Estando a la espera del siguiente año, para saber si podía ampliar la quesería, que era lo necesario de momento.

Base tenía para ampliar todos los compartimentos de producción en la finca; lo que no tenía era dinero para hacer frente a tanto baremo de capital que yo emplearía en aquellas ampliaciones en la finca.

Hasta empleé más terrenos para siembra de avena y cebada, sirviendo como alimento del ganado; así como separar las vacas jóvenes de las viejas. Echando de comer a las ovejas, legumbres, arbustos, heno de alfalfa y alguna que otra sal. A las vacas las hacía comer, conjunto de cereales, pastos secos, e hierbas.

Viniéndome una circular de agricultura, que tenía que sembrar, también, trigo; yendo de inmediato a la extensión agraria para que me informasen de ello.

Un día que estaba dando un paseo por la orilla del río, me di cuenta que se estaba produciendo un remanso en una parte de aquel terreno. Por consiguiente, se estaba embalsando el agua sin esperarlo nosotros, Blanca y yo.

La idea me asaltó a la cabeza: Esperaría un año, que ese sedimento fuese mayor en aquella parte del río, todavía más; para construir un pequeño muro, que sirviese como embalse de esa agua.

Pero cuándo me quedé solo en casa; una vez que me había llamado Blanca y la había informado de la finca, me entró un miedo enorme: No fuese a ser, que no supiese muy bien lo que tenía que hacer y en vez de beneficios, sacase pérdidas enormes en la finca.

No obstante, tenía que tomar decisiones en la finca: Me había quedado solo en ella; teniendo un solo enlace, el teléfono con Blanca. Pareciéndome bastante, para informarla en todo momento del desarrollo de la finca; pues no era mía, era de mi mujer Blanca, que algún día la heredaría en su totalidad la parte alícuota que la correspondiese: La parte que no habíamos comprado nosotros.

Tomé la decisión de llevar todos los viernes a los abuelos, para que vieses al niño y a Blanca; así estaríamos todos juntos un par de días cada semana. Pero no hizo falta que se lo comunicase yo a Blanca; pues antes que se lo dijese yo, me llamó ella con el mismo asunto.

La carretera era un amor, circulaba el coche sin esforzar nada al motor: En cuanto al paisaje, era bello y agradable; pero los kilómetros hechos fueron muchos. ¡UY!, Dios: Dónde se fue Blanca con el niño; y era que ella tenía que estar ayudando al doctor en la curación de la enfermedad de nuestro hijo, por ser psicóloga. Era un complemento, de apoyo para el doctor que auscultaba al niño.

Nada más llegar a la casa de Blanca, el niño nos pidió los regalos que le llevábamos en ese día; sin pedirnos parecer, si le llevábamos algo o no. Menos mal que a mí se me ocurrió comprarle un juguete, que al niño le hace mucha gracia: Así como a los abuelos se los ocurrió comprarle otro juguete, para que jugase con él.

En cuanto a la madre, la llevé muchos besos, como así cosa tangible y contante; ya que ella tenía pocos pacientes en aquellos días de asentamiento, como nueva, en aquella plaza. Pues había vendido la lana de las ovejas y aunque había sido a bajo precio; todavía había sacado un buen dinero.

La madre; nada más verse con dinero, salió al supermercado para comprar las provisiones para la cena y para el resto del fin de semana: Cosa que a mí me dio qué pensar; pues en el frigorífico no había gran cantidad de viandas para ser degustadas.

Mientras íbamos al supermercado Blanca y yo, pues los abuelos se quedaron con el niño en la casa jugando con los juguetes que le habíamos comprado, pensamos mi mujer y yo, abrir una cuenta en el Banco, para que hiciese frente a los gastos.

BLANCA -. Me las veo y me las deseo, para pagar las medicinas de nuestro hijo. Y eso, que no son muchas.

SAMUEL -. Lo principal es nuestro hijo. Lo bueno sería que vieses tú algún adelanto en el niño, sobre su enfermedad.

BLANCA -. Sí; eso sí lo veo. Pero es tan poco el adelanto que se está produciendo en el niño, que de vez en cuando me pongo nerviosa. Claro, que cuándo tenga quince años, el adelanto es mayor, según los libros de textos.

SAMUEL -. ¿Tú lo sabes bien?

BLANCA -. Perfectamente, Samuel. . .?. . . Pero eso sí: Siempre le gustará los juegos de los niños y tendrá tendencia a jugar con ellos; aunque se reponga, en la media que deseamos.

SAMUEL -. Cuéntame más de la enfermedad del niño.

BLANCA -. Estas personas son listas; pero se distraen enseguida, no oyendo al profesor par nada: Por eso las cuestan más los estudios; aunque los asimilan bien, los conceptos.

Claro que lo decía Blanca, porque lo dice el librito; según ella. Y según yo, me estaba viendo perdido por la enfermedad de nuestro hijo, el de blanca y el mío. Pero cualquiera dice a la madre, que era ella el mejor camino, para que nuestro hijo se pusiera en condiciones de estar a la altura de la sociedad.

Hay parámetros que indican: Que la mayoría de estas personas se ponen bien con la edad, estando en la sociedad, sin que se dé cuenta nadie de su enfermedad. Y esto lo había leído yo en algunas revistas médicas.

Así que yo tendría que hacer algún esfuerzo; tanto físico como dinerario:

Como viéndome solo, sin mi mujer y mi hijo; siendo las personas que yo más quería en este Mundo.

Cada vez que volvía al pueblo, de ver a mi mujer y a mi hijo; me sentía agobiado y con pesadumbre en todo mi cerebro, al verme solo en casa: Teniendo por compañía la televisión y la radio. Leyendo la prensa en digital, para estar bien enterado de lo que sucede en el Globo Terráqueo.

Y esta esfera inmadura y abombada, no me decía ninguna cosa que me valiese la pena acogerme a ella, como no fuese, me portase bien con mis iguales y estuviese dentro de la ley en todo instante. Eso solamente me decía: Con las cosas buenas que hay en la vida y las pocas palabras parcas que se dice de ella. Distrayéndonos de lo real y lo irreal.

Un día me llegó un señor, de un pueblo cercano, queriéndome vender unas vacas; ya que quería cerrar su negocio, por falta de existencias, para su alimentación. Estando un cliente del Banco oyéndolo; siendo ese cliente del Banco del mismo pueblo que el señor que quería venderme las vacas.

Cuándo se fue ese ganadero, se vino donde yo me encontraba, en mi despacho, aquel buen hombre con la sola idea de informarme de aquel ganadero.

SEÑOR -. Perdone mi intromisión en la conversación que ha sostenido usted con ese señor. Sí es ganadero; pero con más becerros que terneras.

SAMUEL -. Y usted, ¿por qué lo sabe?

SEÑOR -. Soy de su mismo pueblo.

Aquella misma tarde, me acerqué al pueblo, sabiendo dónde tenía aquel señor el ganado y al ver aquellas reses, me di cuenta que tenía razón el cliente del banco.

Al verme allí el mayoral, se acercó a mí con su caballo: Un bonito caballo. Y con buenos modales, me comenzó a saludar deseándome todo el bien del Mundo. Siendo ese recibimiento no correcto: Yo no se lo había oído a nadie, recibir así a una persona.

Hablaba mucho y sin hilar bien la conversación: Lo único que le entendí, que el amo de la finca y de la manada se encontraba en otros pueblos ofreciendo el ganado a otros ganaderos, por cerrar su negocio.

Se veía que aquel ganado había sido bien cuidado; pero que por cualquier razón, estaba como abandonado. Teniendo la finca bastantes hectáreas de terreno; presentando una buena dirección en su tratamiento: Pero también con defectos de dejadez momentáneos.

Le pregunté, a aquel caballero; qué ganado quería vender su dueño; diciéndome, enseguida, algo que yo cogí como una falsa venta de ganado.

CABALLERO -. Está a la vista: Los Becerros.

Hice como si lo que él decía fuese lo que me dijo el amo del ganado a mí, hacía unas horas; pero como extrañado le volví a preguntar algo que él no sabía.

SAMUEL -. El amo de la manada: ¿No tiene vacas?

CABALLERO -. Tiene, solamente, lo que usted ve aquí.

Volví a echar otra mirada a toda la finca y a las reses que allí había, sin inmutarme tan siquiera; para que el mayoral no se diese cuenta de que el amo de la manada; lo que me había querido vender, eran vacas. Volviendo a insistir, una vez más, en la misma pregunta.

SAMUEL -. Pero, ¿ha tenido vaca?

CABALLERO -. Las ha tenidos; si no: ¡De donde tantos terneros!

Me despedí de aquel caballero, tan engreído de que él sabía muy bien las cosas de esa finca, lo que el amo de la misma estaba vendiendo en otros pueblos. Aquel buen hombre; tendría sus cualidades con sus buenos actos: Pero lo que era saber lo que estaba queriendo vender el amo del ganado, no tenía ningún conocimiento.

Al retirarme de la manada de becerros, vi llegar en un todo terreno a dos señores; preguntando al mayoral algo, que yo no podía oír, por estar a una distancia no prudencial de ellos; pero sí podía ver los gestos que hacían aquellos señores, como no estando de acuerdo en algo que ellos habían preguntado al mayoral. Y a mi simple parecer, dieron media vuelta, no despidiéndose del mayoral.

Otros que tantos les fueron a la zaga. Yéndose desilusionado de aquella manada, no cuadrando nada para su acomodo y para sus intereses

económicos.

Volví a la majada, yo también desilusionado; pero con el saber bien aprendido, de no solamente escuchar a las personas: Tenía que comprobar si lo que esa persona había dicho era verdad.

Llevándome una completa desilusión; cuándo vi llegar donde yo estaba al señor Cándido, corriendo y haciendo gestos de haber hecho una buena inversión económica.

CÁNDIDO -. Hijo: Qué inversión económica estoy a punto de hacer.

SAMUEL -. Las compras de unas vacas.

CÁNDIDO -. Tendremos más leche y con ello, más quesos.

SAMUEL -. A esas vacas no se las puede ordeñar.

Se quedó parado, como una estatua, el señor Cándido de momento; para más tarde y después de haberlo pensado, bajó la cabeza yéndose a la casa-chozo de la majada.

No estaba tan mal el señor Cándido; pues me había comprendido lo que yo le quería decir de aquellas vacas poco lecheras. Como apretase, un berrendo daría un bufido.

Y antes de entrar en la casa - chozo, miró para atrás el señor Cándido diciéndome lo que yo tenía que hacer.

CÁNDIDO -. Hijo: Encárgate tú de la finca; yo ya no sirve para llevarla ni medio bien.

Me dio una pena al oír decir eso al señor Cándido; que me tuve que separar de la casa - chozo, para que no me viese el señor Cándido y la señora Ceferina con tanto agobio en mi cuerpo metido.

En vez de dirigirme a la quesería, como era mi gusto; inicié el camino que lleva al barrio moderno, para en la cantina tomarme un café bien cargado. Y bien cargado de escepticismo, me quedé cuándo supe que al cantinero le había tocado la lotería nacional.

Dándole la enhorabuena, le insistí de que el Banco en el que yo era director; podía ingresar el boleto premiado, que nosotros nos encargábamos de

cobrarlo.

Pues sí, era verdad que le había tocado la suerte en la lotería; ya que al siguiente día fue al banco para ingresar el dinero de la lotería en él.

Y eso de: "No seas incrédulo, si no fiel", se daba allí por añadidura; cuándo vi tantos ceros como nunca había sospechado yo. Ya que lo ingresado era de una sábana en total, en aquella Navidad de angelitos y belenes: Diez, diez boletos de lotería, uno tras otro, ingresó el señor de la cantina; comprados en la capital de la Nación Española. Y entre, "Ande, ande, ande la marimorena", "A belén pastores, a Belén chiquitos" y un sin fin más de villancicos, cantados al son de esa música navideña.

Entre alboroto y pandereta, me fui aquella misma tarde a mi casa, para tomarme un vaso de vino y unas rodajas de jamón, bien curado, antes de la cena.

La cena. . No me sirvió mal; ya que se encontraba conmigo Blanca y mi hijo. Al son de la pandereta que tocaba mi hijo, le canté un villancico, que le gusto mucho. Teniéndoselo que repetir varias veces.

La noche fue excesivamente buena; pues separado de mi mujer Blanca el resto de la semana: No desperdicié ni un solo momento a su lado.

A su lado visité la finca, uno a uno sus compartimentos: Lechería, vaqueriza, manada de ovejas, tierra de labranza, huerta, y un pequeño regadío, que tenía formado con el remanso del agua embalsada.

Explicando a mi mujer Blanca, lo que me había costado hacer aquella especie de muro, que me sirviese como contención del agua del río.

BLANCA -. Y, ¿Eso?

SAMUEL -. He dejado bastante tiempo que se hiciese un buen remanso en el río, para construir menos muro en esta presa.

BLANCA -. Y, ¿qué?

Samuel -. Me ha costado más hacer este muro, que me sirviese como presa de contención para el agua; ya que he tenido que levantar más metros de muro, para que no saltase el agua por encima del muro.

Blanca miró para donde yo tenía el regadío afirmando algo que yo ya sabía

por intuición. No queriendo se lo decir a ella; para que luciese el palmito, de lo que había pensado.

Llega las presillas hasta el mismo regadío; pudiendo regar con ese agua. Y al mirar de nuevo Blanca para el regadío, observó que se estaba regando con el agua de las presillas del embalse.

BLANCA -. Estás en todo, Samuel.

SAMUEL -. Me costó mucho saber a qué cuenca del río principal iban a parar las aguas de este río. Las exacciones son: Cánones por el dominio público hidráulico de las aguas, canon de control de vertidos, canon por aprovechamientos de las aguas.

BLANCA -. Sí, hijo, sí.

Cuando todo parecía tan normal, recibí una noticia; de esas que causan escalofrío. Y máxime, cuándo se trata de alguien ya conocido por mí: Al marido de la señora Julia se le habían caído en lo alto varios paneles de quesos, por estar la estantería mal anclada.

Por más prisa que me di, ya se encontraba allí la ambulancia rehabilitando al marido de la señora Julia; llevándosele de inmediato al hospital.

Yo, por mi parte, me dirigí con mi coche a la casa del señor Julia, llevándomela al hospital, para que estuviese con su marido. Pero al llegar al hospital, me pude dar cuenta: Que nadie podía estar con ese señor, por permanecer en cuidados intensivos.

La policía buscó a la señora Julia, para ver si se encontraba en el hospital; como así era: Ya que había ido a su casa, para darle la triste desgracia que había sucedido con su marido.

Teniendo yo que contratar otro operario temporal en la quesería, para que ayudase a las señoras que hacían esos quesos tan buenos y sabrosos. Hablando muy bien, el señor encarga de la quesería, de él.

Pero aunque hablaban muy bien del señor que yo había contratado, una de esas señoras me dijo: Que, no llegaba a ser como el marido de la señora Julia; no sabiendo yo a qué razón ajustarme. Por ese motivo, me fui una mañana temprano a la quesería, para saber la verdad de lo que se me había dicho, con respecto al señor contratado.

Un poco más lento, que el marido de la señora Julia; a demás, que tenía que pensar lo que hacer en cada momento. No obstante sí era bueno aquel señor: por lo menos tenía las fuerzas suficientes, como para mover los paneles y cambiar los quesos de posición. Y por supuesto, limpiando la quesería era casi igual que el marido de la señora Julia.

Al consultárselo a Blanca, esta me dijo algo que yo ya tenía en la mente metida; para que en otra ocasión no nos encontrásemos sin mano de obra alguna.

BLANCA -. Amplíale el contrato a ese señor.

Entendí inmediatamente a mi mujer, Blanca, lo que me quiso decir: Que le hiciese un contrato fijo indefinido a aquel operario, que tanto interés se tomaba por la empresa. Pues siempre se le podía rescindir, si carecíamos de trabajo alguno en la quesería, o mermaba el trabajo dentro de las tareas encomendadas a esa actividad. En ese tiempo estaba así.

Un día me dio por ver la lista de morosos del banco, encontrando entre ello, al señor que me había querido vender los becerros por vacas. Tenía la finca hipotecada y al parecer aquella finca era buena; lo que no estaba bien tratada, ni ruleada.

Comencé a pensar, que no me pasase algo así a mí, por tener ambición sobre medida en la finca: Al ampliar el ganado sin pensar las consecuencias o cualquier otra ampliación, que se necesitase más manos de obras en ellas. Me entró un canguelo en todo mi cuerpo, que no podía vivir; al pensar que me podía pasar algo así, como al señor que me quiso vender becerros por vacas.

Cuándo terminaron mis tareas en el banco, al salir de él; me tomé un refresco en un café - bar allí cerca, sentándome muy bien aquella degustación que hice, dentro de aquel establecimiento de bebidas y comidas. Yéndome a mi casa, con la alegría metida dentro mi cuerpo; al pensar en mi mujer y en mi hijo; pues pronto los iría a ver, una vez más, a ellos, por estar próximo el viernes.

Recibiendo buenas noticias de mi hijo, por parte de mi mujer, Blanca; ya que al parecer adelantaba en su tratamiento, cada vez más. Nombrándome asiduamente, por echarme mucho de menos mi hijo.

Así un mes tras otro, un año tras otro; seguimos el uno sin los otros, dos años y medio, hasta que en una ida de los viernes me comunicó mi mujer, Blanca, una noticia feliz para mí y para sus papás.

Nos sentó en el salón de la casa, donde estaba viviendo ella con nuestro hijo, en aquella capital de provincia. Sospechando yo algo o por lo menos lo intuía, de que Blanca nos quería dar una buena noticia sobre nuestro hijo. Esperando las explicaciones con todo el interés del Mundo, sobre nuestro hijo.

Blanca salió del salón, para venir con una bandeja de pastas y perrunillas; así como más tarde, llegó con un café que olía a lo más fino. Y como todas ellas parecían iguales, más que diferentemente tratadas con manteca o mantequilla, con azúcar o adicional a ella: Como un edulcorante. Al pedirla yo las perrunillas, para saber qué bien las hacía; Blanca cogió la bandeja para ofrecérmelas temblando toda ella.

Y ahora sí, que me di cuenta; que Blanca nos quería dar una buena noticia, estándonos preparando para que la recibiésemos con acople y entereza de ánimo.

Yo daba vueltas y vueltas a la taza de café y a las perrunillas; porque no sabía lo que hacer con ellas: Estaba totalmente nervioso. Y para que no se percatase de ese hecho mi mujer, Blanca; de vez en cuando me llevaba la taza de café a la boca sin probar ningún sorbo de ella: Al no poderme entrar nada en el cuerpo, hasta que Blanca no diese esa noticia que se guardaba para ella.

Por fin, ¡por fin!: Se sentó Blanca y mirándonos de frente, nos comunicó algo, que nos invadió el espíritu y el cerebro de un efluvio inmenso de placer para nosotros: Sus papás y yo.

La mirada que nos estaba echando Blanca, persistía; estando nosotros como un pastel derretido en rica miel. Ninguno de nosotros permanecía quieto, ni sus papá ni yo; por el espíritu inquieto que teníamos dentro de nuestro cuerpo, esperando esa grandiosa noticia de: Que nuestro hijo se encontraba bien, muy bien.

Yo tenía los nervios ateridos por el frío al esperar recibir esa noticia y cuándo Blanca comenzó abrir la boca, yo no la oía absolutamente nada.

Por suerte, el gordo de la noticia no lo había dicho; cuando comencé a oírla decir algo así como:

BLANCA -. En breve, estaremos juntos para siempre en nuestro pueblo y en nuestra casa.

Y al decir eso, de nuestra casa, Blanca miró para donde yo me encontraba sentado y como embebido en un mar de ilusiones.

Me levanté de mi sitio, me fui para ella, dándole un abrazo y un beso que me supo a poco, igual que a ella: Que levantándose de su sitio, nos abrazamos y besamos hasta perder los sentidos en un afecto entrañable del Alma.

Llegó, llegó el día que Blanca y el niño volvieron a su casa, para no salir de ella nunca más; si a caso no pasase algo malo entre nosotros: Una enfermedad o algo parecido.

Los días más felices de mi vida, fueron los que yo estaba pasando con mi mujer, Blanca y mi hijo en nuestra casa; hasta el punto de no querer salir de ella para nada. Pero como la vida seguía y tenía que seguir para nosotros: Un día los invité a mi familia a una cena en la Tasca, diciéndome mi mujer Blanca, algo así como que había alguien más entre nosotros.

BLANCA -. Te olvidas de alguien.

SAMUEL -. ¿De quién?

BLANCA -. De Ernesto y señora, de Jacinto y señora: ¿No te parece?

Cogí la idea que tenía dentro de la cabeza Blanca: Ella quería que todo siguiese igual que antes, con los mismos amigos y las mismas compañías.

SAMUEL -. Quería saber tu opinión.

BLANCA -. Ya te la he dicho.

Por supuesto que fue también los amigos, a dicha cena; sintiéndonos todos como familia. Unida por esa hermandad de concordia fraternal, dentro de nosotras relaciones sociales.

En cuanto la cena, en aquel restaurante afamado, fue de lo más exquisita al paladar y confortable con el estómago de cada uno. Había que celebrarlo por todo lo alto y así fue: No se escatimó ni un solo céntimo, para recibir a mi

mujer Blanca y a mi hijo; ya que se encontraban conmigo, en nuestra casa.

Y aunque todavía hacía frío, los invité a casa para tomar la penúltima copa y para que aquel recibimiento, que estábamos haciendo a Blanca y a mi hijo, fuese más familiar posible.

La copa se alargó hasta la mañana siguiente, por culpa de una pequeña piscina aclimatada que yo tenía, cerca de la otra; teniéndolos que dar el desayuno a todos ellos, o por lo menos eso creía yo. Pues a la voz de Jacinto, nos tuvimos que adecentar, lavándonos muy bien la cara y poniéndonos bien las vestimentas que llevábamos cada uno. Abordó la idea de que Ernesto y él, nos tenían que invitar el desayuno fuera de nuestra casa.

No sé cómo fue; pero en unos minutos estaba toda la loza lavada, la cubertería y la vajilla, que habíamos empleado en la copa, tomando algo sólido entre medio del tanino, de un buen vino.

Al salir de casa me pude dar cuenta, que todos tomamos una bocanada de aire en los pulmones, sintiéndonos estar conformes con nosotros mismos, al respirar aire fresco.

Por supuesto, en el restaurante, donde tomamos el desayuno nos sirvieron: Un zumo de naranja bien exprimido, pastas, cruasanes, mantequilla, miel tostadas con mermeladas y un sin fin de ingredientes múltiple para su degustación mañanero. Bien dicho estaba eso; pues salimos de mi casa a primeras horas de la mañana; en donde no había apenas nadie en aquel restaurante: Una pareja, que al parecer estaban recién casados y nosotros, todos los amigos.

Como yo desayunaba allí, en aquel establecimiento, todas las mañanas que me encontraba solo, tuvimos un regalo de cortesía, por parte de la casa para que el desayuno nos sentase bien a todos: A los hombres un aguardiente y a las mujeres una especie de refresco espirituoso. Oyéndose decir a la señora de Ernesto algo incongruente, hasta ahora.

SINFOROSA -. No; así no: Cambiemos nuestras copas.

ASUNCIÓN-. Eso mismo digo yo.

Entendiendo yo el concepto que quería trasmitir la señora Sinforosa jadeante con la señora Asunción; que en vez de sentarnos mal, nos sentó a las mil

maravillas. Y sin palmadas ni expresiones cambiamos nuestras copas de dueño.

SAMUEL -. No ha sido por hacerlas a ustedes de menos; que nos tomásemos copas diferentes.

SINFOROSA -. ¡Por si acaso!.

Por si acaso estaba visto: "Tanto monta, monta tanto", que éramos por igual todas las personas. Esa enseñanza que nos dio la señora Sinforosa estaba muy bien, pero que muy bien.

Ya éramos dos al cargo de la finca; teniendo yo más capacidad de movimiento y de retención en mí trabajo en el banco, para expandir mi espíritu por las tardes en algún paseo o en ver alguna atracción que hubiese en el pueblo, como así algún acontecimiento deportivo u algún evento musical en el auditorio que hay en el pueblo.

Por supuesto todo crecía: Mi niño, la finca; con todos sus productos y toda su industria. Ya que había más ganado de leche; tanto en oveja, como en vacas. Haciendo unos quesos buenísimos, según la clientela y según el punto de venta donde iban las personas para agenciar esos quesos. Obteníamos más frutas y más verduras y más hortalizas de la huerta. El embalse se alargó un poco más por inyectar el muro; así podía sostener más presión del agua embalsada. Las tierras de labranzas fertilizaban las siembras; al tener los minerales adecuados para ello, la porosidad la materia orgánica suficiente, como para dar subsistencia al tallo de la planta.

Todo, todo se nos venía a pedir de boca; no teniendo ningún contra tiempo en el manejo de la finca: Ya que los productos los daban por sí solo aquel terreno y en aquella industria.

Bien pensado: Había tenido la finca unos años muy buenos de cuidados intensivos en ella, abonándola por completo, echándola productos adecuados para que fertilizasen las siembras y los árboles frutales; hasta la tierra de olivo, se la había cuidado preferentemente, al ver que se vendía el aceite con suma facilidad.

Tanto era así: Que me atrevería a decir, que todo engrandaba; hasta pensar yo que la caja donde guardábamos el dinero, se estaba quedando pequeña, teniendo que comprar una caja nueva de caudales; donde guardar el dinero

obtenido en el día, momentáneamente. Pues para eso están los Bancos.

Y todo eso, sirviéndonos con el pueblo y los pueblos de al lado del nuestro; pues si queríamos ampliar los resultados económicos, tendríamos que comprar otra finca y extender la venta a más puntos, dentro del territorio español. No compré otra finca, pero sí compré un camión, que yendo en su trayectoria a más pueblos, vendía los productos que llevaba el vehículo para su venta. Que era cosa así; como ampliación de cada compartimento, dentro de la finca.

Pero lo más curioso para mí fue, cuando encontré una cuartilla con una poesía hecha por mi niño. Y al preguntarle por su autoría, me dijo que era él su autor. A la poesía no le faltaba nada, solamente unos retoques de algunos giros que se tenía que hacer; para elevar el espíritu de los lectores.

Me dirigí andando desde el barrio nuevo hasta la majada y al ir a pasar la calle que separa, las tierras de la majada con las casas de la otra acera, oí una conversación entre dos agricultores.

AGRICULTOR -1 -. Hemos ganado con nosotros del pueblo.

AGRICULTOR-2 -. Sí; porque ganamos más que los que se han ido en busca de trabajo.

No sabiendo yo con qué idea estaban diciendo eso, los dos agricultores; pero en realidad: Si una persona quiere y puede trabajar en el campo, siempre tendrá para comer; máxime, si sabe gastar el dinero en arreglar las tierras. Esas mismas tierras le darán doble y triple de lo que se gaste. Si a caso no echa nada de dinero en sus tierras, siempre irán a menos las tierras.

Estábamos en época gloriosa para vender los productos del campo; por eso, yo apreté el paso, todo ilusionado para llegar pronto a la quesería y poder tomar el pulso en lo que los señores y señoras contratadas en esa industria estaban haciendo.

¡Haciendo!: Haciendo un emporio en esa quesería; ya que había quesos hasta arriba del techo; se había ampliado la nave y se habían comprado nuevos unos recipientes enormes, que sirviesen como almacenamiento para la leche. Siendo esos contenedores de un metal inoxidable.

Pero como todo no nos viene de cara: Un día me llamaron por estar

quemándose una siembra de trigo, en mi finca. Cuando llegué al lugar del siniestro se encontraban allí hasta los bomberos: Atajando el mal que se podía hacer, si el fuego llegase a la otra finca; en donde se almacenaba bombonas de butano, para alquilarlas. Viendo un Caterpillar perimetral el terreno con las correas, quitando hierba y matojos de aquella parte de la finca, donde se encontraban las bombonas de butano.

No sabiendo yo si se me fuese a poner una multa, tal vez por no tener vigilancia en la siembra. En cuanto al seguro, estaba remiso de quién tenía la culpa; pues se había encontrado unas colillas de cigarro donde comenzó el fuego. Y, ¿quién tenía que pagar a los bomberos?. . .?. . . Eso era una incógnita.

Mucho papeleo, como se suele decir, moví yo en aquellos días posteriores al fuego que se produjo en el trigo; estando en un nivel ínfimo de ánimo y de moral.

Tal vez era, porque nunca me había pasado una cosa igual, que se quemase la cosecha: ¿Qué hacía yo?, si mi moral y mi ánimo no iban a más.

Lo que nunca había hecho, lo hice en aquellos días de hundimiento completo; para mi propio intelecto: Al no saber moverme por ese terreno, tan arduo y con tantas Leyes. Me entré en el chozo-casa, que teníamos más cerca del río, en la parte más abajo del otro chozo-casa. Para saber algo del dios Baco, con una botella de brandy: ¡AY!, Dios; nunca lo hubiese hecho, alertando a los primerizos para que no lo hagan: Se pasa muy mal, pero que bastante mal.

Cuándo me despejé un poco, me llegué hasta el embalse, bebiéndome toda el agua que pude, para despejarme un poco. Y cuándo vi que podía caminar por mis propias fuerzas, me fui al barrio nuevo, cogiendo un autobús que me llevó cerca de donde yo vivía. Eso era lo que creía yo; pues tuve que andar un trecho enorme hasta llegar al portal de mi casa; haciendo toda clase de esfuerzo para que no me viesen cómo iba yo las personas que me cruzaban en la acera. Ideando un ardid, para mi valía personal: Saqué el pañuelo, poniéndomelo en la boca y tosiendo alguna que otra vez, como que tenía constipado.

Al llegar a casa no pude escaparme de un rapapolvo, por parte de mi mujer Blanca; ya que ella estaba ducha para saber los movimientos y los gestos de

las personas.

BLANCA -. Si te vuelvo a ver llegar como has venido hoy, no te abro la puerta. ¡Entendido!.

En vez de achicarme, ni envalentonarme; expliqué a Blanca las causas que me habían llevado a la quinta esencia, por así decir.

SAMUEL -. No tienes tú la culpa de nada; de modo, que perdona. Esto tiene una solución, que tú me ayudes a llevar la finca y hasta la contabilidad de ella; pues me tiene saturado. ¡No puedo más!

BANCA -. Solución muy fácil: Me lo hubieses dicho. Comprendo que en un holding, como tenemos formado; al no ser ningún tinglado; se necesita más contables y más personal dirigiendo.

SAMUEL -. Sí, hija, sí. Te lo agradezco.

Dándome un pequeño empujón con la mano, en señal de apoyarse en sus palabras; me dijo algo que nunca olvidaré.

BLANCA -. ¡Anda!, hijo. Es mi deber y obligación ayudarte en todo momento.

Quedando yo conforme y agradable con lo que me dijo mi mujer Blanca; yéndome de inmediato hacia ella, propinándola el mejor de los besos. Atrayéndola así mismo a mí persona; para dirigirla hasta nuestra alcoba.

Después de amarnos ciegamente, preparamos unos aperitivos sustanciosos, con unas copas buenísima de un licor agradable. Tanto era así, que hasta mi mujer blanca cantó un pequeño fragmento de una ópera que está en el pensamiento de todas las personas.

Al terminar "el area", en el cante lírico, de esa rapsodia, con aires populares, cantada por mi mujer, me acerqué a ella queriendo saber de dónde la venía esa vena, tan enorme que tenía para cantar ópera con tanto ritmo, por su parte.

No retorció las formas mi mujer Blanca para explicarme de dónde la venía ese arte de cantar ópera; y era, que lo había estudiado y dado clase de ese género tan precioso en lírica.

No: Si cuándo yo digo, que mi mujer era un cofre cerrado, dispuesto a abrirse para dar todo lo que esa caja mágica contiene, dentro de Blanca. Habría que

escarbar más, dentro de su intelecto; para saber qué más había estudiado de joven Blanca y qué disciplinas había dado en su juventud: Pues hasta ahora yo no sabía otra disciplina, que la de psicología.

Por la mañana, cada uno nos fuimos a nuestro puesto de trabajo: Blanca a un colegio y por la tarde a la consulta que tenía abierta en un despecho, en el centro del pueblo y yo me fui al Banco como todas las mañanas.

Que por cierto; no sabía yo lo que estaba pensando, cuando volví a repasar los morosos del Banco: Volviendo a ver, una vez más, el desahucio que tenía abierto el señor que me quiso vender, en su día, becerros por vacas. Estando a punto de salir su finca a licitación. También pude ver el sobre que el tasador de la finca había confeccionado para su venta: Recibiendo un impacto como nunca en mi persona; ya que el valor de la finca estaba sobreseído para el propietario de la misma.

Me faltó tiempo para decírselo a Blanca; pero con toda minucia: Ya que poner en orden y en producción la finca costaría lo suyo, según pude ver en los impresos bien detallados. Por eso el precio de salida era ínfimo para lo que podía dar de productibilidad esa finca.

Mientras yo la estaba hablando a Blanca de esa finca, ella estaba abriendo unos ojos enormes, como viéndose ya dueña de tantas hectáreas de terreno. Y no era eso solo, que ese terreno era el mejor a cien kilómetros de allí.

De repente, mi mujer Blanca, recapacitó; emitiendo unas palabras de desaliento para mi persona, al decirme algo que me sobrecogió el Alma.

BLANCA -. Hay que estudiar la suerte que tiene el amo de esa finca.

SAMUEL -. ¿Por qué?

BLANCA -. Porque la misma suerte, que tiene el amo, la vas a tener tú. Ya ves como ha quedado la finca ese señor; siendo una finca que con poco te da mucho.

Hay a veces, que con pocas palabras se entienden mejor las personas; siendo en este caso una añadidura de lo dicho.

Terminando la merienda cada uno nos pusimos a leer un libro, no volviendo hablar más de la finca, ni por asombro. Por supuesto, pasaron los días y los meses sin decir una sola palabra de esa finca.

Hasta el notario conocíamos ya de antemano; siendo un hombre afectuoso y con gran alegría metida en su cuerpo. Un hombre bien entrado en carnes, rechoncho y flemático; que a mi parecer, eso balanceaba la suerte a nuestro lado, la de Blanca y la mía.

Pero, ¡UF!: Qué pienso. No, no y no; eso no lo hacía yo ni Blanca, ni siquiera por soñación; teniendo otros canales más acordes con la Ley, que comprar al señor notario. Deberíamos ganarnos su confianza; y para ello, cuadró un día que aquel señor se acercó al Banco, pidiendo un extracto de su cuenta.

Los invitamos a una cena en nuestra casa al señor notario y señora; haciendo muy buena amistad con ese matrimonio Blanca y yo. Así sucesivamente, nos fuimos haciendo amigos del señor notario y señora; hasta el punto de marcharnos a la playa un par de días con ellos.

Unas veces comíamos en casa del señor notario Blanca y yo y otras veces venían el señor notario y señora a la nuestra. Era más, que al parecer formábamos una piña nosotros cuatro como buena amistad.

En pocos días se estaba contando los veinte días de la duración de la subasta. Y en sobre cerrado todos los señores pujadores ponían el precio que a ellos les parecía que iría a valer la finca. Hasta algunos señores llevaron sus tasadores, que al ver cómo estaba la finca, no daban por ella su valor que posiblemente tuviese en su tiempo.

El día anterior me hizo Blanca llevarla a la finca, no más de cinco kilómetros, que estaba nuestro pueblo del otro pueblo, donde estaba la finca de la subasta.

Blanca se bajó del coche, diciendo -. Aquí, aquí levantaremos un chalet a nuestra manera -. Quedándome yo como anhelado por ver esa espontaneidad de mi mujer Blanca.

No sé yo a qué fue Blanca a la finca; pues nada más quiso ver ese día, de fiesta, que yo la llevé a la finca queriéndola comprar.

Blanca quiso asistir a la puja el día que se abrieron los sobres. Y entrándose en el baño, salió de él como una verdadera señora: Con todas clases de joyas encima y un vestido de un modisto afamado.

Llegando la hora y minuto, que el señor notario decía el ganador de la puja;

cayéndola a mi mujer Blanca, como un jarro de agua fría en la cabeza, el no haber ganado la puja.

Blanca no esperó para despedirse del señor notario; saliendo de la sala más ligera que una paja, diciendo improperios a sus anchas. . .Menos mal que no la oyó nadie balbucear entre dientes.

Nunca había visto de esa manera a Blanca; pero fue peor cuándo ella llegó a casa: No quería comer, con una cara desfigurada por la tensión que tenía; hasta el punto que yo la tuve que tomar la tensión que tenía Blanca.

La cogí de un brazo y llevándomela a donde existía un crucifijo, le señalé con el dedo sin emitir palabra alguna; calmándose Blanca de inmediato.

BLANCA -. Perdón, ¡Perdón!, te pido. No sé ni lo que me ha pasado.

Cogiéndose Blanca la cabeza, como en señal de no saber dónde se encontraba; pues un efluvio de insulina la había dado en esos momentos de agobio, al no ganar la puja de la subasta de la fina.

Los días sucesivos, Blanca, no quería saber nada del notario ni de su mujer; hasta que poco a poco fue comprendiendo lo que ese señor nos había hecho, mejor dicho; lo que nos había ayudado.

Sí; porque el poseer esa finca de tantas hectáreas hubiese sido nuestro agobio y pesadilla: Si con una finca de menor extensión lo teníamos todo; para qué poseer más tierras, si no podíamos llevarlas como se debe hacer.

Así nos lo comunicó un sábado que quedamos con ese matrimonio, para tomarnos unas copas en un café -bar donde había representaciones artísticas. Saliendo pronto de aquel establecimiento de ocio para buscar, ya solos los dos, Blanca y yo, a los amigos de siempre.

Nos fuimos a poner bien en un bar de ocio y de juerga; pues había cante y de lo grande en su escenario: Un tablao flamenco donde los haya.

Entre oles y palmas, se nos pasó la noche sin que nos diésemos cuenta alguna; saliendo de ese centro de variedades, así como a las cinco de la mañana. Y haciendo gala a la RAE: Salimos todos palmeando, con un, jole que óle y olé! según el sonido lingüístico y el velo del paladar.

De tal manera lo hicimos, que nadie se dio cuenta de nuestra intromisión en

plena acera: Todas las personas que oyó cantar, creyó que venía ese sonido de dentro del establecimiento de ocio.

Esa madrugada, nadie se atrevió a invitar a la concurrencia, por estar cansados todos nosotros; acostándonos nada más llegamos a casa, sin habernos tomado un vaso de lecho. Cogí yo el libro, en papel, que estaba leyendo, para soltarlo de inmediato; pues por poco se me cae de las manos.

A la mañana siguiente, las cosas se veían de otra manera: El Cielo más azul, las calles más bonitas, la siembre reluciente por el Rocío de la madrugada, las personas más alegres, los barrenderos más risueños y el desayuno con más deseo.

El domingo abría la luz del día con todo su esplendor: Nos regalaba ese Ato de misterio, que una persona desea tener siempre consigo; para mostrar más afecto a la naturaleza. Ese conjunto que forma la naturaleza con la visión humana.

Por supuesto, nos fuimos al barrio nuevo para presenciar la Misa que el cura párroco oficiaba en esa hora, de tanto recogimiento espiritual. Y a la salida de la Iglesia: ¡OH!, qué gozada. Pues vimos allí cerca al señor que había comprado la finca de la subasta. Y todavía tuvo suerte ese señor, pues pudo cambiar el primer pujante por el que presentó el segundo pujante, según norma y Ley: Dando menos dinero.

Nos saludó muy bien, comenzando una conversación que se alargó, desde la una de la tarde que salimos de Misa hasta las cinco de la tarde, que nos levantamos de la mesa donde comimos una buena merienda, muy copiosa: Por eso nos quedamos a bajar la comida con parte de alcohol.

En medio de la comida, me habló ese señor de formar un consorcio económico, entre personas que le interesase la agricultura; Pues el desbrozado de la finca, el allanar terrenos y el rular parte de ese terreno; como así comprar grano y abono, con sustancias fertilizantes, se iría un buen dinero. De esa manera, nos prestaría la diputación por medio de la Consejería de Agricultura un dinero, para hacer frente a numerosos gastos en esa finca.

SAMUEL -. Lo que más me gusta de usted, es lo llanamente que habla. Se le ve a usted noble; no oculta nada de los compromisos que hay que tener con

esa finca.

Al oírme decir eso mi mujer Blanca, se envalentonó, subiéndosela el lívido arriba; con unos deseos de participar en ese supuesto consorcio, que nos ofrecía ese señor.

Y antes que Blanca dijese algo, yo la di con el pie para que no hablase ni una sola palabra, ya que algo había visto yo, que no me gustaba nada.

Al llegar a casa Blanca y yo, la faltó tiempo a mi mujer, para hablarme y preguntarme cosas de ese encuentro, en el día, con ese señor.

BLANCA -. ¿Qué me quisiste decir?, con ese roce de pie que me hiciste durante la comida.

SAMUEL -. Que hay un préstamo blando para algunos agricultores que tengan problemas en sus fincas.

BLANCA -. Qué quieres decir con eso.

SAMUEL -. Como la vigencia de ese préstamo blando dura para unos meses; ten paciencia, que antes de dos meses viene, ese mismo señor, ofreciéndote la finca a bajo precio. No puede hacer frente, él solo, a tanto gastos como se necesita, para ponerla en condiciones de operatividad.

Los días pasaban y hasta los meses también; no viéndose trabajo alguno en aquella finca, por parte de ningún operario de aquellas tierras. También se pasó el plazo para pedir un préstamo blando, no dándome opción alguna para pedir un préstamo al banco, como no fuese, una hipoteca por aquellas tierras; que aunque buenas, no se podía labrar sin mucho dinero: Por el estado lamentoso que se encontraba aquel terreno agrícola.

De esta manera se lo comuniqué a Blanca; sufriendo la mayor desilusión de su vida: Pues ya se veía como una terrateniente de fincas rústicas. Y decaída toda ella, se fue quitando, cada día más, joyas y abalorios de encima su cuerpo; bajando su ego a tierra, siendo igual que otra mujer cualquiera: Ya que su intelecto la decía ser de la noche a la mañana una señora ponderada en fincas y en capital económico.

Pero tal consideración de finca no llegaba para Blanca, que en vez de hundirse se alió con su profesión, trabajando el doble; al coger otro colegio a su cargo como psicóloga.

Yo veía que Blanca se esforzaba mucho en su trabajo, no cuadrando con las tareas que hacía en casa; pues aunque éramos dos, con las tareas compartidas: A Blanca se la veía decaída en cuerpo y Espíritu. No sabiendo yo como abordar ese tema, para que Blanca me entendiese; no mostrando rechazo alguno, a mis nobles y cariñosas palabras hacia ella.

Hasta que un día, empezando la merienda y ya en el prelude de la misma, la vi un tanto alegre; por un tanino bien enderezado. Sacándola yo la conversación, del que no hace esfuerzo alguno, su cuerpo lo agradece.

BLANCA -. Una cosa, es no hacer esfuerzo alguno y otra no querer trabajar.

Me la quedé mirando a la cara y a los ojos; para saber si eso lo había dicho, Blanca, de verdad o tal vez eran estudios suyos.

SAMUEL -. No saques las cosas de su sitio.

BLANCA -. No sabes lo que has dicho, ni lo que significa hacer esfuerzos en el trabajo: Estudia a Freud. Te dejaré un libro suyo.

SAMUEL -. No: No vaya a ser que le entienda y después te refute los temas de esos esfuerzos en el trabajo.

Ya me extrañaba a mí, que encontrase tan pronto un segundo colegio, si hay personas que se las ven y se las desean para encontrar un solo trabajo. A los pocos días supe la verdad de ese segundo trabajo; pues había sido para cubrir una baja por enfermedad, con el beneplácito de la directiva del primer colegio. Ya que cuándo se incorporó a su trabajo la enferma, tuvo que cesar su actividad como psicóloga Blanca en el segundo colegio.

Pareciendo que Blanca asumía su estatus social tal y como estaba siendo: Una señora casada, con hijo; ejerciendo una carrera preciosa. Se había estabilizado todo en mi casa: Hasta mi hijo jugaba con más ganas y deseos con sus juguetes.

Y mientras se estabilizaba una casa, otra se hundía de lleno; ya que a la señora Sinforosa la habían detectado una obstrucción con protuberancia y úlcera en el intestino grueso, en el colon , teniéndolo que analizar de momento.

La espera del análisis fue desesperada, sin saber qué darían aquellos análisis hechos a la señora Sinforosa, la mujer de Ernesto.

Yendo sus amigos a visitarla en su casa; para mostrarla el afecto más entrañable del Mundo. Recibiéndonos su marido Ernesto, para pasarnos al salón donde se encontraba la señora Sinforosa, con cara pálida; a la espera de saber qué parámetros decía aquel análisis que se había hecho, del bulto que la detectaron en un pecho.

Por supuesto no nos agasajaron con viandas y bebidas: Allí no se sacó nada, que nos sirviese como trampolín para una buena conversación, entre ellos y nosotros. Siendo el protocolo ideal, lo que hicieron los señores de la casa: Recibir a los amigos, oírlos; sin sacarlos nada, que les sirviesen de aperitivos y bebida.

Eso sí; habíamos ido en una visita de cortesía y nada más: Pues afectaba una posible enfermedad muy mala a la señora Sinforosa; no siendo caso de formar una fiesta de improviso, por aquella visita.

El tiempo corría en contra de la señora Sinforosa; pues al no saber los resultados de aquellos análisis se estaba poniendo, cada vez, más nerviosa y más pensativa. Máxime, cuando la dijeron que se tenía que hacer una biopsia.

SINFOROSA -. ¡AY!; madre mía. . .Que es verdad, que tengo algo malo. . .Que me lo han visto.

BLANCA -. ¿Te lo han dicho?

SINFOROSA -.AY!: No me lo han dicho.

BLANCA -. Pues, entonces espera para que te lo digan; no adelantes acontecimientos.

Así hablaba Blanca con la señora Sinforosa sobre su posible enfermedad; mirándola esa señora a mi mujer, con cara de esperanza. Y viendo una luz al final del túnel, por asimilar ella las palabras que la dijo Blanca.

Siendo eso de, "No hay peor paciente, que creerse ya enfermo"; qué verdad es ese dicho popular entre las personas. Pues hasta los amigos te visitan menos, para no ver en ti tanto sufrimiento moral como tú tienes.

Mientras esperaba la señora Sinforosa los resultados de su análisis, sucedió otro hecho, que nos quedó helados por completo a toda la familia del señor Cándido; siendo un hecho ímprobo en la historia de las personas humanas.

La reprobación de que las personas humanas no podían recuperar sus movimientos y sus recuerdos por sí sola; pasándole ese caso al señor Cándido. Ya que una mañana temprano se fue al barrio nuevo; llegando a la majada como hecho un chaval.

Venía con el pelo cortado a lo cursi, recogido por el centro y cortado por los extremos; vamos, como los jóvenes quinceañeros, que lucen palmito. Pero en el señor Cándido ese talle joven, no existía en su cuerpo. Pero eso sí: Recordando todo con peros y señas; hasta quiso ver los libros de contabilidad, que llevaba yo en la finca.

Al parecer, tenía ese don de retención; para saberse callar, cuándo una persona ve algo fuera de lo normal. Y era, que en un balance de un día, pasé una partida de la quosería a la productividad de la siembra, que teníamos, para que sirviese como pienso al ganado extensivo. Pues había crecido muchas amapolas y correhuela entre la siembra: Se debía curar aquella siembre de inmediato, costando lo suyo el producto que se había echado en ella.

Y si eso no fuese bastante, un día vi llegar a un grupo de ovejas como mareadas de la falda la sierra: No sabiendo yo las causas de ese fenómeno producido en ellas. Hasta que tomé el valor de ir, como pastor, con las ovejas a la falda de la sierra; viendo comer madroños al ganado, con todo su interés en ello. Como a las ovejas, sí se las podía desviar de su camino de todos los días; aconsejé a los pastores, que se fuesen por otra parte de aquella sierra con las ovejas, para que no comiesen madroños.

En cuanto a la semilla de siembra, había pensado comprársela a otro distribuidor de semillas y piensos, más acorde a mis posibilidades económicas. Habiendo sido tratada esa semilla, para que no creciese tantas amapolas entre la siembra.

Estando en estos menesteres, pude conocer a un matrimonio; que había venido al pueblo, con su hijos, ya un tanto mayores, para trabajar como agricultor en aquellas fincas de cultivos. Y según, me dijo él; había alquilado parte de la finca al señor que había comprado aquella finca.

Antes de hablar nada con respecto a ese alquiler que se había hecho de la finca aquella; me hice el enconradizo con el señor que había comprado la finca, para enterarme muy bien de los hechos.

SEÑOR -. Quiero parcelar mi finca, para aquellos señores que tengan espíritu de agricultor por parcelas; ya que toda la finca, no hay nadie que la pueda alquilar o por lo menos pagar ese alquiler todos los años.

Qué verdad tenía aquel señor de la finca; pues el alquiler de toda la finca presuponía un dinero, no al alcance de cualquiera: Según se estaban vendiendo sus productos de la misma finca. Así, conservaba la finca en perfecto estado de productibilidad. A parte, sacando un dinerito, los agricultores que cultivasen en esa finca, para el buen desarrollo de su casa y sus hijos. Atrayendo a numerosos agricultores las fincas que había en esos pueblos. Comenzando a tener su peso en la sociedad los pueblos, al igual que las grandes urbes, que hay desimánada en la piel de toro.

Por fin: Por fin llegaron los análisis de la señora Sinforosa; siendo una pequeña obstrucción en el colón, por parte de una inflamación y llagas, úlceras, hechas en esa parte del intestinos grueso: Produciendo fiebre y dolor en ese órgano del cuerpo. Teniendo mala cura aquella inflamación y aquellas úlceras; solamente se aliviaba el dolor con un tratamiento de comida, mandado por el nutricionista a su paciente. Según entendí yo.

El florecimiento de la agricultura en aquellas fincas, se vio rápidamente; pues llegaron colonos de todas las partes de la Nación, para asentarse: Ya fuese como alquiler de las fincas, como productor principal de ellas. Viéndose de momento, una cantidad de circulación de monedas en todos aquellos pueblos; a la espera, de ver también la circulación de billetes de curso legal del Banco de España. Siendo la causa de no ver esos billetes momentáneamente; la siembra y sobre todo la implantación de árboles frutales, como de otros productos agrícolas, sembrados en la fincas como planta nueva. Y es que esos árboles no echan los frutos al igual que se crían los hongos, de generación espontánea; tiene que haber un tiempo para que esos árboles produzcan sus frutos.

No tardando verse, de vez en cuando, esos ansiados billetes del banco: cuándo la tierra se hizo a esas siembras y los árboles frutales crecieron dando su fruto. Un emporio de riqueza se estaba formando al rededor de aquellas fincas: Antaño dejadas por la mano de obra, al no dar resultados económicos algunos, para el que la cultivaba. Ahora había más demanda de aquellos productos que se obtenían en esas fincas; valiendo más sus cosechas.

En cuanto al señor Cándido le vino la cordura a través de los recuerdos

encerrados en su cerebro; al saber hacer las cosas por esos mismos recuerdos. La enfermedad de la señora Sinforosa se estaba paliando por un régimen de comidas impuestas por el doctor, el naturalista de turno.

Hasta un colono de esas fincas abrió un bar donde se podía comer por muy poco dinero; sobre todo, garbanzo, judías, lentejas, asadillo, estofado y un sin fin de comidas múltiples según las personas de a pie. Terminando ese bar con los táper y las fiambreras.

Ese bar podía dar la comida a precio módico; tan módico, que algunas de ellas no llegaban a los tres euros el plato: Ya que el señor que regía aquel bar, era agricultor - ganadero; teniendo arcones donde guardar la carne del ganado matado en el mismo día, bajo vigilancia del señor veterinario, así como frigoríficos muy fuertes. Ese mismo señor, había regido un bar restaurante en su mismo pueblo; llevándose los alcones para conservar la carne y los grandes frigoríficos que tenía para conservar los alimentos; ya que al entrar en el bar, causaba un impacto impresionante, ver tantas cámaras como para guardar en ellas todas clases de comidas. Siendo la salvación de todos los colonos de aquellas tierras de secano y regadío; gracias a unos grandes pozos que se habían hecho con maquinarias.

Se veía, que ellos mismos estaban saliendo a la sociedad con un buen predicado: El saberse administrar. Y afirmando que estaban organizando una buena economía para su casa; al indagar y al trabajar con tanto esfuerzo en las tierras.

Hasta mi mujer blanca y yo, íbamos para merendar en aquel restaurante más de una vez; ya que la comida era exquisita: Al nivel del estómago de los colonos. Viéndose con el tiempo personas del barrio nuevo y hasta del mismo pueblo; siendo comensales asiduos de ese restaurante.

Y como no hay dos sin tres, un bar de copas y de alterne se abrió cerca del restaurante y del desvío que hacia una carretera, que llegaba a las primeras casas del barrio nuevo. Llegando más tarde hasta allí, una línea de autobús, desde el barrio nuevo. Ya que las casas que hacían eso colonos, estaban bien adornadas y confortables: Reuniendo alrededor del restaurante más de cuarenta casas. Proveyendo que al poco tiempo, existiesen más casa en esa pedanía del pueblo. Eligiéndose como concejal al señor que llevaba el restaurante. Siendo el enlace entre la pedanía y el Excelentísimo Ayuntamiento del pueblo.

El bum y la expansión hacia los pueblos, se estaba viendo llegar; ya que la economía estaba más clareada en los pueblos. El trabajo abundaba, siempre que se quisieras trabajar; sobre todo, en el campo, sin ninguna clase de escrúpulos, ni ataduras algunas, que te dijese algo así como: Que eras una persona al mando de un propietario. ¡Qué importa eso!, siempre que se gane dinero.

Con la tripa llena y el semblante alegre, nos íbamos Blanca y yo a casa; cada vez que comíamos en ese restaurante de aquella pedanía del pueblo: Rodeados de personas buenísimas, con buen corazón y mejores deseos. Nobles como esas personas colonas que yo conocía, no he visto yo en mi vida.

Entre medio de todo esto, el señor Cándido había editado un libro; siendo llamado a Roma para que explicase alguna palabra o giro que en el libro había hecho; Llevándose consigo a la señora Ceferina, diciendo, que a donde él iba, iba también su mujer con él.

Pareciendo, que la explicación de aquel libro se alargaba demasiado; pues hacía ya tres meses que marchó el señor Cándido a Roma y todavía no había vuelto de esa bonita y gran ciudad. Preguntando en la nunciatura apostólica en Madrid por él: Teniendo que esperar algunos días, para que se sepa la contestación desde Roma. Siendo que el señor Cándido, tenía que preparar su discurso, que daría en Roma.

Saliendo hasta en los periódicos su discurso, como hombre especializado en esos temas, tan difíciles para los mortales: Como es la Teología.

Constatamos con el señor Cándido, Blanca y yo; al ver que no volvía a la majada aquel señor, para saber su situación en Roma. Quedándonos conforme con su explicación. Se había quedado allí, preparando mejor su libro; así se entendería bien por todas las personas ajenas a esa ciencia.

Cuál fue nuestra sorpresa, cuándo un día vimos salir por televisión al señor Cándido explicando su libro a los señores y señoras espectadores de aquel canal de televisión.

SAMUEL -. Blanca; corre para que veas a tu papá en la televisión.

Echando una carrerita Blanca, llegó al salón de la casa; viendo en la televisión a su papá, explicando el libro que había publicado, hacía ya medio año.

A Blanca, se la ponían los ojos vidriosos, como queriendo llorar; y claro que lo hizo, cuándo vio tantos aplausos, como tenía su papá cuándo terminó su explicación de su libro.

Yo me fui hacia ella, para abrazarla y así poder paliar su estado emocional, como estaba sumida Blanca en aquella ocasión.

Recordando aquellos momentos de excitación anímica, por parte de Blanca, al siguiente día en el desayuno. Para calmarse los ánimos exaltados por ver salir a su papá en la televisión; al hablarla yo de aquel hecho trascendente para el señor Cándido. Pero que al igual que él; habían existidos otras personas, que se habían ganado su mérito en unos minutos en la televisión. Notándola yo a Blanca, que bajaba la cabeza, como afirmando lo que yo estaba diciendo, sin palabra alguna.

La vida continuó entre nosotros, Blanca y yo, como siempre; hasta que una mañana encontramos en el buzón de la casa, una carta, escrita por un propietario de unas de esas fincas que corona el perímetro de aquella región provincial.

Un señor de aquel mismo pueblo, donde nosotros vivíamos: Nos vendía su finca, a través del notario, por un precio módico; ya que nosotros éramos sus medianeros; correspondiéndonos a nosotros la primera oferta que él había hecho por su finca.

Llamando al señor manijero de nuestra finca, para que fuese a ver en qué condiciones estaba la finca que nos ofrecía su dueño. Diciéndonos este, que era una finca insuperable; pero ya que era nuestro deseo de que fuese él, personalmente, para ver en qué estado se encontraba esa finca, iría de inmediato a ese terreno. El señor manijero de mi finca, llegó diciéndome, que estaba en perfecto estado de conservación aquella finca, que se nos ofrecía a Blanca y a mí en venta.

Nos faltó tiempo a Blanca y a mí, para comprobarlo personalmente, el estado en que se encontraba aquella finca; viendo la veracidad de las palabras de nuestro manijero.

BLANCA -. Hoy mismo, no esperes a mañana.

No sabía yo qué me quería decir Blanca con aquella simulación tan pobre en explicación, por eso la pregunté yo por lo que me quería decir con aquellas

pocas palabras.

SAMUEL -. ¿Qué quieres decir?, Blanca.

BLANCA -. Que te des prisa para pedir hoy mismo un préstamo con carácter urgente.

SAMUEL -. ¡AH!; pero hay urgencia en los préstamos.

BLANCA -. Tú, pídelo.

Me hizo ir Blanca a la sucursal bancaria; más que corriendo, volando. Y aquella misma mañana formalicé un préstamo a mi nombre.

Para ir al despacho del notario, dándole un adelanto por la compra - venta de aquella finca al dueño de la misma. Y como nobleza obliga; sin ser un adelanto en arras.

La aparcería estaba siendo prioritaria en aquella finca, cuándo terminásemos de comprarla; pero esta vez, serían las parcelas mayores que en la otra finca, para que se quedasen allí, también, sus hijos, el día de mañana. Y al ver eso, los colonos antiguos, formalizaron contrato en mi finca algunos de ellos.

En cuanto a la pedanía iban aumentando las casas en construcción; teniendo que ser asistidos todos ellos en sus necesidades religiosas. Venerando la imagen de la Virgen del Carmen; siendo esa fecha el día de la feria, en la pedanía. Eligiéndose esa Virgen al azar, sin privilegio alguno.

BLANCA -. ¡Qué lástima!

SAMUEL -. ¡Perdón!. ¿Qué me quieres decir?, Blanca.

BLANCA -. Que no esté esa pedanía, dentro de nuestra finca.

SAMUEL -. Eso ha sido una gracia. No te quejes de ello.

La expliqué a Blanca los pros y los contras que tiene una finca, cuándo se forma un núcleo rural dentro de ella: Viendo Blanca más contras que pros en esa formación rural dentro de una finca; para el dueño de la misma.

Lo primero que se nos presentase: La inclusión financiera de pequeños agricultores rurales, más bien la inclusión financiera. ¡AHÍ!, no es nada. Teniendo que tener un grupo administrativo y contable a la vez. . .Un

verdadero laberinto para nosotros dos, Blanca y yo.

Todo quedó en eso, en agua de borrajas para nosotros dos, para Blanca y para mí; olvidándose mi mujer, muy pronto de ese fenómeno social formado al amparo de la finca.

La inauguración de la Iglesia se hizo en el día de la Virgen del Carmen, el dieciséis de julio de ese mismo año. Allí asistieron toda clase de personalidades; viendo la repercusión social que iba a tener aquella pedanía: Un revulsivo a la pequeña economía en el ambiente rural. Siendo ese cambio importante y favorable para los asuntos del campo, como agua llovida del Cielo.

El viernes recibimos mensaje de Ernesto para que cenásemos en su casa todos los amigos; pues era deseo de su mujer Sinforosa. Y allí que nos fuimos todos los amigos; teniendo o no mala a su mujer. Unos con el Alma en vilo y otros con el Espíritu acoplado a tales sentimientos de ver a su alrededor enfermas a las personas.

Pero con todo y eso, no dejó ser una fiesta por todo lo alto; empezando por los entremeses y terminando por una ensalada de mariscos enorme. Al final tomamos el café con una copa, que nos supo a poco.

Entre medio de la cena hubo sus chascarrillos por todos los comensales: Uno contaba una cosa, en forma de hacer gracia y otro contaba otra cosa, como si fuese un chiste. Allí no había nadie, que no contase algo para que los demás se rieran con su espontaneidad emocional, como teníamos todos nosotros; en aquella hora, sabiendo que algún día nos veríamos sin alguno de nosotros.

El que más chistes dijo, fue Jacinto; siendo todos ellos de personas trabajadoras en el campo; haciendo alarde de su trabajo: Viendo yo, que a Jacinto le estaba gustando su trabajo y la manera de hacerlo.

Al parecer no se quería ir nadie, aquella noche, de la casa de Ernesto; como si esa noche fuese la última noche que nos veíamos todos juntos. Sintiendo yo un agobio en mi cuerpo, que me comenzó a entrar pánico; poniéndome muy serio.

Y en un momento determinado, cuándo me quise dar cuenta; me estaban mirando todos los amigos, para saber algo de ese sufrimiento, que yo tenía dentro de mí: Pues infundía un carácter de agobio bien definido, por algo que

yo estaba pensando, en ese momento.

El broche de oro a la fiesta lo dio, una vez más Jacinto: Que arrancándose por bulerías, cantó una canción muy alegre, para como estaba el ambiente en aquella noche. Siendo cosa curiosa: Pues él mismo tenía a su mujer, Asunción, mala.

Al salir de la casa de Ernesto, así como a las dos de la madrugada, y al despedirnos, comenzamos andar para buscar nuestro coche, Blanca y yo. Viendo en mi mujer, un atisbo de no estar muy conforme conmigo mismo; cosa que me demostró, nada más que montamos en el coche.

BLANCA -. No has podido guardarte para sí tus sospechas.

SAMUEL -. No te entiendo, Blanca.

BLANCA -. Que has demostrado, según la cara que ponías, tus indecisiones; en cuanto a la enfermedad de las dos amigas: Más de Sinforosa.

SAMUEL -. ¿No me digas?

BLANCA -. Sí te digo.

Me salieron los colores a la cara, por aquello que me dijo Blanca; de que yo no había sabido guardar mi sospecha, en cuanto a la enfermedad de Sinforosa y de Asunción. Aunque esta última, estaba ya bastante mejor.

Aquella tarde me fui a la viña, viendo allí al manijero con un operario despuntando los sarmientos para dar más fuerzas a la uva y quitando las hojas que cubrían los gajos para que la diese el Sol a la uva; porque si no se producía el oídio.

MANIJERO -. No se arrime usted, Samuel, a la cepa que tiene cerca.

SAMUEL -. Dígame, ¿por qué?

MANIJERO -. Hay un nido de codorniz con siete huevos. La madre los aborrece si los toca usted.

Desde lejos pude ver el nido, que una codorniz había hecho en los bajos del trono de una cepa; bien camuflado por la hierba que había alrededor de aquella cepa.

Siendo precioso el nido: Con siete huevos pintones cada uno; característicos de las codornices. Pero como estaba a corta distancia, me tuve que echar para atrás; así no tocaría el nido, pues le aborrecería la madre de inmediato.

Se veía una buena cosecha de uva aquel año; teniendo que ampliar la bodega para poner más conos en aquella parte. Aunque en realidad, se estaban dando unos recipientes enormes metálicos, que tenían hasta medida de la temperatura. Eran diferentes a los conos de cerámica, que para medir la temperatura, teníamos que meter un termómetro, acondicionado para ello; así como para que el vino saliese más o menos dulce, no se tenía que mecer mucho. Pero si se quería que el vino saliese retamo so, duro, había que mecerlo mucho con una torta de corcho al final, prendido en un palo grande. Probando las primeras heces que quedaban cerca la boca del cono; pues si estaban ácidas se quitaba la primera capa que había en la boca del cono, hasta encontrar heces más dulces.

Esa técnica está implantada hasta nuestros días; pues los pequeños cosecheros, ven más viable tener esos conos que los recipientes nuevos de metal, que son mayores.

Me fui a casa a horas avanzadas del día; llegando a mi hogar a la hora de cenar; para después sentarme, con mi mujer y mi niño: Viendo una película de dibujos animados, con un buen guión en su diálogo. ¡Eso había!; no había otra cosa en mi casa, más que ver dibujos animados, para que el niño se divirtiese.

Y aunque era ya, mayorcito; seguía viendo dibujos animados y más dibujos: Así como jugar a los juegos de guerrillas, destruyendo todo lo que se ve al paso del guerrero armado, por medio del ariete.

Nuestra pequeña alegría, era que estaba sacando curso tras curso gracias a los doctores que le trataban, con medicamentos, para sujetarles su hiperactividad.

Como mi niño tendía a ocultarse en su habitación, yo le llevaba al fútbol, para que estuviese entre la sociedad; aclararán dome un doctor, que era mejor no saliese mucho de casa.

Yo le sacaba a mi niño, cada vez que podía hacerlo: Ya fuese al parque, para que jugase con los demás niños o para ver una película en una sala 4DX, con

movimientos los asientos y con olores de la acción que se ejecuta en ese mismo momento. Para ello, me le llevaba a la capital de la provincia, de vez en cuando.

Observando que el niño, llegaba a casa cada vez más alegre y como más concentrado en lo que se le hablaba; pues la pastilla la tenía que tomar, con menos asiduidad.

Recibimos noticias por parte del señor Cándido, que llegaría un par de días el fin de semana siguiente. Y allí que estaba el señor Cándido y la señora Sinforosa en esos días tan maravilloso para nosotros dos, Blanca y yo. Sobre todo, para Blanca, que tenía en casa a sus padres.

Eso creía yo; pues Blanca tuvo que llevar a la Capital de la Nación, a Madrid, al señor Cándido con motivo de presentar delante de personas entendidas en la materia su corrección del libro. Llegando a casa unas horas antes de tomar el vuelo, que los llevase, una vez más, a Roma.

Solamente durmió el señor Cándido en casa; ya que vino a buscar a su mujer Ceferina, para llevarla consigo mismo. Quedándonos solos, Blanca y yo, en espera de que sus papás viniesen con menos prisa; para disfrutar de ellos.

La vida no era tan monótona como yo me había imaginado, en los pueblos; ya que a un hecho de un día, se unía otro al siguiente día: No dejándonos descansar ni un solo momento.

Aquel día amaneció un poco nublado, por ser ya el preludio del otoño; donde los árboles desechan sus hojas, quedándose las ramas sin ellas. Al principio con un color pálido amarillento, esas hojas; para caer, por falta de la hormona auxina al suelo.

Cosa curiosa. Yo no me encontraba seguro para nada en aquel día, en el que lucía muy poco el Sol; ofuscando a la mente humana todo su intelecto y la manera de pensar. Algo me decía, que no me fiase de gentes desconocida. . .Y de verdad, que yo no me cruzaba con ninguna persona desconocida para mí, en ese día. Ya estaba oscureciendo el día; echando ese manto por encima de las casas, como oscuro y poco agradable, para que la persona no viese nada o no viese mucho por sí sola: cuándo yo me dirigía a mi casa, se me acercó una persona conocida por mí; por haberle asistido yo en el banco.

SEÑOR -. ¡OH!; señor Samuel. Qué bien que le he visto.

SAMUEL -. Y, ¿eso?

SEÑOR -. Tengo a mi madre mala y necesita medicamentos rápidamente.

SAMUEL -. Todavía están las farmacias abiertas. Vaya usted rápido para que le expidan el medicamento necesario para su mamá.

SEÑOR -. Me falta el dinero para comprarlo.

SAMUEL -. Acérquese al cajero del Banco.

SEÑOR -. ¿Qué le he hecho yo?, señor Samuel. Yo no le he hecho nada.

Y retirándose un poco de mi lado, hacía gestos aquel señor, como para llorar; repitiendo, una y otra vez, que tenía mala a su madre. Y al verle yo así le pregunté por el ticket de la farmacia.

SAMUEL -. ¿Cuánto dinero presupone ese medicamento?, señor.

SEÑOR-. Seiscientos euros, señor Samuel.

Sacando yo la carrea se los di sin titubear, acordándome yo de mi mamá; ya que la tenía en el pueblo de origen de ella: No viéndola yo en mucho tiempo.

Aquel señor los cogió, los seiscientos euros, con un ansia insuperable de su Alma, para salir a paso ligero hacia una farmacia.

Quedándome yo, conforme consigo mismo; al hacer esa obra de caridad con una persona necesitada para que se la ayude.

Al mirar para atrás, vi a otra Perona; que, a mi simple parecer, estaba siguiéndome: Así que apreté yo, también, el paso pasando por un bar y viendo dentro al señor que me había sacado los seiscientos euros, tomándose una copa. Acercándose a mí, cada vez más, el señor que yo cría me estaba siguiendo.

SEÑOR -. Usted perdone señor. Ese hombre no tiene madre; lo único que tiene es alcoholismo.

Y dándose media vuelta aquel buen señor, se marchó por donde había llegado: Perdiéndole yo rápidamente de vista.

Como al siguiente día no tenía nada que hacer, me di una vuelta por la cava para ver si esa nave necesitaba también ampliación, como estábamos haciendo con la bodega. Ya que en la cava había almacenado más vino que se podía, así como más cubas en ella.

La cava estaba situada en un sótano, al amparo de la temperatura; ya que en esos lugares remotos había unos grados más que en otros pueblos. Y al intentar bajar las escaleras, pisé algo redondo, cayéndome desde el segundo escalón al suelo. Recordando que el día anterior, había estado el niño con la mamá en ese sitio tan ameno, para todos nosotros; pues de allí era donde se sacaba la esencia madre para otras cubas, poniéndolas a su venta.

No me podía mover del sitio donde caí; pero haciendo un esfuerzo me cogí a la base de una cuba, levantándome del suelo, por mí mismo. Notando una ligera mejoría en mis movimientos; que no con mis dolores en la rabadilla. Pues me pareció, al caer al suelo, que me había abierto en canal de la sensación que me dio y el dolor que recibí.

Busqué la pelota del niño, no encontrándola por parte alguna de aquel recinto, un tanto enorme; para guardar y conservar el vino algunos años de más.

Se acercaban las navidades y las fiestas de año nuevo; teniendo una cena por parte del señor propietario de las fincas, o sea yo. Y como son algunas personas: Pues habían llegado en autobús a la pedanía, más de tres personas; sabiendo que el autobús no funciona más de las diez de la noche por aquellos lugares. Busqué al manijero de la finca, no encontrándolo en el lugar de la cena: No había llegado todavía. Eso me vino como de perilla; ya que llamé, por el móvil al señor manijero, para que se trajese el autobús que teníamos para los operarios de la finca. Dándome la idea de usar el autobús los años sucesivos.

La cena de fin de año, se celebró en el bar que hay en la pedanía; comiendo todos a dos carrillos, como se suele decir, cuándo la comida es copiosa. Alegrándose mucho los invitados a la cena, al ver entrar en el establecimiento de comidas a una banda de músicos, para animar la fiesta.

Desde luego, al final de la cena hubo baile por todo lo alto; ya que esos músicos sabían tocar todas clases de piezas en la música que los pidiesen los señores que asistían a la fiesta.

Terminando, al final de la madrugada, todo el autobús lleno de pasajeros. Y eso lo sé yo; porque era uno de los pasajeros, que tenía que llevar el chofer a su casa. No poniendo buena cara mi mujer Blanca, por tener que ir con los empleados de la finca; hasta su casa.

Y hasta su casa la llevó el chofer del autobús a Blanca; pues si no me zarandea un poco, no despierto del limbo donde yo me encontraba sumido aquella noche.

Claro que entré en casa. . .Ayudado por Blanca, que me estaba agarrando de un brazo y hasta de la cintura, para que me pudiese estar erguido en plena calle. ¡Jesús, María y José!; lo que se me vino encima, una vez que entré en casa.

BLANCA -. Que vergüenza, hijo; pero, ¡qué vergüenza!. . . Que bochorno he pasado contigo a cuesta. . . ¿Pero tú te has dado cuenta cómo venías?

No sabiendo yo qué contestar a mi mujer Blanca; así, que en un efluvio del pensamiento, por parte el cerebro; la llegué a decir algo, que yo más tarde no recordaba. Por no tener mi materia gris en orden, ya que la corteza cerebral del encéfalo no me funcionaba, en ese preciso momento.

SAMUEL -. He llegado todo recto por la calle.

BLANCA -. Sí, hijo; sí. No te caías.

Cómo me iba a caer, si yo venía perfectamente por la calle; por lo menos, eso creía yo. Estando atento para oír a Blanca y saber qué decía ella.

Pero Blanca se dio media vuelta, entrándose en su alcoba, oyendo yo que echó la llave tras de sí; no pudiendo entrar yo, por más que lo intentaba. Durmiendo aquella noche en el sofá del salón de la casa.

Cuándo Blanca se levantó, yo ya tenía el almuerzo preparado para los dos; llevándole el suyo a la cama, para que no se tuviese que molestar en hacerlo. Pedí permiso para entrar en la alcoba y cuándo lo hice la di un beso de amor, todo él con sumo amor por mi parte.

Una vez que Blanca se había levantado, me trataba como siempre: Hasta hubo un tiempo, en el que me pidió perdón por obligarme a dormir en el sofá aquella misma noche de desatino, al verme como estaba yo. Y aquí paz y aquí gloria.

Yo me fui al banco y Blanca al colegio donde ella ejercía como psicóloga por la mañana; pensando yo, que mi mujer Blanca me quería: Aunque tuviese esos impulsos de momentos, pero luego los olvidaba. Eso era cariño y no otra cosa.

Y para deshacer entuerto, Blanca me habló de ir a cenar a un buen restaurante, de aquel bello pueblo. Así lo hicimos; como dos tortolitos, que arrullándose se daban los beneplácitos, llamando al cariño.

Se la veía a Blanca, con esa parte de culpabilidad; por no haberse sabido retener, la noche anterior, por mi falta de respeto hacia ella: Al entrar en casa, con esa nube de étlico bien cargada de conceptos, no peyorativos; como para saberse persona alguna.

Pero ese sistema despectivo, como se la produjo a Blanca en ese momento de des agobio entre ella; fue suplido por el cariño que me dio al día siguiente. Cuándo, en sí, se había terminado el problema que tuvo la noche anterior conmigo.

Cuando todo parecía que se había terminado; surgió otro problema adicional para nuestra pequeña contabilidad personal. Al parecer yo no había hecho frente al pago, del iba, de unas ventas de zalea, a un comprador de otro pueblo. Comprándome todas las zaleas, lana, ese señor, vendiéndoselas a un comerciante. Siendo, que ese señor estaba dado de alta en esos menesteres; no abordándome ese problema durante la compra.

Como la lana estaba a veinte céntimos el kilo y yo le había vendido tres mil kilos de lana, salía una cantidad de seiscientos euros: Lo bastante para que esos seiscientos euros, se trasformasen; después de la multa, apremio y gravamen según intereses, en un buen pellizco de capital, para el fisco. Multiplicando esos seiscientos euros; primero por diez, lo que salía por veinte, terminando con el valor de dinero de ese año, para formarse en una cantidad bastante considerable. Ya que ese año, el valor del dinero, según el Banco de España, estaba a cuatro con veinticinco por ciento.

Eso me sirvió de experiencia personal; para no volver a caer en el mismo problema otros años: Preguntaría antes por la situación del sujeto pasivo.

Tuve que parar las obras de la cava durante unos meses; hasta que vendiésemos otros productos obtenidos en la majada. Me ayudó mucho, que

en los contratos de aparcerías, tenía un punto dedicado a la carestía de la vida, IPC: Subiéndolos a los colones, cada año, dicha carestía. Lo que se gastaba en la cesta de la compra.

Años más tarde fallé, una vez más; no dando parte al fisco de toda la cosecha que había cogido ese año; restándome el fisco la parte proporcional que había tributado por la que no había tributado, multiplicándola por quince por ciento. Pero como el rodar de la vida hace Ley, fallé una vez más, deduciéndome el fisco el 50 por ciento de lo que yo había pagado: Pues si la multa era de dos mil euros, se quedaba en mil euros. Según Ley y según año.

Esto quiere decirse, que se cumpla con la Ley Tributaria y fiscal; quedando cubierto de sospecha el labrador o el ganadero, en su actividad. Con diferencia de multa que es por Ley, mientras sanción no hace falta legislación alguna.

Por supuesto, la ampliación de la cava se terminó felizmente; formando un conjunto armonioso y bello en todo su concepto, que sirviese para el mosto más apreciado de aquellos tiempos. Teniendo las botellas de vino bien alineadas, en su estantería y las barricas de vino, bien apiñadas, dejando pasillos enormes para que se pudiese trabajar en ese espacio cerrado y oloroso en tanino original.

Bien satisfecho me fui a casa, esa misma tarde: Dando un beso de amor y sentimiento a mi mujer, Blanca, que se encontraba dirigiendo al persona doméstico en sus quehaceres cotidianos.

BLANCA -. Y eso.

SAMUEL -. Me siento feliz, por haber terminado la ampliación de la cava.

BLANCA -. Como me imagino: ¿Habrá quedado preciosa?, la cava.

SAMUEL -. Tú no te lo imaginas.

BLANCA -. Tengo que ir para visitar la cava mañana: No espero a pasado mañana.

Así se expresaba Blanca, con todo el sentimiento humano, como era el que ella tenía. Y al siguiente día, por la tarde, la llevé para que contemplase la obra colosal, que se había hecho de la cava, que había antes.

No digo yo, que corriese Blanca; pero sí digo, que pegaba saltos de alegría mi mujer, al ver esa gran obra, hecha un coloso.

Y como ya estábamos cerca de la quesería, nos allegamos a ella, no sin antes pasar por la lechería, donde guardábamos litros y litros de leche para elaborar los quesos. Allí vimos al marido de la señora Julia trabajando, como si la quesería fuese suya. Hasta el punto de acercarse a nosotros la encargada de la elaboración de los quesos, diciéndonos algo así como: -. Desde que llegó, este señor, para trabajar en la quesería, no ha parado; no sabe hacer otra cosa, más que trabajar. Ha tomado la quesería, como si fuese suya -.

Así se expresaba la señora encargada de la quesería: Cosa que nos agradó mucho, al saber lo rehabilitado que se encontraba el marido de la señora Julia.

Pero no menos re habitado estaba Jacinto en su trabajo; siendo mi voz y mi guía personal de la finca, en la majada.

Teniendo algunos problemas el señor que parceló su finca con los colonos de la misma; ya que al hacerse mayores sus hijos, se iban de casa a otras localidades y algunas muy distantes de donde se encontraban ellos, sus padres.

Aquellas parcelas eran pequeñas, no teniendo suficiente terreno para que las explotasen, también, sus hijos: Y menos mal, que algunos de ellos me habían contratado, a mí, parcelas más mayores que las otras; quedándose en ellas su descendencia.

Hasta que el señor concejal de la pedanía, logró que se hiciese una carretera asfaltada, desde el barrio nuevo a dicho centro rural. Llegando, de nuevo, los hijos de los colonos; asentándose en la pedanía, con casas a su manera de vida; que era la agrícola.

Pero como esos hijos, llegaron para trabajar en la nueva carretera; siendo ese trayecto de vía considerado como una ampliación de la carretera comarcar del barrio nuevo, con más metro de anchura. El problema llegó cuándo se terminó de construir aquella carretera.

Algunos hijos de los colonos que tenía la finca; habían construido sus casas al estilo agrícola y ganadero: No sabiendo lo que hacer allí, sin trabajo. Hasta que por fin, se estudió la manera de dar trabajo a los jóvenes colonos; siendo

en la misma finca que vivían sus padres.

Se habló con el dueño de la finca; para que pidiese un préstamo para construir unos almacenes, que sirviesen para guardar los productos de la finca, hasta encontrar buenos apostadores, que comprasen esos productos a buen precio.

PROPIETARIO -. Siempre tirando para que gane el Banco.

SAMUEL -. ¡Que no!: Se confunde usted. Se ha elevado petición a la Excelentísima Diputación; para que subvencione un préstamo blando.

Se me quedó mirando aquel señor, con cara de incertidumbre, para abordar, más tarde, una idea que le diese a ese señor motivos en la petición de ese préstamo.

PROPIETARIO -. ¿Eso es verdad?

SAMUEL -. Como el día que nos alumbró. Siendo el préstamo de capitalización a siete años; pudiendo incluir los dos primeros años como carencia de capitalización del préstamo.

No solamente se había hecho la petición oficial, por parte del Excelentísimo Ayuntamiento a la Excelentísima Diputación. También había elevado, oficialmente escrito para que Hacienda, instalase en esos almacenes un centro aduanero; para que sirviese como almacenamiento de los productos de la finca. Estando a favor de los colonos, dicho centro aduanero, pues hasta que no saliese de ese centro los productos, comprados por el mejor postor, no tributaban los colonos por sus productos; estando en condiciones óptimas para sus rentas.

Quedándose los hijos de los colonos de aquella finca, con ellos, sus padres. Pues poco a poco, se fueron ampliando aquellos almacenes con grandes frigoríficos industriales, para la conservación de frutas, hortalizas y un sin fin de productos más del campo; así como la carne del ganado que mataban esos colonos, para su venta.

Yo estaba viendo, que cada año, se estaba ampliando esos almacenes; ya que no solamente se empezó a almacenar todos los productos de aquella finca; sino, que otras fincas comercializaban sus productos a través de esos almacenes: Así como las fincas de los pueblos vecinos.

Empezando a embellecer sus casas, los hijos de los colonos que habían construido su hogar en aquella finca: Quedándose allí como peones asalariados.

Estando siendo precioso, ver tanto coche aparcado al rededor de esos almacenes; como así tanto almacén construido en esos años.

La pedanía estaba dando voces, para que fuese elevada a villa, según se dice. Pues ya estaba tardando no nombrarla villa oficialmente. Hasta se abrió una tienda de comestibles, llegando los furgones a esa tienda, en vez de vender sus productos, calle por calle, casa por casa. Teniendo horario propio de apertura y cierre esa tienda.

Y como la imaginación es mucha, un joven colono; habilitó el corral, según llamaban ellos al patio, para que se pudiese celebrar allí mismo los banquetes de bodas, comuniones y bautizos.

Abriéndose un pequeño comercio de repuestos para la maquinaria agrícola, como también venta de abonos y productos fitosanitarios, para la cura de esos mismos productos. En cuanto a los repuestos de maquinaria agrícola; si no lo tenía esa tienda, en almacén, lo pedía y al siguiente día se lo traía un camión, que se encargaba de distribuir a las tiendas esos mismos productos de maquinarias agrícolas.

Lo único que faltaba era un taller. Y como yo había oído decir a un joven, que trabajaba en un taller en el pueblo, que quería abrir un taller propio: Le sugerí la idea de ser mejor tiempo propicio para abrir el taller en la pedanía.

No sabiendo yo qué le diría o cómo le hablaría al chico, que al siguiente mes estaba abriendo el taller en la pedanía.

Se vio, que se quiso hacer bien todo y así había salido: Lo mejor que se pudo, no viendo yo un trabajo tan bien hecho, que la dirección de esos valores agrícolas, como eran las industrias empleadas en su almacenamiento.

Quedando yo al margen de todo eso; pues mi acometida era otra: El llevar al Banco hasta la cúpula en su contabilidad anual. Siendo los resultados bancarios excelentes. Llevándome bien con todas las personas de aquel pueblo; pues era amable y condescendiente con ellas, en las medidas que pudiese.

El Excelentísimo Ayuntamiento del pueblo, había hecho llegar una línea de autobús hasta la majada y aún traspasaba hacia la bodega y la cava, que era lo último que había, en aquella industria alimenticia. Quitando a los peones de: Frío, lluvia, calor e hielo en su debido tiempo. Usando yo el autobús asiduamente, para no tener que ir dependiendo de la carretera todo el tiempo, en mi coche.

Aumentando las visitas a la majada cada vez más; pues las personas iban para adquirir los productos que se daban en la finca: Quesos, vinos, aceite y un sin fin de productos agrícolas, más bien huertanos y de árboles frutales. Obteniendo esos productos a menor precio, que si los comprasen en una tienda. Tanto era así, que un día no cogía más personas en el autobús, teniéndome que quedar yo a la espera del siguiente autobús; siendo ya horas avanzadas de la tarde.

Hasta el punto de dudar, si esa finca fuese nuestra, de mi familia; al ver tanto tránsito por la finca y tanta ida y venida en ella, que a mi simple opinión: Yo estaba perdiendo la capacidad de ser el dueño de la finca.

Y no digamos nada, los fines de semana: Pues a las personas las gustan ver ese terreno lleno, todo él, de árboles frutales, de siembra, de ganado, de cepas, de contenedores para almacenar la leche, de ver la elaboración de los quesos y la almazara. A parte, que cuándo se cansaban se entraban en el bar-restaurante que había en la otra finca de al lado de la mía, ya en el otro pueblo distante a cinco kilómetros del mío.

Parecía que redoblaba el tambor por todo lo alto, durante todos los días del año; llamando a las personas a colación para la merienda. Y no tan ligera era la comida, que algunas personas pedían en esa hora del buen yantar. Que aunque no eran tributos para nadie, eran buenos alimentos para la persona que tenía hambre.

Yo seguía oyendo: -. Hemos ganado, al quedarnos en el pueblo -. Siendo esto un reclamo para toda la persona que lo lea o lo oiga. Siempre, que esa persona sea emprendedora; porque si no: No sé a qué va a volver, otra vez al pueblo.

Nadie ayuda a nadie; se las tiene uno que apañar solo: Hasta hacerse su casa, montar un negocio de venta en la finca o en su casa, si eres agricultor, para vender tus productos que cojas en las cosechas.

Pues todo el mundo busca su medio de vida, sea donde sea: Siendo mejor, que ese medio de vida que encuentres, sea en tu pueblo.

Los avatares de la vida te enseñan mucho; máxime, si te dan bofetadas morales, como se las dan a todo el que quiere formar una empresa o un negocio para su sustentación en la vida. Que las personas que conoces, no te echen zancadillas.

Estando en estas divagaciones, yo oía un susurro en mis oídos; no diciéndome mucho, o no diciéndome nada ese susurro. Hasta que al pasar un buen rato, me sorprendió una gran voz, dada por Jacinto, que se había acercado a mí para saludarme.

Cortando todo mi frustrado pensamiento, de no pensar en nada o no estabilizarme en ningún tema actual de los hechos.

SAMUEL -. ¿Dime?, Jacinto.

JACINTO -. Ante todo; buenas tardes, Samuel.

SAMUEL -. ¡Buenas tarde!, Jacinto. . .Pero, ¿qué haces aquí?

JACINTO -. Voy de paso.

SAMUEL -. ¿A dónde?

JACINTO -. Me dirijo, con todo el orgullo del mundo y con toda mi alegría sin par, para trabajar en el campo, como peón agrícola.

SAMUEL -. Tú tienes orgullo por trabajar en el campo. ¿Verdad?, Jacinto.

JACINTO -. ¡Ya digo!; desde que comencé a trabajar en el campo, se me quitaron todas las penas y todos mis sin sabores hacía la sociedad. Me siento otro hombre más alegre y más humano.

SAMUEL -. Mañana hablaremos.

Y era que el día de mañana sería sábado: cuándo salíamos todos los amigos, para estar un par de horas juntas, en una terraza de un bar, tomándonos un refresco.

JACINTO -. Hasta mañana.

Me di cuenta, cuándo ya Jacinto se hubo marchado de mi lado; que no había

preguntado yo por su mujer, Asunción, no teniendo medio para preguntarle por ella: Ya que Jacinto estaba a una distancia considerable de donde yo me encontraba.

Qué verdad es el dicho ese de: El hombre propone y Dios dispone. Pues ese mismo día por la tarde, se había echado en la piscina bastante cloro, como para inutilizar a una vaca. No diciendo yo, que se le hubiese inutilizado a mi hijo; pero sí, le tuvimos que llevar a urgencias al hospital, del pueblo.

Quedándole en observación, durante un par de horas a mi niño, de mi Alma; llevándole en coche, por calles remotas: No fuese a ser, que nos viesen los amigos, parándonos de improviso.

Al llegar a casa, mi niño no quería cenar nada; solamente quería ver dibujos animados: Permaneciendo viendo esos dibujos hasta las dos de la madrugada. Al parecer se había asustado mucho, no queriendo irse a la cama por miedo a que le pasase algo malo. Y algo malo nos hubiese pasado a nosotros, si el niño hubiese decidido seguir viendo esos dibujos animados, por la poca fuerza que se nos había quedado a su madre y a mí; al hacer tantos esfuerzos mentales, para que nuestro hijo se pusiera bien del todo.

Como hubo petición para que el autobús llegase hasta la almazara, no costando que ese pequeño tramo que se tenía que asfaltar fuese del Mopu. Del gobierno de la región, o de la Diputación, lo tuve que hacer yo con las ganancias que había obtenido de todos los productos de la finca.

A los dos meses, de ser asfaltado el tramo desde la quesería hasta la almazara; comenzó a llegar el autobús a ese centro de trabajo, quitando a los peones de ir a pie hasta la última parada que tenía el autobús en la finca.

Asaltándome una idea en la cabeza, pero hasta que yo no consultase con el dueño de la finca medianera, no podía decir ni hacer nada. Siendo el construir un tramo de carretera, por cuenta suya; desde el almazara hasta la pedanía. Teniendo a ese grupo de asentamientos de colonos, bien comunicado.

El dueño de la finca medianera, con la mía; se opuso rotundamente a construir un tramo de carretera, ya que como él decía: La pedanía estaba comunicada por un autobús, no necesitando nada más.

Se veía, que aquel señor tenía pocos deseos de que se le comunicase su finca

con la mía; pues sus productos se harían de menos: Al no tenerlos tan preparados como en la majada.

Habiendo tenido varias peticiones, por parte de sus peones en la agricultura, para que se abriese una carretera circular en las dos fincas. A no existir tanto trayecto de una finca a la otra; pudiendo sus colonos trasladar sus productos, ya fuesen en tractores como en camiones, de una finca a la otra, para su venta.

Pero entonces, ya era una dependencia; quitándole algunos beneficios fiscales al dueño de la finca, como él decía. Al ser reconocido como tránsito aquella carretera.

Ya que estaba siendo lo gastado por lo servido. . .Y sigo diciendo, que según él, el dueño de esa finca, tan enorme.

Esa carretera tenía que costar de varios kilómetros a la redonda; dando vida y expansión a todos los productos de las dos fincas. No viéndolo así el dueño de la otra finca colindante con la mía. Y es que ese tramo de carretera, aunque sea un tanto mayor, estaba delineado, según los caminos vecinales de los colonos en arrendamientos: No había más que asfaltar el camino, haciéndole un poco más ancho, según norma que había para hacer una carretera comarcal.

Yo no me arredré, guardé mi idea en un cajón, de mi escritorio esperando mejores tiempos. Pero esos mejores tiempos no llegaban, por parte del dueño de aquella finca. El proyecto y planos estaban hechos por los ingenieros de Obras Públicas. Qué bello sería!. . .?. . . Pero no: No podía ser, hacer lo que yo pensaba en aquellos días de desaliento para mi persona. Y mis pensamientos me decían, que no desfalleciese en el camino; que siguiese con esa idea, sin comunicársela a nadie. Ni siquiera a mi mujer Blanca, la dije lo que yo estaba pensando. Pues terminaría ese problema enseguida.

Con el florecimiento de mi finca estaba siendo un éxito, aunque fuese más pequeña que la del vecino; pero como tenía buena llevanza contable, daba buenos resultados económicos para mis intereses, de hacer o dejar hacer en la finca.

Tanto era así; que un día, cuando estábamos con el niño viendo una película de dibujos animados en un cine de la Capital, me vio Blanca totalmente

pensativo, preguntándome por las causas de ese estado pensativo, como yo tenía en esa hora de recreo para el niño.

Me salí por la tangente, según se dice. Al explicarla que a mí no me pasaba nada; era el cansancio de tanto trabajo, como tenía entre el banco y la finca. No quedando conforme, Blanca, con mi explicación; ya que función el ceño de una manera desigual.

Aquel estado de evadirme de donde yo me encontraba, no podía seguir haciéndolo: Pues, por otra parte, estaba con mi familia y tenía que demostrarlos ser parte interesada en sus alegrías y en sus penas.

Saliendo de aquel cine, como nuevo; siendo otro hombre, en pensamiento y en ánimo: Para llevar a mi familia, con alegría en todo mi cuerpo.

No quise pasar por alto, el no invitar a mi familia para una cena, llegando a nuestro pueblo; en donde te dan un codillo como te sirven un pollo con su guarnición bien cocinado. No siendo ese nuestro caso; pues nosotros no comemos tantos alimentos, para poder quedar bien satisfechos.

Y en un restaurante, donde existía un apartado para que el niño jugase, después de haber comido, nos disponíamos a sentarnos en la mesa que nos asignó el chef del restaurante; cuándo vimos sentados en la mesa de al lado, al señor notario; que otras veces hasta habíamos cenado juntos, en su casa, Blanca y yo.

De momento se levantaron ese matrimonio, ofreciéndonos los asientos vacíos, que había en aquella mesa. Llamando al chef del restaurante, para que nos permitiese cenar con nuestros amigos, en su misma mesa.

Nuestro hijo, al verlos allí, a aquel matrimonio; ya conocido por él, por haberle regalado juguetes, se fue para ellos, dándolos sendos abrazos, que por poco nos hacen llorar, a su madre y a mí. Cortándonos pronto, dichos sentimientos el niño, cuándo empezó hablar con aquel matrimonio.

NIÑO -. ¿Qué juguete, me regaláis?: Tengo que jugar.

Aquel dicho del niño fue esporádico, sin haberlo pensado tan siquiera: Se le notaba al niño, que había sido un acto, sin haberlo recapacitado.

Pero de momento, el señor notario, se levantó de su sitio, pidiendo permiso para salir un momento afuera del restaurante; quedándose con nosotros su

mujer, con mucho agrado, por su parte.

No tardó llegar el señor notario, cargado con un juguete para el niño; pues había ido a comprarlo en un establecimiento, que había cerca del restaurante.

Tanto le gustó al niño el juguete, que no dejaba jugar con él; hasta el punto que no se quería ir del restaurante el niño, al tener una habitación asignada para tales juegos de los pequeños.

Acercándose a él el señor notario, diciéndole: -. Vámonos a mi casa, que allí jugarás con él todo lo que tú quieras -. Y dirigiéndose hacia mí, me invitó a su casa para tomar la copa y el café, en vez de en el restaurante.

Yo consulté con Blanca aquella invitación hecha por el señor notario hacia nosotros, para que fuésemos a su casa para tomar el café y la copa.

SAMUEL -. ¿Qué me dices?

BLANCA -. ¿No es ya tarde?

SAMUEL -. Supongo que será media hora, no más.

Accediendo Blanca a tal invitación, al saber que sería media hora: Así podría jugar el niño con el juguete que le había comprado el señor notario.

Sí, ¡sí!; media hora. Más bien fueron dos horas más; pues comenzaron a sacar de todo esos señores en su casa para que nos sitiásemos, Blanca yo, agasajado del todo.

No pudiendo eludir su hospitalidad tan confortable, como nos tenían hechos ellos, en su casa del pueblo. Hasta el punto de sacarme la señora del notario otro café para mi acomodo en su casa.

El niño jugó todo lo que quiso, no teniendo término alguno para dejar el juguete quieto y resguardado en cualquier rincón de la casa. ¡Qué va!; no, eso para él era hacerle un mal. Tenía que jugar casi media noche con su juguete, según nos dijo.

A las tres de la noche salimos de la casa del señor notario y Blanca, al sentirse en la calle desechó todos los nervios que tenía resguardado en su cuerpo.

BLANCA -. ¿Te parece bonito lo que me has hecho esta noche?

SAMUEL -. Tenía que jugar el niño.

BLANCA -. Se le guarda el juguete al niño y en paz.

SAMUEL -. Eso, no se podía hacer. No nos dejaba el niño; que le retirásemos el juguete.

BLANCA -.Yo no vuelvo a salir contigo a ninguna parte.

Así se expresaba Blanca en plena calle; quedándose los transeúntes mirándonos como de reojo: Al ver cómo se portaba conmigo mi mujer. A voces en plena vía urbana y sin recapacitar, si hacía daño o causaba un mal presentimiento.

Al llegar a casa amplió su repertorio, sin parar de soliviantarme: Hasta el punto que me fui a costar en otra habitación; creyendo mi mujer, Blanca, que estaría en el servicio metido.

¡UF!: cuándo me vio mi mujer en otra habitación acostado: Se fue a la de matrimonio, la nuestra, echando la llave tras de sí. Para decirme algo, a la mañana siguiente, que en realidad me molestó mucho.

BLANCA -. Ves el sofá: Pues en él te tienes que acostar hasta que yo deje recordar esta noche pasada.

No respondí nada a Blanca, para no amamantar el fuego, que ella tenía metido en su cuerpo; al no expresar yo mis sentimientos más personales, con respecto a Blanca.

Cuando volví de mi trabajo en el banco, Blanca no tenía hecha la comida aquel día; viéndosela en ella, que quería salir a un restaurante. Cosa que yo no podía consentir, para no dar "tres cuartos al pregonero"; ya que en ese establecimiento, seguro, pero que muy seguro estaba yo, que Blanca daría la nota allí.

No la llevé a ningún restaurante de aquel pueblo; pero sí la llevé al restaurante de la pedanía: Encontrando en ese sitio a Jacinto y a su mujer, la señora Asunción. Sentándonos con ellos, en la misma mesa. Y así se calmó Blanca, no dando la nota, para que lo oyera ningún colono de aquellas fincas.

Poco a poco, día tras día; fue olvidando mi mujer Blanca, aquella noche ácida para sus intereses amorosos, con respecto a mi persona. Hasta el punto de

ser condescendiente conmigo; dándome un beso, de vez en cuando, en la mejilla.

Para que viese mi mujer Blanca que yo no era receloso, el sábado la saqué a cenar con todos los amigos; que era con los que se sentía más a gusto.

El niño jugó lo mismo o más que el otro día; pues fuimos para cenar al mismo restaurante que estuvimos con el señor notario. Y caso curioso, que hicieron acto de presencia, en aquel restaurante, el señor notario con su mujer.

Nos saludamos cordialmente, presentándoselos yo a mis amigos a ese matrimonio. Y como Jacinto es muy mirado en el sentimiento de las personas; los invitó para que se quedasen en la misma mesa, para cenar aquella noche.

Se arrimó a mí mi mujer Blanca, con no pocos deseos de marcharse de allí; diciéndome, con mucho interés algo que me sorprendió.

BLANCA -. Vámonos a casa, Samuel.

Levantándose, hizo ademán de quererse marchar a casa; alegando: Que se había dejado el cazo puesto en la encimera. Enseguida salió el notario indicándome una cosa; que ya él sabía de antemano.

NOTARIO -. Samuel. El otro día dirigía usted los electrodomésticos de su casa con su móvil.

SAMUEL -. Usted perdone. Era el sistema de riego, que tengo en el jardín.

NOTARIO -. No tengo que perdonarle a usted yo nada.

Y entre cumplidos y otros saludos, por parte de los amigos; llegaron los entremeses de la cena, que no de la comida. Entre que si pincho o no pincho; entre que yo soy de un pueblo bonito, que si el otro es de otro pueblo. Así llegamos a la cena, siendo opípara esa cena: Así, que tuvimos que tomarnos sendas copas en el mismo restaurante, para que nos bajase la cena.

En un tiempo determinado, retiraron del centro las mesas, oyéndose una músicaailable; saliendo todos a la pista para movernos un poco y poder hacer mejor la digestión de tantos manjares como habíamos comido.

Hasta jugamos, en el baile, al juego de cambio de pareja. .Y ¡UF!; cuándo me tocó bailar a mí con la señora del notario. Yo veía a Blanca, que cambiaba su

cara de color. Y no solamente eso, que todos los amigos lo veían también. Saliendo de inmediato Ernesto, pidiéndome la pareja, para bailar con ella.

Al sentarse en su silla Blanca, lo hizo con tanta fuerza y sin fijarse en nada, que rompió una copa al tirarla al suelo. Preludio, para que el señor notario pidiese a su mujer irse a casa; ya que el mucho trabajo le tenía agotado.

Así se rompió una amistad, que podía haber sido preciosa por mi parte, ya que yo no pensaba en nada; más que en salir los sábados para cenar y tomarme una copa.

Pero no solamente fue eso: Que a los amigos, también los afectó; viendo en Blanca ese estado de poco recogimiento, por su parte. Pues al siguiente sábado salieron los amigos sin nosotros dos, Blanca y yo. Pensando, amablemente, que los amigos tendrían que hablar entre ellos: Así me conformaba yo, al pensar banalmente en la estrategia que estaban haciendo los amigos.

Al siguiente día me fui a la majada, con idea de poder hablar con Jacinto; pues ese amigo me podía decir algo, de lo que estaba pasando, entre ellos y nosotros. Encontrando a Jacinto cavando al rededor de los troncos de los olivos; por si caen dos litros de agua de lluvia, que los absorbiesen las raíces aerobias de esos olivos centenarios.

JACINTO -. Mira, Samuel. Las personas queremos que nuestros amigos sean ecuanimes y sin pensar mal, los unos de los otros; Porque entonces se retraen los demás amigos: No presentando esa conformidad que las personas tienen, las unas con las otras.

SAMUEL -. ¿Qué me quieres decir?, con eso.

JACINTO -. Que nos tomamos un tiempo, el sábado; para hablar de vosotros. Os aceptamos, tal y como sois; ya que vosotros, nos aceptáis a nosotros como somos. Los amigos, son siempre los amigos.

Bastante me dijo el amigo Jacinto; comprendiendo yo, que no me quería decir nada más para no afectarme en mis sentimientos. Despidiéndome de él amablemente; para iniciar el camino hacia la bodega y esperar allí al autobús.

Dejé pasar toda la finca de la majada, llegando al nuevo barrio, sin aire alguno en mis pulmones; más bien tenía ganas de llorar. Y lo hice, cuándo

retorcí una esquina, al verme solo, sin nadie a mí alrededor. Resguardándome en un soportal, entre medio de una columna.

Cuándo me calmé; aparcando mis sentimientos a la velocidad del rayo, ya que se acercaba alguien a mí, no consintiendo yo me viese llorando.

Tuve que recapacitar algún tiempo, para saber dónde me encontraba; viendo llegar hacia el centro del pueblo al autobús, por medio de una explanada. Corrí un poco, hasta llegar a la parada del autobús, que me llevó cerca de mi casa.

Estando mí mujer Blanca dentro del hogar familiar, en bata de estar en casa; pues todavía no se había quitado esa bata. Creyendo yo que ese estado de nervios, se la había quitado por completo; pero cuándo la fui a dar un beso, Blanca, lo rehuyó. Evitando que la diese yo el beso de por la tarde.

Lo malo fue, que nos estaba mirando el niño sin pestañear; como queriendo que su madre me dejase darla un beso a mí.

El niño, se nos vino donde nos encontrábamos nosotros dos, sus papás; y cogiéndonos de las manos, nos las juntó, en señal de buena amistad. Entonces fue, cuándo Blanca me presentaba un carrillo, para que yo la diese el beso de recibimiento, en aquella tarde de desaliento para mí: Pues aparte, que yo sabía me quería Blanca, esta se comportaba como si no me quisiera tanto como yo creía.

Nos abrazamos los dos al niño, en un abrazo cordial y sincero; en donde las personas se dicen de todo, con un solo abrazo fraternal.

Y para culminar el broche de buena amistad, como estábamos haciendo, Blanca y yo: Nos fuimos a la cama, después de haber puesto la cena al niño. Saliendo al cabo de un par de horas de nuestra habitación conyugal. Encontrando al niño con unos juguetes, en medio de la alfombra que hay en el salón de casa.

Aquella noche, no sé con quién soñaría el niño; lo que sí sé, con quién soñamos Blanca yo: Con un par de flores blancas, en un ramo de novia hermosa y pura. Estábamos soñando con nuestra boda, al cabo de algún tiempo, que estábamos casados.

Cuándo era ya la hora de salir de mi trabajo; comencé a pensar en Blanca y

en mi niño: Un par de personas buenas, que me hacían la vida feliz del todo. No parándome con nadie en mi trayecto a casa; entrando en mi hogar, como si no lo hubiese hecho desde hacía ya bastante tiempo.

Como un caballo desbocado, me fui hacia Blanca y mi niño: Dando un beso a mi mujer Blanca, para coger más tarde a mi niño en andas y en volandas, por todo el salón de la casa.

Para que quedasen bien conformes abordé la idea de irnos el primer puente que llegase a la Capital de España, Madrid. Aplaudiendo y vitoreando con todas sus fuerzas Blanca y el niño; al saberse ya en el mismo Cielo.

El más interesado era el niño; pues quería que le llevase al retiro, para montar en las barcas, más tarde a la casa de campo, pasando por el Batán. Así podría ver las atracciones que hay en el parque de recreo y poder montar en todas ellas. También le hablé de los museos: El Museo del Prado, que es de pintura el del Ejército, como el de ciencias naturales.

Hasta que por fin, me di cuenta, que solamente teníamos tres días en aquel puente; llegando otro puente en forma de acueducto en poco tiempo. Que era al que podía llevar a mi niño a todo eso que yo le había dicho. Pues si le llevase en el primer puente, no me lo podría traer al niño, por no haber visto lo que yo le había explicado. Aquel día no fui parco en palabras; me pasé bastantes pueblos, como se suele decir, hablándole al niño parte de lo que existe en Madrid.

Y como la persona habla y habla mucho: El sábado se lo comuniqué a los amigos; apuntándose todos ellos, para podernos acompañar a la Capital de España, Madrid. Y como dice el refrán: "De Madrid al Cielo". Allí estábamos todos los amigos visitando monumentos y atracciones; no solo para el niño, pues a nosotros también nos gustaban montar en esas atracciones, Norias, barquillas, el tren eléctrico y un sin fin de diversiones múltiples, que es la envidia de todas las personas, que se acercan a ese lugar tan bello.

De allí nos fuimos al Lago de La Casa de Campo, montándonos en sus barcas para pasar un par de horas agradable, remando y viendo a las personas pasear al rededor de ese bonito y gracioso lago. Para sentarnos más tarde en uno de esos chiringuitos que hay coronando todo el alrededor del lago.

Saliendo de la casa de campo por la puerta del príncipe, observando su

pequeño y bonito palacio, para parar un taxi en la Avenida de Portugal, que nos llevase para ver un partido de fútbol, que se jugaba dentro de una hora.

Cines, de todas las clases, como se da en esa Ciudad tan bella; pasando por Cibeles y al ver a la diosa montada en su carro, no pudo por menos el niño que exclamar; ¿Y si se sale de ahí?: No menos exclamación dio, cuando vio al dios Neptuno con su tridente, para pescar peces.

En los jardines del Palacio Real, corría y saltaba el niño al saber que estaba donde antaño, paseaban los reyes, por esos caminos insuperables, de fuentes y de verdor, como tienen esas vías de recreo para la nobleza.

También le llevamos al niño a un teatro que se había montado para todos los públicos, gustándole mucho sus escenas y coloridos a través de las luces. Quedándome en el tintero casi todo lo bueno que se puede ver en Madrid, por tener que seguir la vida de los protagonistas de esta novela.

Llegando a la fuente de "la Luz", tal y como se alumbró en su día: La fuente de Atocha. Y de ahí, a dos pasos a la estación del Mediodía, la de Atocha. Pues habíamos llegado a Madrid en tren y en tren intentábamos irnos al pueblo; ya que esa estación está casi en el corazón de la capital española. Desde ahí se está equidistante donde la persona quiere ir: Tomando el metro o infinidad de autobuses; marchando para todos los sitios de aquella urbe enorme.

Al día siguiente tuve un escollo bastante considerable; pues el señor de la finca de al lado, no quería hacer frente a los gastos que suponía la coronación de la Virgen que hay en la Iglesia de la pedanía; siendo, ya, ese acto el oficial. Los actos anteriores los hicieron las personas de la pedanía, por ellas solas.

Lo primero que se me vino a la cabeza: Fue el convencer al señor de la finca, que se hiciese cargo de la mitad dineraria, que suponía el acto oficial para coronar a la Virgen de la pedanía: La Virgen del Carmen.

Cerrado: Muy cerrado de cabeza estaba siendo ese señor, para desembolsar la mitad del dinero que hacía falta en aquel acto social, de la coronación de la Virgen del Carmen, en la pedanía.

A mí me extrañaba que no viniese ninguna representación eclesiástica, pidiéndome ayuda, para ese acto de la coronación de la virgen del Carmen.

Siendo, que antes querían nombrar a la pedanía como villa; para que tuviese manejo propio de iniciativas; pidiendo, oficialmente, lo que a esa urbe la hacía falta.

Al domingo siguiente, me llevé mi familia a la pedanía; para que participasen en la misa: Y al salir de la Iglesia, pude hablar con el señor, dueño de aquella finca. Que al verme llegar a él, se echó para atrás como cerrándose en banda, sobre la participación, que se le pedía en el acto de la coronación de la Virgen del Carmen. Y antes que le hablase yo a él; aquel señor, comenzó su verborrea particular: Y eso, por ser creyente, que si no. . .?. . .

PROPIETARIO -. No se canse usted, señor Samuel. No voy a desembolsar ningún dinero: No puedo.

SAMUEL -. Es para decirle, que se suspende el acto de la coronación de la Virgen del Carmen hasta que la pedanía no sea nombrada como villa.

PROPIETARIO-. Entonces, ya hablaremos.

O sea; que aquel señor no podía dar dinero alguno, por estar comprometido con algo que nosotros no sabíamos: Pero si en otro tiempo, estuviese sin cargas dinerarias, tal vez daría algo para ese acto: La coronación de la Virgen del Carmen. Así lo entendí yo.

El tiempo pasaba y allí no se oía nada de elevar a la pedanía como villa: Preguntando al edil, encargado de la pedanía, cómo estaba el nombramiento de villa para aquella pedanía.

EDIL -. Está bastante avanzado el trabajo que se hace, para nombrar a la pedanía, villa. Solamente le puedo decir, a usted, eso.

Por supuesto, que solamente me dijo eso el señor concejal del Excelentísimo Ayuntamiento, de aquel pueblo. Pues dando media vuelta, se alejó de mí: No sin antes saludar a mi mujer, Blanca; haciendo una caricia a mi hijo.

Que no, que sí; aquí no ha pasado nada: Viendo de antemano, como son las cosas en las altas esferas. Van despacio y hasta a veces se archivan en un cajón.

Pues en pocos meses se anunció la propuesta que tenía las altas esferas; el nombramiento de aquella pedanía como villa. No elevando nadie, recurso alguno; para que esa pedanía se elevase a villa.

Echando números, tuve que subir el precio del aceite, así como de los productos huertanos, unos céntimos, según me dictaba el balance general, para mis intereses de la finca: Que no para mis intereses particulares. Sabiendo, que sí me dejaban subir unos céntimos las autoridades.

Eso fue para hacer frente al pago que tendría que desembolsar, para la coronación de la Virgen del Carmen; teniendo ya, el día que llegase ese evento, el dinero suficiente; como para no restar al balance partida a otra partida, como pérdidas, no estando permitido; pues todos los productos no valen lo mismo su cosecha. Pues en ese año eran generalizadas por sequía y por los granizos caídos en las tormentas, así como vientos huracanados.

Teniendo que revisar todos los días el diario y el balance, como el libro mayor; nos fuese a ser, que pusiera en el diario la compra o la venta de unos productos: De un señor a otro, o de una empresa a la otra. Según la declaración de la renta. Y según en el alta que estás dado.

Con todo y eso, tuve un requerimiento, por parte del fisco; al vender por más valor real que el que tenía esos productos; Siendo que yo entendí lo podía hacer, al no contestarme Hacienda: Y es que si Hacienda no contesta en un plazo de tres meses, hay que considerar desestimada tu petición.

Me preparé, para pagar ese glorioso evento de la cuenta bancaria que tenía yo de la finca: Entendiendo que fuese de la parte de los beneficios, que ya eran míos.

Por lo tanto, como se ve, hay que andar con pies de plomo y no ligero; por si te la puedes pegar en cualquier monto: Creyendo que una cosa es otra, según tú lo veas. Nada más se pide eso; pues uno puede vender los productos al mejor postor.

Yo veía, que el señor de la otra finca me estaba queriendo hablar; ya que me le cruzaba en cualquier momento del día: Siendo eso mucha coincidencia.

Hasta que por fin, nos dimos de bruces el uno con el otro; no pudiendo yo eludirle en esa calle tan estrecha.

PROPIETARIO -. Perdona usted, Samuel. ¿Tiene un momento de tiempo para atenderme?

SAMUEL -. Sí; por qué no. ¿Dígame?

PROPIETARIO -. Las mayorías de las personas van al colegio para aprender; en cambio otros no van para aprender a ninguna parte.

SAMUEL -. Señor: Tal vez es que lo han asimilado en la vida; dándoselo la misma sociedad por añadidura.

PROPIETARIO -. Usted, ¿va a dar algo?

SAMUEL -. Lo que corresponda: Eso daré.

No le gustó nada la contestación que di, al señor propietario de la finca seguida a la mía; pues por lo que se veía, no tenía ganas de dar nada para el glorioso evento de la coronación de la Virgen del Carmen.

Pero, eso sí: Me quería sugestionar, por lo que se estaba viendo, para que yo no diese, ni un solo céntimo por aquel evento; que podía ser una ayuda para todos los habitantes de la pedanía: Si la Virgen pone sus manos sobre ellos.

Y al pasar por la Iglesia del barrio nuevo, estaban abiertas, de par en par, sus puertas; ya que se encontraba en pleno jaleo de limpieza la Iglesia: Haciendo yo una genuflexión como nunca lo había hecho, en señal de sumisión ante todos los santos de la iglesia.

No pudiéndome ayudar, esos mismos santos; que yo un día los mostré pleitesía, por mi parte: Al ver mi cosecha mermada, por las inclemencias del tiempo. Teniendo que comer todo mi ganado; ya fuesen ovejas como vacas.

Existiendo ese año menos hierba, por la sequía tan pertinente que habíamos tenido ese verano; pues no llovía desde Abril, que cayeron algunas gotas. Juntándose todo ese mal, para mi exigua economía, de aquel año.

Me llamó el señor Cándido para que le llevase a ver toda su finca en la majada; haciéndolo yo con sumo agrado. Hasta que llegamos a la presa; viendo en sus aguas una barca de pescadores, como que no me gustó nada.

Gustándome menos, cuando vi que la tierra retenida al lado de la presa se estaba desmoronando; teniendo la que agrandar la presa, en forma de media luna. Pues había que hacer un recodo, para salvar la tierra acumulada en ese sitio.

Pregunté al señor Cándido de quién era esa barca de pescadores y al decírmelo, vi que no era de mi agrado; pues se trataba de un señor

pendenciero que vive en el barrio nuevo, cerca de donde vivía antes el señor Cándido.

No fue eso lo malo; Pues al llegar con el ingeniero, que iba a construir ese tramo de muro, que sirviese de contención al agua, pude darme cuenta, que existía otra barca en el embalse. Diciéndome el señor ingeniero, que era conveniente no hubiese ninguna barca dentro del embalse, durante la construcción de aquel pequeño tramo, para que sirviese de contención del agua del río.

Problemas: Había problemas con aquellos pescadores; ya que vendían los peces que pescaban en el barrio nuevo. Diciéndome ellos, que el dueño de la finca los había autorizado a pescar dentro del embalse. Que ellos no tenían que salirse del embalse para nada.

Así se lo comuniqué al señor Cándido, poniendo este señor mal semblante; por haberlos autorizado él para pescar en el embalse. No queriéndolos decir nada a esos dos pescadores; pues era en parte, su medio de vida para su subsistencia.

Cuándo se enteró el señor ingeniero, me aconsejó que no los dijese nada a esos dos pescadores; pues era un contrato verbal lo que tenían hecho con el señor Cándido. Diciéndola yo al señor ingeniero, que desembalsásemos el agua que retenía la presa; a lo cual, se negó, una vez más, el señor ingeniero: Pues hasta que el señor Cándido no dijese nada a los dos pescadores, seguía vigente el contrato verbal, que había entre ellos.

La única posibilidad que vio el señor ingeniero, era hacer mucho ruido con las máquinas, para que no pudiesen pescar nada esos dos señores, durante la construcción de la ampliación por ese pequeño muro; presentándose el Serprona en poco días para que cesasen los ruidos de las máquinas; pues en consecuencia tendría un requerimiento legal.

Consultando con el señor ingeniero, para poderlos dar un dinero a esos dos señores pescadores, como apoyo, para que no pescasen durante la construcción para la ampliación de ese tramo del muro: Diciéndome el señor ingeniero, que no los dijese nada; que entonces era reconocer yo la prioridad que tenían esos dos pescadores.

Lo único que me quedaba, era volver hablar con esos dos señores; para que

cesasen toda actividad de pesca en el embalse, durante se estuviese construyendo parte del muro, que sirve como contención para el agua.

Creendo yo, que me habían hecho caso, eso dos señores pescadores; pero no fue así, que cuando volví yo al embalse, a los tres días, ya había otra embarcación de pesca dentro del embalse. Y con esta, ya eran tres; para tan poca agua y tan poca pesca.

Viendo las intenciones que tenían esos tres pescadores; hablando con el señor Cándido sobre el problema que se me presentaba de momento con esos señores. No queriendo el señor Cándido decirlos, absolutamente nada.

Quitándome el pesar, el señor ingeniero; al decirme: Que ese tramo del muro, se podía construir por fuera del remanso que hacía esa tierra retenida. Ya que si se había retenido, era porque existía peña delante de esa tierra retenida en aquel sitio. Añadiendo; que se podía buscar bien los cimientos en aquel terreno roquedo.

Poco tiempo más resistieron allí esos tres pescadores; pues se asfixiaban entre ellos, al no poder pescar tanto pez como ellos hubiesen querido. Viendo yo el embalse sin barcas, la siguiente vez que fui, para comprobar cómo estaba ese muro de contención para el agua del río.

Como al niño se le llevaban de excursión a una región exótica, nos fuimos con él, ya que permitían a los padres irse con los hijos. Visitando una zona de embalses hechos en el Río Guadiana. Siendo esa zona maravillosa para la vista de los visitantes o turistas en esa parte de la Nación española.

Nunca vi jugar tanto a mi hijo; sobretodo cuándo se metía en el agua, para subirse a los toboganes que hay dentro de ese agua; para después montarse en unas barcas de remo: Viéndole remar como un buen marinero. De ahí le salió la afición de ser marinero, en la marina mercante. Máxime, cuándo en ese mismo sitio de recreo, vio por la noche una película de marinos españoles, dentro de la Armada española. Entonces fue cuándo estabilizó sus intenciones, de querer ser de la Armada española. Sobre todo, salen esas aficiones en tierra adentro. Y como existe allí, una oficina de marina, preguntó por las materias exigidas para su ingreso en la Marina española.

Le atendieron al niño, con suma prioridad; llamando ese oficial de Marina, por teléfono a la escuela de enseñanzas de ese bonito cuerpo militar.

Dándole, además, unos impresos; donde ponen todas las actividades que hay en esas escuelas.

Pues tal vez le serviría al niño como iniciación para el día de mañana; guardando esos impresos y copiando lo que le dijo el oficial de marina de aquel embalse, para que no se le olvidara.

Y es que en tierra adentro surgen esas aficiones en los niños; no dejándolas pasar de largo en toda su vida. Sobre todo, en ese embalse, que parece un mar, de tanta agua embalsada: Por la extensión del terreno que ocupa aquel embalse, aunque no sea muy profundo. Es un mar interior.

De vuelta a casa: El mismo problema que antes, tenía yo, con los pescadores de aquel embalse; pues sin avisar, entraron sus barcas faenando en esas aguas para pescar peces. Y una vez más, hablé con el señor Cándido sobre dicho problema en el embalse. Sorprendiéndome mucho, al decirme, el señor Cándido; que ya hablaría con esos señores.

No sé qué les diría; pero al siguiente día, no había ningún barca dentro del embalse, ni tan siquiera fuera de él, ni cerca.

Queriéndome enterar lo que había pasado con esos pescadores, por boca de Jacinto el sábado por la noche; cuándo fuimos todos los amigos para cenar en un restaurante.

SAMUEL -. Jacinto, perdona que te pregunte.

JACINTO -. Estás perdonado, Samuel.

SAMUEL -. Quiero saber: Qué ha pasado con los pescadores del embalse; pues se han ido de la noche a la mañana.

JACINTO -. ¡EH!, ¡EH!; que yo no los amenacé: Como han dicho de mí.

Jacinto había entendido mal mi pregunta; pues él creía, que le preguntaba yo por su actitud delante de esos señores. Y para no comprometerle más, dejé hablar de ese tema.

SAMUEL -. Muy bien.

De modo, que había sido él; el que los había hablado de una manera subjetiva para que entrasen en razones todo ellos: Esos tres pescadores, queriendo pescar algo más que peces; al volver a las aguas del embalse. Y

como solamente había hablado por medio de los sentimientos que yo tenía, hacia ese embalse: Obteniendo pingues beneficios por ese agua estancada; no había palabra alguna que le comprometiera a Jacinto para nada.

Pero como yo conocía a Jacinto, le pedí que me dijese de qué manera los habló él, a esos tres señores pescadores. Expresándose Jacinto con toda clase de detalle: Hasta hacía los gestos, que hizo; cuándo los habló a esos pescadores.

JACINTO -. Mientras los hablaba de tus sentimientos sobre el embalse; saqué una manzana del morral para comérmela y como no tenía otra cosa, más que una faca, de cuarta y media, para comer: Saqué, inocentemente, esa faca para pelar la manzana.

No le contesté; pues sería el comprometerme con él en esos hechos, de tan poca hospitalidad para el visitante.

El manijero tenía indistintamente a los peones; unas veces en la tarea de siembra, otras en los olivos, como en las ovejas o en las vacas: Para que aprendiesen esas labores, de tanto empeño; para la obtención de sus productos, en cada sitio de la finca. Por eso, Jacinto me habló de morral o zurrón; de lo contrario, hubiese dicho fiambra o táper.

Como hacía tiempo, que el señor Cándido se había ido a vivir a la casa-chozo en la majada, este señor me buscaba la vuelta en dicho lugar. Y un día que yo estaba cerca de allí, me fue a buscar, con la sola idea de decirme lo que él y su mujer Ceferina habían pensado.

CÁNDIDO - Hemos pensado Ceferina y yo, poner un chiringuito en las orilla del embalse, con unas barcas de alquiler; así obtendremos un dinero adicional a nuestra exigua paga. ¿Qué te parece?

SAMUEL -. Entonces el ganado no beberá, al notar la mano humana.

Aquello me salió espontáneamente de mis adentros; viendo claro, que el ganado. . .Y sobre todo el ovino, no bebe; cuándo le toca el agua alguna persona.

CÁNDIDO -. Eso, ¿dónde está escrito?

Saliéndole también al señor Cándido espontáneamente aquella pregunta, que me hizo: Por querer saber si lo que yo decía era verdad, sobre las ovejas.

SAMUEL -. Algunas ovejas son remisas a beber dónde la mano de la persona ha tocado.

CÁNDIDO -. ¡Algunos!: Que no todas.

SAMUEL -. Y, ¿qué hacemos con esa?

CÁNDIDO -. ¿Tú has probado el chorizo de oveja?

Así me lo decía el señor Cándido, para que yo me diese cuenta, que no solo eran sabrosas las chuletas de ovejas; si no también su carne sabrosa.

Le miré al señor Cándido; viendo en él una necesidad de hacerse con dinero. Cosa que me entró vergüenza al no haberle preguntado yo por sus necesidades en la casa-chozo. Así, que afirmé lo que él me pedía. Comprendiendo que por algo estuvieron allí aquellos tres pescadores.

Viendo alzarse, en pocos días; un bar-restaurant, teniendo cerca un pequeño embarcadero para el disfrute de mayores y pequeños.

Queriéndole yo ayudar al señor Cándido con unos buenos anuncios en el periódico del pueblo; así como repartiendo a los transeúntes algunos pasquines por las calles. Después de haber pedido permiso al consistorio municipal.

Teniendo yo poca fe en esa apertura, por lo lejos que se encontraba de la urbe; pero con todo y eso, los sábados y los domingos por la mañana comenzó a verse personas, que se acercaban a ese lugar de recreo, según ellos. Y es que por aquellos lugares, no había otro sitio de recreo, como el embalse de la majada. Sirviendo de estanque; llevando a los niños, para que jugasen en ese lugar de ensueño, según ellos.

La mayoría de las personas iban porque había autobús, hasta ese lugar preferido, por mayores y pequeño.

Y no solamente eso: Que un día, cuándo despertamos; nos encontramos unas máquinas enormes abriendo carretera nueva desde la finca de al lado; porque desde mi finca, ya estaba construida la carretera. Así, que yo no tenía nada que ver con esa construcción de carretera.

Y como es la imaginación de las personas: Algunas, se agenciaron unos pequeños autobuses, que sirviesen para llevar a los visitantes y turistas a

aquellas tierras feroces y bonitas. De ese modo, verían todos ellos, lo que es una explotación agraria en orden. Pues se había abierto, aquella carretera al público en general y al tránsito de vehículos en particular. Llegando aquella carretera a la General, antes que por la que ya estaba construida hacía ya años.

Para que bebiesen las ovejas, tuve que comprar bañeras viejas, que las habían echado al punto blanco como de desecho. Cogiendo el agua río abajo del embalse.

Con la arena de la orilla del río, formamos como un tamiz para filtrar el agua; antes de llenar las bañeras por medio de un motor. Así paliamos, el dejar solo el grupo de recreo que había fundado el señor Cándido, para su acomodo personal, en cuanto al dinero obtenido de ese complejo de recreo.

En cuanto al tramo de carretera que se estaba construyendo, iba muy avanzada su construcción; pues faltaban pocos metros para llegar a la pedanía.

Tan avanzado estaba ese tramo de carretera, que un día vi pasar un autobús desde mi finca a la otra finca vecina. El enlace, entre el barrio nuevo, majada, quesería, bodega, almazara y pedanía barrio nuevo, estaba funcionando a las mil maravillas.

Viendo un día, que me subí al autobús hacía la pedanía, tres chiringuitos en la playa del embalse. Ya tenía el señor Cándido un complejo de recreo, para todas las edades y a la vez, otro complejo de hospedaje; ya que uno de ellos era una fonda, además de servir como bar-restaurante.

Bajándome en la parada del embalse, para saber mejor qué servicios se daban en ese lugar de ocio y de recreo. Y nada más que puse los pies en el suelo, oí decir un señor a otro -. Esto es un emporio. El dueño de todo este complejo se está haciendo millonario -.

Eso, no me lo había dicho el señor Cándido; pues lo tuve que oír por una tercera persona, al azar. Y para confirmarlo tuve que dar un saldo a la cuenta que tenía el señor Cándido, en la oficina bancaria; donde yo era el director.

Efectivamente: El señor Cándido tenía en la cartilla números de hasta seis cifras; un montante dinerario bastante considerado.

Inauguraron la carretera un día de fiesta; donde allí cabían todas las personas que se acercaban, con Espíritu de alegría; por tener un enlace nuevo, entre el barrio nuevo y la majada, con la pedanía hacia el barrio nuevo.

En pocos días, no circulaba un solo autobús; pues aquella línea la ampliaron con otro autobús: Denominando a los autobuses, como circular.

Así, que un día tuve necesidades de merendar en la pedanía, cogiendo el circular hasta esa pequeña población.

Encontrándome en el restaurante de aquella cafetería a Jacinto, con el edil encargado de esa pedanía tan original.

Los vi hablando mucho y como con deseos de enterarse Jacinto de algo bueno para sus adentros. Siendo que en pocos meses se nombraría a la pedanía, como villa municipal. No pudiendo callarme, para decir algo chocante a lo que esos señores estaban hablando.

SAMUEL -. Entonces: De dónde salió, antaño, que se nombraba villa, esta pedanía.

JACINTO -. Fue un bulo de las personas del pueblo.

Siendo mi interés saber el día y hora en que se celebrase la firma por los señores Alcaldes respectivos de cada pueblo, el nombramiento como villa de la pedanía.

Edil -. No más de tres meses, si todo va bien.

Hice unos gestos con las manos de conformación; pero lo que no me vieron esos señores, fue los pies; pues yo estaba bailando debajo de la mesa, por medio de los pies. Y es que a mí, también, me afectó esa noticia dada por el señor edil del pueblo.

Me bajé del autobús en la majada, dando cuenta de lo que yo me había enterado al señor Cándido; diciéndome este, que ya lo sabía él.

Quedándome anonadado, al saber que el señor Cándido sabía la noticia: ¿De dónde sabía la noticia el señor Cándido?; Esa era mi pregunta: ¿De dónde la sabía? . . .

Viéndome apocado delante del señor Cándido, que al parecer sabía todas clases de noticias antes que yo. Entrándome unos deseos de saber dónde

estaba metido el señor Cándido, para informarse al minuto de cosas, que ni las personas del pueblo sabían.

Indagando, indagando; di con un señor, que estaba empleado en el Excelentísimo Ayuntamiento: Diciéndome este señor, que al señor Cándido le había visto adjunto a secretaría - Intervención.

Ahora, sí me chocaba al enterarme; Por qué sabía antes que los demás, el señor Cándido. Eso, ya me cuadraba a mí mejor.

Asaltándome una idea en la cabeza; que yo, ya tenía de antes: El saber cuándo se coronaría a la Virgen del Carmen; que al parecer, no sería antes del nombramiento oficial de la pedanía como villa.

Siendo mi interés saberlo; por tener yo que desembolsar un dinero, adicional, para la coronación de la Virgen del Carmen. Puesto que esa partida, saldría de partidas adicionales a otras: Siendo partidas separadas en una evaluación de naturaleza y liquidez. Ahora, daba yo con la forma legal; para saber dónde apuntaba yo ese dinero, que me gastase en la coronación de la Virgen del Carmen.

No sabía si decírselo a Blanca, por falta de decisión, lo de su papá: Que estaba trabajando en el Excelentísimo Ayuntamiento. Pero un día, estando viendo la televisión y en un descanso de esta; me atreví hablar a Blanca de su papá.

SAMUEL -. ¿Sabes dónde se encuentra trabajando tú papá?, el señor Cándido.

BLANCA -. En el Consistorio Municipal.

Me quedé sin poder decir absolutamente nada; ya que mi mujer Blanca no me había hablado del trabajo de su papá. Y como continuó la serie que estábamos viendo, en la televisión: Hice mutis, yéndome al bar del salón de la casa, para tomar una copa.

Ofreciéndola otra copa a mi mujer, Blanca; para después, sentarme con ella, en el sofá del salón de la casa y arrullándonos como dos jóvenes enamorados. Nos quedamos extasiados, los dos, por el amor que nos profesábamos, el uno al otro.

Y como el etílico hace su efecto en la persona; a mí me lo estaba haciendo,

ese alcohol que tomé en esa copa, aquella noche. Durmiéndome en pleno amor, hacia Blanca.

Por la mañana temprano, me puse a excusarme con mi mujer Blanca, que al parecer no quería saber nada del tema. Y menos quería saber del asunto, cuándo llegó nuestro hijo al salón de la casa para desayunar, en aquella mañana tan florida.

Hablando mi hijo del embalse, ya que en el colegio, le había dicho algo sobre ese lugar de recreo un condiscípulo suyo.

SAMUEL -. Blanca. ¿Tienes que hacer algo esta tarde?

BLANCA -. Sí.

SAMUEL -. Dime, ¿el qué?

BLANCA -. Ir con nuestro hijo al embalse.

Yo me puse ancho, por haber oía decir eso a mi mujer, Blanca. Y nada más que se terminaron las tareas en el banco, salí de aquel edificio, como corriendo a mi casa: Para poder llevar, a mi mujer, Blanca y a mi hijo al embalse; merendando allí una comida bárbara, según el paladar de mi hijo.

Lo que pudo jugar aquel día mi hijo, en las orillas del embalse: Unas veces, se sentaba en las hamacas que hay para los visitantes, otras corría por toda la orilla del embalse, buscando piedras blancas, para guardarlas y así poder jugar con ellas cuantas veces quisiera.

Hasta hubo alguien que le montó en una barca; no sabiendo yo de quién se trataba, pero cuándo me fijé mejor, pude reconocer en aquel señor al amigo Ernesto: Llevando a mi hijo, con el mayor cuidado que él podía y con todo el amor el Mundo.

Miré para todos los sitios de aquel embalse, viendo a la señora Sinforosa sentada en una hamaca al reguardo de una sombrilla. Yéndome para donde se encontraba la mujer de mi amigo Ernesto, saludándola con todos los afectos del Mundo.

Así, como a una hora prudencial, nos fuimos al restaurante autorizado, al no a ver cerca ganado alguno; Para degustar una comida de la tierra; que eran las viandas que se daban en ese restaurante del señor Cándido. Pero esta vez

denominó a esa comida de la tierra, mi hijo, como opípara.

Las personas del pueblo, llamaban al embalse, "el Lago", como si fuese un sucedáneo de la Casa de Campo madrileña. Tomando como referencia los habitantes de aquellos pueblos, ir todos los sábados y los domingos a ese lugar de recreo, para mayores y pequeños.

Recordando un domingo por la mañana y después de asistir a Misa, a primeras horas del día, en la iglesia de la pedanía, un suceso inolvidable en pleno embalse de la finca la majada.

Un matrimonio de bohemios, se enfrentaron entre ellos por poca cosa; según quién los oyeron discutir. Habían llegado a una sala de fiestas, en el pueblo; dando un bochornoso espectáculo: No estando la mujer de ese señor, conforme con lo que él había montado para aquella noche de augurios y bohemios, en la sala de fiesta en aquel pueblo. Y aunque tenía razón la señora, de aquel indicio de algo malo; tuvo que intervenir la gloriosa Guardia Civil, en aquel estruendo de voces y de gestos: Como estaban dando un mal espectáculo aquel matrimonio, delante de todos los bañistas del embalse.

Y al terminar aquella función, que nos ofrecieron, de balde, aquel matrimonio, nos colocamos todos los amigos en sendas hamacas, esperando al mediodía que llegase la hora de la merienda. Para poder brindar, los unos con los otros, en aquella paz de tanto sosiego; como teníamos en el embalse de la majada.

Comenzando a decir chistes Jacinto, para seguir diciéndolos Ernesto y después yo. Viendo a todas las personas, que estaban cerca de nosotros, riendo a más y mejor. ¡Eso sí que fue un espectáculo!

Cogimos, al igual que todas las personas del pueblo, ir al embalse todos los fines de semana, que pudiésemos. Pasando antes por la Iglesia de la pedanía para asistir a la Misa, que se denominaba como, mañanera. Para irnos a tomar el desayuno al bar de aquella pedanía: Con un buen chocolate y porras o churros; según tú quisieras tomar. Recreándonos un poco, todos nosotros en aquel bar-restaurant: Esperando la hora que hiciese un poco más de calor, para poder marchar al embalse, al amparo de su recreo.

Estando, todos nosotros, en una exaltación humana, vimos llegar al manijero de la finca a donde nos encontrábamos, en aquel día de descanso y fiesta.

Disfrutando, cada uno, a sus anchas.

Se había escapado una vaca, un tanto peligrosa; teniendo que hacer uso del amigo Jacinto, para ver si la podían reducir entre los dos. Y como los pastores dan nombre a cada uno semoviente de sus manadas; la denominó Jacinto por su apodo: -. La Brava -.

MANIJERO -. ¡Justamente!: La brava.

JACINTO -. Busquemos a la pinta; ya verá usted que mansa se pone, esa vaca "brava".

MANIJERO -. No sabía nada de eso.

JACINTO -. Yo sí.

Se comenzó a poner nerviosas las personas que oyeron eso; pues ya se la veía, a lo lejos, a la vaca que habían estado hablando de ella, entre el manijero y Jacinto.

Y antes que se fuese el manijero para buscar la vaca que le había dicho su peón, Jacinto salió raudo al caballo, cogiendo el morral de pienso.

Viendo al cabo del tiempo al manijero traer a la vaca, dirigía por la garrocha y ayudado por su caballo; experto en esos menesteres.

Como Jacinto se había quedado un tanto cerca de la "brava": Este se fue hacia dicha vaca y abriendo el morral, la ofrecía a la vaca el pienso que contenía el zurrón. Llevándosela a la vaca donde estaba la manada de aquellos animales.

Aplaudiendo todos los visitantes, que se encontraban en aquel día en el embalse; al ver lo bien formado que se encontraba el personal trabajador de aquella finca.

Y al volver Jacinto donde estaba antes de ese suceso, no pudo por menos que preguntarle las causas de su acercamiento a esa vaca, escapada de la manada.

SAMUEL -. ¿Por qué te acercaste a la vaca?

JACINTO -. Para que no pasase nadie, donde se encontraba esa vaca; sirviendo de retención hacia las personas.

Veremos a ver, si no tuviese repercusión ese hecho tan fortuito, por haberse escapado esa vaca, tan fiera.

En pocos días tuve que vallar todo el perímetro donde estaban las reses, para delimitar, que no llegasen donde se encontraban las personas.

Quedando bien asentada esa valla y yo sin dinero. Así son las cosas en el campo; pero trabajando y con tesón, se vuelve a reunir, otra vez, el dinero desembolsado por algo, fuera de lo normal. Siempre que se tengan varias cosechas, de varios productos, para su venta.

No teniendo ganas algunas; que volviese a ver otro desastre, junto con una sanción. Por eso, llamé al manijero, para que redoblasen la vigilancia sus peones agrícolas y ganaderos.

Llamándome el señor Cándido, queriendo saber de dónde le había venido esa sanción: Y al explicarle yo de donde había salido, la sanción; ese señor no entendía muy bien cómo le podía haberle puesto tal sanción.

SAMUEL -. Las sanciones, las pone el Excelentísimo Ayuntamiento.

CÁNDIDO -. ¿Puede hacerlo?

SAMUEL -. Está en su derecho.

A través de una Ley, en donde la explotación de ganado; se debía, bajo Ley, vallar la finca, que estuviese en esa explotación de semovientes.

Aceptada la sanción y dada por buena; siguió la vida en la finca de la majada: Que con mucho tesón y muchos esfuerzos, sacábamos las cosechas y todos los productos hacia adelante.

Con nuestros esfuerzos y nuestros sudores, llegó un día la recompensa para la finca de la majada; pues aparte de tener ya, dos autobuses circulando por la nueva carretera, dando vivencia a la finca y valía a esos productos, ya fuesen lácteos como cereales o de oliva, así como ganaderos: Por serles menos costosos a los señores trasportistas, todo esos productos obtenidos en la finca; nos lo pagaban con precio más elevado.

Ese premio, fue un nombramiento a la pedanía en forma de villa; siendo anunciado por la radio local, aquella misma mañana. Entrenándose todas las personas del pueblo y de las urbes urbanas de alrededor.

Dicho acto, se anunció a bombo y platillo; pues a él, acudiría en pleno todos los concejales del Excelentísimo Ayuntamiento; así como parte de la Excelentísima Diputación: Al ser considerado, como un nombramiento excepcional.

Habiendo sido preparados, todos los concejales, que formaría el nuevo Ayuntamiento, por decisión del pueblo, al ser preguntado.

En general; ya estaban en funciones, aquellos concejales desde hacía ya varios meses. Y estando bien preparados, tomaron el mando: A través de un señor aguerrido y orgulloso; dónde nadie le pudiese hacer de menos y tuviese menos quejas. Por respeto a su persona.

No pareciéndome mal a mí, aquel nombramiento del señor y Excelentísimo Alcalde del consistorio municipal. Ya se elegiría a otra persona, más asidua a las necesidades de las personas censadas en ese Excelentísimo Ayuntamiento, por sufragio en el pueblo.

Fue un acto inolvidable: Saliendo en la televisión regional y hasta en la nacional; por ser un nombramiento poco habitual en aquellos tiempos. En donde todas las personas suelen vivir en urbes bien repletas de habitantes. Ya que es donde va el dinero; existiendo trabajo y medio para vivir.

Aquel éxodo, desde los pueblos a las urbes mayores, parecía que no iba a ser rescindible. Recibiendo con atención, por parte de las pocas personas que se habían quedado en el pueblo, ese acto reflexible de otra vez venir esas personas a su pueblo.

El éxodo rescindible estaba ya en marcha; por parte, de la mayoría las personas que se habían ido a la Ciudad en busca de trabajo: Pues se comenzó a mirar al campo de otra manera, que antes.

Ya las personas, no las parecían tan malo trabajar como peón agrícola y ganadero; al cobrar esos salarios al igual que otros trabajos.

Al preguntarles a esas personas, que habían vuelto a su pueblo, cuál era su trabajo; se les llenaban la boca de saliva, diciendo con orgullo. "De peón agrario o ganadero". Aunque fuese de pastor: Se ganaba lo mismo que en otros trabajos; como los de las oficinas.

Aquello estaba siendo ya un hecho real y fundamental, en la vida de aquellos

pueblos: Vacíos de personas y de contenidos en unos años de éxodo, por parte de las personas empadronadas en esos pueblos, de la piel de toro. Siendo, que si uno mira el mapa de la península ibérica, ve en él, que se parece a una piel de toro.

Ahora faltaba un empujón al valor de las cosechas, viniendo por su mano en poco tiempo; Ya que antaño, en unos años, el dueño de la finca no sacaba beneficios algunos de ella. Llegando el tiempo en la cosecha, ya daba los beneficios económicos al dueño de la finca. Y es que todo dependía de la oferta y la demanda: Todo dependía de eso; no era de otra cosa.

Viéndose mover el dinero más que antes, por parte de todas las personas empleadas en las tareas del campo; así como florecer las cosechas, por estar bien apañadas.

Hasta el amigo Ernesto me vino con una sola idea en la cabeza: Que comprase una pequeña finca, que se estaba vendiendo, a un buen precio, según había sabido él: Ya que yo estaba siendo capaz de obtener beneficios de las tierras, que yo tenía.

También me lo mostraba, el amigo Ernesto, que no tuve más remedio que ir con él, para ver ese terreno que se vendía. Un terreno de piedras teníamos delante de nosotros, en parte; pues la otra parte se componía de roca caliza: No viendo yo de qué parte de aquella finca, sacar beneficio alguno.

Nos miramos a la cara, Ernesto y yo; viéndole a mí amigo muy comprometido, al observar el terreno que teníamos delante de nosotros. Haciéndome un gesto vago; como que ese terreno no valía para ser explotado como zona agrícola.

Habíamos tardado poco en llegar aquel terreno que se vendía: De modo, que me subí a una colina existente en sus alrededores; viendo un panorama diferente a lo que yo creía. Se encontraba cerca de la urbe del pueblo. Siendo, fácilmente recalificado como terreno urbano en pocos años.

Y al verme la cara, que yo ponía, encima la colina; no pudo el amigo Ernesto, más que preguntarme las causas de ese cambio tan repentino de ánimo. Diciéndole solamente una cosa.

SAMUEL -. Vámonos de esta tierra desastrosa: No me vale para finca agrícola; que sería lo único que me valdría, por la poca extensión de su terreno.

ERNESTO -. Y, para el ganado.

SAMUEL -. Te estoy diciendo, que es poco terreno; para tener en él animales.

Así se zanjó entre él y yo, el tema de poder comprar aquella finca, para obtener beneficios de ella, momentáneamente. Pero en la mente me bullía una idea primorosa; que en vez de dejarla correr, me aprisionaba cada vez más las neuronas del cerebro.

Y para que no hubiese ninguna clase de dudas entre Ernesto y yo, me fui hacia una peña; que presentaba una cara lisa en su parte superior. Sentándome en esa peña, miré de frente a Ernesto, mi amigo: Sí, mi amigo. Indicándole algo.

SAMUEL -. Siéntate aquí; junto a mí.

Dando unos tortazos en la peña, le decía que se sentase cerca de mí, que le quería hablar, de algo que le incumbía a él. Y una vez que se hubo sentado Ernesto, le volví a mirar como si en ello, fuera mi honra y mi dignidad.

SAMUEL -. Estos terrenos son tuyos. ¿Verdad?

ERNESTO -. Sí, Samuel. Te los quiero vender a tú y a nadie más.

SAMUEL -. No ves que estos terrenos están muy cerca del pueblo; no más de trescientos metros de las calles principales.

ERNESTO -. Me hace falta el dinero.

SAMUEL -. Yo te presto el dinero que te hace falta: Tal vez los tenga.

ERNESTO -.No, Samuel, así no.

Quedándome un poco pensativo, ideé algo beneficioso para Ernesto, el día de mañana. Y era que yo le tenía que poner una premisa restrictiva en el contrato, a favor de Ernesto. Siendo, que si yo vendía esos terrenos para que se edificase en ellos; le tendría que dar un tercio del dinero que sacase en esa venta. No quedándose muy a gusto, mi amigo, Ernesto, en lo que yo le proponía: pero como quería él, que fuesen para mí esos terrenos aceptó lo que yo le decía.

Llegando a casa, se lo comuniqué a mi mujer, Blanca; quedándose está un poco pensativa; por la forma que al parecer tendría ese contrato.

BLANCA -. Y, ¿tú que vas hacer?

SAMUEL -. Si se recalifican esos terrenos, que hoy son rústicos, como terrenos urbanos: Se los vendo, para que cobre el cien por cien de esos terrenos. Es de una herencia de su padre.

BLANCA -. Qué nobles sois los agricultores, los unos con los otros.

SAMUEL -. Sí. Pero ante todo soy su amigo.

Llegándose hacia mí Blanca y dándome un beso de amor; como nunca lo había hecho: Quedándome yo, como petrificado al ver ese efluvio de amor, que la salía a Blanca de sí misma.

Todo quedó ahí; que le vendería la finca en caso se reclasificase como urbano, lo que ahora era rústico.

La operación fue hecha al siguiente día, bajo poder notarial y asentándola en el Juzgado. Para que no hubiese duda alguna, que mi voluntad de ese contrato, era el reseñado en la Compra-Venta que se hizo delante del señor notario.

De esta manera pudo Ernesto hacer frente a su deuda y yo quedándome con mi conciencia limpia del todo. Y, lo dicho: Ante todo, éramos amigos, Ernesto y yo.

Al siguiente día me fui para dar un paseo por toda la finca, la del señor Cándido y la mía; viendo a Jacinto cavando en el tronco de los olivos; por si caen dos litros, que caigan cerca de la raíz de esa planta; aunque es un árbol de seco. Pero también le hace falta el agua al olivo.

Soltó el azadón, nada más verme; esperando que yo me acercase a él para poderme hablar, como si Jacinto tuviese algo importante que hablarme. Me habló del amigo Ernesto, escuchándole yo sin abrir la boca para nada; pues no sabía hasta qué término estaba enterado el amigo Jacinto de lo que Ernesto y yo habíamos formalizado, días antes.

Sabía Jacinto algo sobre la compra-venta que habíamos hecho Ernesto y yo; no sabiendo, absolutamente nada más. Así que me tranquilicé un poco, al ver que Jacinto no sabía el por qué de aquella venta.

Cuándo ya habíamos hablado lo suficiente, me di media vuelta indicándome

Jacinto algo que me quedó helado del todo, con una sola palabra.

JACINTO -. Gracias, Samuel.

Volví la vista hacia atrás, viendo a Jacinto que estaba esperando mi contestación. Y por supuesto se la hice.

SAMUEL -. Gracias, ¿por qué?

JACINTO -. Por hacerle ese contrato a Ernesto: No esperaba de ti otra cosa mejor.

De modo, que todo lo sabía Jacinto; no esperando yo eso: Que nuestro amigo Jacinto estuviese enterado de cómo hicimos el contrato que firmamos Ernesto y yo, ante el Ilustrísimo señor Notario. Según me dijeron el tratamiento que tiene un notario en el Juzgado.

SAMUEL -. Es mi santo deber. ¡Somos amigo!

JACINTO -. Muy bien dicho, Samuel.

Y cogiendo otra vez el azadón, siguió con su tarea Jacinto, como si no hubiese pasado nada. Y en general, allí no había pasado, absolutamente, nada de nada. Pues los dos sabíamos cerrar la boca, no hablando con ninguna otra persona de ese caso, que se me había dado con Ernesto.

Me di cuenta la nobleza que teníamos los unos para los otros; siendo amigos inseparables, en donde cada uno ha puesto toda su fe y cariño en los otros.

Hubo un hecho trascendental en la finca; pues el vino, no solo se vendía en la bodega a granel, sino que también vendíamos unas botellas envasadas, que teníamos muy bonitas.

El vino no estaba tocado; se vendía tal y cual salía de los toneles: No se había tocado el tanino para nada, siendo que a las personas, la mayoría de ellas, la gustaba el vino “retamoso”, con cuerpo. También hacíamos un vino más suave al paladar, para las personas más débiles.

Teniendo que ampliar barriles para el vino, así como cubas para su conservación; haciendo una prueba en la finca que compré a Ernesto: Pues al ser tierra seca, con un poco de arena, sembré cepas en ese lugar inhóspito.

Siendo lo nunca visto; pues crecieron las cepas en esa finca; teniendo más

grados: Aunque eran más míseras en uvas. Para alcanzar unos kilos cada cepa, había que ver la que en sí daba esa cantidad de uva, entre todas ellas.

Limpieza, limpieza y limpieza; se requiere en la bodega cada día, así como en la nave donde se guarda en barricas o en botella, para que se envejezca el vino.

Un ir y venir, cada día, a la bodega por parte de las personas de aquellas urbes cercanas, existía siempre.

Y el señor que venía todos los días paseando, para ver cómo iba la finca era Cándido; pues frotándose las manos, se marchaba a la casa-chozo. No yéndose de allí, por creerse que él hacía falta en ese lugar de ensueño; por lo bien arreglada y apañada que estaba la finca.

Un día tuve una sorpresa en mi puesto de trabajo; ya que me llegó mi hijo, pidiéndome dinero para comprar unos libros. Le hacían falta para estudiar la materia exigida por la administración española.

Al preguntarle a mi hijo; el por qué no me lo había dicho el día anterior, me dijo: Que ya se lo había dicho a su mamá, que tal vez se había olvidado de comprárselos.

Cosa que yo, no debía dejar pasar por alto; hablando módicamente con mi mujer Blanca, en la hora de la merienda.

SAMUEL -. Blanca. El niño me ha llegado hoy, a mi puesto de trabajo; pidiéndome dinero, para comprar unos libros.

Blanca se echó las manos a la cabeza, como en señal de haberse olvidado dar ese dinero al niño. Al momento hizo ademán de levantarse; recapacitando al pronto, para volverse a sentar de nuevo.

BANCA -. ¿Se lo habrás dado tú?

SAMUE -. Eso he hecho.

Quedando zanjado ese problema, que teníamos nosotros, con respecto a nuestro hijo. Viendo en Blanca un atisbo olvidadizo, que yo no debía dejar pasar muchos días, sin saber, por medio de un doctor, lo que la estaba pasando a mi mujer, Blanca.

Para ello, ideé un ardid con Blanca; ya que me di de bruces con un

neumólogo, invitándonos ese doctor acompañarle a su consulta, ya que ese día no pasaba consulta, por tener el broncoscopio averiado.

Una vez que terminamos los saludos, de unos y otros: La dije a Blanca, que la conocía a ese doctor por medio de que era asiduo cliente del banco.

Al entrar en la consulta la hice una indicación, con la mano, para que se sentase Blanca en la silla de los pacientes; pues no había otra.

SAMUEL -. Siéntate en la silla: Estarás más cómoda.

A la vez que Blanca se sentaba en la silla, el doctor se echaba las manos a la cabeza, en señal de estar preocupado por no funcionar su instrumentación oficial, para auscultar a sus pacientes.

Y entre, ¡qué pena! y no poderse quedar quieto, por el mucho agobio que ese doctor tenía metido en su cuerpo, al verse inoperante del todo, por su instrumentación rota, Se acercó a Blanca, pidiéndola perdón. Y antes que Blanca pudiese reaccionar a tiempo, el doctor la puso en la cabeza el instrumento necesario, para ver cómo se encuentra su paciente. Diciéndola: -. No se preocupe usted, Blanca. Quiero saber en qué sitio está cortado el flujo eléctrico, en lo que yo la he puesto en la cabeza-.

Colocó bien los cables y apagó la luz, al tiempo que la decía a Blanca: Me está usted sirviendo muy bien: No se mueva; que me parece estoy dando dónde está cortado el flujo de la corriente. Al pronto que encendió la luz el doctor, diciendo. ¡Ya está!

El doctor, mientras quitaba los cables, me miró como diciendo algo así: Como que había dado con las causas de ese estado olvidadizo, en que de vez en cuando se sumía Blanca. Para, después salir con nosotros a una cafetería: Tomándonos unos café buenísimos.

Despidiéndose de nosotros y con mucha amabilidad, la daba las gracias a Blanca, por haberse dejado, que él averiguase dónde se cortaba el flujo eléctrico.

A los pocos días, se me entregó una carta en mi puesto de trabajo, por CORREOS, tradicional, del estudio que hizo en su día, de Blanca, ese doctor. Y efectivamente, estaba en principio de perder los nervios por un agobio personal. Era el síndrome de Guilleín-Baré, que es una afección que ataca a

los nervios.

No pudiéndola poner yo nerviosa por nada del Mundo, a mi mujer Blanca. Debía tener cuidado de no hacerla daño, en su estado más febril de los nervios: Ese estado anímico, que tienen algunas personas.

Se la debía tratar con una inyección intravenosa y temporal, de inmonoluglobulinas, durante unos cinco días. ¡Vamos!: Que había que poner el cascabel al gato, como se suele decir. Y, ¿quién se lo ponía?

No siendo la forma de quién, sino de cómo se lo ponía; siendo ella una mujer templada y celosa de su salud corporal. Pues aquí no había ardid ninguno para que Blanca consintiese ponerse esa inyección; sin saber ella, qué enfermedad tenía.

Cinco noches; cinco noches seguida había que inyectarla ese suero en la sangre, para que Blanca se pusiera mejor, en su estado anímico.

Una enfermera, experta en esos menesteres, llegaba todas las noches a casa, para suministrarla el medicamento a Blanca, para ponerla mejor.

No sé cómo lo haría aquella enfermera; ya que a Blanca la picaba, pero no se encontraba nada anormal en su cuerpo. Terminando esos cinco días, con una experiencia asombrosa, por parte de la enfermera.

Blanca, comenzó a recordar mejor; por falta de nervios: Estando más calmada y con mejor acople que antes. Una vez más; esa era mi mujer, Blanca.

Un día vi fumigar la cama con un bote adecuado para las rapo sillas que hubiese entre las sábanas; siendo animales muy pequeños, ocultos a la vista humana. Pero picotazo que te dieran, rabiabas.

Pronto pasó todo, no existiendo esos picores en Blanca, ni esas noches de trasiego con el líquido que contenía la inyección.

Lo que sí comenzó a existir una enfermedad en las vacas: Llamando al señor veterinario para que curase cada vaca que había cogió esa enfermedad. Ahí no quedó todo, pues también había que tener cuidado con las gallinas. En fin: Un escape de dinero, para curar semovientes como alados.

Menos mal que de gallinas teníamos las necesarias para que nos diesen

huevos para nosotros o para otra persona amiga; queriendo decir: Que si venían mal dadas; podíamos suprimir las gallinas. ..Pero y las vacas: Si era el sustento para los quesos y la carne que se vendiese, al igual que la leche de oveja. Que también las entró otra enfermedad mala; temiendo por su existencia. Pero no; no hubo el por qué sacrificar tanta oveja como teníamos, según los señores veterinarios.

Pasado ese turbión de desastres, llegó otro de bienestar económico; pues había subido la subvención de las ovejas y de algunos otros productos que existía en la finca: Algo era algo. Esperando, con suma impaciencia, que siguiese esa racha de bienestar económico para mi suerte.

El domingo fuimos Blanca y yo para asistir a misa en la pedanía; buscando a los amigos, que también habían llegado con la intención de oír misa.

El niño corría y saltaba por la plaza de la villa aquella, como si fuese un gamo; mientras nosotros tomábamos los aperitivos en una terraza de la plaza, donde existía un bar que daban buenos aperitivos por la consumición de alguna bebida en él.

Y cosa curiosa; pues así como a la media hora de estar sentados, todos los amigos en la terraza, llegó un concejal del pueblo, con su mujer y otro matrimonio: Sentándose en la mesa de al lado nuestra. Diciéndome Ernesto, que era el concejal de urbanismo.

Yo, al principio, no me tomaba mucho interés para oír lo que hablaba ese concejal con sus amigos: Pero cuándo me enteré de qué concejal se trataba, puse oído para saber qué decía ese edil del pueblo.

Una conversación insignificante se oía en la mesa de al lado; tanto era así, que llegó la hora de entrar en el comedor, para degustar los mejores platos, que he comido yo. Siendo el mejor plato el del arriero: Arroz con bacalao y chirlas. Teniéndole, una vez más, cerca al concejal del pueblo, en la otra mesa.

Cuando estábamos ya en los postres, se arrimó un señor con su mujer; saludando, muy cordialmente, al señor concejal. Y viendo que este, el concejal, le invitó para que se sentase en la mesa que él ocupaba al señor que había llegado posteriormente; puse más atención que nunca para oír lo que se hablaba en la otra mesa contigua a la nuestra, a donde nosotros

estábamos.

Después de los saludos, llegó el estruendo: Al decirle el señor que había llegado el último, algo que me interesaba a mí escuchar.

SEÑOR -. Qué, ¿cuándo ampliamos la calle en la dirección dónde iba?

Al decir la calle, que querían ampliar, siguiendo su dirección, supe que era la calle que da a la finca que compré al amigo Ernesto. Se estaba oyendo ya algo sobre esa calle y las colindantes a ella; por lo tanto, ya no quise oír más. Sobre todo, cuando supe quien era el señor que le preguntaba al edil del pueblo.

CONCEJAL -. Qué buena pregunta me has hecho. . .? . . ¡Claro!: Como constructor que eres.

Para coronar con broche de oro aquel encuentro fortuito, pedí un cortado y una copa. Y desde luego, aquella copa me sentó a las mil maravillas. Al saber que aquella calle, se ampliaba en línea recta hacia el terreno rústico; pues iría a ser recalificado, como terreno urbano, en breve.

Mi idea era una, el hacer contrato de venta-compra a Ernesto, devolviéndole lo que era suyo, por herencia.

Y nada más que llegué a casa, cogí el librito; donde decía cómo se podían hacer los contratos de compra-venta rústicos. Afilando el lápiz para beneficiar a mí amigo Ernesto, en la medida que se podía.

No había otra buena medida, más que hacer aquel contrato de compra-venta ajustando a la Ley. Y antes que se reclasificase aquel terreno rústico.

A los dos días, tenía un buen contrato rústico de compra-venta para Ernesto. Pues al llamarle a casa, junto con el amigo Jacinto, que sirviese de albacea, éste me rechazó en pleno, dicho contrato.

No queriendo saber nada de dicho contrato de compra-venta, el amigo Ernesto; quedándose el amigo Jacinto un poco extasiado, al oír tal rechazo a unas buenas ganancias dinerarias para el bolsillo de Ernesto.

JACINTO -. Con qué nobleza os tratáis los dos.

SAMUEL -. Tú, también tienes nobleza en tu corazón, Jacinto.

JACINTO -. Ernesto. Si Samuel te lo ofrece de corazón, debes firmar ese contrato de compra-venta.

ERNESTO -. Entre los dos, me estáis convenciendo. Y, ¿qué hago con las cepas?

SAMUEL -. Quédatelas hasta que te las arranque la maquinaria de construcción.

Al siguiente día se echaron las firmas al contrato de compra-venta rústico; viviendo yo, como un señor en mi casa, durmiendo a pierna suelta.

Poco tiempo me duró aquella tranquilidad; pues vino a mí el manijero de la finca; diciéndome, que mi amigo Ernesto estaba haciendo hoyos en un lugar donde no crecen ni los cardos.

En unos montes cercano a las viñas, estaba haciendo hoyos mi amigo Ernesto, anunciándole al manijero, que le dejase hacer, no fuese a ser que le diese vergüenza: Pero, que a la vez no le perdiese de ojos, para saber qué quería hacer con tantos hoyos como había hecho, con un peón agrícola, por parte suya.

Llamándome el manijero, a los cinco días urgentemente; ya que el señor Ernesto estaba plantando cepas en unos montes lindantes a la viña.

No queriéndole hacer de menos, le dejé que terminase su plantación de cepas, en aquellos montes semidesérticos. Viendo, en este momento a Jacinto, que salía detrás de una gran mata de pita, viniéndose hacia donde me encontraba yo.

JACINTO -. ¿Qué me dices?: Es nobleza o no es nobleza.

SAMUEL -. Y, tanto. Dejémoslo hacer, para que disfrute de lo que está haciendo.

Así lo hicimos; dando media vuelta y entre las cepas, para que no nos viese, el amigo Ernesto, llegamos a la bodega con el corazón encogido, al ver tanta nobleza por parte de Ernesto.

Por la mañana temprano llamé al manijero, queriendo saber si mi amigo Ernesto había terminado de trasplantar las cepas desde la finca que compré a la mía. Y efectivamente; había terminado de trasplantar las cepas

que tenía la primera finca a la mía.

Cuando salí de las tareas bancarias, no quise merendar en casa; haciéndome un bocadillo, una parte de queso y otra de una tortilla francesa. Con idea de comérmela antes de llegar a la bodega, para que no me viesen los peones agrícolas, merendar de esa manera.

Y al llegar a la majada, aparqué el coche en un recodo de del camino, que tomé para no ser visto; pues me desvié de la carretera.

Me puse a merendar en las traseras del coche; ya que abrí el portamaletas, sentándome en el borde de afuera de él. Viendo, que una culebra, se arrastraba, queriendo llegar donde yo me encontraba. Y como yo no hice acto de estar nervioso, o de tener miedo; se paró la culebra a una distancia mía, que por poco la tocaba con los pies.

Partí, con la mano, un poco de pan y un poco de queso, echándoselo a la culebra; empezando esta a comerse el pan, poco a poco. Poniéndola el tapón de la botella de agua, lleno del líquido elemento, no haciendo caso ésta del agua. Para más tarde, irse a refugiarse en unas rocas, la culebra.

Cuando terminé aquella merienda poco típica, quise salir de aquel recodo, oyendo el cencerro que portaba el carnero en su cuello. El ganado estaba cerca de ese sitio, donde yo me encontraba: No queriendo que me viesen los pastores merodear por aquellos lugares, medio escondido de las personas. No fuese a ser, que los pastores creyeran que estaba espiando; para saber cómo trabajaban ellos.

Media hora tardó ese grupo de ganado alejarse de ese lugar, no valiéndome para nada no haber comido en mi casa; pues llegué media hora más tarde de lo previsto a la bodega. Y menos mal, que eran ovejas nuevas, las que pastaban por aquellos lugares; que si llega a ser todo el ganado ovino, no hubiese yo salido en cinco horas de dónde me encontraba escondido a la vista de las personas.

Por mucha prisa que me di, para llegar a la bodega; estaba allí el amigo Ernesto esperándome con el amigo Jacinto; pues este había pedido permiso al manijero, para trabajar aquel día en la bodega.

Adelantándose hacia mí Jacinto, con una sola idea: El preguntarme algo, que yo no había pensado, ni por casualidad.

JACINTO -. ¿Le decimos algo a Ernesto?; sobre el traslado de las cepas a estos montes.

SAMUE -. Si el primero que lo dirá, va a ser él.

Así fue; pues después de darnos las buenas tardes, y hablar algo del tiempo: Abordó Ernesto, la conversación que se esperaba de él. Tratando el asunto que nos incumbía.

ERNESTO -. Huelga que os pregunte, si os habéis dado cuenta, que he trasplantado las cepas a esta finca. . .Las he trasplantado a los montes lindantes al terreno de cepas.

Mientras decía eso, el amigo Ernesto, Jacinto se estaba poniendo nervioso perdido; respondiéndole con un desaire sin precedente en él.

JACINTO -. Esos montes están baldíos. En ellos no crece ni la hierba.

ERNESTOS -. Las cepas son cultivo de secano.

Mucho secano había en aquellos montes, donde Ernesto trasplantó las cepas; pues entre chaparros y monte seco; donde no crece ni los abrojos, no se cultiva planta alguna.

SAMUEL -. Te las hubieses dejado para ti; hasta que las hubiese arrancado la maquinaria de la construcción.

ERNESTO -. Como no se me ha descontado nada en el contrato sobre las cepas; he decidido traértelas a ti: Son tuyas; tú las compraste para sembrarlas en la finca que te vendí yo. . . A parte, que antes de arrancarlas, se las llevarían, a su jardín, o su propio terreno, los empleados de la constructora.

Como seguía, un poco remiso, Jacinto; contestó en contra de la opinión de Ernesto.

JACINTO -.Los empleados de la construcción, son muy rectos y tienen todas sus vergüenzas, en la cara.

ERNESTO -. Yo lo he visto hacer. No sabiendo yo si eran personas ajenas a la construcción o no.

JACINTO -. Entonces: Cállate.

Me puse ante los dos; para que terminasen esa conversación, que sostenían los amigos: Sin saber por qué, Sin un principio de afirmación para ninguno de ellos.

Sin saber por qué, se dieron la mano, estrechándose los dos amigos; como si no hubiese pasado nada entre ellos. Siendo un bonito acto y un bonito ejemplo; para la sociedad.

Los días trascurrieron sin pena, pero sin templanza por parte de algunos acreedores de la finca; creyendo, que se había recalificado, parte de la finca, como terreno urbano.

Hasta hubo uno de esos acreedores, que dijo: -. Mira; si vas a cerrar el negocio, págame antes que te des de baja en la empresa -.

Quedándome yo, como quién ve visiones: No entendiendo nada de lo que se me decía, por boca de aquel señor; tan predispuesto, para que le pagase cuanto antes, su factura. Calmando aquel señor y a los restantes acreedores; diciéndoles la verdad del caso.

Y alzando las manos, como pidiendo clemencia al Cielo: Se callaron todos aquellos señores, que reclamaban su dinero de las facturas.

SAMUEL -. ¡Señores!: Cálmense un poco; se lo pido por favor. . . Lo que se ha recalificado como tierra urbana, ha sido el terreno que da en la parte occidental del pueblo, en las calles más principales. Y si ustedes han visto, o les han dicho algo, como que se ha trasplantado unas cepas del terreno, que compré al mío, les digo que es verdad. Solamente ha pasado eso. ¡Créanme!: Por favor.

Viniéndose hacia mí el señor que me reclamaba su factura, siendo abundante en el montante dinerario; pero ya todo él calmado de nervios. Dándome la mano y diciéndome: Lo siento.

En realidad tenía razón aquel señor; pues la factura era por abono, que le compré: Siendo bastantes kilos. Al igual que otras compras: Como para la agricultura, como para el ganado.

Mi mujer Blanca, cada día estaba mejor; ya no tenía esos nervios, que la ofuscaban el cerebro; pensando y recapacitando bien sus movimientos, como su manera de hablar. Oscureciendo su pensamiento y hasta sus palabras.

Tanto bien la hizo el doctor que la trató, que un sábado, me dijo algo que me sorprendió; por no habérselo oído, hacía ya mucho tiempo.

BLANCA -. Alerta a los amigos, que este sábado nos vamos de excursión a la montaña, para dar unos paseos por aquellos caminos exóticos todos ellos.

Sería verdad o sería mentira; que Blanca estuviese curada del todo: Faltándome tiempo a mí, para llamar a los amigos y alertarlos de esa excursión, que quería hacer Blanca el sábado.

Mientras estaba llamando a los amigos, hacía hincapié en la palabra de "Blanca"; así, con todas sus letras. Para que recapitasen un poco ellos; aceptando ir todos los amigos a la excursión sin pestañear.

La verdad sea dicha: Que yo estaba remiso, para ir a la sierra en aquel tiempo de gloria y misterio, en la finca de la majada y de a sus alrededores; por las cosas bellas, que se veían en aquellos campos tan exuberantes de árboles frutales, de viñedos, de rebaños o manadas de vacas. Así como la quesería, la bodega y la almazara.

Y al pasar por el "estanque": Perdón; quiero decir el embalse, tan visitado por todas las personas del pueblo y de los alrededores. Que parecía un vergel fuera del terreno donde estaba ese agua estancada, por medio de un muro de contención, hecho por ingenieros.

El sábado llegó y con él la marcha que teníamos proyectada a la montaña; viendo los roquedos muy cerca, mientras el coche subía por aquella carretera de curvas y de cuestas, unos mayores que otras, por el carril vao.

Por fin llegamos a la cima de la montaña; en donde existe un santuario muy nombrado por los fieles creyentes de estas tierras tan maravillosas y acogedoras.

Cuándo dejamos los coches, nos entramos por aquellos caminos de ensueños; viendo tantos pájaros, unos mayores y otros pequeños, con tantos animales sueltos por esos bosques maravillosos y en alguna parte del camino, con ese vaho de misterio: Que apenas se veía unos metros.

No sabíamos, ni tan siquiera dónde nos encontrábamos: Siguiendo el camino nos llevaría a algún caserío o algún lugar de ensueño; en donde las noches son días y los días noche son: Por ese extasiado empeño de seguir el camino

elegido, con bastante presura.

Siendo en realidad, que con aquella niebla veíamos más que con la luz del día; por medio de las copas de esos árboles tan altos; pues ni siquiera se veía el suelo.

Para atrás era imposible marchar: Y menos con esa espesura como tenía aquel bosque de niebla cerrada. Hasta que por fin vimos un perro, que al parecer nos estaba esperando. No hacía por marcharse, aquel animal, ni por salir corriendo por el camino.

Yo saqué de la fiambarrera un trozo de carne cocinado, tirándoselo cerca del animal. Y moviendo la cola, se acercó a la carne comiéndosela en un santiamén.

SINFOROSA -. Está acostumbrado.

¡EH!: al decir aquello la señora Sinforosa, nos asustamos: Creíamos que se nos llevaban en andas y volandas alguien, no muy bueno. Por la voz tan acoplada y ronca, a la vez, que emitió ésa señora. A la vez que el perro se vino donde nos encontrábamos nosotros: Moviendo la cola y oliéndonos las piernas; como para que le echásemos más carne. Y como el perro sintió, que no le echaba yo más carne, comenzó a dar cabriolas delante de todos nosotros; haciéndose el gracioso, e invitándonos para que, de verdad, le echásemos otro trozo de carne.

Una vez que se hubo comido la segunda porción de carne el perro siguió el camino; parándose como a cinco metros de nosotros. Volviendo otra vez dónde nos encontrábamos todos los amigos, para dar media vuelta y volver andar el camino.

JACINTO -. ¡Mira!, mira. Si quiere que le sigamos.

SAMUL -. Tú entiendes de perros, yo no. . .?. . . ¡Sigámosle!

Comenzando andar por aquel camino de antes. Y así como a cien metros comenzamos a oír una campana, tocando a un acto religioso. Aligeramos la marcha y al subir una cuesta volvimos a ver, otra vez el mismo pueblo. Habíamos marchado en círculo, en vez de en línea recta.

Al llegar a la plaza del pueblo, vimos en una calle nuestro coche aparcado; siendo lo que tocaba la campana a Misa el sábado por la tarde.

Oímos misa en la Iglesia del pueblo, con toda la devoción del mundo; y al salir de ese santo lugar, buscamos estancia, para podernos quedar alojados en un hotel o en una pensión.

Hotel rural y un hotel particular había en el pueblo, estando ocupadas todas sus habitaciones. Y preguntando en recepción del hotel particular, nos indicaron una pensión, que era de acogida seria. No pudiéndonos alojar todos en la misma pensión; buscando el resto de amigos, una fonda donde poder dormir aquella noche.

Qué descanso me iba a entrar, cuándo me acostase en una cama; siendo de esa manera. Pero así como a los cinco minutos de estar tumbado en la cama, comencé a notar que algo me picaba todo el cuerpo. Al igual notó Blanca, que levantándose de la cama, se arriscaba con todos los deseos del mundo.

Nos había acogido una fonda de aquel pueblo; pues al parecer no había más alojamiento que los lugares de descanso, que nosotros habíamos encontrado.

Levantamos el colchón, viendo en los barrotes del somier infinidad de chinches; dando un salto Blanca hacia atrás con un grito, que por poco despierta a todas las personas alojadas en esa fonda.

Sacamos el colchón de la cama, sacudiéndole bien; para que no quedase en él ningún chinche y, echándole al suelo, formamos una camera.

Aquella noche dormimos en el colchón en pleno suelo; y menos mal que no hacía frío alguno, por estar en plena temporada de estío. Siendo que el verano estaba en todo su auge.

Así, como a las tres de la madrugada, notamos unas carreras en pleno pasillo; pues alguien había entrado en aquella fonda, como si fuese suya. No siendo eso solo: Que de momento comenzó a quererse abrir la puerta, pues el pestillo se oponía a ello. Viendo claro, que el pestillo se quería mover a favor de que aquella puerta se abriese, que lo vimos nosotros.

Salimos de la fonda por piernas, corriendo todo lo que nosotros dos, Blanca y yo, podíamos; llegando a la pensión como fatigada, por tantos nervios como llevábamos. Y al vernos así el resto de amigos, nos dejaron acostarnos, esa misma noche en el suelo; formando una especie de camera con las toallas de baños.

Por la mañana temprano, nos enteramos, por medio de la patrona de la pensión; que habían llegado un grupo de personas de otros lugares remoto, buscando alojamiento.

SINFOROSA -. Pues esas no son formas de buscar alojamiento.

La patrona de la pensión no dijo nada, todo lo callaba, todo lo daba por bueno: Estaría acostumbrada a esos tratos, bruscos y poco amables, de las personas que buscan y no encuentran pensión alguna, por exaltárselas los nervios. Sabiendo que al siguiente día, por la mañana; ya los tendría allí, a las personas que habían llegado de madrugada al pueblo.

Pueblo: El pueblo era bueno, precioso y bonito; lo que pasaba era, que nosotros no habíamos contratado mecenas algunos para que nos dirigiese por esos caminos del bosque, tan exóticos y preciosos a la vista humana.

Ahora sí; Ahora sí que iniciamos un camino bello y sorprendente para nuestra graciosa vista, acompañándonos en nuestros pensamientos cerebrales, de sabernos estar trasladado al quinto lugar en el Cielo.

Fauna y flora, sorprendentes, según nosotros; pues no habíamos visto otro lugar tan bello como el que estábamos viendo. Poniéndonos el vello de punta, al observar aquel lugar tan precioso como es ese.

Otra sorpresa recibimos Blanca y yo; cuando llegamos a la majada; pues el embalse estaba lleno de personas, contemplando unas regatas en esa agua. El señor Cándido había autorizado, para que se celebrase allí un premio a la regata que llegase antes a una boya, puesta de antemano en un lugar, privilegiado, para ese fin. No sin antes a ver consultado con el señor ingeniero.

Nos tomamos Blanca y yo, sendos vinos con unas olivas que nos supieron a poco; pues esas olivas estaban muy bien enderezadas a base de tomillo santero (sansero), con un diente de ajo, limón, incrustando clavo, de cocinar, en el limón y hojas del limonero; así como cambiándolas el agua todos los días: Para que perdiesen el sabor al aceite y con ello el mismo líquido. Dejándolas en el garrafón, por lo menos nueve meses. Llamando las a esas aceitunas: Aceitunas del año.

Al pronto de estar en esos menesteres Blanca y yo, vimos llegar con el morral a cuesta a Jacinto; pues había estado con el rebaño de ovejas aquel día. Y lo

más curiosos, fue; que con Jacinto venía su mujer, Asunción acompañada de Ernesto y su mujer Sinfrosa.

Buscando una mesa que no estuviese ocupada, pudimos ver el pelo blanco del señor Cándido, sentado en una mesa, con la señora Ceferina; tomándose sendos refrescos en aquel día tan maravilloso, como estaba haciendo en el embalse de la finca la majada.

Nos sentamos todos los amigos donde se encontraba el señor Cándido con su señora Ceferina, teniendo una amena conversación entre todos los comensales de aquellas dos mesas unidas. Pidiendo Blanca, que nos quedásemos a merendar en el mismo sitio donde estábamos; servidos por el bar correspondiente.

Una paella; una buena paella, llena de gambas arroceras, de calamares y de alguna que otra presa de pollo; servido todo ese manjar por unas buenas bebidas, según tenía costumbre el barman de ese establecimiento de servir. El vino era bueno; pero no era muy para allá; así que cogiendo Jacinto mi coche se presentó con sendas botellas de vino de nuestra bodega.

JACINTO -. Aquí traigo dos botellas de vino de la bodega de esta finca.

SAMUEL -. Eso, está bien hecho, Jacinto.

BLANCA -. Máxime; cuándo ha sido con empeño.

Jacinto miró a Blanca, con cara de decirla alguna cosa; pero cuándo recapitó éste, se guardó para sí lo que la iba a decir. Abordando otra idea.

Se volvió para mí, Jacinto, con ganas de decirme algo fundamental para la finca, que no para él: Pues todas sus necesidades las tenía cubiertas al ser un trabajador de la finca, un peón agrícola y ganadero.

JACINTO -. Si hacemos este vino tan bueno; ¿por qué no hacemos brandy?

SAMUEL -. Te lo beberías todo. . . ¡No!: Es una broma.

JACINTO -. ¡Venga!: Dime por qué no.

Esperé un poco para contestar al amigo Jacinto, su propuesta de hacer coñac; hasta que vi el deseo que tenía mi amigo Jacinto que hablase yo.

SAMUEL -. Hay que invertir un capital, que por ahora sería doble, al no tener

la madera para hacer ese brandy que me dices

JACINTO -. Tendríamos que comprar más barricas a otra bodega.

SAMUEL -. Y eso, es carísimo. Tendríamos que ampliar la nave donde dejamos las barricas y las botellas para que se vuelva, ese vino, añejo.

JACINTO -. Si esos toneles, en vez de roble fuesen de cerámica o de metal.

SAMUEL -. Otro tanto de lo mismo.

Se quedó pensativo Jacinto y como en un momento, se limpió la cara con la mano, como preparándose para decir algo trascendental.

JACINTO -. Y si se construye una nave paralela a la que hay.

SAMUEL -. Eso está mejor.

JACINTO -. Asfaltando la calle y poniéndola luces. Al igual que la nave que se haga, se asfalta y se la pone buenas luces.

SAMUEL -. Nada de eso.

JACINTO -. Me asombras.

Le hice una indicación a Jacinto para que se arrimase a mí y éste se levantó con deseos de venir a mi lado; volviéndole yo hacer, que se arrimase a mí, pero con la silla. Inclinando el cuerpo y la silla, lo bastante como para poder hablar los dos, sin que nadie nos oyera.

Haciéndome señas con la cabeza, de arriba abajo; como diciendo: ¡Venga ya!, ¿dímelo?: Haciéndoselo yo saber, a través de voz baja; para que nadie oyera lo que yo le estaba diciendo al amigo Jacinto.

SAMUEL -. Todo lo que me has dicho, sobre el asfalto y las luces potentes: Es contraproducente.

JACINTO -. ¿Por qué?

SAMUEL -. Una bodega, siempre tiene que ser cementada; por si se derrama algún vino: Por lo tanto, hay que limpiarla todos los días bien. Por la mañana y por la tarde. En cuanto a las luces de alto voltaje no se pueden poner, por ser el vino dextrógiro, que desvían la luz a la derecha, en sentido de las agujas del reloj. La bodega tiene que estar en penumbra; sobre todo, en su

fermentación de las heces de las uvas.

Parece ser que el amigo Jacinto se conformó con lo que yo le dije, aquel día a la orilla del embalse, viendo ganar a un buen atleta la regata que se había montado en el premio del embalse. Y al decir atleta, quiero decir que la persona que gana un premio de esos; por lo menos, tiene que haber entrenado mucho y tener mucha fuerza.

Aquel día se cantó cantes regionales por todo lo alto, con esa fuerza de amor a lo que se estaba cantando. Hasta se bebió un poco más de la cuenta; pues Jacinto abrió el morral a un cordero que tenía un señor para que comiese algo. Intentándole torear Jacinto al cordero; una vez que el animal había comido.

Yo me levanté, llevándomele a Jacinto a su sitio en la mesa donde estábamos; viéndolo yo muy mal: Pues Jacinto no hacía más que cantar y cantaba solo él. Así, que alejándome de los amigos, llamé al señor manijero; para que le diese permiso a Jacinto, ya que me estaba haciendo falta a mí en ese día.

Con morral y todo, iba cantando Jacinto en el coche; echándole unas miradas su mujer Asunción que parecía reprochar su conducta.

Al día siguiente, por la tarde, me fui a la majada, con idea de saber cómo se encontraba Jacinto. Estaba como nuevo ése hombre. No diciéndole nada, para no molestarle.

Y sin hablar nada, me quise escabullir de aquel lugar, tan encantador: Hasta que me vio el señor manijero, llamándome por mi nombre.

MANIJERO -. Señor Samuel. ¿Tiene usted un momento, para atenderme?

SAMUEL -. Con mucho gusto. Yo siempre tengo un momento para atenderle a usted.

MANIJERO -. Esta mañana se ha hecho un recuento, en la nave donde están las botellas de vino para su añojo; faltando dos botellas de vino: Y mientras no se paguen esas botellas de bastantes años, estará abierto el asiento. No cuadrará nunca el recuento. Y yo quiero permanecer trabajando toda mi vida con usted, señor Samuel.

SAMUEL -. No se preocupe usted, que así será. Yo pagaré esas botellas de

vino, que faltan en el recuento.

Siendo muy importante la contabilidad de la finca de la majada; eso era lo que llevaba a un buen fin, toda la finca: Una buena llevanza contable en todos los productos de la finca.

Bien podía estar yo seguro, que no faltaba ni una unidad de algún producto en la finca. Lo sabrían al momento los contables, al hacer los recuentos de esos productos. Si hasta las miles de cabezas de ganado, se contaban todos los días. Pegándonos cada sustos, de vez en cuando alguna oveja perdida o descarriada por algún barranco; por medio de la mano del hombre.

Siendo, que por aquellos lares, se daba la necesidades económicas, dentro de algunas casas; en dónde ningún miembro de la familia trabajaba. Para ello había, dentro de la contabilidad, un saco o apartado donde poder apuntar, como pérdida, esa falta del ganado o de cualquier producto de la finca. Así, como también las ganancias: En la cuentas de pérdidas y ganancias.

Y créanme, que yo hacía frente, con mucho gusto; a esas cuentas de pérdidas: Unas veces pagaba yo esas pérdidas, si sabía bien las causas de esas desapariciones esporádicas y otras veces, dejaba que se apuntasen en la cuenta de pérdida.

Un día me vino pidiendo un padre de familia del pueblo, algo a lo que yo no estaba dispuesto a negárselo.

SEÑOR - Señor Samuel; usted perdone.

SAMUEL -. Yo no tengo que perdonar nada.

SEÑOR -. Le pido, con mucho esmero: Que haga usted la vista gorda, si en el recuento de las ovejas de mañana, le falta una. ¡No puedo más!

SAMUEL -. No es que haga yo la vista gorda; si no que se la voy a llevar yo en persona. No se preocupe usted.

Dándome las gracias se fue a su casa, todo él acongojado, por la hospitalidad que había recibido de mí; queriendo yo que mi hijo fuese igual, en todos sus gestos y sus hechos, con las personas necesitadas.

Que cuándo se despidan de él las personas necesitadas; no se vayan de su lado como afectadas por una honda pesadumbre angustiosa; que se vayan,

no digo yo alegres: Si no conformes de sí mismas.

Y conformes consigo mismos estábamos todos los amigos, por haber llegado la feria de la villa; en donde, una orquesta tocaba en las plaza, piezas alegres y bailables. Viéndose a todos los colonos bailar al son que les marcasen la orquesta.

Arrimándose a nosotros un señor, pidiendo a mi mujer Blanca que bailase con él una pieza. Negándose por completo Blanca para salir a bailar en la pista: Alegando que estaba un poco indispuesta, para tales trotes por la pista de baile.

Llegando a donde estábamos nosotros la mujer de aquel señor, que había sacado a bailar a Blanca, con todo su buen trato, que él podía.

La que venía, sin poder tratar bien a Blanca, era la mujer de ese señor, con tanto miramiento en su trato; pues como una persona exaltada por los nervios, la comenzó a decir algo a Blanca, que a mí me molestaba.

SEÑORA -. Ese hombre es mi marido: ¿Sabe usted?: Es buena persona y respetuoso; si está abajo de la sociedad, es por razones comunes a otros tantos señores, como hay, en el Mundo. . .Que lo sepa usted.

BLANCA -. Veo, que no la ha dicho su marido las causas por qué no he aceptado bailar con él. Lo mismo hubiese sido con otro señor.

SEÑORA -. No. No me lo ha dicho.

BLANCA -. Me encuentro un poco indispuesta. Usted es mujer, lo entenderá.

SEÑORA -. Perdone usted.

BLANCA -. De nada, Está usted perdonad.

Así se quedó zanjado aquel mal entendido entre aquella señora y Blanca; no dando más interés al asunto, más el que solamente había.

Y volviéndose para atrás, con su silla, una señora que estaba en la mesa de al lado, quiso interponer sus conocimientos de la otra mujer a Blanca.

SEÑORA -. Perdónela usted, señora; pues hay muchas personas cerrada de cerebro.

Con una indicación de cabeza, afirmaba Blanca lo que estaba diciendo aquella otra mujer, que dándose media vuelta, quería participar en la conversación que habían tenido mi mujer Blanca y la primera mujer, que se acercó a Blanca.

Al poco tiempo, vimos llegar una mujer, muy alegre, a la mesa de la señora que había sacado para bailar a Blanca y sentándose en la mesa donde estaba ella, con las demás señoras: Comenzaron una conversación, que al parecer no querían se enterase nadie; pues tenían toda la cabeza agachadas, unas cerca de las otras.

De momento, se levantó, de su asiento, la señora que había llegado a esa mesa, iniciando el camino hacia donde estábamos todos nosotros. Y con buenas palabras, comenzó su plática de decirnos algo, para que nos enterásemos bien.

SEÑORA -. Señora, perdone usted a mi cuñado. Pues están jugando quién saca a quién a bailar en la pista; habiéndole tocado a él, vino para sacarla a usted. Eso es lo que ha pasado.

BLANCA -. Está bien.

Con un "está bien", fue despedida aquella segunda mujer, que se arrimaba a nosotros, escuchando al señor que había sacado para bailar a Blanca.

Jacinto, comenzó hacer alguna indicación con las manos; pues las movía, encima la mesa, de acá para allá, sin saber nosotros qué nos quería decir.

ASUNCIÓN -. ¿Qué nos quieres decir?, Jacinto.

JACINTO -. Que si tenéis a bien, que tomemos las copas y el café, en el bar del embalse, os lo agradecería.

Comenzó a mirarnos mucho la mujer de Jacinto, Asunción; con idea de saber qué pensábamos de lo que había dicho su marido Jaime. Y yo, con la perspicacia de una persona avispada, contesté enseguida.

SAMUEL -. Eso está hecho. Nos iremos a la orilla del embalse para recrearnos un poco, en aquel lugar de descanso.

Marchándonos de la villa, a toda prisa; ni tan siquiera nos despedimos del barman, muy conocido por todos nosotros.

No nos dio tiempo a sentarnos, cuando nos comenzó hablar una señora muy azarada mente; como si en ello la fuese algo grande.

SEÑORA -. El hombre que la pidió salir para bailar a su mujer, es un colono de la villa. Pero, se hace pasar por listo; yendo a su finca pidiendo trabajo por horas. Quería sacarse un salario adicional a los beneficios, que tiene en su parcela. Por supuesto no se lo concedieron. ¿Me entiende?

SAMUEL -. Perfectamente, señora.

Como yo comencé hablar con Ernesto, que era el que más tenía cerca, la señora comprendió que no quería hablar más de ese asunto; yéndose a su mesa, sin decir una palabra al respecto.

Tomándonos copa y café en el bar del embalse; estando tranquilo del todo, al ver que nadie nos molestaba: Y sobre todo, por despecho.

Como a los pastores, los correspondía una oveja a cada uno, por año, así, como una parte pequeña de la siembra y otros sin fines más de beneficios personales: Jacinto, un día se presentó con parte de la oveja que le había tocado. No sabiendo yo qué hacer: Si cogérsela o rehusársela.

Me cogió la intención Blanca, de querérsela rehusar; de modo, que me hacía indicaciones con los ojos de que no cometiese la torpeza de rehusarla.

¡UF!; cuándo empezaron a recibir parte de beneficios los otros peones agrícola o ganaderos. Mi casa parecía un hervidero de personas; entregando comidas, más bien a montones; pareciendo un almacén.

Pero lo que era, al señor Cándido, no podía hacer acopio de tanto alimento, como recibía éste; por falta de espacio, para guardar tanta comida en la casa-chozo.

Viendo todos nuestros colonos, que el banco de alimentos que hay en el pueblo; no cogía más viandas para su depósito en aquel establecimiento. No creyendo yo, que al siguiente año pasase otra vez lo mismo.

Aquellas personas eran muy nobles y muy serviciales, rezando yo porque nadie cambiase sus ideas, de portarse bien con las personas cercanas. Formábamos, casi una familia bien allegada; en dónde no había una voz más alta que la otra.

Al llegar a casa, me habló Blanca sobre aquel hombre tan espontáneo; no sabiendo si le pasaba algo, o es que se creía alguien: Pero de todas formas, estaba dispuesta para ayudarlo.

BLANCA -. Digo: Que por qué no le empleas en la finca.

SAMUEL -. ¿Tú crees?

BLANCA -. Pues, ¡claro!

SAMUEL -. Al siguiente día tenemos en la puerta a todos los colonos de la otra finca. A parte que por horas, no sé yo que se pueda emplear a una persona; siempre que la finca tenga medios para emplearla por días.

BLANCA -. ¿No tienen esos colonos todo el día de trabajo en sus parcelas?

SAMUEL -. Si lo quieren hacer bien, así es.

No hubo más conversación por ese tema: Cortando de repente hablar de los colonos; ya que nosotros, teníamos bastantes con los nuestros.

Sin esperar yo, que uno de mis peones se jubilaba dentro de poco, según expediente laboral. Teniendo que cubrir ese puesto con otra persona, que quiera o viniese de otro pueblo, pidiendo trabajo.

Viendo, en realidad, que por uno solo de mis peones que se jubilaba, tuviese tantos dolores de cabeza para arreglarle la jubilación. Yendo más de veinte veces a la extensión agraria; como a la oficina de empleo, que hay en el pueblo. Recibiéndome todo el personal empleado en aquellas oficinas, a las mil maravillas. Hasta que por fin se hicieron cargo de aquel señor que se jubilaba en mi finca.

Y para que no hubiese problema alguno, hice pasar por la oficina de empleo a todo ser humano que quería trabajar en mi finca.

Dándome cuenta, que en un terreno que no ocupa mucha extensión: El pueblo y las fincas que tiene como suyas, según rezan las células catastrales; había un abismo entre la clase social de las personas, que vivían al amparo de esa urbe. Y era, que al salir yo del banco vi pasar con un cochazo a mi amigo Ernesto.

Volviendo para atrás, queriendo ver si Ernesto había ingresado, hace poco una cierta cantidad de dinero en su cuenta del banco. Y afectamente, estaba

reseñado a favor suyo un montante de dinero considerable: Tenía las espaldas bien cubiertas; por esos montes donde ni las águilas posan en su tierra.

Con otra salvedad, que la mayoría de la tierra de aquellos montes era caliza; no sabiendo yo cómo iban a buscar los arquitectos los cimientos de esos edificios: Pero cuándo se hicieron esos edificios, es que habían buscado los cimientos.

Luego, estas personas se esconden de las otras; pues hasta los dos sábados no le vimos la cara, ni Jacinto ni yo. Llegando a nosotros muy manso; como si no hubiese roto un plato en toda su vida.

Cosa curiosa en él: No quería salir del pueblo, para celebrar la fiesta del sábado noche. Por si se le estropeaba el coche en los caminos vecinales. O los chicos, le pudiesen hacer daño en su coche, como; rayándoselo, pinchando una rueda, quitándole la antena del coche. ..O un sin fin de algunas ideas raras, que estuviese pensando Ernesto.

Se acercó a mí Blanca para hablarme algo sobre Ernesto; ya que ella tenía dudas, si a Ernesto le estuviese pasando cosa mala.

BLANCA -. No te parece, Samuel, que a Ernesto le está pasando algo raro.

SAMUEL -. Y tan raro, hija.

BLANCA -. ¡Ves!: Lo sabía.

SAMUEL -. A Ernesto le está pasando lo que a todos los hombres les pasan, cuándo compran un coche nuevo. Les da miedo sacarlo a la calle, por si se le mancha o se le estropea.

BLANCA -. Si es eso solo: Bueno está.

Y tan bueno, que iba preparado Ernesto; con su pañuelo envuelto al cuello, su gorra de Snapback plana, sus zapatos de color blanco y negro, sus guantes de Swift wear de conducción. . .Y un sin fin de cosas múltiples. Que nos daba vergüenza a nosotros dos: A mí y a Jacinto.

No pudiendo más Jacinto, al ver vestido de esa manera a Ernesto; de modo, que cogiéndole de un Abrazo, le paró para que recapacitase y se diese cuenta de cómo iba vestido.

JACINTO -. ¡Anda!, Ernesto, cámbiate: No ves que nadie va de esa manera vestido.

ERNETOS -. Yo también me veo raro.

A Ernesto le esperamos, el resto de los amigos observando escaparates en una calle propicia para ello; ya que en esa calle había infinidad de escaparates.

Cuando llegó el amigo Ernesto; ya era otra cosa como venía vestido: Al igual que todas las personas. Y al decirle que así estaba mejor; nos aclaró el por qué de sus vestimentas.

SAMUEL -. Ves, Ernesto: Así vas mejor vestido.

ERNESTO -. Donde compré el vehículo, me indicaron una tienda donde vendían ropa apropiada para conducir mi coche.

JACINTO -. Y tú te hiciste caso.

ERNESTO -. No confiaba mucho en ello.

JACINTO -. Pero te la compraste.

Así se escribe la historia: Unos tanto y otros tan poco. . .Tan pocas luces en el cerebro, como para no darse cuenta de lo que le viene bien o le viene mal.

Cada día me parecían aquellos pueblos más bellos y los campos más bonitos; estando en todo su esplendor: No sabiendo yo si era por sacar beneficios a esa tierra o porque su contorno era hermoso del todo.

Lo cierto era, que yo decía como aquellos señores, que oí un día: "He ganado con venirme a un pueblo. Con todas las comodidades de un pueblo. Con todas las consecuencias del mundo y con todo el beneficio, que conlleva vivir en un pueblo español".

Altibajos hay en todas las partes de la piel de toro; solamente te las tienes que componer tú solo, trabajando mucho y estando atento, siempre a la tierra que cultivas. Con esto, no quiere decirse que no te tomes algunas

vacaciones en el año. Que sí; sí te puedes tomar un relax en el año, como premio a tu trabajo.

En aquel año, notamos que el vino sabía mejor; con mejor paladar y con mejor cuerpo, más fuerte que los otros años; no sabiendo la procedencia de ese cambio brusco: Pues siempre había tenido un cuerpo más suave nuestro vino.

Analizamos las uvas de la viña, sin dar con su contenido: Con ese algo, que está haciendo a nuestro vino ser el mejor de aquella comarca. Viniendo personas a comprarlo, desde tierras remotas a la nuestra.

Hubo alguna persona, que se atrevió a decirnos: Que volviésemos analizar la uva, una vez más; pues había gajos que no se habían cogido por estar entre el follaje de las hojas.

Tanto el Sommeller como el Enólogo; no cesaban en averiguar, qué le pasaba al vino de ese mismo año; sin poder comprobar resultados en él.

Hasta, que en un impulso más, el Enólogo comprobó las heces de los conos, saliendo que una vez elaboradas las heces salía una sustancia, que no contenía la uva estudiada.

Saltando de nervios el Sommeller; diciendo que había alguien, que echaba una sustancia a las heces del vino, para que este saliese de esa manera: Con más cuerpo y mejor sentado. No sabiendo yo, ni el Enólogo, qué quería decir aquel señor con eso.

Pero haciendo caso al señor Sommeller, se acostó Jacinto tres noches en la bodega, como camuflado por unas barriles enormes de vino que había a un lado de la bodega. No viendo a nadie acercarse por la noche al vino de aquella bodega.

Saliendo de aquel lugar de la bodega Jacinto, como encorvado: No se tenía de pie, por los dolores de las costillas. Ya que dormía recostado a un barril y no muy bien; pues se le clavaban las tablas de esa madera en el tórax.

Al verle su mujer Asunción, no pudo por menos que exclamar una jaculatoria, por lo asustada que se encontraba ella.

ASUNCIÓN -. ¡Jesús y María!: ¡Válgame El Cielo!: ¿Cómo vienes de esa manera?

JACINTO -. No te cuento: No te quiero contar las noches que he pasado escondido entre unos barriles de vino. Se me clavaban las tablas de esos barriles en las costillas; haciéndome un daño increíble.

ASUNCIÓN -. Como si la bodega fuese tuya.

JACINTO -. Pero es de un amigo: Con eso me sobra. Además es nuestro sustento en la vida: No lo debes olvidar nunca.

Así se expresaba el amigo Jacinto, con su mujer Asunción; que no daba crédito, esta, a lo que estaba viendo en la figura de su marido Jacinto.

Yo hablé con el manijero, dándole particularmente tres días de descanso a Jacinto; para que se fortaleciese de sus dolores y de su mal cogido en la bodega, durante los días que había permanecido acostado entre los barriles de vino.

Saliendo al cabo de los cinco días a un acto de la sociedad: Una boda de un peón agrícola, muy conocido por nosotros dos: Jacinto y yo.

Al verle a Jacinto sus compañeros, se burlaban de él; sin saber que ese hombre había estado defendiendo una bodega que no era suya.

Dos peones de la finca agrícola y ganadera, se pusieron hacer una pantomima de Jacinto; sobre su cojera.

PEÓN-1 -. ¡Ay!; que me duele, me duele lo mío.

PEÓN-2 -. Y, ¿qué es lo tuyo?

PEÓN -1 -. Mis costillas.

PEÓN-2 -. ¡Ah!: Ya decía yo.

Mientras estaban representando una escena los dos peones, iban cojeando; como está haciendo Jacinto, que cojea de una pierna.

Aplaudiendo el resto de la concurrencia, que asistían como invitados al banquete de la boda; levantándose Jacinto, para hacerle un gesto con la mano a uno de ellos, como que le pegaba, solamente amagando. Con esa sonrisa, que tiene siempre Jacinto, de no hacer, nunca, mal a nadie.

Siguiendo el baile, por todo lo alto; ya que uno de esos peones agrícolas,

tenía una banda como orquesta. Llevándose a todos sus componentes de aquella banda, para que tocasen en la boda.

No perdiendo el viaje; ya que lo sacado por la corbata del novio, presupuso tanto como pagar a la orquesta su trabajo, en aquel día. Ya que los novios, se lo dieron a la banda; el dinero sacado por los trozos de corbatas repartidos por todos los hombres.

Habiéndose celebrado el convite de la boda en el restaurante que hay en la villa. Para más tarde, irse a tomar las copas y el café al restaurante del embalse: No olvidando nunca la procedencia de cada cual, en su puesto de trabajo. Allí, se abrió la barra para todo invitado a la boda: Lo que quisiera beber.

No viendo el fin de aquella fiesta, tan sonada como tuvo esa boda y con tanta repercusión entre la sociedad. A ser la primera boda, que se celebraba entre los colonos de la finca de la majada.

Al día siguiente; mientras estaba tomando un café; oí a un señor decir al barman, algo así como: -. ¡Qué!: Ha pensado usted abrir un negocio entre los peones de la finca de la majada -. Y enseñándole el periódico, le animaba para que lo hiciera.

No todo el campo es orégano, según se dice; pues un día tuvieron que acudir los bomberos al bar que tenía el señor Cándido en el embalse: Se estaba quemando todo el bar, por completo. Siendo las pérdidas cuantiosas. Y eso que estábamos a finar del verano.

Se comenzó a rehabilitar el bar en poco tiempo; para ello se retiraron todas las mesas que habían a su alrededor y franqueando la periferia del agua; así como desembalsando más agua de la necesaria.

El fuego había empezado, así como a las tres de la madrugada; cuándo cerró el bar aquella noche del desastres; según dijeron unos mozalbetes, que pasaban por allí, con sus motos. Siendo esos niños los que llamaron a La Guardia Civil: Acudiendo raudo al lugar de los hechos, con unas unidades de bomberos.

Pero más prisa que se dieron los bomberos, el fuego estaba consumiendo todo el bar por completo; ya que los calores del día y de esa misma noche, no daba tregua para que se extinguieran las llamas.

Se creía que duraría la obra de esa rehabilitación unos tres meses; alargándose tres meses más. Estando las personas, asiduas a ese lugar, un poco nerviosa: Al no poder ir al "estanque", según decían ellas.

Saliendo en el periódico local tal suceso, de ese desastre; acongojándose todas las personas de ese pueblo y de los pueblos de al lado. Pero cuándo terminaron con la rehabilitación del bar del embalse; se les quitaron todo temor, por no poder divertirse los sábados, a todas las personas del pueblo.

El primer sábado que abrió el bar del embalse, se vio un edificio bien hecho, con cristalerías y fachada de piedra; al estilo de atracción turística. Y, ¡tanto!: Pues ese día no cogía ni un alfiler que cayera al suelo; pero es que los diferentes fines de semana se llenaba de visitantes y turistas toda la periferia del embalse.

Teniendo en cuenta que a tres metros de la orilla de un río u arroyo, está prohibido edificar por Ley; no se pudo explotar esa playa por completo. Admitiendo allí toda clase de jóvenes, celebrando su fiesta particular, todos los sábados. Según la Ley de regularización del dominio público del agua.

Pero el personal de seguridad del bar, se daba a valer; para que todo estuviese en perfecto estado y en su sitio y para que las personas estuviesen en orden todas ellas. Así, que resultaba un conjunto agradable para ver aquel lugar de recreo.

Un día, que se enteró el señor Cándido que íbamos a pasar por aquel lugar su hija Blanca y yo en nuestro coche; nos esperó en la parada del autobús, que hay en la majada: Teniéndonos que parar con el padre de mi mujer Blanca, por respeto. No sabiendo yo qué nos quería decir con tanto empeño ese señor.

CÁNDIDO -. Para que luego digan. No sé yo qué será mejor; haber rehabilitado el bar o haberlo dejarlo como ruina.

SAMUEL -. ¿Por qué dice usted eso?, señor Cándido.

CÁNDIDO -. Están arruinando el embalse tantas personas como llegan a él: Tantos visitantes del pueblo, como de los pueblos cercanos. Teniendo ya turistas, que pernotaban, por lo menos dos noches al son del embalse; aunque fuese en los hoteles del pueblo.

SAMUEL -. Y eso le apena, señor Cándido.

CÁNDIDO -. Me arruina.

Abriendo yo unos ojos enormes; por no saber de qué manera se estaba arruinando el señor Cándido: cuándo tiene tantas personas como clientes en su bar.

Explicándome, que entre sillas rotas, mesas hechas polvo por subirse encima de ellas pataleando, en forma de baile flamenco y las botellas, que tenía que recoger todas las mañanas, no le daba abasto para dormirse en los laureles. Así, como algunos cristales rotos de la fachada del bar: Y eso que eran bastantes fuertes.

SAMUEL -. ¡AH!, no. Usted, señor Cándido: Las únicas bellas que tiene que recoger, son las de cerca de la playa del embalse. De la costa del embalse a tres metros no es suyo; es de dominio público.

CÁNDIDO -. En general, todo el embalse es de dominio público.

SAMUEL -. ¿Quién ha dicho eso?

Al decir aquello el señor Cándido, me puse nervioso, "no dando pie con bola", así que le emplacé para el siguiente día. Quería ir al Excelentísimo ayuntamiento; para ver si allí nos enteraban bien de cuanto terreno estaba dispuesto en aquel embalse, para que en su finca hiciese el señor Cándido lo que él quisiera.

El río: ¡UF!, el río. Con las orejas gachas y sin poder hablar, nos fuimos a casa, el señor Cándido y yo, por haber construido un muro de contención en el río que pasa por la majada. Y eso, que se pidió permiso para construir ese muro. Teniendo los papeles.

Llevando los papeles a un abogado, el cual nos dijo: Que era una cesión, que el señor Cándido había recibido del Consistorio del pueblo, bajo una contraprestación dineraria, y solamente para la explotación de un bar. Teniéndolo que edificar el señor Cándido por su cuenta, dicho muro de contención para el agua. Y con todo y ello; que no tuviésemos que pagar el agua que gastábamos en el bar, al ser una explotación particular.

Me quedé absorto al darme cuenta, que el señor Cándido no se había enterado, muy bien, de lo que había hecho. No sirviéndome para nada lo que

yo pensara; pues estaba muy enrevesado todo ello.

Bajando la vista a bajo del contrato, vi que ponía: Con un año de recesión. O sea: que como ya iba a ser los dos años, que el señor Cándido tenía abierto el bar; ahora le vendría el recibo pertinente de lo que tenía que dar al Consistorio.

SAMUEL -. Señor Cándido: Tiene usted los fondos dinerarios suficientes para hacer frente al pago, que se le pida.

El señor Cándido se echó para atrás, con un manajo de nervios; al hacerle yo esa pregunta, tan personal y con tan poca vista. Debido, que yo también estaba un poco nervioso.

CÁNDIDO -. Cómo no voy a tener dinero suficiente para hacer frente a un pago; si tengo un negocio.

¡Bueno!, bueno: Ya veremos a ver si tenía el señor Cándido dinero suficiente, como para hacer frente al pago que le presentase el Excelentísimo Ayuntamiento dentro de unos días.

Llegándome el señor Cándido, a los pocos días, muy pensativo y con un impreso en las manos; entregándomelo a mí. Comenzando yo a leer lo que ponía en el impreso; siendo una factura de agua.

La factura se podía pagar; pero era de hacía poco tiempo. De cuándo nos pusieron, en el bar un contador de agua. Sabiendo, por esa factura, su empiece y la fecha que ponía de pago; sabíamos cuanto teníamos que pagar cada año. Y entonces, sí era una factura bastante abultada.

SAMUEL -. Ahorre usted dinero, para pagar la factura la próxima vez.

CÁNDIDO -. Será dentro de dos años.

SAMUEL -. ¡AH!; no señor Cándido, la factura le vendrá de aquí en adelante, cada año. La recisión fue el primer año.

El señor Cándido se dio media vuelta, entrando en mi casa para despedirse de su hija Blanca y ya, al estarla dando un abrazo, la decía: Que nos invitaban a merendar el domingo que viene en la casa-chozo.

El domingo llegó y con él la ida de Blanca y yo a la casa de sus papás; buscando el cobijo generosos de un hogar, como era la casa-chozo.

El recibimiento, de su papá y su mamá de Blanca fue de lo más cordiales del mundo. Y si acogernos en su casa fue tan maravilloso; más maravilloso fue la merienda que nos sirvieron en ese hogar de los papás de Blanca.

Ya se sabe lo que nos sirvieron por otras veces; pues su mamá era adicta a los langostinos y carabineros, como al jamón y a la mojama: Olvidando el postre para mejores tiempos; pues ya no nos cogía más comida en la tripa.

CEFERINA -. Hijo: No quieres comer más. Está esta tarta buenísima.

SAMUEL -. No señora; ya no puedo probar bocado alguno. No puedo más.

Y recordando tiempos pasados, nos enseñaron los pijamas que usábamos Blanca y yo, con el afán de que nos quedásemos aquella noche en su casa de ellos.

Nunca he visto mejor confort y mejor sueño, que en la casa-chozo de los padres de Blanca. No me acordaba ya de cómo se duerme allí.

Teniendo todavía el mismo despertador que cuándo vivíamos en la casa-chozo de los padres de Blanca.

A la hora punta estaba yo en mí puesto de trabajo, al igual que otras veces; cuándo vivíamos Blanca y yo en la casa-chozo. Acordándome toda la mañana de ese tiempo, en que éramos una familia, formando una piña entre nosotros.

Pero de repente bajé de aquella nube misteriosa, en la que estaba inmerso; cuándo entró el conserje anunciándome, que me quería ver el señor Notario.

Saludé muy cordialmente al señor notario, haciéndole sentar en una mesa, a parte de la mía, que servía para recibir yo las visitas.

SAMUEL -. ¿Tú me dirás?

NOTARIO -. Vengo como notario, para saber si ha llegado el dinero, que trasferí anteayer de la herencia de un señor.

SAMUEL -. La transferencia fue por cuenta de la notaría.

NOTARIO -. Por la misma cuenta, que tengo abierta para estos casos.

Llamé al encargado de contaduría del banco; un señor que revisa todos los

días los movimientos de cada cuenta. Y al decirle de qué cuenta se trataba; enseguida supo que había llegado, por la cantidad que dijo el señor notario. No obstante, fue para bajar de la impresora el extracto correspondiente de esa misma cuenta.

Entregándole yo al señor notario ese mismo extracto que me dio el contable, hacía pocos minutos, en propia mano.

Y antes que se marchara el señor notario de mi despacho, saqué una buena botella de whisky, agasajando al amigo notario, con esa bebida tan exquisita. Para después, abrir la caja de puros; dándole uno al señor notario.

Observando al señor notario, que este me quería decir algo y no sabía, muy bien, por dónde comenzar. Hasta que yo le di pie para decirme lo que él estaba pensando.

SAMUEL -. Claro que tú tienes en casa buenas bebidas.

NOTARIO -. De eso te quiero hablar. . .Hace tiempo que no vais, vosotros dos, Blanca y tú, a mi casa; para hacerme una visita: Os lo agradecería mi mujer, con sumo agrado.

SAMUEL -. Dime qué día es mejor, para hacerte esa visita, que tú dices.

NOTARIO -. El viernes, es el día que mejor te puedo recibir, en mi casa.

SAMUEL -. Allí estaremos, Blanca y yo, ese día.

Y sí señor; allí que estábamos el viernes, con el amigo notario y su mujer: teniendo una sobremesa de lo más agradable posible. Sobre todo, cuándo se presentó una doméstica, con una camarera llena de todas clases de bebidas. Trayendo más tarde en una bandeja, café y pastas; para cerrar el broche de nuestra buena amistad.

Fue inolvidable aquella velada, que hicimos en la casa del señor notario el viernes: Comentándolo con Blanca, una vez que nos vimos solos en nuestra casa.

Tanto era así, que cuando salimos con los amigos, hablamos de la noche anterior de esa velada que tuvimos en la casa del señor notario. Que al parecer, Blanca no se quedó conforme por hablar, con los amigos, de esa velada. Así me lo hizo saber, una vez que nos quedamos solos, en la mesa;

pues los demás amigos, salieron a la pista, con sus mujeres, para bailar la pieza que estaba tocando la orquesta.

BLANCA -. Tú, qué tienes que hablar, nada, de haber ido o dejar ir a la casa del señor notario.

SAMUEL -. Me ha parecido lo más normal del Mundo, hablar de esa visita que hicimos ayer, al señor notario.

BLANCA -. Eso no se dice. No ves que tomarán celos todos los amigos, si saben que visitamos la casa del señor notario.

SAMUEL -. Los amigos, son personas curtidas en nuestros afectos, más personales.

Cuando volvieron los amigos a nuestro lado, después de marcarse unos pasos en la pista de baile; dejamos esa conversación que sosteníamos Blanca y yo; para atender mejor a los amigos.

Saliendo de aquella sala de fiestas, todos contentos y felices; pues si entre alguno de nosotros hubiese algún problema, ya sea social o económico, lo habíamos olvidado.

Lo que no podía olvidar; era cuándo me enteré que se vendía la finca que teníamos al lado, la que ubicó a la pedanía, siendo hoy día villa. El dueño de aquella finca, reunió, un día, a todos los colonos, comunicándoselo esa decisión suya: Que vendía la finca; porque si en mancomunidad quisieran comprarla, lo podía hacer. Y eso bajo notario. Saliendo en esa junta, el querer seguir los colonos de esa finca, igual que están siempre. Con contrato rústico, bien definido; como parcelario.

La finca la podía comprar el mejor postor; si el que puja es una persona decente y por lo menos se le conoce. Así costaba, en un punto del acta que se levantó, de aquella sesión.

Esta vez no me esperó el señor Cándido en la parada de autobús, para hablar conmigo, una vez que pasase yo por aquel sitio.

Esta vez fue para verme a casa el señor Cándido, con una sola idea: El comprar la finca de al lado de la mía; pues formaría un emporio en aquel pueblo, agrícola y ganadero. Aunque también había industria y muy fuerte.

Siendo el escollo principal de oponerme a comprar la finca; esa industria que existía en el pueblo. Pues todos los colonos, querían trabajar en ella. Teniendo que laborar el campo, día y noche. No sabiendo yo cuándo irían a labrar aquellas tierras. . .?. . .

Estábamos llegando a la primavera y en aquellas tierras de cultivos, tenían que hacerse la sementera: Ararlas, para después sembrar el grano, semilla, en ella. Como otros quehaceres más; siendo múltiples los trabajos en el campo.

Para que se quedase tranquilo el señor Cándido, le empecé para llevarle al siguiente día a la finca; así podría ver, in situ, cómo se encuentra esa finca. Y coste, que yo no la había visto; pero quería que comparase el señor Cándido como se encontraba cada terreno: El mío y el de la finca que se vendía.

Árboles viejos, la sementera con muchos trompicones, lo que había nacido con mucha calva, al estarse secando, los tractores viejos, las ganas de trabajar la tierra, nula, el tiempo de trabajo era ir al tajo; para dar una vuelta, según ellos y sus hijos fuera del pueblo: Trabajando a destajo y con mucho esfuerzos. Eso era el panorama que se estaban forjando ellos, los colonos de esas tierras.

Y para que viese, que yo le decía la verdad al señor Cándido, le llevé a una fábrica, de las dos que tiene el pueblo, para que viese allí a la mayoría de los colonos de la finca que se vendía.

Aprovechando, también, que un colono de aquella finca, se cruzó con nosotros en plena fábrica; preguntándole por las ganancias que tenía en las cosechas: ¡Jesús y María! Dándose cuenta el señor Cándido y yo; el por qué de aquella dejadez que sufría la tierra de labranza.

La tierra de labranza; Comparándola con la finca última que yo compré a parcelándola, se pudo ver la diferencia de una a la otra; cuándo los colonos quieren sacar buena cosecha, como lo hacían: Echándola buenos abonos, sabiendo si esa tierra es ácida o si es base. Fumigando bien las cosechas sembradas, una vez que nacen ellas, y comprando grano limpio en los almacenes comerciales para ello.

Como ellos hacían y desasían: Un día me paré en una parcela que estaba sembrada de tomates, esperando se madurasen, viendo ese bello panorama

de tomateras y de tomates a la espera que se hicieran, para venderlos y sirviesen como consumo humano.

Miré al suelo de aquellas tomateras, viendo el agua amarilla; entrando un dedo y por poco me lo quedo allí, por el sulfato tan enorme que habían echado allí, en unos pocos metros, aquellos colonos. Pues estaban todas las parcelas, sembradas de tomate, por igual: El agua, totalmente amarilla.

Teniendo que intervenir los peritos agrícolas en ello; ya que se vendía ese abono sin restricciones algunas a los colonos.

No hizo falta hacer un estudio preliminar, para saber cuáles cosechas eran las más productivas: Si las de mi finca de colonos o la finca de al lado. Ni tan poco tirar de estadísticas de aquellos dos años.

Lo preliminar en esos días, era saber dónde se encontraba el señor Cándido a cada hora: No dejándole solo ni un momento; pues este señor, se le había metido en la cabeza comprar la finca de al lado la mía.

Siendo una finca de desecho; pues había que ararlas, por lo menos siete veces, para después rularla: Habiéndola echado antes sulfatos y nitratos para que se calentasen esas tierras, casi baldías.

Y antes de todo eso, había que perimetrales las parcelas; pues allí no sabía nadie dónde comenzaba una linde y terminaba la otra. Las besanas habían desaparecido por completo. Un panorama, para el señor que la comprase, un tanto arduo.

Siendo algunas parcelas de aquella finca que se veía, muy escabrosas; por tener piedras en toda ella, al estar en una elevación de terreno, que había poca tierra.

Pero, en aquellos días, mi principal pensamiento, era saber dónde estaba el señor Cándido. Hasta me los llevé a casa en aquella época de dificultades, entre él y yo. Tirando de él más que la dificultad, que achaqué, para que se viniesen a casa los dos, Cándido y Ceferina, la señora Ceferina.

Les dije, que su hija se encontraba, en esos días un poco indispuesta: Que hiciesen el favor de venirse a casa a vivir; por lo menos, mientras que Blanca se encontrase de esa manera.

Era su hija; pero con todo y eso, me puso Cándido una cara de no estar

gustándole nada aquella invitación que yo le estaba haciendo.

Y a la voz de: Es su hija. Cándido abrió unos ojos descomunales; como nunca los había visto yo. Esos ojos que se abren con una fuerza de misterio, no comprendida; cuándo una persona recibe una noticia inesperada por ella: Tocándola las fibras del corazón.

Y, ¡qué verdad es!; pues el señor Cándido, se echó las manos al corazón: Viéndosele un atisbo de cariño paternal en aquel momento, en que yo le anuncié la enfermedad de su hija Blanca.

Alertando yo a Blanca las causas, por las que sus papás estaban en casa viviendo, en esos días de agobio y de misterio para su papá Cándido.

Qué buena actriz hubiese sido Blanca, si se hubiese dedicado al teatro; pues representaba aquella escena de primores. Hasta se quejaba de vez en cuando, comenzando a toser sin ganas algunas: Pero lo hacía.

Al padre no había quién le quitase cerca de ella. Y ella de vez en cuando le cogía de las manos al padre, en señal de cariño. Derritiéndose el padre, por aquel signo de cariño, que le estaba dando su hija Blanca.

Hasta yo le llevaba una buena copa de brandy, de vez en cuando, al lugar, dónde se encontraba él. Y este me echaba una mirada paternal, como diciéndome: Gracias, hijo.

Así un día tras de otro; hasta que nos enteramos, que habían nombrado en la finca de al lado la mía, un comisario, después de haber habido un gestor; pues se iría a vender por parcelas. Ya que no había medio de que la comprase nadie, esa finca.

Entonces y solamente entonces, le hicimos creer al señor Cándido, que su hija Blanca se había puesto mejor de su enfermedad: yéndose al siguiente día a la casa-chozo los papás de Blanca. No sin antes, habernos dicho su mamá Ceferina, algo que nos quedó helados a Blanca y a mí.

CEFERINA-. ¿Qué enfermedad es esta?; que se cura de la noche a la mañana.

Echándonos una mirada de incertidumbre a los dos, a Blanca y a mí; pero no obstante racionó con todo el cariño del mundo, dando a los dos, a Blanca y a mí, sendos besos de cariño materno.

La vida se nos regularizó a todos: Tanto a los papás de Blanca como a nosotros. Una vez más estábamos solos en casa; no teniendo más persona que a nuestro hijo: Un personaje pequeño, que solamente quería jugar. Le gustaba estudiar; pues su tutor nos dijo un día que nos llamó al colegio, que nuestro hijo era listo, pese a todo. Que su manera de atender, se había estabilizado demasiado; comprendiendo todo lo que se le decía. Aunque, por dentro, tendría a ser siempre un crío: Le gustaría mucho los dibujos animados, según él había leído. . .

Yo veía, que mi mujer Blanca se estaba poniendo nerviosa perdida; no sabiendo yo, el por qué ese señor no se daba cuenta de ello. Hasta que cortó su plática de alertarnos de las dificultades de nuestro querido hijo.

Saliendo de allí, como aventada por un mal de vientos huracanados. Mi mujer Blanca era audaz; pues permaneció sin decir palabra alguna, escuchando al tutor del niño.

Pero cuando salió del despacho del tutor del niño, eso ya fue otra cosa, pues se la desataron lo nervios, diciendo.

BLANCA -. Vaya tío. Menos mal, que ha dicho que mi niño es listo; que si no. ..?. . . ¡No sé lo que le hubiese hecho!

SAMUEL -. ¡Mujer!. Ha sido una disertación de cómo está, hoy por hoy, nuestro hijo; dándonos una suscita explicación de cómo le tenemos que tratar.

BLANCA -. Pues, que se lo guarde para él.

Así salió Blanca del despacho del tutor del niño; hablando algo, que luego no se acordaba si lo había dicho: Sintiéndolo en el Alma, aquellas palabras que salieron de su boca, sin saber que las había dicho.

Desde luego, yo, no era gustoso que se portase así Blanca; y menos delante de las personas que transitaban por la calle donde íbamos nosotros dos. Pues se quedaban mirándola con cara de sorpresa, al escucharla hablar de esa manera.

Lo cierto era, que nuestro hijo avanzaba en los estudios; costándole mucho, pero con tesón y muchos esfuerzos estudiando, el niño iba adelantando en los cursos. Con el tratamiento médico apropiado.

Cuándo nuestras fincas daban lo necesario para vivir; para qué querer más; lo demás es meterse donde no nos llaman. Ya que yo estaba acoplado a mi puesto de trabajo, como director de aquella oficina bancaria.

Y al decir de aquella oficina bancaria, de ese mismo pueblo, Ese mismo día recibí el nombramiento, para elevarme de puesto, teniéndome que ir a la capital, ciertos años estipulados para que el nombramiento fuese efectivo.

¡UF!; cuándo se lo dije a Blanca: No sabía lo que hacer, si dar saltos de alegría o quedarse quieta al no verme más que los fines de semana, ella.

Ese mismo día, tenía en casa al señor Cándido y a la señora Ceferina; los papás de Blanca; queriendo saber qué era eso del ascenso. Pero por una parte, no cogían en su piel y por la otra, se encontraban con mucha pesadumbre por pensar en lo que me pudiese pasar.

Estaban preocupados por lo que me pudiese pasar fuera de casa; como si yo fuese un crío: Que se las dan con queso. Haciéndome el valiente delante de ellos; para que no viesen en mí ninguna indecisión, por mí parte.

Pero cuando me quedé solo, me dije a mí mismo: -. Chico: ¿Dónde vas? -. Y claro que me fui; me fui a la Capital de la provincia, para tomar posesión de mi nuevo cargo.

Acordándome mucho, el resto de la semana de Blanca y de los consejos de sus papás; así como de las fincas dejadas en el pueblo: Poniendo al frente de ellas al amigo Jacinto, que de un plumazo había dado el salto tan enorme como la torre del pueblo. Supervisado por Blanca todo lo que se hacía en la finca. Y siendo revisado por mí, todos los fines de semana.

Un sábado que no pude irme al pueblo, que en general me iba los viernes al salir del trabajo en las tareas encomendadas; me quedé en el piso, que tenía alquilado. Pasé un poco regular las dos primeras horas; pero mientras más avanzaba el reloj, yo me sentía abrumado por la soledad: Haciéndome el "languis", salí a la calle con idea de dar un paseo.

El paseo se alargaba y se alargaba, hasta el punto de querer llorar, por las calles de la Capital de la provincia; al verme solo y sin mi mujer Blanca. Aunque yo ya se lo dije a mi mujer, que no podía ir al pueblo el fin de semana; por tener que capitalizar los intereses del banco todo el día.

No sabía si tomar algún bocado en uno de tantos bares, como hay en esta Ciudad, o irme al piso aburriéndome en él solo.

Decidí lo segundo; al verme salir las lágrimas de lo más adentro de mis ojos; pero cuándo ya faltaban pocos metros para llegar a la puerta del edificio, donde está el piso: Pude ver una silueta parecida a una señora que yo conocía.

Me quedé parado; al no haberme divisado a mí, esa señora que al parecer conocía yo. Y para saber quién era, seguí andando en línea recta, hasta llegar a ella.

Me miró, la miré; nos quedamos los dos como estáticos, sin saber qué hacer: cuando de repente echamos los dos a correr, el uno hacia el otro; dándonos sendos abrazos, que nos supo a poco.

Ahora sí, que iba yo a gozar del sábado; pues quien estaba delante de mí era Blanca; que había llegado a la Capital de la provincia, para que no estuviese solo.

Después de soltar la maleta, mi mujer Blanca, en el piso; nos fuimos a un teatro para presenciar una obra afamada que se montaba en esa Ciudad. Gustándonos mucho aquella obra: Por lo bien llevada que estaban sus escenas y lo bien llevada que el director la había dejado; para los conocimientos de los actores.

Al salir del teatro, miraba mucho mi mujer, Blanca, para todos los lados que divisaba con los ojos; preguntándola yo por las causas.

SAMUEL -. ¿Qué buscas con los ojos?

BLANCA -. Un restaurante.

SAMUEL -. A la vuelta hay uno. Andemos un poco más.

Aquella noche la pasamos juntos Blanca y yo, con el amor que nos profesábamos los dos; pero a la mañana siguiente, en el desayuno, comenzó hablar Blanca de las necesidades que teníamos, estando delante el niño.

BLANCA -. Te tengo que decir una cosa.

SAMUEL -. Tú dirás.

BLANCA -. Son dos años, los que debemos estar: Uno en un pueblo y el otro en una ciudad.

SAMUEL -. Eso lo había pensado yo.

BLANCA -. Si te parece: Me vengo yo a vivir contigo a esta Ciudad, con el niño. Bien sabido; que el niño está escolarizado en el pueblo. Nos vendríamos cuándo se terminase el curso; para escolarizarle en esta preciosa Ciudad Capitalina.

SAMUEL -. No hay ninguna clase de problema, para que no os podáis venir a vivir conmigo.

El niño estaba escuchando la conversación que sosteníamos su mamá y yo; entrando de lleno en la conversación, con toda clase de impedimento; para no venirse a vivir a la Capital de la provincia.

NIÑO -. En el pueblo nací; teniendo allí a mis amigos. Yo no quiero venirme a la Capital de la provincia, sin mis amigos.

Ahora sí, que la habíamos liado; pues el niño no quería venirse a la Capital de la provincia, al no querer dejarse en el pueblo a los amigos.

Yo le agarré de una mano al niño; para que me oyera mejor, lo que le iba a decir. Intuyendo éste que le quería mentalizar para que se viniese a la Capital de la provincia. Rehuyéndome por completo mi niño; al no ceder, ni un palmo su idea de quedarse en el pueblo.

Y con mucho tacto y más intelecto, comencé la plática; hablándole de algo, que él ya sabía de antemano. Yendo mis palabras dirigidas a su corazón, como hijo mío que es.

SAMUEL -. Hijo. Los padres nunca deben abandonar a los hijos, por razones sentimentales; pero los hijos deben estar con los padres, sobre todo cuando son pequeños. Yo sufro mucho no teniéndote aquí, conmigo. Piénsatelo bien; sopesando el afecto que tengas con tus amigos y el cariño que me tengas a mí.

Yo veía que mi niño me miraba a mí fijamente; no perdiendo palabra alguna de lo que yo le decía, en esos momentos de agobio para mí. Mi corazón palpitaba solamente para él y mi mente me decía, que le estaba perdiendo: Pues un niño, que no ve a su papá todos los días, le acaba olvidando.

SAMUEL -. Hijo, no me olvides tan fácilmente; sería para mí un sufrimiento, que no lo podría aguantar, por mucho tiempo. . .cuándo tú tengas hijos; sabrás cuanto se quieren a esos hijos. A hora, es un sentimiento lejano para ti. Solamente tienes cariño a los papás, en común; y esporádicamente a mama, en algunas ocasiones y en otras a papá. ¿Qué dices?, hijo.

Se abrazó mi niño a mí, con todo el cariño del Mundo; no habiendo, para él, más persona que la mía. Por lo menos en ese preciso momento en que yo le hablaba, con el corazón en las manos y el pensamiento puesto en Cristo; para que me pudiese ayudar a conquistar el corazón de mi hijo.

NIÑO -. Sí, papá: Estaré contigo siempre.

Al oírle decir eso a mi niño, se me saltaron las lágrimas, viéndolo él con suma perfección, al estar cerca de mí. Mi hijo de mi Alma.

Así quedamos aquella noche de delicias y misterios para mí; ya que mi hijo había cedido venirse conmigo, lo que restaba de los dos años, para consolidar yo el puesto de trabajo en el banco.

En realidad era un año solamente los que estarían conmigo mi mujer Blanca y mi niño; pues hasta que no terminase el curso actual, no se vendrían conmigo, los dos amores mayores de mi vida.

Solo; me veía solo, una vez más, el domingo por la noche; cuándo se habían ido al pueblo, mi mujer Blanca y mi hijo. Sin otro paliativo, que no sea: Atenderme yo solo.

Mi vida transcurría sin gloria ni pena; aunque estuviese de alquiler en un piso del centro de la Capital de la provincia y en una calle céntrica. Nada de eso me producía satisfacción alguna; aunque yo oía a las personas decir, cuándo pasaba a su lado de ellas: Vive en la calle principal, en un piso.

Otro sábado que no podía irme al pueblo; para estar con mi familia; por motivo de mi trabajo: Comunicándoselo yo a Blanca sin falta de tiempo. No cogiendo ésta el teléfono, cuándo yo la llamé; pero al cabo de pocos minutos, sonó mi teléfono, intuyendo yo que podía ser mi mujer Blanca; que no había podido coger el teléfono a su debido tiempo.

Me conformó por teléfono mi mujer Blanca; no queriéndome dar malas noticias: Pues las que me dio, todas eran buenas. Confortándome yo por ese

mensaje que me había hecho mi mujer blanca, por teléfono.

Según me dijo, vería la posibilidad de estar conmigo el viernes por la noche; no teniendo lo yo muy claro: Pues siempre llegaba mi mujer el sábado por la mañana. No pudiendo hacer otra cosa, por ejercer su carrera en el pueblo: Terminando su trabajo, cuando ya era un verdadero problema venir solas por la carretera; además, en esa hora, no había medios de transporte oficial para venirse a la Capital de la provincia.

Los primeros sábado, cerraba su consulta los viernes; observando ella, que perdía pacientes por no tener abierto el viernes por la tarde-noche. Así, que el deber obliga, teniendo ella la consulta abierta, aquel viernes, según me dijo. Y pese, a que era un pueblo, considerado como ciudad, tenía un grupo de pacientes, que merecía la pena tratarlos con todos sus honores.

Para descansar yo del mensaje que me había mandado, por teléfono mi mujer Blanca, me fui a la ventana, para tomar aire fresco aquella tarde del viernes: Viendo aparcar un coche en plena puerta de mi bloque; siendo mi mujer, con todos los amigos: Cinco, como dice la tarjeta del coche. No viniendo el niño con Blanca.

Los parabienes de unos, los parabienes de otros; hasta que se terminó la forma obligada de saludarse las personas; después que hiciese varios días no se habían visto. Pero eso no fue óbice, para que yo preguntase a su madre por el niño. Pues no era impedimento alguno que yo lo hiciese, delante de los amigos.

SAMUEL -. Y, nuestro hijo.

BLANCA -. Se ha quedado con sus abuelos.

Recibiendo un bofetón en plena cara, por la falta de mi hijo; entre todos nosotros. Pues yo; en vez de diversiones: Lo que quería tener, conmigo, era a mi hijo.

Sabiendo yo, que aquella noche, nos cansaríamos de ver tantas atracciones; como tiene la Capital de provincia en su urbe metida.

Primero fuimos para ver un teatro que nos gustó mucho; estaba bien montado. Más tarde fuimos a un buen restaurante, para reponer fuerzas; pues terminando la cena nos encontramos en una sala de fiesta, que se nos

cruzó a nuestro paso, saliéndonos más ligero que entramos en aquella sala de fiestas; pues todo lo que se obtiene por casualidad, se deja por obligación. Para buscar una discoteca, que valiese la pena estar en ella un par de horas, bailando para bajar la copiosa comida de aquella noche.

Preguntamos a los transeúntes de aquella calle, donde nos encontrábamos, si sabían ellos dónde había una discoteca, cerca de aquel lugar: Indicándonos uno de ellos en qué calle había una discoteca buenísima. Y allí que nos fuimos, para ponernos cómodos y poder movernos, aquella noche de cena copiosa.

No nos cansábamos bailar al son de aquella música tan agradable para nosotros; hasta el punto de no poder más: Nos sentamos en nuestros respectivos asientos de polipiel; tomándonos una bebida espirituosa, según dicen las personas jóvenes.

Derramando Ernesto, parte de la copa que tenía en las manos; asustándose mucho al ver manchado el asiento. Miraba y miraba mucho al asiento; conformándole yo al decirle algo, que le encantó saber.

SAMUEL -. ¿Qué te pasa?, Ernesto.

ERNESTO -. (Señalándome al asiento, decía) -. Mira, lo que pasa.

Ernesto había manchado el asiento de su lado, con aquella bebida espirituosa; mostrando inquietud por ese hecho.

SAMUEL -. No te preocupes, Ernesto: Eso se quita con una bayeta, empapada en agua; pues el asiento es de polipiel. Quitándose las manchas en él rápidamente.

Así fue; pues un camarero, quitó la mancha, antes que nosotros nos diésemos cuenta; dándole las gracias Ernesto al camarero: Entregándole un dinero, para que se convidase.

Al final de estar bailando y saltando, así como a las tres de la madrugada nos fuimos al piso que yo tenía alquilado: Acostándose las damas en sendas camas; para ocupar los sofás los caballeros.

Y como yo no podía dormir nada; no estando acostumbrado a ese ajetreo, que traían entre ellos; Contando chistes y cantando en voz baja, para que los vecinos no se enterasen de nada. Me levanté pronto, acordándome, que

quizás no había café hecho.

Y efectivamente; la cafetera estaba más vacía, que cuándo un hombre se echa a baño. Acordándome, que al lado de dónde nos encontrábamos nosotros, había una tienda abierta toda la noche; para el que desea tomar un pisco-labis.

De esta manera, me presenté en casa con dos roscas de porra y varios atadillos en forma de junco, con unas ristras de churros. Teniendo que volver, otra vez, al establecimiento, donde agencí los churros, para subirme unas jarras, de chocolate. Con la palabra dicha, de que tenía que devolver las jarras, una vez terminado el chocolate; pues me conocían en dicho establecimiento.

¡Qué vida!; qué vida esta, la que llevaba yo y mis amigos; que en toda la noche no habían hecho más que hablar entre ellos. Levantándose rápidamente, para degustar aquellos churros o aquellas porras con chocolate.

Siendo el sábado por la mañana; queriendo ir las señoras a la casa de campo, a través del teleférico, que salen cerca de la calle Ferraz, en Madrid. Quedándonos Jacinto y yo solos en el piso; pues éste había traído unos cuadros de compra-venta para que los estudiase.

Estaban muy bien detallados aquellas facturas de compra-venta y aquellos asientos, en el libro diario; ya veremos a ver, cómo estaban de bien detallados, aquellas compra-ventas en el balance y en el arqueo según resultado.

Anunciándome Jacinto, que irían a venir los contables en un tiempo determinado; no más de tres meses: Para rendirme cuentas a mí, en presencia de ellos y de todos los libros que ellos manejaban.

SAMUEL -. Te lo han dicho así, los contables.

JACINTO -. No tanto; pues al referirse de que vendrán a verte: Ellos dicen, -. Que vendrán a la cúspide, para rendir cuentas al mayor -.

Así estaba la cosa. Pues yo, ya era el "mayor"; según los contables, como me había dicho mi amigo Jacinto: Según ellos, los contables.

Siendo la "cúpula", mi piso; donde yo vivo: Achacándome a mí que era toda

la administración de la finca; echándome todo el peso de ella. Ya veríamos por dónde desembocaría todo esto; ya que antes no era así el grupo contable.

¡AH!, no; no debía dejar pasar más tiempo, sin ir de improviso a la finca de la majada; para saber, in situ, lo que estaba pasando, con los contables.

Cuándo me quedé solo con Blanca, me alegré; pues tenía que preguntarla una cosa importante para la buena llevanza contable: Aunque me saliese de los cánones oficiales.

SAMUEL -. Perdona, Blanca, que te pregunte una cosa.

BLANCA -. Tú dirás, Samuel.

SAMUEL -. ¿Quién es el mayor?

Quedándome atento para saber lo que pudiese decirme Blanca: Pues esta se había quedado pensativa y como parada, en sus formas y en sus hechos. Para volver a ser la misma en unos segundos.

BLANCA -. Eres tú, Samuel.

Cogiéndola de un brazo, para que me atendiese mejor; la volví a preguntar por las causas de ese apelativo, que me habían puesto los contables.

SAMUEL -. ¿En qué sentido lo dicen?

Al oír que yo tenía dudas de esos hombres, que habían trabajado conmigo muchos años; Blanca se echó para atrás como asustada.

BLANCA -. No; eso sí que no te lo consiento. El que tú dudes de esos hombres, tan fieles a tus pertenencias y a ti mismo. Ese apelativo, que te han puesto los contables, ha sido con todo el cariño del Mundo. . .No debes dudar de ellos. . . ¡Entendido!

SAMUEL -. Perdón, Blanca; es que aquí me estoy volviendo como nunca me he visto yo.

BLANCA -. Ya lo veo.

Me estaba volviendo un hombre huraño. Solo y sin poder hablar con nadie por la noche; me absorbía el cerebro todo mi ser.

Afirmándomelo mi mujer Blanca con toda seguridad: Cosa, que me dio por pensar; no viendo yo otra posibilidad, de que me dedicase a algo por la noche, así como pintar o leer libros en digital.

Eso se quedaría para otras noches: Lo que es para las cuatro noches siguiente, me tendría que ir al pueblo porque venía un puente de descanso. Era más que un puente; parecía un acueducto; al ser las navidades de aquel precioso año.

Sin descanso: Los contables y yo, no tuvimos descanso alguno en aquellas fechas; por ser pocos días los que estuviese repasando cuentas y cuentas. Anunciándolos a los contables, que como se podía hacer, esos repasos en el ordenador de la casa: Los pagaría a cada uno de ellos unos cursillos digitales.

Mientras los técnicos preparaban esa red de ordenadores bien acoplada a mi ordenador, haría uno de ellos los cursillos digitales, para después irse el otro contable hacer su cursillo.

Todo quedó bien sentado y revisado; pensando yo, que no debía faltar ni un solo sábado por revisar todas las cuentas, viniendo los viernes, después de acabar mi trabajo en el banco, hasta el domingo. Hasta que instalasen los técnicos todo ese enramado de cables, para que funcionasen bien los ordenadores.

No se tardó poco, en instalar los ordenadores y hacer los contables sus cursillos; pues eran personas, que nunca habían tenido en sus manos un ordenador.

En cuanto a lo de "mayor": Eso me lo decían con toda la gracia del Mundo y con todo su cariño hacia mi persona. Lo pude ver, bien claro yo; teniendo razón mi mujer Blanca, por aquello que me dijo: "Esos hombres te lo dicen con todo el cariño del Mundo".

Esas navidades, me fui a la capital de la provincia, convencido de que en la finca tenía puestos a los mejores hombres de confianza; trabajando, como si la finca fuese suya.

Llegando la era de los ordenadores; tenía yo, en el mismo día, todas las cuentas echadas de activos y pasivos, de compras y de ventas, en la finca de la majada.

No hacía yo, más que bajar las cuentas por la impresora y allí que tenía todos los asientos de ese día, que los señores contables habían hecho.

De esa manera, podría yo llevar la dirección de la finca, día por día: No faltando ningún detalle de los movimientos en la finca de: Compra y venta; como así el dinero que teníamos en ese preciso momento, de comprar y vender los productos de la finca.

Pues cosa curiosa: Los peones del olivar; me pidieron, que no les pagase en metálico. Ellos querían que fuese con los mismos productos del olivo: Aceite o aceitunas. Pues ellos no saldrían de ruina con el dinero; en cambio, con los productos del olivo, comían sus hijos. Así que los tuve que pagar con víveres del olivar. A la antigua usanza.

Lo principal era tener a los peones agrícolas a gusto, trabajando en la finca; pues los colonos, sacaban cada uno lo suyo; tal y como trabajasen la tierra: Si echaban más abonos, sacaban más cosecha. Eligiendo ellos, su puesto de trabajo y su manera de vida: Unos obtenían más productos que otros, según tratasen sus parcelas.

El curso escolar dio fin aquel año. Año de soledad y de tristeza para mí; queriéndose venir conmigo mi mujer Blanca y mi hijo. Hablándolos yo claro, sobre si dejar el pueblo o venirse a la Capital de la provincia. Eligiendo esto último.

Se escolarizó mi hijo en la Capital de la provincia, dejando amigos atrás por mí; y eso que le había costado lo suyo dejar aquellas buenas amistades, de condiscípulos estudiosos. Ya, cuándo en sus estudios, mi hijo estaba en cursos avanzados.

Los estudios le costaba mucho sacarlos; pero lo hacía: Lo hacía a base de tesón y ganas de estudiar; para sacarse una carrera, que pudiese vivir de ella.

Lo malo fue; cuándo mi hijo me dijo la carrera que le gustaba estudiar: Ya que su impera tibiad no le dejaba estarse quieto en un sillón recibiendo pacientes; pero en cambio, si no tenía que estar mucho tiempo sentado, sería mejor, que hiciese otra carrera.

Con buen silogismo, me dijo mi hijo y con pocas palabras, lo que él veía claro podía estudiar. Y con tres proposiciones, bien explicada por su parte: Enganchó la última a las dos primeras, para que yo me diese cuenta de su

problema.

Una persona ecuánime, al estudiarse él solo; pues con imparcialidad de juicio, se hacía los cargos de lo que sí podía estudiar y de lo que no podía estudiar. Ya que su madre y yo, queríamos que fuese médico: Desbaratándonos él ese pensamiento en vano. Nos malogró el plan que teníamos su madre y yo; para que él estudiase medicina.

Viendo, sin excepción; que en todas las casas pasa algo de lo mismo: En una casa una cosa y en la otra, otra cosa diferente; pero no exenta de problemas para el cabeza visible de la casa.

El cabeza visible de la casa; digo yo: Pues un día me vino un padre de familia pidiéndome el favor, que le prestase dinero, para una operación de su hijo; fuera de la Seguridad Social.

Tocándome aquel señor, las fibras del corazón; pues yo también tenía hijo: Sabiendo cuánto se los quieren a los hijos. De modo, que sin consultar con mi mujer Blanca, y después de darle el dinero en las manos, le extendí un folio, firmando ese folio el peón agrícola, que me había pedido ese préstamo.

Al llegar a casa, lo comenté con mi mujer Blanca; quedándose esta mirándome muy fija: Como queriéndome decir algo, que ella no aceptaba.

SAMUEL -. ¡Venga!; desecha ya eso, que guardas.

Y con un gesto impropio de ella, hacía gesto de que yo no estaba en mis cabales; para terminar diciendo algo, que me dolió mucho, en mis sentimientos.

BLANCA -. Y tú, ¿te llamas padre?. . . ¿Qué has hecho?, hijo.

SAMUEL -. No te entiendo, Blanca.

BLANCA -. ¡Anda!: Anda y rompe ese folio; ya que tú tienes dinero para poder curar a nuestro hijo: Pero en cambio ese señor no dispone de ese dinero, que pueda curarle al hijo.

Agaché la cabeza, como avergonzado de mí mismo; sufriendo un revés moral, por parte de mi mujer Blanca.

SAMUEL -. Tienes razón, Blanca. . .?. . .En vez de rasgar el folio, se lo entregaré a ese señor, en concepto de amistad, que une a patrón y peón

agrícola.

Ya en la Capital de la provincia los tres, Blanca, mi hijo y yo; nos asentamos en esa Ciudad, no teniendo parangón en la historia lo bien que lo pasamos.

Desde luego, no se podía comparar nuestra estancia en la Capital de la provincia, con la estancia, de muchos años que estuvimos en el pueblo. En el pueblo teníamos más movimientos y más a manos las cosas que queríamos comprar en las tiendas de esa pequeña-gran urbe.

En la capital había otras cosas, además de las que había en el pueblo; existiendo todo lo que uno se le antojase: Pero pareciendo que estaban menos al alcance, que una persona no contaba nada para las otras personas. No había simetría, en la figura de uno y otro lugar; para saber dónde se vive mejor: Si en el pueblo o en la Capital de la provincia.

Pero sí sabíamos lo que era partir un tomate en pleno campo de tomateras; como calar una sandía para ver si estaba buena. También sabíamos coger las aceitunas para machar, antes que las de rajar; siguiendo con las aceitunas negras, para el almazara. Sí sabíamos esquilar las ovejas, ordeñar al ganado ovino, como al bovino. Como pastorear al ganado vacuno, bovino; así como pastorear al ganado ovino, ovejas. Qué es lo que comen ese ganado. Sí sabíamos arar las tierras, podar los olivos, cuidar de las cepas, para que no se asfixie el gajo, hacer vino, hacer queso. . .Y un sin fin de otros trabajos más, que nombrar no puedo: Pues estaría todo el día nombrando oficios del campo.

Teniendo todas las cuentas al día: Allí no se perdía ni un solo céntimo; contra más un euro. Saliendo en los periódicos, como empresa ejemplar.

Allí se decía: "Hemos ganado más, quedándonos en el pueblo, que si nos hubiésemos ido de él". Se decía, que ganaban en el pueblo más dinero que en las mayores urbes de las capitales.

FIN

CRÍTICA DEL AUTOR

Siguiendo con la ficción; esta obra está encuadrada como una Égloga bucólica: Dejando hablar al pastor, todo lo que a él le pasa, en sus tareas cotidianas. Viéndose el trato tan exquisito, como existe en esos pueblos de la piel de toro.

Es un canto a la naturaleza; en donde esa propia naturaleza se hace relaciones humanas entre los vecinos de los pueblos. Viéndose ese hado, que pulula entre las cabezas de todos los habitantes de los pueblos; formándose como una piña humana, para ser uno solo. Se piensa y se habla al compás de todos ellos.

Se valoran los sentimientos de las personas, en cada una de las casas de esos pueblos, diseminados en toda la geografía de España; para al final aunarlos en uno solo. Viéndose el provecho que se hace en esas tierras de labranzas: Cómo sacan hacía adelante sus casas, trabajando la tierra, con sumo esmero y alegría completa en sus Almas metidos, al ver esas cosechas tan abundantes. Hasta el punto de pensar: Que han hecho bien, quedándose en el pueblo, labrando la tierra, a mucha honra y con mucho empeño.